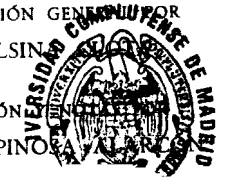

LUCIANO

OBRAS

VOL. I

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 42

LUCIANO

OBRAS

I

INTRODUCCIÓN GENERAL POR
JOSÉ ALSINA CLOTA

TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
ANDRÉS ESPINOSA ALARCÓN

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ALFONSO MARTÍNEZ DÍEZ.

© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1981.

Depósito Legal: M. 36862 - 1981.

ISBN 84-249-0153-3.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1981.—5257.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. *Panorama general del siglo II d. C.*

La vida de Luciano discurre, prácticamente, a lo largo de todo el siglo II. Es, pues, aconsejable, para entender la vida y la obra de nuestro autor, que tracemos las líneas maestras de este período histórico, que presenta, como ha dicho Tovar, un aspecto bifronte[1]. Porque, si bien es cierto que, atendiendo a determinados datos de esta época, puede decirse que el siglo II fue un momento en el que «por doquier reinaba una profunda tristeza», según la frase de Renan[2], no lo es menos que, en determinados aspectos, puede hablarse de un auténtico *renacimiento.*

Las cosas estaban, en cierto modo, preparadas para un largo período de paz y de prosperidad, tras los sucesos que siguieron a la muerte de Nerón y el período de transición que siguió a la desaparición de la dinastía Julia en Roma. Y con los Flavios, primero, y los Antoninos, después, el Imperio iba a vivir uno de los momentos más rutilantes de su historia. Este renacimiento, iniciado parcialmente ya en el siglo I, continúa bajo Adriano y se prolonga hasta los primeros Severos, en cuya corte la emperatriz Julia Domna iba a ser un auténtico acicate para las letras y las artes. Con la anarquía que se instala en el Imperio a mediados del siglo III, acaba este renacimiento que duró más de un siglo y que propició un importante progreso, sobre todo en literatura. Luciano será uno de los espíritus más señeros de este importante movimiento cultural.

---

[1] A. TOVAR, «Notas sobre el siglo II», en el libro *En el primer giro,* Madrid, 1941.

[2] *Marc-Aurèle et la fin du monde antique,* París, 1882, pág. 467.

Políticamente el siglo II está determinado por la dinastía de los Antoninos, que representa, para Roma y su Imperio, un dilatado espacio temporal de buena administración, de paz y de trabajo. Con Nerva (96-98), se supera la crisis que sigue a la muerte de Domiciano, una crisis que parecía anunciar un nuevo período de turbulencias como el que siguió a la muerte de Nerón, con su secuela de guerras civiles. Trajano (98-117) se preocupa tenazmente del orden público y de la administración. Adriano (117-138) impulsa las artes de la paz siguiendo los dictados de su espíritu pacífico y ordenado. Antonino Pío (138-161) cuida del bienestar de las provincias y adopta una actitud de tolerancia hacia el cristianismo. Marco Aurelio (161-180) fue un hombre de carácter pacífico, pero se vio obligado a sostener dos importantes guerras —en Oriente y en el Danubio—, si bien hizo todo lo que pudo por continuar la política de buena administración de sus antecesores, favoreciendo, además, la enseñanza superior con la creación de cátedras destinadas a la difusión y estudio de las grandes escuelas de filosofía de la época (peripatetismo, estoicismo, epicureísmo y platonismo). Su hijo Cómodo (180-192) representa un mal final de esta dinastía, tan positiva en general. Cómodo, entregado a sus vicios y pasiones, confía el gobierno del Imperio a favoritos incapaces, lo que provoca un movimiento de rebeldía del Senado frente al emperador. No es extraño que Cómodo muriera asesinado y que, a su muerte, sigan unos años de anarquía, temporalmente detenida por los Severos (Septimio Severo, Caracalla, Heliogábalo, Alejandro Severo), que, con algún altibajo, lograron alejar por algún tiempo la tempestad que se avecinaba, el período llamado de la *anarquía militar*, terminada en pleno siglo III por Diocleciano[3].

¿Cuál era el estado de Grecia y de las provincias orientales durante esta época? La Grecia propia había quedado arruinada y ensangrentada tras las campañas de las guerras civiles de finales del siglo I a. C. Plutarco, por ejemplo[4], afirma que, en su tiempo, Grecia no habría podido poner en pie de guerra a los tres mil hoplitas que Mégara había reclutado para la batalla de Platea. Pausanias observa, en varios pasajes de su obra, que muchas ciudades, otrora florecientes, en su tiempo, eran un montón de ruinas. Dión Crisóstomo[5] nos describe, en uno de sus discursos, una ciudad de Eubea en su tiempo: muchas casas estaban arruinadas y deshabitadas, y añade que la Arcadia estaba asolada y que Tesalia era un desierto. Estrabón[6] afirma que Megalópolis era un desierto, que Atenas se había convertido en una ciudad para turistas y estudiantes...

También las ciudades griegas de Asia Menor habían padecido mucho por culpa de las guerras mitridáticas, las luchas civiles de Roma y los ataques de los Partos.

---

[3] Para orientación del lector, ofrecemos una lista, seleccionada, de los principales trabajos sobre esta época: M. P. NILSSON, *Geschichte der gr. Religion*, II, Munich, 1950; J. GEFFCKEN, *Der Ausgang des gr.-röm. Heidentums*, Tubinga, 1920; J. TRENCSÉNYI-WALDAPFEL, «Lucian, Orient and Occident in the Second Century», en *Oriens antiquus*, 1945, págs. 130 y sigs., y, muy especialmente, M. ROSTOVTZEFF, *Historia económica y social del Imperio Romano*, Madrid, 1962; J. H. OLIVER, *The ruling power*, Filadelfia, 1953, y como imprescindible, la monumental obra, en colaboración, *Aufstieg und Niedergang der röm. Welt*, Berlín, 1975 y sigs. (en especial los volúmenes sobre el principado).

[4] PLUTARCO, *De defectu oraculorum*, 414 ss.

[5] DIÓN CRISÓSTOMO, *Euboico* VII 34 ss.

[6] ESTRABÓN, IX 403.

Pero Asia Menor, fértil y rica, tenía más posibilidades de resurgimiento que la Grecia continental[7], y, por otra parte, Augusto y sus inmediatos sucesores hicieron lo posible para fomentar su progreso y su prosperidad. Por ello, nada tiene de extraño que Asia Menor salude la victoria de Octavio como una liberación[8] y que se señale su cumpleaños como «el comienzo de todos los bienes»[9]. En general, con la instauración del Imperio, toda esta parte del mundo conoce un período de cierta prosperidad, al menos relativa. La antigua ciudad de Éfeso tiene que ceder el rango principal a otras ciudades: Pérgamo era ahora el «segundo ojo de Asia». Y esta provincia era conocida como el país de las quinientas ciudades (Éfeso, Pérgamo, Esmirna, Laodicea, etc.), aunque al final de la dinastía Antonina, a partir de 195, las rivalidades entre Septimio Severo y Pescenio Niger causan verdaderos estragos en estas florecientes urbes, que, en el siglo III, quedaron completamente debilitadas.

Por otra parte, las buenas comunicaciones facilitan el comercio y, con él, la industria. Las inscripciones nos proporcionan datos preciosos sobre la existencia de corporaciones industriales en Mileto, Tralles, Laodicea, Éfeso, Filadelfia y Apamea. Y Dión de Prusa[10] nos informa detalladamente sobre Celenes, una de las ciudades más brillantes de la provincia. Las mismas inscripciones nos permiten conocer el esplendor de las fiestas que celebraban las ciudades de Cízico, Sardis y Filadelfia, y los monumentos que las adornaban. Pérgamo se siente orgullosa de ser la antigua capital real, donde tenían su palacio los Atálidas. Éfeso, capital oficial de la provincia, se jacta de ser la primera y mayor metrópoli de Asia Menor, según reza uno de sus títulos en los documentos oficiales. Esmirna se llama a sí misma, en los textos oficiales, «la primera de Asia por su belleza y magnificencia, la muy brillante, el ornamento de Jonia»[11]. Importantes figuras de la literatura proceden de esta región: Dionisio de Halicarnaso, Elio Arístides, Estrabón, Polemón, entre otros.

---

[7] Sobre Asia Menor durante esta época es imprescindible D. MAGIE, *Roman rule in Asia Minor*, Princeton, 1950 (en dos tomos). Para la época inmediatamente anterior, G. W. BOWERSOCK, *Augustus and the Greek World*, Oxford, 1970 (que, naturalmente, no sólo se ocupa de Asia Menor). Datos importantes en A. BOULANGER, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère*, París, 1923.

[8] Cf. W. DITTENBERGER, *Sylloge*, II, núm. 458.

[9] Cf. BOWERSOCK, *Augustus*..., *passim*.

[10] DIÓN DE PRUSA, *Discurso* XXX 14 ss.

Siria, la patria de Luciano, llegó a ser el centro comercial más importante del Imperio, y los restos arqueológicos confirman la riqueza de esta región (con ciudades como Palmira, Petra, Baalbek, Antioquía). De aquí proceden, asimismo, importantes figuras de la vida intelectual de la época romana (el mismo Luciano, Máximo de Tiro, Porfirio, Jámblico, Alcifrón, Juan Crisóstomo, y los representantes de la famosa escuela jurídica de Berito (Beirut).

Egipto ocupó lugar especial entre las provincias del Imperio. De ella procedían, asimismo, importantes escritores y pensadores, como Ammonio Saccas, Plotino, Orígenes, Claudio Ptolomeo, Diofanto, Nonno, Clemente de Alejandría[12].

Tras estas consideraciones sobre los aspectos político y económico, podemos preguntarnos por el *talante espiritual* del siglo II. ¿Cuáles son los rasgos que, en este aspecto, caracterizan a la época de Luciano? Los historiadores han dado una respuesta unánime: el siglo II y, en general, toda la época imperial presentan todos los rasgos de una *sociedad cansada*[13]. Y si intentamos un examen pormenorizado de las notas más características de este período, podremos distinguir las siguientes:

---

[11] *Corpus inscriptionum græcarum*, núm. 3202.

[12] El florecimiento de Egipto en el siglo III/IV d. C. ha sido estudiado, sobre todo en el aspecto literario, por A. CAMERON, «Wandering Poets», *Historia* 14 (1965), 470 ss.

1. *Biológicamente*, un envejecimiento que se traduce en un descenso considerable de la natalidad. Los documentos de la época (e, incluso, podemos verlo reflejado en los *Diálogos de los muertos* de Luciano) señalan que abundaban los matrimonios con escasos hijos y hasta sin ninguno. Ello comportó una serie de consecuencias, entre ellas que Roma fuese perdiendo su antigua primacía. El centro de gravedad del Imperio va trasladándose, paulatinamente, hacia la periferia. Ya hemos aludido antes a este fenómeno. Desde el punto de vista político-administrativo, iban a ocurrir pronto hechos sintomáticos. Dión Casio (LXVIII 4, 1) constatará que, con la elevación de Trajano al trono imperial, se inicia un hecho insólito: la exaltación de una figura que no procede de Italia a la suprema magistratura. Oriente dará, a partir de este momento, los principales emperadores.

2. Desde el punto de vista *religioso*, es posible descubrir lo que podemos calificar de cierta *esquizofrenia espiritual.* Es el fenómeno que ha llevado a algunos críticos a afirmar que el siglo II —y el hecho puede extenderse a los siguientes— es un *siglo bifronte:* de un lado, una exacerbación del sentimiento religioso hasta alcanzar, sobre todo en las masas populares, cotas tales que llegan a la superstición. De otro, sobre todo entre los intelectuales (y Luciano sería un caso típico), un racionalismo a ultranza que conduce al ateísmo y al más

---

[13] Cf. A. J. Festugière, *Personal Religion among the Greeks*, Berkeley, 1954, págs. 53 y sigs.; Nilsson, *Geschichte...*, págs. 295 y siguientes; E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational*, Londres, 1956², págs. 236 y sigs.; F. Wehrli, *Láthe biōsas*, Leipzig, 1931.

completo agnosticismo. Vale la pena dedicar una cierta atención a cada uno de estos rasgos.

En uno de los extremos de esta dicotomía del sentimiento religioso debemos situar una innegable profundización de la idea de Dios [14]. La tradición filosófica (especialmente platónica y estoica) elabora, en el siglo II, las bases de una concepción de Dios como un ser inefable, no alcanzable por las vías de la razón, sino del misticismo. La contemplación de Dios y sus misterios es el auténtico fin de esta filosofía religiosa que tiene sus representantes en lo que se ha llamado el platonismo medio, con figuras como Máximo de Tiro, Numenio, Plutarco o Albino. Y, al lado del platonismo, el renacer de una serie de escuelas antiguas, como el estoicismo y el pitagorismo. En el campo estoico, hay que citar nombres como los de Epicteto y Marco Aurelio, y un poco antes, Séneca, todos ellos defensores a ultranza de la Providencia divina, y por ello combatidos por Luciano en no pocas de sus obras dirigidas contra la filosofía de la época. El epicureísmo conocerá, asimismo, un importante renacimiento que nos dará la curiosa figura de Diógenes de Enoanda [15]. El neopitagorismo, que había conocido una espléndida resurrección en la época anterior (en Roma había dado la figura curiosísima de Nigidio Fígulo), conocerá ahora otro momento de esplendor y dará curiosos personajes *divinos*, como Apolonio de Tiana, cuya vida escribirá Filóstrato. Discípulo suyo será el famoso Alejandro, el *falso profeta* que desatará las iras de nuestro Luciano por sus pretendidos milagros.

---

[14] En especial, A. J. FESTUGIÈRE, *La révélation d'Hermes Trismégiste*, IV: *Le dieu inconnu et la Gnose*, París, 1948; E. R. DODDS, *Pagan and Christian in an Age of anxiety*, Cambridge, 1968, páginas 69 y sigs.; W. THEILER, «Gott und Seele im kaiserzeit Denken», en *Recherches sur la tradition platonicienne*, Fondation Hardt, Entretiens sur l'Antiquité, III, Ginebra, 1958, págs. 65 y siguientes.

[15] Cf., ahora, C. W. CHILTON, *Diogenes of Oenoanda, the Fragments*, Oxford, 1971.

Al lado de este renacer de la filosofía, el siglo II conocerá el momento culminante de las *corrientes gnósticas.* No podemos ocuparnos aquí pormenorizadamente de este importante fenómeno, que plantea innumerables problemas tanto en lo que concierne a sus orígenes, como a sus rasgos característicos[16]. En todo caso, digamos que el gnosticismo puede ofrecer una versión pagana (el *Corpus Hermético*) y otra cristiana, que da espíritus tan interesantes como Valentín y Basílides[17].

Como *pendant* de esta actitud, digamos, dogmática, el final del siglo II conocerá un inusitado auge del *escepticismo,* bien representado por Sexto Empírico. El escepticismo será la comprensible reacción contra ese excesivo *pietismo* y tendrá su exponente en Luciano, sobre todo en el *Hermótimo,* cuya doctrina se sintetiza diciendo que la vida humana es demasiado breve para llegar a conocer todos los sistemas, y que la máxima que se impone es «sé sensato y aprende a dudar». Finalmente, dentro de la línea religiosa, no podemos olvidar que el siglo II es un momento de afianzamiento del cristianismo, que representa un elemento *nuevo* dentro del panorama espiritual de la época. Tras los esfuerzos del siglo I, el cristianismo pasa ahora, ante el paganismo, a la defensa, y surgen los primeros *apolo-*

---

[16] En general, sobre los orígenes, el libro, publicado como Actas del Congreso de Mesina, *Le origini dello Gnosticismo* (ed. por BIANCHI), Leiden, 1970. La bibliografía básica y la discusión de los problemas más candentes pueden hallarse en J. ALSINA, «La religión y la filosofía en la época romana», *Bol. Inst. Est. Hel.* VII 1 (1973), 11 ss.

[17] Para Valentín, cf. SAGNARD, *La gnose valentinienne et le témoignage de St. Irénée,* París, 1947. Sus fragmentos han sido editados últimamente por G. QUISPEL, en *Sources chrétiennes* (París, 1949). Para Basílides, G. QUISPEL, «L'homme gnostique», *Eranos Jahrbuch* XVI (1948), 89 ss.

gistas, que muchas veces, como Justino, Atenágoras y, algo más tarde, Clemente de Alejandría, se han reclutado entre las filas de los filósofos. El cristianismo, así, se pone en contacto con la especulación filosófica pagana, y no tiene nada de extraño que en este contacto se produzca la asimilación de importantes elementos filosóficos paganos. Ello será su propia fuerza, como lo demostrará un Celso, quien, en su *Discurso verdadero,* concederá ya gran beligerancia al cristianismo, y no tendrá más remedio que atacarlo, no ya con burdas calumnias, sino yendo a la raíz misma de sus principios «filosóficos». Un siglo más tarde, Porfirio volverá a la carga en su *Contra los cristianos*[18].

En el otro extremo de la cadena tendremos un fenómeno muy importante en esta época: la *superstición.* Que la superstición no es un fenómeno específico de una determinada época, en la historia de la cultura, es algo que todo historiador aceptará, sin más. Pero es que, en el período que nos ocupa, se añade la circunstancia de que esa superstición se basa en unos principios que podríamos calificar de científicos, pese a lo paradójico de la afirmación. Y, en efecto, las creencias astrológicas, tan acusadas en esta época, se vieron vigorizadas, ya a partir de la época helenística, por las nuevas doctrinas astronómicas, y por la doctrina estoica de la *simpatía* de los elementos del cosmos, que se concibe como un auténtico ser vivo[19]. Cabe preguntarse por las causas que han determinado este profundo cambio espiritual en el hombre antiguo. Pero las respuestas de los historiadores varían profundamente. Señalemos las más importantes:

---

[18] Los fragmentos pueden verse en HARNACK, *Abhandl. der Preuss. Akad. der Wiss.* (Phil. hist. Kl., 1916, 1).

[19] Para toda esta problemática, así como para el posible origen posidoniano de parte, al menos, de la doctrina de la *simpatía,* cf. K. REINHARDT, *Kosmos und Sympathie,* Munich, 1926.

a) Los marxistas pretenden explicar la decadencia general del racionalismo y del espíritu científico de la antigüedad por causas estrictamente económicas. La decadencia de la técnica y de la ciencia habría sido provocada por el carácter esclavista de la sociedad antigua: la baratura de la mano de obra —los esclavos— habría provocado una gran falta de estímulos y, por tanto, el abandono de toda ciencia aplicada. Pero lo que no explica la postura marxista es por qué, incluso en las ciencias especulativas, se produjo una tan profunda decadencia.

b) Para Dodds[20], la verdadera explicación de la decadencia del espíritu científico helénico, y su contrapartida, el auge de la superstición y del irracionalismo, tiene su razón de ser en el férreo dogmatismo de la época, lo que trae consigo una considerable *pereza mental* que hace vivir al hombre de espaldas a la realidad.

c) A nuestro juicio, cabría achacar esta decadencia general del pensar racional antiguo a un fenómeno que caracterizará, a partir de ahora, a la vida espiritual greco-romana: la invasión de los cultos orientales, tan bien estudiada por Cumont[21], que representan lo más evidente de esa penetración más amplia de la *Weltanschauung* de Oriente en Occidente, y que sustituye el pensamiento tradicional por la magia, la teosofía, el misticismo. Ya ampliamente introducidos en Grecia en la época anterior, es en la época de Luciano, precisamente, cuando se produce la ruptura del equilibrio a favor de lo oriental, hecho favorecido porque Adriano fue un entusiasta partidario de la protección de los cultos del

---

[20] DODDS, *The Greeks and the Irrational*, págs. 236 y sigs.

[21] F. CUMONT, *Les religions orientales dans le paganisme romain*, París, 1929 ^{4}.

Este, como ha demostrado Beaujeu[22] en su importante estudio sobre la religión romana durante el siglo II.

3. Desde el punto de vista *cultural* y, sobre todo, desde el enfoque *literario*, dos actitudes presiden la valoración de los críticos y de los historiadores de la cultura cuando se trata de emitir un juicio sobre el siglo II. Una actitud tradicional, reflejada clásicamente en la obra de Schmid[23], que enjuicia los logros del período que nos ocupa con los ojos puestos en lo que representa la gran floración literaria del clasicismo. Para estos críticos, sólo puede haber una respuesta válida: el siglo II es un período en el que los autores sólo practican la mera *imitatio* de lo antiguo. De este naufragio general sólo se salvan un par de figuras, un Plutarco y un Luciano. El resto carece de valor. A pesar de que aun hoy hay críticos que se adhieren a este juicio condenatorio general, como no hace muy poco ha hecho Van Groningen[24], hay que señalar que, en lo que va de siglo, se ha profundizado, y no poco, en el conocimiento de aspectos concretos del siglo de Luciano. Y cabe afirmar que, después de una serie de estudios importantes sobre las principales figuras no sólo de la segunda sofística, sino de otros campos literarios[25], ha podido abrirse paso

---

[22] J. Beaujeu, *La religion romaine à l'apogée de l'empire*, París, 1955.

[23] W. Schmid, *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern*, Stuttgart, 1887-96 (reed. Hildesheim, 1964), en cuatro tomos.

[24] B. A. van Groningen, «General literary tendencies in the seconde century A. D.», *Mnemosyne*, Ser. IV, XVIII 4 (1965), 41 ss.

[25] Señalaremos algunos de entre los más importantes, sin intención de agotar la ya considerable bibliografía existente, desde hace algunos lustros, sobre el tema: A. Boulanger, *Aelius Aristides et la Sophistique dans la province d'Asie au II siècle de notre ère*, ant cit.; P. Graindor, *Un milliardaire antique: Hérode Atticus et la sa famille*, El Cairo, 1930; F. A. Wright, *A History of Later Greek Literature*, Londres, 1932; K. Gerth, art. *Zweite Spohistik*, en la *Realencyclopädie* de Pauly-Wissowa (1956, Supl. VIII, cols. 719 y sigs.); A. Cresson, *Marc-Aurèle: sa vie et son oeuvre*, París,

una nueva actitud, más positiva, que sabe analizar los fenómenos de la época bajo una nueva luz. Concretamente podemos aludir a B. E. Perry[26], G. W. Bowersock[27] y, sobre todo, B. P. Reardon, autor de un importante libro que, sin ofrecer aportaciones nuevas, ha sabido enfocar el estudio de lo que el autor llama las *corrientes literarias* de los siglos II y III, en una perspectiva que resalta los aspectos nuevos que, desde el punto literario, hay que saber descubrir en la época de Luciano. Apoyado, sobre todo, en los penetrantes estudios de Marrou[28] y Bompaire[29] en relación con el auténtico concepto de *mímesis* tal como la practicó la segunda sofística, de las páginas del libro de Reardon emerge, por primera vez en la historia de los estudios literarios, una visión sinóptica que permite formarse una idea mucho más viva del siglo II, que la que nos había suministrado la miope consideración de espíritus como Schmid.

El rasgo fundamental de la literatura del siglo II (y parte del III) es el predominio casi exclusivo de la prosa frente a la poesía. Pero ello no significa, entendámonos bien, que la época de Luciano no haya conocido poetas, si bien éstos carecerán, por lo general, de originalidad. Es ya sintomático que el libro antes mencionado de Reardon, no hable en absoluto de poesía.

1962; F. MILLAR, *A Study of Cassius Dio*, Oxford, 1964; W. JAEGER, *Early Christianity and Greek Paideia*, Cambridge, Mass., 1962.

[26] B. E. PERRY, «Literature in the second Century», *Class. Journ.* 50 (1955), 295 ss.

[27] G. W. BOWERSOCK, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969.

[28] H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*, París, 1965 ⁶.

[29] J. BOMPAIRE, *Lucien écrivain: imitation et création*, París, 1958. El libro de REARDON al que nos hemos referido se titula *Courants littéraires grecs des II et III siècles après J.-C.*, París, 1971.

Y, sin embargo, ésta existe, y de ella hemos dado un breve panorama en un trabajo relativamente reciente, nosotros mismos[30]. La orientación general de esta poesía parece haber sido eminentemente didáctica, erudita, signo, por otra parte, y bien significativo, de la época. Pero esta orientación no es la única, y la publicación por Heitsch[31] de los fragmentos de los poetas de la época romana, lo ponen claramente de relieve. En apretada síntesis, podríamos distinguir las siguientes tendencias:

1. Una *épica didáctica* que hunde sus raíces en los grandes poemas helenísticos, al estilo de un Arato o un Nicandro, y que ha dado figuras como Dionisio el Periegeta, Marcelo de Side, los dos Opianos, Doroteo de Side, Máximo y Manetón.
2. Una *épica narrativa* que tendrá su gran floración entre los siglos II y V, y en la que destacan Quinto de Esmirna y, ya mucho más tarde, Trifiodoro Museo y Coluto.
3. Una *poesía hímnica* cuyo ejemplo más típico es Mesomedes de Creta, y algo más tarde, Proclo. Los *Himnos órficos* pueden situarse aquí.
4. Una *poesía epigramática* en la que hay que situar a los representantes de la *antología* pertenecientes a este período (Lucilio, Crinágoras, etc.).
5. Finalmente, un tipo de poesía *yámbica* (Babrio) y la *poesía popular* representada por canciones populares, anacreónticas, etc.

Pero es la prosa, según antes anticipábamos, la gran señora de las corrientes literarias del momento. Una prosa que, en algunas ocasiones, pretende adornarse con las galas supremas de la poesía. Sobre todo en el caso de los llamados «oradores de concierto» *(Konzertredner)*[32], verdaderos virtuosos de la palabra, cuyas posibilidades utilizan hasta extremos inconcebibles. Si adoptamos la dicotomía de Reardon —y nada nos impide hacerlo, aunque a veces tal dicotomía resulte un poco forzada—, podemos establecer una división tajante entre *lo nuevo* (paradoxografía, pseudociencia, religión, literatura cristiana, novelística) y lo *viejo*, o antiguo. Cabe abordar el estudio de la prosa de esta época a través de las manifestaciones *tradicionales* de la retórica, que alcanza ahora la categoría de suprema fuerza formadora del espíritu. Todo huele ahora a retórica en el mejor sentido de la palabra[33]. La escuela es la gran moldeadora de los escritores. En relación con esta tendencia general, un puesto de honor en las letras de la época de Luciano lo ocupa el movimiento literario conocido por *Segunda Sofística*, cuyas relaciones con el fenómeno llamado *aticismo* (imitación de los modelos clásicos), a pesar de los numerosos estudios que se le han dedicado, no se ha explicado aún del todo satisfactoriamente[34]. Tradicionalmente suelen colocarse en la misma columna autores pertenecientes a este movimiento general, como Polemón, Herodes Ático, Elio Arístides, Luciano, Alcifrón, Filóstrato, Arriano, etc. Reardon, entre otros méritos, tiene el de haber intentado una distinción, estableciendo lo que él llama la *retórica pura* y la *retórica aplicada,* en una distinción, como siempre ocurre con las de Reardon, eminentemente práctica, pero con debilidades desde el punto de vista metodológico: así, Elio Arístides, presentado como la figura más ilustrativa de la *retórica pura,* pero cuya producción entra de lleno en lo que el crítico anglosajón llama *lo nuevo.* Sus obras más importantes en el campo del *género epidíctico* son auténticos conciertos en prosa, que cautivan al oyente *(Panatenaico, A Roma, Defensa de la oratoria,* etc.). La más alta expresión de estas corrientes es, pues, Elio Arístides, tras los pasos iniciales de un Herodes Ático, una de las figuras más simpáticas de la época, enormemente rico, dotado de excelentes cualidades de político y administrador, y discípulo de los grandes espíritus de la generación anterior, Polemón y Favorino. Si estos *sofistas* son la mejor muestra de la tradición retórica epidíctica, en Luciano y en Alcifrón tendremos la mejor manifestación de la *creación retórica,* esto es, de unos autores que, partiendo de los clásicos ejercicios de escuela (la *meletē,* sobre todo), se elevan a la categoría de auténticos creadores a los que no puede negárseles, pese a la aparente paradoja, la originalidad. En esta misma categoría cabe situar a un autor como Filóstrato.

---

[30] J. ALSINA, «Panorama de la épica griega tardía», *Est. Clás.* XVI (1972), 139-167.

[31] E. HEITSCH, *Die gr. Dichterfragmente der röm. Kaiserzeit*, Gotinga, 1963-64. En general, para la poesía griega de la época romana, cf. R. KEYDELL, «Die gr. Poesie der Kaiserzeit (bis 1929)», en el BURSIAN, CCXXX, 1931, págs. 41-161.

---

[32] La expresión procede de Radermacher *(apud* VAN GRONINGEN, «General literary tendencies...», 47).

[33] Para una buena valoración del término *retórica*, referido a esta época, cf. BOMPAIRE, *Lucien écrivain...*, págs. 30 y sigs., y REARDON, *Courants littéraires...*, págs. 3 y sigs.

[34] Sobre esta debatida cuestión (un resumen de la cual puede hallarse en REARDON, *Courants littéraires...*, págs. 64-96) no hay todavía acuerdo, se han ocupado, entre otros, E. ROHDE *(Der gr. Roman und seine Vorläfer*, Leipzig, 1876 [con numerosas reediciones, la última en Hildesheim, 1960], págs. 310 y sigs.), G. KAIBEL («Dionysus von Halikarnassss und die Sophistik», *Hermes*, 20 [1885], 497 ss.), W. SCHMID (en las páginas del libro antes citado *Der Atticismus)*, E. NORDEN *(Die antike Kunstprosa*, 1, Berlín, 1923 ^{4}, págs. 392 y sigs.), U. v. WILAMOWITZ («Asianismus und Attizismus», *Hermes* 30 [1900], 1 ss.) y BOULANGER *(Aelius Aristides*, ant. cit., *passim)*.

La *retórica aplicada* halla sus representantes más ilustres en figuras como Máximo de Tiro, filósofo, y ya, en el campo de la historia, en Apiano, Arriano, Dión Casio, el anticuario Pausanias, Polieno, Eliano y Ateneo.

Pero el gran movimiento literario de la época de los Antoninos y los Severos presenta también, junto al cultivo de lo tradicional, hechos nuevos. La gran novedad será, en el campo espiritual, la aparición de la literatura cristiana; pero no menos nuevos son una serie de fenómenos culturales y literarios entre los que hay que destacar las *obras paradoxográficas*, los tratados de *fisiognomías*, la curiosa figura de Artemidoro de Éfeso[35], con su obra sobre *La interpretación de los sueños*, los *Discursos sagrados* de Arístides, auténtico documento para elaborar un diagnóstico no sólo de la estructura psíquica de este autor, sino de toda su época[36], y la *Vida de Apolonio de Tiana*, un documento, asimismo, de primer orden para conocer la psicología de este período[36 bis]. Finalmente, la *novela*, que, tras el trabajo pionero de Rohde[37], ha sido objeto de innumerables estudios que han aclarado múltiples problemas de este género[38].

2. *Apuntes sobre la vida*

De la vida de Luciano es muy poco lo que conocemos de un modo seguro. Ni sus contemporáneos ni los autores posteriores nos dicen cosas que valgan la pena para reconstruir, con cierta seguridad, las grandes líneas de su biografía. Filóstrato, autor de las famosas *Vidas de los Sofistas*, silencia su nombre, a buen seguro por no considerarlo un sofista puro. La *Suda*, que recoge algunos datos, está llena de noticias que huelen a reconstrucción a partir de leyendas surgidas del cristianismo bizantino. No tenemos, pues, más remedio que acudir a los datos dispersos contenidos en su propia obra, método, lógicamente, expuesto a muchos peligros[39].

---

[35] En su *Oneirokritikon* (editado por R. A. Pack, Leipzig, 1963); de esta obra, de la que había escasísimas traducciones, han aparecido últimamente varias: véase la de D. del Corno, *Artemidoro, Il libro dei sogni*, Milán, 1975.

[36] Cf. el estudio que le dedican, respectivamente, A. J. Festugière (*Personal religion*..., págs. 85 y sigs.) y E. R. Dodds (*Pagan and Christian*..., págs. 37 y sigs.).

[36 bis] Véase la traducción de A. Bernabé, *Filóstrato, Vida de Apolonio de Tiana*, Madrid, B. C. G., 1979.

[37] *Der gr. Roman und seine Vorläufer*, anteriormente citado.

[38] Una discusión en Reardon, *Courants*..., págs. 309-405; para obras en español, cf. C. Miralles, *La novela en la antigüedad clásica*, Barcelona, 1968, y C. García Gual, *Los orígenes de la novela*, Madrid, 1972.

Por si fuera poco, el autor ha empleado, en su obra, dos nombres distintos: Luciano *(Loukianós)*, que es un nombre latino helenizado, y Licino *(Likĩnos)*, que es como aparece en algunas ocasiones. Ni siquiera sabemos si los dos son un seudónimo, aunque la cosa es probable, porque Luciano era un semita y, por tanto, su nombre auténtico debió de ser semita también[40]. Que era natural de Samósata puede darse como prácticamente seguro, ya que en uno de sus tratados[41] así lo afirma. Samósata era la capital de la Comagena, región semita que entró en la órbita del Imperio Romano a partir del año 65 a. C. Ignoramos también el nombre de sus padres, como la fecha de su nacimiento.

Del estudio de los datos dispersos a lo largo de su obra podemos deducir que su familia era de modesta posición, aunque no del todo indigente. A juzgar por lo que dice en algunos de sus opúsculos[42], debería haber nacido hacia el 125 de nuestra era, ya que el 160 contaba unos cuarenta años de edad. Tenemos en *El sueño* un dato que, aunque seguramente elaborado, contiene un núcleo de verdad histórica: parece que cuando Luciano tenía unos catorce años su padre decidió enviarlo al taller de su tío para que se iniciara en el arte escultórico. En un consejo de familia que iba a decidir sobre la profesión que debía aprender el joven Luciano, se acuerda que, puesto que las letras exigían mucho esfuerzo, tiempo y no poco gasto, resultaba recomendable enviarle a que se iniciara en la escultura. Razones para ello, aparte las económicas, parece que no faltaban. El propio Luciano, en esta especie de autobiografía de su primera adolescencia que es *El sueño*, nos informa sobre su talento para modelar figuras de cera[43]. Sin embargo, su iniciación quedó truncada por un desgraciado accidente, la ruptura accidental, por parte del muchacho, de una tableta, lo que despertó las iras de su tío, quien lo devolvió, al parecer, a casa de sus padres. Luciano nos ha descrito, con toda su gracia, el sueño que tuvo una vez, de regreso a su casa, y que, al parecer, determinó su definitiva vocación. Se le aparecen dos mujeres, la Escultura y la Retórica, y cada una de ellas hace la apología de su propio arte. Vence al final la Retórica, que le promete la fama, la riqueza y la inmortalidad. Parece ser, pues, que Luciano va a ser un *rétor*, un sofista[44].

---

[39] Un intento muy serio para establecer los momentos más importantes de la vida de Luciano puede verse en el libro de J. SCHWARTZ, *Biographie de Lucien de Samosate*, Bruselas, 1965.

[40] Recuérdese el caso del filósofo neoplatónico Porfirio, cuyo nombre no es sino la traducción del semita *Malco;* o el caso de Saulo, Paulo.

[41] *Cómo debe escribirse la historia* 24.

[42] *El maestro de retórica* 15, *Hermótimo* 13, *El pescador* 29.

Algunos medios debía de poseer la familia de Luciano porque, en efecto, se toma la decisión de enviar al muchacho a estudiar a Jonia. Esta región, así como toda la franja costera de Asia Menor era entonces, desde los tiempos de Augusto, uno de los territorios más cultos del Imperio. De aquí surgirán, en el siglo II, los espíritus más refinados y cultivados de la época[45]. Y durante este tiempo, los Antoninos favorecerán enormemente el progreso cultural de esta parte del Imperio, que va a conocer en el siglo II un auténtico renacimiento.

---

[43] *El sueño* 29. Una confirmación, al menos aparente, de esta facilidad para las artes plásticas de Luciano, ha querido verla Le Morvan («La description artistique chez Lucien», *Rev. Étud. Grecques* 45 [1932], 380 ss.), en el hecho de que Luciano, como escritor, es un buen técnico en describir obras artísticas. Pero no hay que olvidar que, en la formación retórica de la época, tal tipo de descripciones —llamadas *ecphráseis*— son una práctica muy corriente, y constituían una parte de la formación del futuro escritor.

[44] La visión de dos mujeres, cada una sosteniendo un punto de vista, es un *topos* literario muy frecuente en la literatura clásica, y ello rebaja un tanto el posible carácter de hecho vivido que describe Luciano.

Pero tampoco tenemos noticias concretas sobre los estudios que aquí realizó Luciano. Es posible que estudiara con Polemón, aunque el dato no es seguro. Pero sí podemos afirmar que el joven Luciano amplía sus conocimientos del griego, cuyos rudimentos sin duda poseía ya a juzgar por lo que dice en el tratado *Cómo debe escribirse la historia* 24. Lo que estudió es fácil deducirlo: retórica, que, en frase de Marrou[46], fue siempre, y era entonces, el objeto específico de la alta cultura. Una vez terminada su primera formación retórica, pasó a estudiar a Atenas y, de allí, a Antioquía, donde, con toda verosimilitud, debutó como abogado a los veintiocho años. Antioquía era, a la sazón, un gran centro cultural. En ella, paganos y cristianos convivían en el estudio[47] y es posible que fuera aquí cuando entrara Luciano por primera vez en contacto con el mundo cristiano.

Pero —a juzgar por los datos de la *Suda*— parece que Luciano fracasó como abogado. Ello determinó el abandono de la profesión y la decisión de Luciano de dedicarse a ejercer de sofista ambulante que recorría el Imperio dando conferencias[48].

---

[45] Dión de Prusa, Arístides, Apolonio de Tiana, entre otros muchos. Cf. NILSSON, *Geschichte...*, II, págs. 297 y sigs., y H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation...*, págs. 269 y sigs.

[46] *Op. cit.*, pág. 269.

[47] Véase el interesante estudio de A. J. FESTUGIÈRE, *Antioche païnne et chrétienne*, París, 1959, que, aunque se ocupa de una época posterior, ofrece datos importantes para el siglo II.

Si hemos de creer lo que nos cuenta en el *Nigrino,* un viaje realizado a Roma para someterse a un tratamiento oftalmológico fue decisivo en su orientación. Parece, en efecto, que su conversación con el filósofo Nigrino, un platónico de los muchos que en este momento vivían en Roma, le causó una profunda impresión. No sabemos hasta qué punto Luciano describe una experiencia real, porque hay razones para poner en tela de juicio que se trate de un *topos.* Pero, si realmente Luciano nos está describiendo una vivencia propia, hay que reconocer que este diálogo sería decisivo para muchos aspectos de su vida y de sus ideas. Porque, a juicio de algunos críticos[49], se trataría de una obra en la que Luciano nos ofrece una auténtica confesión personal. Gallavotti y Quacquarelli, por otra parte, sitúan, además, la fecha del *Nigrino* en época muy reciente, y sostienen que el opúsculo lucianesco fue escrito bajo la impresión producida por el contacto del sofista con el filósofo.

No es éste el momento de ocuparnos del problema de la llamada *conversión* a la filosofía y la polémica que ha suscitado. Bástenos, por el momento, con decir que, si hubo conversión, ésta no fue muy duradera. Más preocupado por ganar dinero, volvió muy pronto a la sofística, recorriendo el mundo dando conferencias. No fue poco lo que viajó: estuvo en Siria y Palestina, en Egipto, en Rodas, en Cnido, pasó una larga temporada en las Galias y llegó, en su itinirante profesión, hasta el Ponto. Regresa a su ciudad natal hacia el 164, para volver inmediatamente a la Jonia, y se hallaba en Antioquía el día que Lucio Vero entró en esta ciudad para tomar el mando de las tropas que iban a enfrentarse con la gran pesadilla del momento: los Partos. Desde Antioquía vuelve ahora a la ciudad de Atenas, que había conocido en su juventud. Y permanece en ella unos veinte años. El período de su estancia en Atenas va a ser uno de los más fecundos de su existencia. La mayor parte de su obra va a componerse aquí. También aquí va a dirigir sus más acerados dardos contra la filosofía, una vez desengañado de ella. Sobre todo, en *Hermótimo* y en *El pescador*, su testimonio más claro del desengaño que ha sufrido respecto a la filosofía. Será también aquí donde trabará amistad con Demonacte, amistad que reflejará en alguna de sus obras.

---

[48] Cf. M. GUARDUCCI, «Poeti e conferenzieri nell'età ellenistica», en *M. A. L.* 6, II, Roma, 1929. El trabajo de CAMERON, «Wandering Poets», anteriormente citado, se refiere al siglo IV d. C., pero ilustra sobre situaciones y condiciones parecidas.

[49] Cf. A. PERETTI, *Luciano, un intellettuale greco contro Roma,* Florencia, s. a., pág. 11.

Tarde ya, en la curva de su vida, toma esposa, de la que nada sabemos, por otra parte, ni del hijo que menciona en *El eunuco.*

La última etapa de su vida transcurre en Egipto, donde logró un puesto burocrático en la cancillería del gobernador. Fue allí donde, con toda probabilidad, murió nuestro autor. Sobrevivió a Cómodo, lo que significa que moriría hacia el 192. Una leyenda que recoge *Suda* —Luciano muere atacado por unos perros— es, sin duda, la recompensa que los cristianos le dan por haber atacado con sus burlas a la nueva religión.

3. *La obra de Luciano*

Luciano fue un escritor prolífico. Su obra, aparte de original, es extensa. Pero no todo lo que se nos ha transmitido, a través de los manuscritos medievales, como suyo se le puede atribuir sin más. Y lo que es peor aún no tenemos criterios objetivos que permitan no ya una clara cronología, sino incluso una segura atribución.

Los ensayos que se han hecho para hallar un método que permita asegurar la paternidad de todos sus opúsculos no son compartidos por todos los críticos[50]. Con todo, hay un grupo de obras que, con mayor o menor seguridad, suelen considerarse como no lucianescas. Son las siguientes:

Lucio o El asno, Encomio de Demóstenes, Tragopodagra, Ocipus, Epigramas, Sobre la diosa siria, Caridemo, Amores, Los longevos, Nerón, La gaviota, El patriota.

Y aun con respecto a algunos de esos opúsculos hay discrepancias. Así Croiset considera auténticos los *Epigramas,* en tanto que Lattanzi ha atacado la autenticidad de *Zeus confundido.* Tampoco faltan intentos por reivindicar escritos que, en general, suelen considerarse espurios: así, Bompaire ha hecho serios esfuerzos por sostener el carácter lucianesco del tratado *Sobre la diosa siria* y la *Tragopodagra*[51].

---

[50] Cf. C. GALLAVOTTI, *Luciano nella sua evoluzione artistica e spirituale,* Lanciano, 1932, cree poder utilizar como criterio seguro el contenido del códice, pero ha refutado sus puntos de vista N. FESTA («A proposito di criteri per stabilire l'autenticitá degli scritti compresi nel corpus lucianeo», *Mel. Bidez, Les Étud. class.* [1934], 377 ss.).

[51] La hipercrítica del siglo XIX (por ejemplo, Bekker) hizo que se llegaran a rechazar la mayoría de los escritos del corpus lucianeo (así, el mencionado Bekker atetizaba 28 de los 82 escritos del corpus; entre ellos obras tan típicamente lucianescas como *La vida de Demonacte).* G. M. LATTANZI *(Mondo class.* 3 [1933], 312 ss.), en un trabajo dedicado a criticar el estudio, anteriormente citado, de Gallavotti y que, además, planteaba el problema de los tratados auténticos y espurios de Luciano, llegó a dudar de la autenticidad del *Zeus confundido.* Pero ha habido, asimismo, intentos por reivindicar obras que la crítica anterior rechazaba: así BOMPAIRE, *Lucien écrivain...,* págs. 738 y sigs., ha intentado ganar para Luciano opúsculos como *Sobre la diosa siria* y *Tragopodagra,* aunque no le podamos seguir en su argumentación.

Los opúsculos que suelen, en general, considerarse auténticos son los siguientes[52]:

El sueño o Vida de Luciano, A uno que le dijo: eres un Prometeo en tus discursos, Filosofía de Nigrino, Pleito entre Consonantes, Timón o El misántropo, Prometeo (o El Cáucaso), Diálogos de los dioses, Diálogos marinos, Diálogos de los muertos, Menipo o Necromancia, Caronte o Los contempladores, Acerca de los sacrificios, Subasta de vidas, El pescador o Los resucitados, La travesía o El tirano, Sobre los que están a sueldo, Apología de los que están a sueldo, Sobre una falta cometida al saludar, Hermótimo o Sobre las escuelas filosóficas, Heródoto o Etión, Zeuxis o Antíoco, Harmónides, El escita o El próxeno, Cómo debe escribirse la historia, Relatos verídicos, El tiranicida, El desheredado, Fálaris I y II, Alejandro o El falso profeta, Sobre la danza, Lexífanes, El eunuco, Vida de Demonacte, Los retratos, Sobre los retratos, Tóxaris o Sobre la amistad, Zeus confundido, Zeus trágico, El sueño o El gallo, Icaromenipo o Por encima de las nubes, Doble acusación o Los tribunales, Sobre el parásito o Que el parasitismo es un arte, Anacarsis o Sobre la gimnasia, Sobre el luto, El maestro de retórica, El aficionado a la mentira o El incrédulo, Hipias o El baño, Preludio. Dioniso, Preludio. Heracles, Acerca del ámbar o Los cisnes, Elogio de la mosca, Contra un ignorante que compraba muchos libros, No debe creerse con presteza en la calumnia, El falso razonador o Sobre el término «apophrás», Acerca de la casa, Elogio de la patria, Discurso contra Hesíodo, El navío o Los deseos, Diálogos de las cortesanas, Acerca de la muerte de Peregrino, Los fugitivos, Las Saturnales, Fiestas de Crono (o Cronosolón), Epístolas saturnales, El banquete o Los lapitas, La asamblea de los dioses, El cínico, El pseudosofista o El solecista y *Caridemos o Sobre la belleza.*

Tal es la nómina de los escritos lucianescos. Se trata, como puede ya entreverse a través de los meros títulos, de temas muy variados. ¿Es posible ensayar una clasificación? La empresa resulta ciertamente arriesgada dada la riqueza de sus temas, la variedad de su tratamiento, la mezcla que hace su autor de todos los procedimientos que la formación sofística le ofrecía. A grandes rasgos, puede establecerse una doble clasificación atendiendo al fondo y a la forma.

---

[52] Una lista completa en la última edición científica de Luciano (McLeod, Oxford, 1972).

1. Si atendemos a la *temática* abordada por Luciano, es posible distinguir en la obra lucianesca tres grandes grupos:

Ante todo, *los escritos de tendencia retórica.* Se trata de los opúsculos más claramente sofísticos, y, por ende, de aquellos en los que más abunda la frivolidad. Cabe situar en este grupo —que comprende obras de épocas muy diversas— escritos como *El tiranicida, Fálaris* I y II, y, muy especialmente, el *Elogio de la mosca,* que es una de las más estupendas muestras del arte sofístico de Luciano. Caen de lleno dentro de este grupo las *prolalías* (escritos de introducción a las conferencias sofísticas), así como *Sobre las dipsadas* y *Sobre una falta cometida al saludar.*

Escritos de tendencia satírica y moral. Hay que incluir dentro de este grupo los distintos tipos de diálogos *(Diálogos de los dioses, Diálogos marinos, Diálogos de los muertos),* así como opúsculos en los que se ataca a la filosofía *(Hermótimo, Filosofía de Nigrino, El pescador),* o aquellos en los que Luciano fustiga la tontería humana *(Icaromenipo, Menipo, Prometeo),* la superstición *(El aficionado a la mentira),* la afición a historias absurdas y maravillosas *(Relatos verídicos),* etc.

Por la temática cabe, asimismo, distinguir aquellos opúsculos que realizan una dura crítica de la actualidad. Cae de lleno dentro de este grupo el curioso tratado *Cómo debe escribirse la historia* (posiblemente el único escrito serio de Luciano), así como aquellos opúsculos en los que Luciano ataca aspectos concretos de la vida de su tiempo: por ejemplo, *Alejandro* y *La muerte de*

Peregrino. Hay que señalar que, caso de que se aceptara la tesis de Baldwin sobre Luciano como un escritor preocupado por cuestiones sociales de su tiempo, muchos escritos considerados como meramente retóricos deberían incluirse en este grupo. Pero, según hemos de ver, el punto de vista del crítico mencionado es poco menos que inaceptable.

2. Si atendemos a la *forma*, hay un grupo de obras que destacan dentro de la producción lucianesca: son los *diálogos*. Luciano se consideraba, como hemos de ver, el creador de un género nuevo al combinar el diálogo filosófico, al estilo de Platón, con la comedia. Pero dentro de los diálogos hay, realmente, diferencias importantes: en algunos casos tenemos una breve conversación entre dos o más personajes, sin que medie introducción alguna *(Diálogos de los dioses, Diálogos marinos, Diálogos de las cortesanas, Diálogos de los muertos)*. Se trata, a no dudarlo, del tipo que más famoso ha hecho a su autor.

En otros casos, el diálogo lucianesco adquiere el aspecto de un auténtico drama en miniatura, en el que, en algunas ocasiones, el propio Luciano puede intervenir, hablando en boca de alguno de los personajes. Caen dentro de este grupo obras como *Subasta de vidas, El gallo, Caronte, Zeus trágico, Timón, El pescador* y *La asamblea de los dioses*.

Un problema complejo, difícil de resolver, es la cuestión de la cronología de la obra lucianesca. Se han intentado diversos procedimientos para conseguir establecer ciertos criterios básicos que permitan, al menos, una cierta base objetiva. Pero todos, hasta ahora, han sido más o menos contestados. P. M. Bolderman[53] y T. Sinko[54] han aclarado algunos puntos de esta cuestión, pero sin aportar, ni mucho menos, soluciones definitivas. Hubo un momento en que pareció que R. Helm[55] podía dar con la clave, con su tesis sobre los descubrimientos, por parte de Luciano, de la mina de temas que le proporcionaba Menipo. Pero tras las críticas de Bompaire[56], los puntos de vista de Helm han quedado profundamente desacreditados. Se intentó, más tarde, establecer un criterio a base de considerar que las piezas en las que el autor firmaba con el nombre de Licinio pertenecían a un mismo período[57]. Pero el hecho de que Licinio sea un seudónimo, que Luciano pudo utilizar en cualquier momento de su vida, convierte esta tesis en poco verosímil[58]. Se ha creído poder sostener que las obras en las que Luciano ataca a los estoicos sólo son comprensibles a partir de la muerte del emperador Marco Aurelio, filósofo estoico a su vez, contra cuya escuela es poco probable que se escribiera estando en vida el emperador-filósofo[59]. Pero se trata, como podemos comprender, de meras suposiciones.

---

[53] P. M. BOLDERMAN, *Studia lucianea*, Leiden, 1893.

[54] T. SINKO, *Eos* 14 (1908), 113 s.

Pero no todo es imposible de determinar, y si tenemos en cuenta las referencias del propio autor se puede obtener una cierta cronología relativa, a veces relativamente aproximada si se conjugan datos internos y referencias a hechos externos. En conjunto podríamos establecer los siguientes datos:

Las obras retóricas (tipo *Fálaris, Hipias, Heracles, Elogio de la mosca)* pertenecen, sin duda, al período de la juventud, cuando Luciano hace sus primeras armas como sofista. Más o menos próximas al 157, fecha de su primer establecimiento en Atenas, serían *Filosofía de Nigrino, Diálogo de los dioses, Diálogos marinos, Diálogos de los muertos, Zeus trágico, Zeus confundido, Caronte, Icaromenipo.*

---

[55] R. HELM, *Lukian und Menipp*, Leipzig, 1906 (reed. Hildesheim, 1966).

[56] BOMPAIRE *(Lucien écrivain...)* ha demostrado que no existe sólo una mina menipea en Luciano, y que la tesis de la fuente única debe rechazarse.

[57] Cf. R. HELM, en PAULY-WISSOWA, *Realencyclopädie...*, s. v. *Lukianos*, col. 1764.

[58] Esta tesis ha sido defendida, sobre todo, por Richard.

[59] Es la tesis de W. SCHMID *(Philologus* 50, 297 ss.).

Posiblemente escritas a raíz, o inmediatamente después de su viaje a Antioquía, fueron *El sueño, Relatos verídicos,* quizá, el *Menipo.* Es probable que, durante su segunda estancia en Atenas —una de las etapas más fecundas de su vida—, escribiera *Hermótimo, Timón, Asamblea de los dioses, Cómo debe escribirse la historia, Doble acusación, Los fugitivos, El pescador.* Tales obras habría que situarlas, pues, hacia los años 162-165. *Sobre la muerte de Peregrino* habría que fecharla hacia 169, y hacia 171, el *Alejandro o El falso profeta.* Serían sus obras más tardías escritos como *Lexífanes, El eunuco, Vida de Demonacte, Pleito entre consonantes*[60].

4. *El escritor*

Para comprender, en todo su alcance, la significación de Luciano, para su época, como escritor, debemos abandonar el criterio moderno de *originalidad* para acogernos a otro concepto, el de *mímesis,* que no debemos traducir por *imitación* sin más, porque, de hacerlo, no llegaríamos a comprender jamás el ideal literario de la literatura de esta época. Poco avanzaremos si nos empeñamos, como por otra parte se ha hecho en épocas pasadas, en considerar que *mímesis* implica, meramente, un simple *copiar* los procedimientos de los autores clásicos. Bompaire, autor de un inteligente libro sobre Luciano, pero al tiempo un investigador que ha sabido comprender muy bien el espíritu del siglo II, ha acuñado una fórmula que, creemos, permite superar la alicorta visión del siglo pasado en lo que concierne a la valoración positiva de la época de Luciano, sobre todo en el aspecto literario-estilístico. Propone Bompaire[61] que debemos evitar la traducción de *mímesis* por *pastiche,* y tender a ver en este concepto —capital para esta época— una «referencia al patrimonio literario» que representan los autores de la mejor literatura clásica. Como ya había expresado Dionisio de Halicarnaso[62], se trata, esencialmente, de que el alma del estudioso de un autor del pasado entre en contacto con este escritor y, a fuerza de una lectura asidua y atenta, llegue incluso a identificarse con el espíritu del autor-modelo. Más o menos por la misma época, el autor del tratado *Sobre lo sublime* insiste, en repetidas ocasiones[63], en que, al escribir, debe tenerse la impresión de que nos están escuchando los autores más perfectos del pasado, e imaginar cómo reaccionarían al leer o escuchar lo que el imitador lee o escribe. Se trata, en suma, de una «toma agonal de contacto», principio éste que ha presidido todo auténtico renacimiento humanístico, como es el del período que estudiamos.

---

[60] Un cuadro, naturalmente suceptible de modificaciones, puede verse en el libro de J. SCHWARTZ, ya citado, *Biographie de Lucien de Samosate.*

Dentro de la clasificación de las principales tendencias literarias que priman en la época de Luciano, tal como las ha establecido Reardon[64], Luciano queda comprendido dentro de lo que el citado historiador del siglo II llama la *creación retórica.* Creación que, indudablemente, se nutre de una inteligente combinación de los géneros del pasado, previamente estudiados y asimilados. Ahora bien, para sacar el máximo partido de los géneros literarios, Luciano acude a dos principales métodos: de un lado, la *contaminación*, de otro, la *trasposición*. Valorar, en su auténtico sentido, estos dos procedimientos significa estar en condiciones de expresar un juicio de valor sobre Luciano como escritor. Veámoslo:

---

[61] BOMPAIRE, *Lucien écrivain...,* especialmente págs. 63 y sigs.

[62] DIONISIO DE HALICARNASO, *De imitatione,* fr. 6 (cf. la edición de USENER-RADERMACHER, *Opuscula,* 2.1., 1904, pág. 202).

[63] Cf. *Sobre la sublime* 14. Puede acudirse a mi edición, con traducción castellana (Col. *Erasmo,* Barcelona, 1977).

[64] REARDON, *Courants littéraires...*

Es bien sabido que una de las formas más empleadas por Luciano es el diálogo en el que toman parte grandes figuras del pasado: filósofos, historiadores e, incluso, dioses y personajes mitológicos. Pero aunque el diálogo, como forma literaria, tiene una larguísima historia antes de Luciano[65], éste sabe dotarlo de un contenido nuevo que le concede una profunda originalidad. Ha sido el mismo Luciano quien, en interesantes pasajes de su obra[66], nos ha informado sobre los principios en que se basó para su re-creación. En el opúsculo *A uno que le dijo: eres un Prometeo...* (6), se echa en cara a Luciano, por parte de un personaje, que lo que ha hecho ha sido, sin más, unir dos géneros tan dispares como son comedia y diálogo. Y en la *Doble acusación* (34), se le critica el que haya destruido la tradicional seriedad del diálogo mezclándolo con elementos tomados de la comedia.

El sentido de estas críticas es, pues, claro: sea o no cierta la acusación, la verdad es que en estos pasajes se nos informa de lo que Luciano consideraba como su gran aportación a la literatura la contaminación de dos géneros preexistentes, creando una forma nueva, que habrá de conocer, a lo largo de la historia, una considerable fortuna (Erasmo, Quevedo, Fontenelle, etc.).

---

[65] Puede verse, sobre el tema, el libro clásico de R. HIRZEL, *Der Dialog*, Leipzig, 1895, vol. I, págs. 269 y sigs., y a J. ANDRIEU, *Le dialogue antique*, París, 1954.

[66] *A uno que le dijo: eres un Prometeo en tus discursos* 6, y *Doble acusación* 34.

Pero una pregunta hemos de formularnos al llegar a este punto: ¿es Luciano el inventor de este nuevo tipo de género literario, o lo tomó de otros autores, aunque dándole su sello propio? Se ha pensado, a la vista de los numerosos elementos cínicos dispersos por toda la obra lucianesca, que Luciano habría tomado esta nueva forma literaria de la sátira menipea. Tal es la tesis de Helm en su bien conocido libro *Lukian und Menipp.* ¿Qué era la sátira menipea? Aunque prácticamente nada conservamos del famoso Menipo, a través de las imitaciones de que ha sido objeto se ha intentado, en algunas ocasiones, definir este curioso género satírico. Sabemos que se caracterizaba por una serie de elementos típicos (viajes celestes, banquetes, subastas, viajes al mundo subterráneo, etc.), por la presencia de tipos bien concretos, sobre todo, filósofos. Es, asimismo, cierto —y ello es resultado del carácter cínico de este autor— que lo fundamental era la mezcla de elementos serios y cómicos, presencia de parodias y un cierto fondo edificante, como es normal en la literatura creada por el cinismo, que elaboró una especie de contracultura muy original, estudiada recientemente por J. Roca[67] en un interesante estudio en el que se complementan las aportaciones de Dudley, Höistad, Piot y Kleinknecht[68].

Sin embargo, Menipo es un autor demasiado poco conocido para que podamos adherirnos a la tesis de Helm, que propugna, sin más, que Luciano utiliza, como fuente única, a Menipo. Luciano, que afirma, en alguna ocasión, imitar a Menipo[69], jamás dice que se limite a imitar a este solo autor. Por ello, Bompaire ha podido modificar la tesis de Helm, postulando que, junto a Menipo, el sofista de Samosata ha imitado a otros muchos autores[70].

---

[67] J. Roca, *Kynikós Trópos,* Bol del Inst. de Est. Helénicos, Barcelona, 1974.

[68] Dudley, *A History of Cynism,* Londres, 1937. Höistad, *Cynic Hero and Cynic King,* Upsala, 1948. Piot, *Un personnage de Lucien, Ménippe,* Rennes, 1914. H. Kleinknecht, *Die Gebetsparodie in der Antike,* reed. Heldesheim, 1967.

Al lado de la contaminación, empero, Luciano ha utilizado la trasposición. Si el primer procedimiento consiste, básicamente, en una mezcla de géneros, la trasposición se realiza cuando se adapta la forma de un género literario a otro. Platón, por ejemplo, traspuso los *mimos* al género dialógico. Pues bien, Luciano realizó esta misma operación, adaptando la comedia con fines propios. Hoy conocemos bien, gracias al trabajo de Andrieu[71], los procedimientos lucianescos de trasposición.

Pero, con todo, tenemos aquí planteado un problema. En un principio, se preguntó la crítica si realmente nuestro sofista había echado mano de la *comedia antigua*[72]. La respuesta fue ambigua, pues, aunque hallamos en Luciano determinados temas de este género (por ejemplo, la bajada al infierno de *Las ranas* de Aristófanes), no pudo señalarse un empleo normalizado de la comedia antigua.

Una respuesta más clara se ha dado cuando se plantea la cuestión del empleo de la comedia nueva por parte de Luciano. Pero si la respuesta es aquí unánimemente afirmativa, el problema se agudiza cuando se trata de determinar el grado de presencia de estos elementos cómicos en Luciano. La tesis extrema está representada por Kock, quien ha pretendido hallar, en la prosa de algunos *Diálogos de las cortesanas*[73], versos más o menos modificados. Contra tal postura se ha observado —por ejemplo, Bompaire— que un tipo así de trasposición sería en extremo rudimentario. En verdad, un procedimiento indigno del refinado arte de Luciano. Una posición más aceptable, sostenida por K. Mras[74], defiende que Luciano halló en la Comedia Nueva un simple estímulo para su producción literaria. En el otro extremo de la gama de teorías sobre esta cuestión, un Legrand[75] llegará a sostener que no hay base suficiente para afirmar que Luciano se inspire en la comedia. Que no hay, en los *Diálogos de las cortesanas*, paráfrasis alguna de comedias. También Helm se une a este punto de vista.

---

[69] *Doble acusación* 33.

[70] BOMPAIRE, *Lucien écrivain...*, pág. 555.

[71] ANDRIEU, *Le dialogue antique*, ya citado en nota 65.

[72] Véase el estudio de LANDERBERGER, *Lukian und die altattische Komödie*, Friburgo de Br., 1905.

¿Ha traspuesto Luciano, además de comedias, otros géneros a sus diálogos? La cosa es harto dudosa. Se ha intentado sostener, por ejemplo, la presencia de poemas épicos en la obra lucianesca. Se ha sostenido, incluso, que hay razones para creer en la trasposición de idilios. Pero, aparte el hecho de que los puntos de contacto, los indicios, son más bien escasos (por ejemplo, Teócrito, *Id.* II, y *Diál. Cort.* 4), todo lleva a hacer creer que los elementos épicos e idílicos que podamos hallar en los diálogos de nuestro autor deben proceder de meras reminiscencias de escuela.

Hasta aquí, los puntos referentes al arte de Luciano, tomado en sí mismo. Pero es interesante, también, intentar rastrear el origen de los temas abordados por el escritor, el de sus personajes, el ambiente que domina en sus opúsculos. Ello nos proporcionará, al mismo tiempo, creemos, la procedencia de lo que cabría llamar el *caudal cultural* de Luciano.

---

[73] Cf. Bompaire, *Lucien écrivain...*, págs. 569 y sigs. Una crítica a esta tesis la lleva a cabo K. Mras, en *Wiener Studien* (1916), 341.

[74] En *Wiener Eranos* (1909), 77 ss.

[75] «Les dialogues des courtisanes comparés avec la comédie», *Rev. des Études Grecques* 20 (1907), 176 ss., y 21 (1908), 91 ss.

Comencemos por sus personajes históricos, que abundan en su obra. Luciano, autor de un importante tratado teórico sobre *Cómo debe escribirse la historia*, bien estudiado por algunos autores[76], está relativamente bien informado respecto de los hechos básicos de la historia de Grecia[77]. Pero, hecho un tanto extraño en un conocedor de la historia de la Hélade, sus personajes suelen ser figuras tradicionales que actúan en situaciones típicas: Creso es, en nuestro escritor, el tipo de rey opulento; Alejandro, el vencedor, un tanto jactancioso; Solón, el consejero de los grandes príncipes. Las figuras de los grandes filósofos están siempre cortadas de acuerdo con un patrón típico. ¿Cómo explicar este hecho?

La respuesta, a juicio de los críticos más recientes, es que la formación lucianesca es una formación *escolar*. Los procedimientos de la enseñanza retórica (la *meletē*, los *progymnásmata)* son los que hallamos en los autores de esta época, y Luciano no podía ser una excepción. El hecho ha sido muy bien estudiado por Bompaire[78] y Reardon[79], quien ha señalado que el estudio de los *tópoi* «es central para el estudio de Luciano». Por su parte, Bompaire ha insistido, con razón, en que «no puede dejar de subrayarse la importancia de la teoría y del catálogo de los *tópoi* en la retórica antigua... Buena parte de las *ideas* de Luciano, y su misma imaginación, se alimentan, consciente o inconscientemente, a base de tales repertorios».

---

[76] Entre otros, G. AVENARIUS, *Lukians Schrift zur Geschichtsschreibung*, Meisenheim a. Glan, 1956, y últimamente H. HOMEYER (Munich, 1965).

[77] Véanse los trabajos de S. WALZ, *Die geschichtlichen Kenntnisse des Lukians*, tesis doct., Tubinga, inédita (cf. BURSIAN, 221, 62), y E. FLODER, *Lukian und die historische Wahrheit*, tesis doct., Viena, inédita.

[78] BOMPAIRE, *Lucien écrivain..., passim.*

[79] REARDON, *Courants littéraires...*, págs. 169 y sigs.

El *tipismo* que hallamos en sus personajes históricos es el mismo, por otra parte, que descubrimos en sus figuras mitológicas. Las actitudes que adopta el Zeus lucianesco se nutren de Homero: su Prometeo es invariablemente el ladrón del fuego, su Hermes es el dios que disfruta hurtando.

Pero es que incluso los personajes inventados de Luciano caen dentro lo que cabría llamar *arquetipos psicológicos:* sus figuras constantes, sobre todo en los *Diálogos,* son el supersticioso, el heredero que espera con impaciencia la muerte del anciano que ha de legarle su dinero, el petulante, el nuevo rico, el adulador, el avaro, el misántropo, el incrédulo... Es muy posible que tales tipos procedan de la comedia. Pero tampoco hay que olvidar que la retórica había clasificado, con vistas a la enseñanza, los tipos clásicos que, sin duda, utilizaría Luciano.

Pero no acaban aquí los elementos retórico-escolares. También las descripciones geográficas. No practica nuestro autor lo que en su tratado *Cómo debe escribirse la historia* había señalado —siguiendo principios clásicos— como la base de toda buena historiografía: la *autopsía,* el principio que señala que el historiador y el geógrafo deben describir lo que han visto con sus propios ojos. Y, en efecto, sus ciudades, sus ríos, sus paisajes están, todos, cortados de acuerdo con el patrón retórico de la época. Bompaire[80] ha dado importantes ejemplos de ello, en su obra sobre nuestro autor.

Pero la huella de la formación retórica de nuestro autor no se limita a lo que hemos venido señalando. Se extiende a los elementos estructurales de toda su producción. Y, en efecto, podemos descubrir, en los opúsculos lucianescos:

---

[80] BOMPAIRE, *Lucien écrivain...*, págs. 161 y sigs.

1. El *proceso*, en sentido estricto o lato, un juicio, un elemento judicial. Unas veces se trata de auténticos juicios *(Apología, Pleito entre consonantes, El tiranicida, El desheredado)* en los que aparecen todos los recursos de la oratoria judicial[81]. Otras veces nos hallamos ante auténticos discursos de carácter deliberativo *(Fálaris, La asamblea de los dioses, Zeus trágico)*. Pero también el género *epidíctico*, con sus ataques, elogios o reproches: así *Filosofía de Nigrino, Elogio de la patria, Elogio de la mosca*, entre otros.
2. *Elementos socráticos*, en un sentido más o menos estricto, entran, asimismo, en el opúsculo lucianesco. El banquete, la conversación entre maestro y discípulo, la simple conversación, son constantes.
3. Finalmente, el elemento *filosófico*. También aquí la temática recuerda la formación escolar, sofística. Los lugares comunes más corrientes en la literatura filosófica, sin olvidar la diatriba cínica, dominan su obra escrita, de un modo especial en opúsculos como el *Icaromenipo* y la *Necromancia*, según ha estudiado Prächter[82].

Tras el análisis de los elementos literarios de la obra de Luciano, nos resta ocuparnos de su lengua y de su estilo. Respecto a la lengua de nuestro escritor, lo primero que hay que señalar es que Luciano, como los demás representantes de la segunda sofística, no utiliza la lengua hablada en su época; la tendencia de la época era la imitación de los grandes modelos de la época clásica, siguiendo la corriente que, iniciada en el siglo I, ha recibido el nombre de *aticismo*. Se procura escribir como un Platón o un Demóstenes, aunque, curiosamente, tanto en Luciano como en sus colegas, se han podido observar algunas desviaciones de la norma. ¿Cómo debe explicarse este hecho? Para ciertos críticos, como Deferrari[83], tales divergencias son el resultado de un propósito determinado, no meros descuidos del escritor. Así, por ejemplo, si bien en Luciano, habitualmente hallamos utilizados los rasgos más típicos del ático, como el empleo de la */-tt-/* en vez de */-ss-/*, la llamada */-n/* efelcística, la contracción regular en los verbos contractos y el llamado *futuro ático*, el dual (ya desaparecido prácticamente del ático, y, desde luego, de la lengua conversacional de la época de Luciano); el optativo —que en la época helenística había sufrido una gran merma en el empleo, hasta llegar a desaparecer de la lengua normal— es, asimismo, utilizado, pero a veces —y de este hecho nos ocuparemos inmediatamente— de manera «incorrecta», así como ocurre, en algunos casos, con el empleo de las negaciones. De acuerdo con la tesis de Deferrari, si hallamos en Luciano algunas formas jónicas es debido a la intención deliberada de dar una pequeña pincelada jónica a su obra: así, en los *Relatos verídicos*, los jonismos que se han podido detectar se deben a que, dado que Luciano, en esta obra, se propone satirizar la literatura de fantasía, emplea algunos de los usos habituales en este género, normalmente escrito en jónico. Asimismo, algunos vulgarismos que contienen los *Diálogos de las cortesanas* pueden explicarse, según el crítico antes citado, por el tipo de género que el autor imita.

---

[81] Cf. el estudio de L. MÜLLER, «De Luciani dialogorum rhet. compositione», *Eos* 32 (1929), 559 y sigs.

[82] K. PRÄCHTER, «Zur Frage nach Lukians philosophischen Quellen», *Archiv f. Geschichte der Philos.* 11 (1898), 565 y sigs.

Quedan, sin embargo, algunos casos que no han podido ser explicados: Deferrari ha pretendido explicarlos, o al menos justificarlos, como consecuencia de una deficiente tradición manuscrita o como un descuido, en algunos casos, del propio Luciano. Otros críticos, como Fritsche[84], han emitido la hipótesis de que la obra de Luciano ha sido sometida, tras la muerte de su autor, a una revisión aticista, hipótesis poco plausible si tenemos en cuenta que esta hipotética revisión habría introducido más desorden que orden en la lengua de Luciano.

---

[83] R. J. Deferrari, *Lucian's atticism*, Princeton, 1916. Esta obra se aprovecha de los estudios anteriores, sobre todo, del fundamental de W. Schmid, *Der Atticismus...*, vols. I-IV, y S. Chabert, *L'atticisme de Lucien*, París, 1897.

El problema que plantea la lengua de la segunda sofística resulta ser, pues, que, en ocasiones, los autores de esta corriente han intentado imitar la lengua de los siglos V y IV a. C. Los sofistas, de acuerdo con esta tesis, defendida especialmente por Schmid[85], serían unos espíritus que escribían de espaldas al presente, con los ojos puestos en los *modelos* áticos. Pero en la tesis de Schmid había un punto que parecía contradecir los postulados y los datos en los que se basaba su autor: porque el uso del optativo que hallamos en algunos casos en estos sofistas sería un mentís al principio fundamental establecido. ¿Cómo habría que explicar, pues, estos usos anómalos?

Hacia los años cuarenta, Higgins[86] intentó atacar la tesis de Schmid en un trabajo de grandes ambiciones que se proponía no sólo explicar los usos anómalos del optativo que hallamos en la lengua de la segunda sofística, sino incluso concluir, por medio de los datos obtenidos del estudio de los papiros de la época, que la lengua de los sofistas no era una lengua artificial, sino que esta lengua habría adoptado muchos elementos de la lengua hablada en el siglo II. Higgins opina que estos usos anómalos procedían de usos dialectales vivos. En suma, que puede hablarse de lo que Higgins llamaba el «standard late Greek», que sería una especie de compromiso entre la lengua literaria y la koiné de la época, una lengua que mezclaría una sintaxis dialectal y el vocabulario jónico-ático de la koiné. Hay que decir, empero, que, a pesar de que Higgins utiliza los más recientes estudios sobre la lengua hablada de esta época [87], los datos aportados por las inscripciones y el conocimiento de los autores tardíos, la tesis ha sido atacada de raíz incluso por autores que pertenecen a la escuela del crítico citado. Así, Anlauf [88], tras pasar revista a los trabajos de esta escuela, concluye que la tesis básica es errónea, lo cual no quiere decir que la labor crítica de Higgins haya sido vana. Sobre los aspectos positivos de Higgins y su escuela se ha manifestado, recientemente, por ejemplo, Reardon [89] al señalar que «ha echado las bases para un estudio, más exacto y comprehensivo que el de Schmid, del fenómeno que llamamos aticismo».

---

[84] En su edición de Luciano (Rostock, 1860-62, vol. I, página XIII).

[85] En *Der Atticismus*..., I, págs. 212 y sigs.

[86] M. J. HIGGINS, «The Renaissance of the First Century and the Origins of Standard Late Greek», *Traditio* 3 (1945), 49 ss.

Si pasamos ahora, tras esta digresión, al estilo de Luciano, señalaremos que Luciano no se ha limitado a una simple imitación del estilo clásico; como en todos los demás aspectos de su personalidad, ha sabido inspirar vida a los elementos que imita, marcándolos con su sello propio. Ello aparece ya claro en el modo de citar de Luciano. Por un lado, tenemos las «citas de adorno», citas innecesarias para el contexto y que sólo emplea el autor para elevar el tono del pasaje. Un ejemplo lo tenemos en *Icaromenipo* 12 y 22. Se trata de puras citas literarias, sin duda tomadas de antologías, como parece demostrarlo el hecho de que los otros autores de la época suelen acudir a las mismas. En otros casos, la cita sirve para conceder autoridad a lo que se afirma. Sería no ya una cita de adorno, sino una cita que tiene una finalidad práctica concreta.

---

[87] De entre los estudios sobre estos problemas, cabe citar: E. HERMANN, *Die Nebensätze in den gr. Dialektinschriften*, Leipzig-Berlín, 1912; A. PERETTI, «Ottativi in Luciano», *Rev. Fil. ed Istr. Class.* 23 (1948), 69 ss.; R. DE L. HENRY, *The Late Greek Optative and its use in the Writings of Gregory Nazianzen*, Washington, 1943.

[88] G. ANLAUF, *Standard Late Greek oder Atticismus? Eine Studie zum Optativgebrauch im nachklass. Griechisch.*, tesis doct., Colonia, 1960.

[89] *Courants littéraires...*, pág. 84.

Otro elemento estilístico muy abundante en Luciano es el uso de los proverbios con la finalidad de dar un sabor más o menos popular a algunos pasajes de su obra. El fenómeno ha sido estudiado por Rein [90], quien cae, empero, en el defecto de creer que Luciano los ha ido a buscar en los autores clásicos. Más probable es que procedan de colecciones antológicas. Ocurre aquí como en el caso de la cita: los autores de su época suelen acudir a los mismos refranes, lo que delata un origen escolar-retórico, como, por otra parte, ha demostrado recientemente Bompaire [91].

Debemos a O. Schmidt [92] uno de los estudios más completos del uso del símil y de la metáfora en Luciano. Nuestro autor toma sus metáforas de los campos más variados de la vida humana, pero tampoco puede negarse el origen libresco de tales procedimientos estilísticos. Pero sabe emplearlas con buen tino: puede incluso ocurrir, como en los mejores autores de la época clásica —Platón, incluso Píndaro—, que a lo largo de toda una obra hallemos un *motivo dominante:* así, en el *Hermó-*

---

[90] REIN, *Sprichwörter und sprichwörtliche Redensarten bei Lukian,* Tubinga, 1894.

[91] BOMPAIRE, *Lucien écrivain...,* págs. 392 y sigs.

[92] O. SCHMIDT, *Metapher und Gleichniss in den Schriften Lukians,* Winterthur, 1897.

timo, este motivo es el *camino* empleado ya por Platón en el *Lisis*[93].

Otro recurso corriente en el estilo lucianesco es la presencia de la anécdota y la fábula, lo que concede a la narración un ritmo vivo, muy personal.

Debemos a Schmid[94] buenas observaciones sobre los períodos retóricos de Luciano: según el gran estudioso del aticismo, los períodos lucianescos se caracterizan por su elegancia y su proporción, elementos que contribuyen a hacer agradable la lectura de nuestro autor. Rico es, asimismo, su vocabulario, como ha señalado Rothstein[95] en el estudio que le ha consagrado.

En resumen, Luciano sigue la norma general de su época en la lengua que utiliza: una lengua artificial, imitada de los grandes autores del aticismo, aunque, en ocasiones, pueda caer en pequeños errores sintácticos, pese a que él conocía muy bien el ático, como demostró en el curioso opúsculo *El solecista.* En cuanto a su estilo, es una magnífica combinación de recetas de escuela y de buen gusto literario. Ello convierte a nuestro autor en uno de los más agradables de la literatura griega de todos los tiempos.

5. *El mundo de las ideas en Luciano*

En el capítulo anterior hemos tenido ocasión de comprobar dos fenómenos básicos en relación con la obra literaria de Luciano: que, por un lado, buena parte de su *cultura* es de origen escolar, libresco, y que, por otro, ello no ha impedido a los críticos reconocer un cierto rasgo de genio en determinados aspectos de su personalidad literaria. Cabe decir que los aspectos ideológicos de nuestro autor presentan una doble faceta parecida. Hay, en suma, una *cuestión lucianesca.* Para definir los rasgos esenciales de tal cuestión, cabría decir que Luciano, como pensador, es un enigma todavía no resuelto. Porque, de una parte, están los críticos para los cuales nuestro sofista es un pensador auténtico, hondamente preocupado por cuestiones filosóficas; de otra, la serie de intérpretes para quienes la finalidad última de la obra lucianesca no es sino un oportunismo humorista al que preocupa tan sólo el modo de provocar la hilaridad y ganarse, de tal manera, a su público.

---

[93] Bompaire ha llamado «rumination des images» al empleo de una misma metáfora por Luciano a lo largo de una obra entera.

[94] SCHMID, *Der Atticismus*, I, pág. 221.

[95] ROTHSTEIN, *Quaestiones Lucianeae*, págs. 101 y sigs.

Pero, aun dentro de cada una de estas dos tendencias interpretativas, es menester distinguir determinados matices: para Gallavotti, por ejemplo[96], «la vida de Luciano lo es todo menos la expresión ligera de un carácter inconstante y superficial. Por el contrario, la reflexión, la firmeza y la ponderación son sus rasgos esenciales». Para Gallavotti, como para los que se mueven en una línea interpretativa semejante, Luciano se *convirtió* a la filosofía tras una profunda experiencia, y permaneció, después, fiel a sus principios. Pero aun aceptando, como hipótesis de trabajo, tal conversión, se preguntan los críticos qué escuela filosófica fue la que ganó el corazón de Luciano. Se le ha querido hacer un pensador cuyas simpatías van hacia el epicureísmo: tal es la tesis de Caster[97]. Pero otros han apuntado hacia el cinismo, como Helm. Y últimamente se ha querido ver en Luciano una especie de *premarxista* cuya obra es una profunda reflexión sobre la lucha de clases, como recientemente ha intentado defender Baldwin[98]. El tema es lo suficientemente importante, para una cabal comprensión de Luciano, como para dedicarle algunas páginas.

---

[96] GALLAVOTTI, *Luciano nella sua evoluzione...*, pág. 209.

[97] CASTER, *Lucien et la pensée religieuse de son temps*, París, 1938. Un análisis bien llevado de la crítica sobre este punto puede verse en J. SCHWARTZ, *Biographie de Lucien*, Bruselas, 1956, páginas 145 y sigs.

El estudio de las posibles relaciones de Luciano con la filosofía plantea, a nuestro modo de ver, dos cuestiones básicas. Ante todo, el problema del sentido último de la obra lucianesca. En segundo lugar, la cuestión de si hay una evolución en la carrera del sofista, y si se ha producido una verdadera y auténtica conversión a la filosofía.

El siglo XVIII tendió a valorar en Luciano el aspecto moralista, que fue profundizado en el siglo siguiente. Renan, al presentar a nuestro escritor como «un sabio en un mundo de locos»[99], y Martha[100], al proclamarle el último gran moralista de la decadencia, marcaron un camino que se prosiguió en el siglo XX en intérpretes como Chapman[101], Gallavotti y Quacquarelli[102], culminando en la interpretación marxista de Baldwin. La evolución que ha presidido esta corriente interpretativa parte de dos supuestos previos: por un lado, que el fondo cínico (desarrollado luego por Helm, pero con ciertas restricciones) que se quería hallar en el pensamiento lucianesco no sólo residía en la forma (por ejemplo, la explotación de la «mina» menipea), sino, asimismo, en su actitud ante el mundo y la vida.

Por otro lado, esta línea interpretativa parte del supuesto de una actitud «seria» de Luciano ante los hechos que satiriza. Nuestro autor, exponente «del tormento e della confusione spirituale che agitava i popoli nei primi secoli dell'Era nostra», en frase de Gallavotti [103], se ha preocupado hondamente de la sociedad de su tiempo, con su inmoralismo, su falta de coherencia lógica entre teoría y práctica, y ha reaccionado violentamente contra los vicios que la afeaban, y, de rechazo, contra la propia Roma, fuente de toda inmoralidad, de acuerdo con la tesis de A. Peretti [104], recientemente combatida por Palm [105]. La «protesta» de Luciano habría, pues, que tomarla en serio, y tal protesta explicaría su simpatía por el movimiento cínico, que no era simplemente nihilista, sino que tendía a sentar las bases para una nueva sociedad. El cínico, en efecto, sostiene la íntima convicción de que, al liberar al hombre, le abre las puertas de la felicidad. El cinismo proclama una cierta «inversión de valores», actitud contenida, como programa, en la frase de Diógenes, de acuerdo con la cual el filósofo era «un monedero falso que transforma las monedas de la convención». Pero, aun aceptando todo eso, una profunda diferencia distingue a Luciano, a ese Luciano hipotéticamente cínico, de los fundadores de este movimiento: nada más lejos de nuestro autor que la actitud activista de un Crates o de un Diógenes.

---

[98] BALDWIN, «Lucian as a social satirist», *Class. Quart*, n. s., 11 (1961), 199 ss.

[99] RENAN, *Marc-Aurèle et la fin...*, pág. 377.

[100] MARTHA, *Les moralistes sous l'empire romaine*, París, 1865, página 335.

[101] CHAPMAN, *Lucian, Plato and Greek Morals*, Oxford, 1931.

[102] A. QUACQUARELLI, *La retorica antica al bivio*, Roma, 1956.

---

[103] GALLAVOTTI, *Luciano nella sua evoluzione...*, págs. 208 y sigs.

[104] A. PERETTI, *Un inteletiuale greco contro Roma,* Florencia, s. a. (1946). La tesis de una oposición espiritual contra Roma, que culminaría en S. Agustín, fue defendida ya por H. FUCHS, *Der geistige Widerstand gegen Rom,* Berlín, 1938.

[105] J. PALM, *Rom Römertum und Imperium in der gr. Literatur der Kaiserzeit,* Lund, 1959, quien ha realizado una interesante encuesta entre los principales autores llegando a conclusiones un tanto matizadas, como que no hay ningún rastro de oposición entre los escritores de la época, y sólo reconoce cierta actitud negativa «entre las capas bajas de la sociedad» (págs. 131 y siguientes), o contra aquellos griegos que aceptaban las costumbres romanas de un modo indigno de un griego (pág. 132). Para Peretti (cf. nota anterior), la *Filosofía de Nigrino,* de Luciano, sería una respuesta al *Discurso sobre Roma* de ELIO ARÍSTIDES.

Ahondando en estos postulados, Baldwin elabora su tesis de un Luciano satírico-social al que preocupa la cuestión de la lucha entre pobres y ricos, esto es, la lucha de clases. El crítico anglosajón insiste en que los *Diálogos de los muertos* representan «el auténtico pensamiento de Luciano» [106], y, ampliando una idea de Rostovtzeff [107], de acuerdo con la cual «el enfrentamiento entre pobres y ricos ocupa un lugar preeminente en los diálogos de Luciano, y él era plenamente consciente de la importancia del problema», concluye Baldwin que «toda la vida de Luciano transcurre en una atmósfera de odio y violencia de clases».

En realidad, los puntos de vista de Baldwin sólo son posibles si se extrapola el «interés» que Luciano ha sentido por los temas contemporáneos tal como aparecen, por ejemplo, en los *Diálogos de los muertos*, donde el tema de la esperanza de los presuntos herederos es constante. No es casualidad que Martha [108] haya podido afirmar, hace ya muchos años, que gracias a Luciano conocemos la sociedad del siglo II, y que el propio Baldwin se apoye en esta misma obra y, extrapolando los datos que de ella se obtengan, monte una teoría evidentemente exagerada, de la cual ha podido afirmar, recientemente, Reardon [109] «que el propio Luciano se habría sorprendido de esa interpretación de su creación literaria».

La tesis contraria, que ve en Luciano a un escritor cuyo rasgo sería la ligereza, está esencialmente representada por R. Helm. Ya, antes que él, Wilamowitz[110] lo había presentado como un *periodista* sin ideas propias. El propio Helm inicia su famoso libro con unas palabras que son un auténtico programa y que sintetizan la actitud de toda una línea interpretativa: «No debemos ver en él al luchador que combate por la verdad y la razón contra la superstición y el oscurantismo»[111]. Se ha producido, pues, una completa inversión en la visión de nuestro sofista: Luciano no buscaría otra cosa que la risa de sus lectores. Pero llega más lejos aún la actitud de Helm, negándole, incluso, que pueda hablarse de un «volterianismo» de Luciano.

---

[106] BALDWIN, «Lucian as social...», pág. 207. Este mismo autor añade, además, *Saturnales*, *Nekuia* y *Cataplus* (cf. su trabajo «Strikes in the Roman Empire», *Class. Journal* 59 [1963], 75).

[107] ROSTOVTZEFF, *Historia económica*..., pág. 621, nota 45.

[108] MARTHA, *Les moralistes*..., pág. 381.

[109] REARDON, *Courants littéraires*, pág. 157.

El segundo punto que nos interesa es el de la pretendida conversión de Luciano a la filosofía, el de su evolución espiritual. A este respecto tenemos que señalar algunos puntos importantes:

1. Por lo pronto, nadie puede negar —y de hecho nadíe niega— que Luciano inició su carrera armado con las armas de la sofística. Sus primeras obras carecen de la hondura ideológica que hallamos en algunas obras posteriores. Hay, pues, una etapa sofística en la vida de nuestro autor.

2. Más difícil resulta el problema de su *conversión* a la filosofía. El tema era actual en su propia época, en la que no era raro pasar o de una orientación retórica a otra filosófica, o de la filosofía al cristianismo. El tema ha sido bien estudiado por A. D. Nock[112]. Por lo pronto, hay críticos que se niegan en redondo a aceptar una etapa *filosófica* en la vida de Luciano, aduciendo —creemos que equivocadamente— que las fronteras entre

---

[110] Von Wilamowitz, *Die Kultur der Gegenwart*, I, 8, págs. 172 y siguientes.

[111] Helm, *Lukian und Menipp*, pág. 6.

[112] A. D. Nock, *Conversion*, Oxford, 1933.

retórica y filosofía eran algo más que dudoso. Gerth[113] es uno de estos críticos.

Por otra parte, mientras las obras de la primera época lucianesca delatan una absoluta falta de preocupación por problemas contemporáneos, hay un momento —que algunos quieren hacer coincidir con el *Nigrino*— en que es innegable una cierta preocupación por los hechos que ocurren en su época (*Alejandro o El falso profeta, La muerte de Peregrino,* entre otros). Sea como sea, lo único que puede decirse es que, si hubo conversión a la filosofía, tal conversión duró poco tiempo. Y, en efecto, casi en la misma época en que puede hablarse de conversión hallamos nuevamente duros ataques contra los filósofos, sobre todo contra aquellos que no armonizan sus ideas con su modo de vivir. Y el *Hermótimo* —prácticamente contemporáneo del *Nigrino* que representa, para Peretti, el documento que da fe de su conversión— es una manifestación formal de un profundo escepticismo filosófico. Posiblemente fue escrito a raíz de su definitivo desengaño de la filosofía.

3. En su etapa madura, pues, desengañado ya de la filosofía, pero también del espectáculo que ofrece su propia época, se dedica a la sátira y a la crítica contra las costumbres y contra la filosofía. El rasgo fundamental de esta última actitud de Luciano es su aspecto negativo. La esencia de las obras maduras de Luciano es la *negación,* su orientación eminentemente destructiva. Sin embargo, es preciso reconocer que no todo se resuelve con el término «negativo». Porque Luciano suele atacar lo que huele a falso, a inauténtico, a falta de coherencia.

La pobreza especulativa es uno de los rasgos que Caster[114] señala en Luciano como *pensador.* No se descubre en él nunca una auténtica preocupación por los problemas teóricos, defecto que le hizo incapaz de profundizar, si es que lo intentaba en serio, en los problemas por él abordados. Rasgo que comparte, hay que reconocerlo, buena parte de la literatura del siglo II y, en general, todo el período tardío del helenismo, en el que ha desaparecido todo auténtico interés por la especulación, como han señalado los historiadores que se han ocupado de esta época, especialmente Murray, Nilsson y Dodds[115].

---

[113] Cf. n. 25.

[114] En el libro, ya citado, *Lucien et la pensée religieuse de son temps.*

Para redondear el perfil de Luciano como pensador, debemos centrar nuestra atención en dos aspectos de su figura: de un lado, su actitud ante las creencias de su época y, de otro, su crítica de la historiografía.

¿Qué actitud es la de nuestro sofista ante los elementos irracionales que invaden ahora el mundo grecorromano? El período romano de la cultura griega ha sido calificado por Murray como «a failure of nerves», y por Dodds, de «miedo a la libertad». Frente a la magia, a las creencias supersticiosas de su época, Luciano adopta una decidida tesitura polémica, cayendo en una reacción desproporcionada y atacando, por ende, todo lo que huele a misticismo, a religión. Recordemos su obra *Aficionado a las mentiras:* aquí son vapuleadas sin compasión la providencia, la fe en los oráculos, toda actitud religiosa, en suma.

La actitud de Luciano frente a la historiografía de su época queda patentizada en su tratado *Cómo debe escribirse la historia.* Opúsculo que ha sido juzgado de formas muy diversas por los críticos. Si para algunos esta obra hizo posible, con su equilibrada posición teórica, que la historia no desapareciera del todo y que pudiera pasar al mundo bizantino, otros han afirmado, creemos que con razón, que Luciano no adopta aquí puntos de vista originales, sino que refleja, sin más, la práctica de los mejores historiadores de su tiempo. De hecho, lo que se proponía realmente Luciano era —como en el caso de los *Relatos verídicos*— insistir en que debían atacarse las posiciones extremas de la *historia trágica*, insistiendo en el *buen sentido* y en que era preciso adherirse a los mejores modelos de la tradición (Tucídides sobre todo). Pero mientras en los *Relatos verídicos* su sátira se realiza llevando al absurdo los procedimientos de los narradores de historias fantásticas, aquí ha intentado una síntesis de lo mejor de la historiografía helénica. Su falta de originalidad queda patente, si comparamos este opúsculo con la práctica de los mejores historiadores del siglo I (Diodoro, Dionisio de Halicarnaso, Flavio Josefo) y del II (Arriano, Apiano, Dión, Casio, etc.). Lo único que podemos decir, en favor de Luciano, es que su obra pudo sonar como un toque de alerta contra ciertas aberraciones que habían invadido a una parte de la producción historiográfica griega en este momento[116].

---

[115] G. Murray, *Five Stages of Greek Religion,* Boston, 1953 (reed.), págs. 123 y sigs.; Nilsson, *Geschichte...,* II, *passim;* Dodds, *The Greeks...,* cap. final.

---

[116] Cabría elaborar un abundante *dossier* sobre el juicio que les ha merecido a los críticos la obra de Luciano sobre la historia. Señalamos algunos de los más interesantes. Para J. SOMMERBRODT, *Ausgewählte Schriften Lukians*, 1857, págs. 2 y sigs. Luciano fue el primero que elaboró una teoría de la historia, insistiendo, de acuerdo con Tucídides, en el criterio de exigencia sobre la verdad. W. SCHMID, *Geschichte der gr. Lit.*, I, 5, Munich, 1950, página 315, señala que ha superado las meras recetas de escuela para elaborar los principios teóricos del tema. Para STREBEL, *Wertung und Wirkung der thuk. Geschichtsschreibung in der gr. röm. Literatur*, Munich, 1935, págs. 65 y sigs., Luciano se inspira en los principios básicos que informan la obra de Tucídides. Para M. SCHELER, *De hellenisticae historiae conscribendae arte*, Leipzig, 1901, en cambio, nuestro autor parte de criterios isocráticos, en tanto que, según FR. WEHRLI, «Die Geschichtsschreibung im Lichte der antiken Theorien», en *Eumusia, Festschrift Howald*,

6. *Luciano y la posteridad*

Aunque Luciano no es, en sentido estricto, un genio de la literatura, su temperamento y la gracia de su estilo han sido los determinantes decisivos de una larga influencia en la literatura universal. Pero esa influencia no ha conocido una línea constante. Cabría decir que, al lado de autores aislados que lo han utilizado ocasionalmente, existe una corriente espiritual, en la historia de Europa, que, intermitentemente, ha asimilado el espíritu lucianesco unido a ciertos ingredientes propios de la época, dando origen a fenómenos como el *erasmismo* y el *volterianismo*, que, si no representan un lucianismo químicamente puro, contienen los principios básicos del talante satírico de nuestro escritor.

Hablemos, primero, de los escritores que sólo ocasionalmente se han servido de él en sus obras. Se ha señalado, por ejemplo, un cierto influjo sobre Luitprando en el remoto siglo X; Hans Sachs, en el Renacimiento alemán, ha podido inspirarse en nuestro autor para alguna de sus obras: concretamente, en el *Diálogo de los muertos* 10, para su muy famoso *Charon mit den abgeschiedenen Geistern*, y en el *Tóxaris* para su *Clinias und Agathokles*. Wieland, en pleno siglo XVIII, utiliza elementos tomados de nuestro sofista para piezas como *Nuevos diálogos de los dioses* y *Diálogos en el Elíseo*.

---

páginas 61 y sigs., Luciano se habría inspirado en el tratado *Sobre la Historia*, de Teofrasto. AVENARIUS, *Lukians Schrift*..., es quien ha realizado el análisis más completo de la obra, señalando que en el tratado de Luciano hay elementos tucidídeos (rechazo de lo mítico, principio de la verdad, utilidad de la historia, etc.), pero también retóricos, polibianos, principios que proceden de Duris, de Filarco. La edición comentada más reciente de este opúsculo lucianesco es el de H. HOMEYER, *Lukian. Wie man Geschichte schreiben soll*, Munich, 1965 (cf. nuestra reseña en *Emerita*).

En Francia, Cyrano de Bergerac se inspira en los *Relatos verídicos* para escribir su *Histoire comique d'un voyage à la lune,* y Fontenelle ha sabido asimilar lo mejor del espíritu burlesco del samosatense para sus *Dialogues des morts* y su *Charles-Quint et Érasme.* En Italia, Boyardo (siglo XV) toma los elementos básicos de su obra teatral *Timone,* del opúsculo del mismo nombre de Luciano, y el mismísimo Maquiavelo utiliza, al lado de Apuleyo, a Luciano para su *Asino d'oro.* Finalmente, en la Grecia moderna, Roïdis, creador de la novela griega moderna, se inspira directamente en un pasaje de *El sueño* para escribir el pasaje de *La papisa Juana,* en el que la *vida mundana* y la *vida monástica* se aparecen a Juana para intentar atraerla, cada una por su lado, al ideal existencial que representan. Es de notar que Roïdis hace referencia expresa a Luciano en este texto[117].

Más importante es señalar que hay determinadas épocas que, dadas sus específicas circunstancias históricas, pueden calificarse de especialmente lucianescas. Son épocas en las que la sátira adquiere una importancia capital; épocas que, por otra parte, representan un momento de transición, un paso de un período histórico y cultural a otro.

Por ello, no es de extrañar que los dos momentos más lucianescos de la historia cultural de Occidente sean, de un lado, el Renacimiento; de otro, el siglo de la Ilustración. El *lucianismo moderno* tiene su inicio en los momentos maduros del Humanismo renacentista. Ahora aparece un movimiento espiritual, el *erasmismo,* con sus rasgos específicos[118], que lo emparentan muy de cerca con lo mejor del espíritu de Luciano.

---

[117] Cf. E. Roïdis, *La papisa Juana (He pápissa Ioánna),* publicada por vez primera en 1866 (citamos por la edición de Ediciones Galazía, Atenas, 1970), pág. 33, donde, al iniciar el pasaje, afirma: «Ignoro si Juana había leído a Luciano...».

[118] Una somera enumeración de los rasgos del erasmismo pue-

Por lo pronto, Luciano es editado por los humanistas muy pronto, y, tras las primeras ediciones, incluso contemporáneamente, aparecen las primeras traducciones. En efecto, la *editio princeps* de Luciano sale de las prensas de L. de Alopa en 1496, en edición cuidada por el gran helenista J. Láscaris. La primera edición Aldina aparece en 1503, y la segunda en 1522. Simultáneamente van apareciendo traducciones a las principales lenguas occidentales. En 1495 —un año antes de que apareciera la *editio princeps*—, el humanista Reuchlin realiza la versión alemana de los *Diálogos de los muertos* (que fue editada, empero, más tarde, en 1536); en 1499, Von Wyle publica su versión del *Lucio*. Y ya en el siglo XVI las traducciones, junto a las ediciones, se multiplican: señalaremos, así, las versiones de Von Plieningen *(El sueño o El gallo)* al alemán, la francesa de G. Tory (1520), la inglesa de Rastell (1520), la italiana de Scoto (1552). En España, Juan de Jarava es el primer traductor de Luciano (Lovaina, 1544), con un *Icaromenipo*[119].

Con estas primeras ediciones y las correspondientes traducciones de Luciano se preparaba el camino para su verdadero influjo en el Renacimiento. Porque ahora vamos a vivir el primer gran momento de la influencia de Luciano en el espíritu europeo. Y aquí tenemos que citar, por lo pronto, el nombre de Erasmo. Autor, él

---

de hallarse en M. BATAILLON, *Erasmo y el erasmismo*, Barcelona, Grijalbo, 1977, págs. 141 y sigs.: «Hacia una definición del erasmismo».

[119] Sobre las traducciones de los autores clásicos en el Renacimiento, especialmente de Luciano, cf. L. S. THOMPSON, «German translations of the classics between 1450 and 1550», *Journal of Eng. and Germ. Phil.* 42 (1943), 343 ss.; G. HIGHET, *La tradición clásica*, México, 1954, I, págs. 168 y sigs.; BOLGAR, *The classical Heritage and its beneficiaries*, Cambridge, 1954. Para España, parcialmente, A. VIVES, *Luciano en España en el Siglo de Oro*, La Laguna, 1959, y M. BATAILLON, *Erasmo y España*, México, 1950.

mismo, de varias traducciones de Luciano[120], supo asimilar maravillosamente su espíritu, de modo que estaríamos tentados de afirmar que en la génesis del pensamiento erasmiano, junto a aspectos muy propios del autor del *Elogio de la locura*, hay un ingrediente no pequeño que debe a la lectura del sofista de Samosata. La sátira despiadada, por ejemplo, que Luciano ha desatado contra un Peregrino o un Alejandro, la tenemos vivamente reflejada en una obra como el *Dialogus Iulus exclusus e coelis*. Aquí se aúnan el espíritu y algunos elementos formales de la obra lucianesca: por lo pronto, como ocurre en muchas obras del samosatense, tenemos una introducción en verso (un epigrama en trímetros yámbicos contra Julio II) en la que se flagelan todos los vicios del famoso papa, al que se compara con Julio César. Señala su autor, en este epigrama, no hace muchos años descubierto[121], que, como César, fue también Julio II pontífice, y que logró la tiranía por medios ilícitos:

Plane es alter Iulius.
Et pontifex fuit ille quondam maximus
et per nefas arripuit ille tyrannidem.

El diálogo subsiguiente se desarrolla —como en muchas ocasiones ocurre en la obra lucianesca— en el cielo, al que intenta en vano entrar el difunto pontífice. Éste, al verse rechazado, monta en cólera, se comporta como una fiera, da patadas contra la puerta, sin conseguir nada. Al intentar Julio II mostrar a Pedro la llave de San Pedro, el apóstol —y aquí hay otro rasgo de la sátira lucianesca— exclama que reconoce este atributo, pero que ahora está muy lejos de parecerse a la que el Maestro le entregara:

---

[120] Sobre las traducciones erasmianas de Luciano, cf. BOLGAR, *The classical...*, págs. 299-241 (con bibliografía).

[121] El epigrama fue publicado por vez primera en 1925 por K. B. PINEAU (*Rev. de litt. comparée* V [1925], 385 ss.). La edición que citamos es la de W. WELZIG, *Erasmus von Rotterdam. Ausgewählte Schriften*, Darmstadt, 1968, vol. V.

> Equidem argenteam clavem utcumque agnosco, licet solam et multo dissimilem iis quas olim verus ille pastor ecclesiae mihi tradidit Christus.

Y Pedro insiste en que no puede reconocer la tiara papal; que la capa del papa y las joyas con que se adorna son indignas de un pastor cristiano, etc. En suma, asistimos a la crítica contra el fasto de la Iglesia, a la falta de coherencia entre la doctrina y la conducta de un hombre, como nos tiene acostumbrados Luciano cuando critica las costumbres de los filósofos que ha tratado.

Luciano se había dirigido, también, contra los eruditos pedantes, los imitadores serviles de los clásicos, los falsos conocedores de la lengua griega. Un ejemplo, entre muchos, es el delicioso opúsculo *El pseudosofista o El solecista.* Bien, esta vertiente de la crítica lucianesca la tenemos en el diálogo erasmiano *Ciceronianus*[122], donde el humanista de Rotterdam pone en la picota a los serviles imitadores del estilo de Cicerón[123]. Los personajes del diálogo llevan nombres bien significativos (este procedimiento es, asimismo, lucianesco): *Bulephorus,* nombre griego que significa *consejero* y que, en el opúsculo, representa la voz de la razón (es el propio Erasmo, la sensatez erasmiana); el personaje atacado de la enfermedad de la *ciceronianitis* se llama *Nosoponus; Hipologus* no es sino un personaje de relleno. En la obra más famosa de Erasmo, la *Stultitiae laus*[124], hay, naturalmente, múltiples elementos tomados de Luciano, aparte la idea central, típicamente lucianesca, aunque parece que Erasmo quiso jugar con el nombre de su amigo More (Tomás Moro)[125]. Por otra parte, existía toda una larga tradición sobre el tema de la locura humana, que Erasmo supo aprovechar[126]. Pero, centrándonos en los elementos lucianescos de la obra, señalaremos que hay capítulos enteros que habrían podido ser escritos por el propio Luciano, como ha señalado un reciente editor del *Elogio de la locura*[127]: así los primeros capítulos, sobre todo los grupos VII-IX, XV, XLVI y LVIII, donde tenemos temas tan típicamente lucianescos como la enumeración de los títulos que exhibe la Locura, la disputa de los dioses entre sí sobre sus propios privilegios, o la escena que nos los presenta contemplando las cosas humanas. Es cierto que algunos opúsculos lucianescos son fuente directa: así la idea central de la obra se inspiró en los *Diálogos de los dioses*, pero se puede detectar el influjo concreto de otros, como *El navío o Los deseos*, partes de los *Diálogos de las cortesanas*, *El tirano*, *Sobre las escuelas filosóficas*, etcétera.

---

[122] Una de las mejores ediciones de este diálogo es la de A. GAMBARO, Brescia, 1965. Contiene el texto y la versión italiana, con una amplia introducción donde se estudia el problema de la polémica sobre el ciceronianismo y la corriente opuesta en los siglos XV y XVI.

[123] Cf. nuestro trabajo «A. Vesalio y la ideología del Renacimiento», *Emerita* X, fasc. 2 (1971), con bibliografía sobre el problema.

Finalmente, señalaremos ciertos elementos del espíritu lucianesco en la *Querela pacis*, donde la Paz, como la Filosofía en la obra lucianesca, se lamenta de lo mal tratada que es por los humanos[128].

---

[124] Una cómoda edición, con versión española, es la de O. NORTES (Barcelona, 1976).

[125] Erasmo dedicó a Tomás More (Moro) la obra, y le recuerda en el prefacio que:
primum admonuit me Mori cognomen tibi gentile, quod tam ad Moriae vocabulum accedit, quam es ipse a re alienus (cf. ed. de NORTES, pág. 72).

[126] Concretamente, *Das Narrenschiff*, del humanista alemán S. BRANDT, aparecida en 1492.

[127] O. NORTES, *ed. cit.*, págs. 50 y sigs.

Otro gran espíritu que ha sabido utilizar ciertos elementos del espíritu de Luciano es Rabelais, del que se ha dicho[129] que «Luciano era su camarada espiritual y compartía con él la risa que, sin condenar nada, se regocija con todo». No pocos son los capítulos de la obra rabelesiana que huelen a imitación directa de nuestro sofista. Así, en el capítulo XXXIII del *Gargantúa*[130], en el que Picrócolo, duque de Menuail, conde Spadassin y capitán de Merdaille (los nombres recuerdan ya ciertos procedimientos lucianescos) da órdenes para que su ejército vaya a la realización de conquistas absurdas y fantásticas. En *Pantagruel,* II, 30, Epistemón, muerto y resucitado, cuenta lo que ha visto en el mundo de los muertos. Una regocijada sátira de las exageraciones de los cosmógrafos de la época tenemos en *Pantagruel,* XXV, donde las posibilidades cómicas de la exageración, practicadas por Luciano en los *Relatos verídicos,* son explotadas al máximo.

En el siglo XVIII tenemos dos importantes autores que, sin desmerecer en su originalidad, saben inspirarse hábilmente en Luciano. De un lado, Swift, cuyos *Viajes de Gulliver,* llenos de gracia unida a una dura sátira, recuerdan lo mejor de Luciano, y Voltaire (no en vano nuestro sofista fue llamado el Voltaire del siglo II), quien en su *Candide* y en su *Micromégas* nos ha ofrecido la mejor versión moderna del lucianismo, con su espíritu sarcástico, malicioso, demoledor.

Hemos hecho antes una breve referencia a alguna traducción española de Luciano en el Renacimiento.

---

[128] Cf. la ed. de W. WELZIG, *Erasmus...,* V. págs. 360 y sigs.

[129] G. HIGHET, *La tradición...,* I, pág. 294.

[130] Cf. la ed. de L. BARRÉ, París, 1854. Hay versión parcial española de A. GARCÍA-DÍEZ (Barcelona, 1975).

Pero es que la labor de traducción del sofista de Samosata, durante los siglos XVI-XVII es importante, debido, en gran parte, como ha señalado Bataillon[131], al influjo erasmiano en nuestra patria. Reseñaremos, brevemente, algunas: Andrés Laguna es el autor de las versiones de la *Tragopodagra* y el *Ocipus*[132]; Fray Ángel Cornejo tradujo el *Tóxaris* en 1548; Francisco de Enzinas, los *Relatos verídicos* en 1551, aparte unos *Diálogos* en 1550; la mitad de las versiones de Juan de Aguilar Villaquirán están todavía inéditas[133], y merecen, finalmente, mención las de Francisco Herrera Maldonado *(Luciano español,* Madrid, 1621), Sancho Bravo de Lagunas *(Almoneda de vidas,* 1634) y Tomás de Carlebán (autor de una versión inédita de *Sobre la maledicencia).* Ya en el siglo XVIII hay que mencionar la traducción de *El sueño* por C. Flores Canseco (Madrid, 1778). En el XIX sale a la luz la única versión española completa de Luciano[134]. Durante el siglo XX se han hecho intentos de versiones parciales y totales, pero aún no teníamos una versión definitiva como la que se contiene en el presente trabajo[135].

---

[131] *Erasmo y España,* págs. 643 y sigs.

[132] Hay dudas sobre la autenticidad lucianesca de estas piezas, pero ello no importa aquí. Estas traducciones fueron editadas en 1538 y reeditadas sucesivamente en 1551 y 1552, lo que indica su éxito.

[133] Se halla en la Biblioteca de Menéndez y Pelayo (cf. A. VIVES, *Luciano en España...,* pág. 28).

[134] Se trata de la versión colectiva de C. VIDAL, F. DELGADO y F. BARÁIBAR (Madrid, Biblioteca Clásica). Cabe mencionar, asimismo, en este siglo, la versión de los *Diálogos de los muertos,* de F. FRANCO LOZANO (Madrid, 1882).

[135] Aparte la versión parcial de A. TOVAR, *Luciano,* Barcelona, 1949, y la bilingüe de J. ALSINA, *Luciano, Obras,* Barcelona, 1962, en dos tomos (incompleta). Cf., asimismo, J. Alsina y E. Vintró, *Luciano de Samósata,* Barcelona, 1974 (contiene *Historia verdadera, Diálogos de las hetairas, Prometeo* y *Timón),* y F. GARCÍA

Pero, al lado de las traducciones, hemos de referirnos a las principales manifestaciones del influjo lucianesco en la literatura española. Ésta puede referirse, dejando de lado manifestaciones esporádicas, a Luis Vives, Alfonso de Valdés, el *Crotalón*, Cervantes, Mateo Alemán, Vélez de Guevara y Quevedo.

Como Erasmo, aunque en un grado mucho menor, Luis Vives, el gran humanista, ha sabido inspirarse en Luciano, especialmente en la obra *De Europa dissidiis et bello turcico*, que, en determinados aspectos, es la obra gemela de la erasmiana *Querela pacis*. El diálogo, que apareció en Basilea en 1526, está dominado por la honda preocupación que sentía Luis Vives ante la desunión europea frente al peligro turco. Los personajes del diálogo son, casi todos ellos, de corte lucianesco: aparece Minos, el juez implacable, y figuras como Tiresias y Escipión —bien conocidos del lector de los *Diálogos de los muertos*[136].

Erasmista furibundo y, por ello, lucianista reflejo es Alfonso de Valdés[137], cuyo *Diálogo de Mercurio y Carón*, un libro enormemente actual al parecer, es calificado por Bataillon como «libro blanco» de los conflictos entre Francia y España en aquel momento[138]. Se trata, por otra parte, de una dura requisitoria contra la corrupción de la corte papal: aquí encontramos ecos de la dura crítica que contra Julio II había realizado Erasmo en el diálogo arriba mencionado. Más aún, la diatriba se dirige contra toda la cristiandad por la falta de cohe-

---

Yagüe, *Luciano de Samósata, Diálogos de tendencia cínica*, Madrid, 1976 (incluye nueve obras).

[136] Cf., sobre todos, los pasajes comprendidos en las páginas 336 y 480 de las *Opera omnia*, ed., de Mayans.

[137] Cf. Bataillon, *Erasmo y España...*, págs. 390 y sigs.

[138] En el *Diálogo de Lactancio y el Arcediano* domina, a juicio de Bataillon, una atmósfera más tensa, hay más apasionamiento, pero también menos «humor».

rencia entre la doctrina y la conducta de los cristianos. Ello se refleja, por ejemplo, en el discurso, típicamente lucianesco, con el que Mercurio relata sus andanzas por la tierra [139]:

> «Donde Cristo mandó que en Él solo pusiesen toda su confianza, hallé que unos la ponen en sus vestidos, otros en diferencias de manjares, otros en cuentas, otros en peregrinaciones, otros en candelas de cera...»

El Crotalón, otra de las muestras del lucianismo en España, es un extraño libro, «compilación —ha dicho Bataillon [140]— de las historias más heterogéneas. Luciano ha suministrado, para reunirlas en un todo, un marco indefinidamente extensible, el de las conversaciones entre el zapatero Micilo y su gallo». El marco, pues, está tomado de *El gallo* lucianesco, pero es posible hallar reminiscencias de la *Necromancia*, el *Tóxaris*, el *Alejandro* y el *Asno*, si bien hay elementos tomados de autores tan diversos como la *Biblia*, el Aretino, Bocaccio y Ariosto. La denuncia erasmiana de los vicios de la cristiandad moderna —que recuerda las sátiras lucianescas contra la filosofía— se hace, a veces, en una forma tan poco honesta como el plagio de pasajes de Alfonso de Valdés, como ha señalado Margarita Morreale [141].

Cervantes ha sentido, asimismo, en alguna parte de su obra el influjo lucianesco. Ya Helm, en el umbral de su obra sobre Luciano [142], había señalado que Cervantes deja traslucir el conocimiento de la obra lucianesca, aunque no debe caerse en la exageración del uso cervantino de los diálogos del samosatense, tal como ha hecho, por ejemplo, A. Marasso[143] al afirmar que la segunda parte del *Quijote* delata una intensa influencia lucianesca. Sin duda, hay que reconocer un cierto influjo, sobre todo en piezas del tipo de *El coloquio de los perros* —que, por otra parte, seguía una cierta moda erasmiano-valdesiana— o *El licenciado Vidriera;* pero hay algo que, dado el talante cervantino, no hallaremos nunca en Cervantes: el tono sarcástico, acerado, malévolo que impera en el sofista de Samósata. El lucianismo de Cervantes se parece en esto al de Luis Vives.

---

[139] Ed. de MONTESINOS, Madrid, 1929, págs. 15-16. El propio MONTESINOS, *Rev. de Fil. Esp.* 16 (1929), 239 ss., distingue la deuda de Valdés con respecto a Luciano y a Pontano.

[140] BATAILLON, *Erasmo y España...*, pág. 661, quien, por otra parte, sostiene con energía que la obra no puede atribuirse a Villalón (pág. 662, nota 26).

[141] *Bull. hisp.* 53 (1951), 301 ss.

[142] *Lukian und Menipp*, pág. 3.

Mateo Alemán, «otro Luciano», según frases de Gracián, erasmista, pero marcado por el pesimismo de su generación, dio en su *Guzmán de Alfarache* un claro testimonio del influjo que Luciano dejó en su obra, aunque no sea más que en determinados pasajes, como el de la famosa asamblea de los dioses convocada por Júpiter, que recuerda *La asamblea de los dioses* lucianesca o determinados pasajes del *Icaromenipo*[144].

El diablo cojuelo, de Luis Vélez de Guevara, tiene un fondo lucianesco también, a fuer de novela picaresca. Pero no es sólo el espíritu del sofista el que campea en la obra: hay detalles concretos que se remontan a él, como los vuelos de Cleofás y del diablo.

Finalmente, Quevedo[145]. De hecho, sus *Sueños,* no exentos de sarcasmo y llenos del pesimismo de la época, convierten a Quevedo en uno de los más típicos representantes del lucianismo español. Ecos de la obra de Luciano hallaremos en muchos pasajes, concretamente procedentes de los *Diálogos de los muertos, Menipo, Caronte, Icaromenipo, Timón.*

---

[143] *Cervantes,* Buenos Aires, 1947, pág. 183.

[144] Pasajes comparativos en A. VIVES, *Luciano en España...,* página 118 y siguientes.

[145] Cf. M. MORREALE, «Luciano y Quevedo», *Rev. de Lit.* 8 (1954), 388 ss.

La lista de los lucianistas españoles no acaba aquí, ciertamente[146], pero la muestra que hemos ofrecido permite formarnos una idea aproximada de la huella que ha dejado en nuestras letras el famoso sofista de Samósata.

7. *La transmisión: manuscritos y ediciones*

Es muy posible que Luciano no editara todas sus obras en un solo volumen ni de una sola vez. Lo que el autor dice en algún pasaje hace sospechar con fundamento en ello[147]. Según Helm[148], un editor reunió las ediciones separadas y parciales. Por otra parte, del estudio de las diferencias que presentan los manuscritos medievales se desprende que no hubo una edición unitaria. Y, en efecto, la reconstrucción que los críticos han intentado del *stemma codicum*[149] permite distinguir dos grandes familias, β y γ, aunque hay que postular la existencia de un grupo contaminado de manuscritos.

---

[146] Cabría estudiar, entre otras, las figuras de Saavedra Fajardo, Gracián, B. L. de Argensola. Cf. A. Vives, *Luciano en España...*, *passim*. La huella de Luciano en las estructuras narrativas del Siglo de Oro español ha sido bien estudiada por la malograda C. de Fez, *La estructura barroca de «El siglo pitagórico»*, Madrid, 1978, págs. 25-76.

[147] Cf. *Apología* 3 y *Piscator* 26.

[148] *Realenzykl.* de Pauly-Wissowa, s. v. *Lukianos*, XIII, col., 1775.

[149] Cf. el *stemma* que McLeod ensaya en el prefacio de su edición, pág. XV, y K. Mras, *Die Ueberlieferung Lucians*, Viena, 1911, página 228 y sigs. Un buen estudio sobre los manuscritos de Luciano, con datos abundantes sobre los mismos, en M. Wittek, *Scriptorium* (1952), 309 ss. De acuerdo con M. Rothstein, estas dos familias se habrían constituido a partir de cuatro grupos primitivos *(Quaestiones Lucianeae*, Berlín, 1888, pág. 28).

Poco citado en la antigüedad, como señala McLeod[150], el estudio de Luciano se hace más intenso en el renacimiento que sigue a la época de Focio. En el siglo X, el obispo Aretas se hace copiar un manuscrito de Luciano[151], y Alejandro de Nicea emprende una nueva recensión. Anteriormente había circulado, al parecer, una *editio maior*, que contenía todos los opúsculos lucianescos, y una *editio minor*, que era una selección. De esta época son los manuscritos más abundantes de Luciano.

a) LOS MANUSCRITOS.—Pertenecen a la familia γ los siguientes:

Γ (*Vaticanus* 90, del siglo X); E (*Harleianus* 5694, también del siglo X); φ (*Laurentianus Conv. Sopp.* 77, siglo X); Ω (*Marcianus* 840, de comienzos del siglo XI); L (*Laurentianus* 57.51, del siglo XI); X (*Vaticanus Palatinus*, del siglo XIII).

Pertenecen a la familia β:

B (*Vindobonensis* 123, de los siglos X-XI); U (*Vaticanus* 1324, siglos X-XI); Ψ (*Marcianus* 314, del siglo XIV); P (*Vaticanus* 76, también del siglo XIV).

Pertenecen al grupo de manuscritos mixtos e interpolados:

Z (*Vaticanus* 1323, de los siglos XIII-XIV); A (*Vaticanus* 87, del siglo XIV); C (*Parisinus* 3011, del siglo XIV); Σ (*Vaticanus* 224, s. XIV), y N (*Parisinus* 2957, del siglo XV).

b) EDICIONES.—La *editio princeps* de Luciano se publicó en Florencia en 1496 por Juan Láscaris, utilizando especialmente el códice A (*Códex Gorlicensis*). Siguieron la *editio Juntina* (Venecia, 1535), a cargo de A. Francini, y en el ínterin la *editio altera*, aldina (Venecia, 1522), cuidada por F. Asulano. Bourdelot cuidó la *editio parisina* (París, 1615).

---

[150] Prefacio a su ed., pág. IX.

[151] Se trata del manuscrito E (*Harleianus* 5694), cf. K. MRAS, *Mélanges Graux* (1884), 749 ss.

En pleno siglo XVIII, los ilustres filólogos Hemsterhuys y Reitze dieron a la luz una edición en nueve volúmenes (Amsterdam, 1743): contenía el texto griego, la versión latina de Gesner y notas críticas. Entre 1787 y 1793 aparece la reedición *bipontina* (Deux-Ponts).

Ya en el siglo XIX, en pleno auge de la hipercrítica, se realizan loables intentos por ofrecer un texto científico de Luciano, cosa que, hasta el momento, no se ha conseguido. Señalaremos las más importantes: E. F. Lehmann, Leipzig, 1822-31; C. Jacobitz, Leipzig, 1836-41 (en cuatro tomos y con notas críticas); I. Bekker, Leipzig, 1853, en tres tomos; W. Dindorf, Leipzig, 1858 (reeditada más tarde, en 1884, en la Col. Didot, París); F. Fritzsche, Rostock, 1860-82, en tres tomos; J. Sommerbrodt, Berlín, 1886-99, en tres tomos (quizá la más importante del siglo XIX).

En el siglo XX se hizo un notable esfuerzo crítico por dar a la luz una edición que recogiera los avances más notables de la crítica textual. En este sentido, Nils Nilén inició, en la colección Teubneriana de Leipzig, una edición que quedó interrumpida en el tomo segundo (Leipzig, 1906 y 1923). Algunos años más tarde, el mismo crítico publicó un notable estudio sobre aspectos de la tradición del texto de Luciano («Förstadier till Lukianos Vulgaten», en *Eranos* 26 [1928], 203-33).

Tres filólogos colaboraron en la edición de Luciano de la Col. Loeb (Londres-Nueva York, 1915-1967): A. M. Harmon (que editó los tomos I-V), Kilburn (VI) y McLeod (VII-VIII). Este último ha iniciado, en «Oxford Classical Texts», una edición que pretende ser completa y de la que, al escribir estas líneas, han aparecido tres tomos de los cuatro previstos [152].

Al lado de estas ediciones completas —aunque de un valor muy desigual— existen ediciones parciales. Algunas tienen intenciones científicas, otras son simples antologías de carácter escolar. Señalaremos las más significativas: C. Jacobitz, *Ausgewählte Schriften des Lucians*, Leipzig, Teubner, 1862-65, en tres tomos; J. Sommerbrodt, *Ausgewählte Schriften des Lukians*, Berlín, Weidmann (1853-1860), también en tres tomos; Tournier-Desrousseaux (París, 1881); V. Glachant, *Dialogues choisis de Lucien*, París, 1897-1900; G. Senigaglia, *Luciano, Scritti scelti*, Florencia, 1904; G. Setti, *Scritti scelti di Luciano*, Turín, 1923; K. Mras, *Die Hauptwerke des Lukian*, Col. Tusculum, 1954; J. Alsina, *Luciano. Obras*, Barcelona, 1962 y sigs. (sólo han aparecido los dos primeros tomos); L. Gil (en colaboración con J. Zaragoza y J. Gil), *Antología de Luciano*, Madrid, 1970.

---

[152] En este volumen de la «B. C. G.» se incluye la versión del tomo I (Oxford, 1972).

8. *La traducción*

Intentamos verter a Luciano en un español actual y, al tiempo, lo más fiel posible al original griego. La textura proteica de la obra lucianesca —citas retóricas de textos poéticos, imitación de pasajes oratorios, arcaísmos, solecismos, nombres compuestos o derivados imaginarios, diálogo coloquial entrecortado, formas dialectales, etc.— exige del traductor actual un notable esfuerzo estilístico de aproximación. Hemos cotejado el mayor número posible de traducciones y comentarios solventes, con frecuencia extranjeros, sin sacrificar por ello nuestra personal visión de los pasajes dudosos o difíciles.

Seguimos fielmente, como norma general, la edición de M. D. MacLeod, *Luciani Opera*, en «Oxford Classical Texts», en curso de publicación (han aparecido hasta el momento los tres primeros volúmenes). Las escasas variantes introducidas, detección de glosas, lagunas o pasajes textualmente problemáticos se indican oportunamente mediante los signos críticos habituales y se tratan en notas específicas *ad locum*. No obstante, para mayor comodidad del lector, recogemos en la relación siguiente los problemas textuales más significativos que se ofrecen en este primer volumen (correspondiente al *Tomus I, libelli 1-25*, de MacLeod):

1. *Preludio. Dioniso* 6 Σατύρων E. Capps; σατύρου codd.
2. *Preludio. Heracles* 5 [ὁ λόγος] del. Hartman.
3. *Acerca de la casa* 6 [καθ' ὃ καὶ τὰ ἱερὰ βλέποντα ἐποίουν οἱ παλαιοί] del. Harmon.
4. *Los longevos* 9 βασιλεύοντα al. mss. et MacLeod; διαρκέσοντα *Vindobonensis* 123 (ss. x/xi).
5. *Los longevos* 12 ἀδελφὴν γαμῶν con. Schwartz; ...ἀδελφῶν MacLeod.
6. *Relatos verídicos* I 3 ⟨οἶον⟩ Bekker; ⟨ὧν⟩ MacLeod.
7. *Relatos verídicos* II 46 Καβαλοῦσα Marciani 840 pars vetusta (ss. x/xi); Κοβαλοῦσα MacLeod.
8. *No debe... en la calumnia* 8 τῷ στόματι σιωπῶντος Harmon, τὸ στόμα κατασιωπῶντες MacLeod.
9. *Pleito entre consonantes* 12 [ὁ δὴ σταυρὸς... ὀνομάζεται] del. Sommerbrodt; ὁ δὴ σταυρὸς... ὀνομάζεται MacLeod.
10. *El pseudosofista...* 5 lacunam statuit Nilén; ⟨...λέγοντος⟩ MacLeod.
11. *El pseudosofista...* 12 lacunam statuit Gesner.
12. *Zeus trágico* 6 lacunam statuit Harmon; non statuit MacLeod.
13. *Zeus trágico* 32 Χρηστοὺς suppl. K. Schwartz.
14. *El sueño...* 4 ⟨εἰ μὴ⟩ add. Harmon.
15. *Prometeo.* Titulus Πρ. ἢ Καύκασος in *Parisino* 2957 (s. xv).
16. *Prometeo* 2 [τὸ καταλεήσατε] del. Hemsterhuys.

J. Alsina

1-2

FALARIS I-II

Desde los tiempos de Gorgias (cf. su *Defensa de Palamedes),* es ejercicio genuinamente sofístico-retórico asumir la defensa de «causas imposibles». Palamedes, Prometeo, Helena pueden ser defendidos, pese a la aparente imposibilidad de tal apología. En el caso concreto de Fálaris, tirano de Acragante, en Sicilia (571-555 a. C.), que el propio Luciano nos presenta *(Relatos verídicos* II 23) en el territorio del Hades destinado a los grandes impíos y criminales, resulta sumamente difícil tal defensa por haberse convertido en proverbial su crueldad. Se trata, pues, de un *progymnasma* o «ejercicio retórico» destinado, como tantos otros que siguen, a entretener al auditorio y tal vez, como *prolaliá* o «preludio», a prepararle a escuchar otros temas o debates de mayor entidad literaria (cf. *Dioniso, Heracles, Acerca del ámbar o Los cisnes, Elogio de la mosca,* etc.).

Según B. Keil *(Hermes* 48 [1913], 494 ss.), el opúsculo constaba originariamente de tres discursos, frente a los dos que aparecen en nuestros manuscritos, quedando en el segundo trazas del tercero perdido. El primero es un alegato del propio tirano, ante los sacerdotes de Delfos, puesto en boca de un emisario y en el que defiende su conducta aparentemente cruel basándose (y en ello se anticipa a Maquiavelo) en «razones de Estado» y de seguridad personal, difíciles de aislar unas de otras en el absolutismo tiránico. Hábilmente sabe Fálaris presentar el punto más conflictivo (la semilengendaria historia del toro mugiente) como ajeno al propio tirano, de exclusiva responsabilidad del cruel y servil artífice Perilao, que expía en él justamente su culpa. En ameno relato, sabe predisponer el ánimo del oyente a su favor, en estricto respeto al principio sofístico de *tò eikós* o «lo verosímil».

El segundo discurso no le va a la zaga al primero en habilidad retórica. Un sacerdote de Delfos insiste en la necesidad de aceptar el presente de Fálaris por aparentes razones de piedad hacia el dios Apolo, quien «ya ha dado su justo voto acerca de la imagen» (4), pero, sobre todo, por motivos de «intereses creados» (aquí puede apreciarse la tucidídea contraposición entre *próphasis* o «motivo aparente» y *aitía* o «causa real»): si se discriminan las ofrendas de los oferentes, ello irá contra los intereses de Delfos (8).

Ambos discursos se encuadran dentro de las apologías lucianescas, aparentes ejercicios forenses, de los que son buenos ejemplos también *El tiranicida, El desheredado, Pleito entre consonantes*, etc. Dentro de la mejor línea retórica isocratea, su finalidad es, como decíamos al principio, divertir, entretener y preparar a su auditorio.

I

1 Varones de Delfos: nos ha enviado nuestro soberano Fálaris a ofrecer al dios este toro y a dialogar con vosotros razonablemente en defensa de sí mismo y de su ofrenda. Éste es, pues, el motivo de nuestra venida y he aquí su mensaje:

«Yo, varones de Delfos, daría todo a cambio de aparecer a los ojos de todos los helenos como realmente soy, y no como el rumor propalado por quienes me odian y envidian me ha presentado ante los oídos de quienes me desconocen; y en especial quisiera aparecer así ante vosotros, dado que sois sacerdotes y allegados de Apolo, y casi compartís con él casa y techo. Estimo que, si me justifico ante vosotros y os convenzo de lo infundado de mi fama de crueldad, quedaré justificado también ante todos los demás griegos. E invocaré al propio dios como testigo de mis palabras, ya que a él no es posible inducirle a error ni arrastrarle con falsedades, pues a los hombres tal vez sea fácil engañarles, pero escapar al juicio de un dios —y en especial de éste— es imposible.

»Yo no era un desconocido en Acragante[1], sino de 2 uno de los más nobles linajes, criado en la liberalidad y con una esmerada educación; vivía siempre ofreciéndome servicial al pueblo, discreto y moderado con mis conciudadanos, sin que nadie me tildara de violento, grosero, insolente o despótico en la primera parte de mi vida. Pero cuando vi que mis enemigos políticos se confabulaban y trataban por todos los medios de eliminarme —mientras nuestra ciudad se hallaba dividida en facciones—, hallé que ésta era mi única huida y refugio, al tiempo que también la salvación de la ciudad: ponerme al frente del Estado, rechazarlos y acabar con sus asechanzas, obligando a la ciudad a ser razonable. Y eran no pocos quienes me animaban a ello, hombres honestos y patriotas, que conocían mi propósito y la necesidad de la revolución. De ellos me serví como camaradas de lucha y fácilmente vencí.

»A partir de entonces los enemigos dejaron de per- 3 turbar y se sometieron: yo ejercía el poder y la ciudad permanecía en calma. Ejecuciones, destierros y confiscaciones no hube de realizar contra mis enemigos, aun cuando son necesarias medidas de ese tipo, sobre todo al comienzo de un mandato, pues con humanidad, dulzura y mansedumbre, y mediante la igualdad de trato abrigaba maravillosas esperanzas de conducirles a la obediencia. Pronto, pues, llegué a un pacto de reconciliación con mis adversarios, y tomé a la mayoría de ellos como consejeros y comensales. En cuanto a la ciudad misma, viendo que se hallaba arruinada por negligencia de las autoridades —pues la mayoría había robado o, mejor dicho, saqueado los bienes públicos—, la restauré dotándola de acueductos, la adorné con construcciones de edificios, la fortifiqué rodeándola de murallas; los ingresos del Estado los incrementé fácilmente gracias al celo de mis funcionarios, mientras me preocupaba de la juventud y atendía a los ancianos, al tiempo que deleitaba al pueblo con espectáculos, regalos, fiestas y banquetes. Y oír hablar de doncellas ultrajadas, jóvenes corrompidos, mujeres raptadas, acciones policiales o alguna forma de despotismo era para mí algo abominable.

---

[1] La romana *Agrigentum*, Agrigento en la actualidad, ciudad en el centro de la costa meridional de Sicilia.

4 »Ya incluso pensaba en dejar el poder y poner término a mi mandato, considerando cómo podría hacerse con garantías de seguridad, pues el mando en sí mismo y llevar todos los asuntos me resultaba ya desagradable, causa de envidia y agotador; y estudiaba por entonces la forma de que la ciudad no necesitara en el futuro de una tutela semejante. Y mientras yo, en mi ingenuidad, me ocupaba de esto, los otros ya se habían confabulado contra mí y planeaban los detalles de la conspiración y del levantamiento, reclutando bandas de conjurados, acopiando armas, reuniendo dinero, pidiendo ayuda a pueblos vecinos, mandando embajadas a la Hélade, a espartanos y atenienses. Ya habían decidido lo que iban a hacer conmigo, si caía en su poder; cómo pensaban descuartizarme con sus propias manos y los castigos que pensaban aplicarme antes, los declararon públicamente en el tormento. No haber sufrido yo nada semejante es obra de los dioses, que sacaron a la luz la conspiración, y en especial de Apolo Pitio[2], que me reveló sueños y envió a quienes los interpretaron exhaustivamente.

---

[2] Este epíteto propio del Apolo profético se relaciona con la raíz indoeuropea *bhudh-*, presente en el nombre de la serpiente Pitón —culto ctónico prehelénico en Delfos—, muerta por el dios según el mito (griego *Pythó)*, y también con la del verbo *pynthánomai*, «informarse».

»Y yo ahora os ruego, varones de Delfos, que imaginéis en este punto el temor que me asaltó y deliberéis conmigo acerca de mi conducta de entonces, cuando prácticamente me hallaba sin guardia y buscaba alguna forma de salvación en aquellas circunstancias. Trasladaos por un momento con la imaginación a Acragante, junto a mí, ved sus preparativos, escuchad sus amenazas y decidme qué debo hacer. ¿Tratarles aún con humanidad, perdonarles y soportarles cuando yo estaba al borde del suplicio? ¿Más aún: ofrecer ya desnuda mi garganta y ver cómo lo que más quería perecía ante mis ojos? ¿No habría sido esto el colmo de la insensatez? ¿No debía dar pruebas de nobleza y virilidad y, con el coraje propio de un hombre sensato víctima de traición, atacarles, al tiempo que consolidaba mi futuro a partir de la situación presente? Sé que me habríais aconsejado esto último. 5

»¿Qué es, pues, lo que he hecho tras esto? Llamé a los responsables, les oí, aduje las pruebas y les dejé claramente convictos en cada cuestión; y, como ellos ni siquiera lo negaron, tomé venganza profundamente irritado, no por haber sido objeto de la conjura, sino porque no me permitieron mantener el sistema que había instaurado desde un principio. Y desde entonces vivo yo siempre en guardia, castigando sin tregua a aquellos que atentan contra mí. Y ahora los hombres me acusan de crueldad, sin considerar quién de nosotros inició esta situación; simplificando el fondo de la cuestión y los motivos del castigo, suelen reprochar las penas en sí y la pretendida crueldad de las mismas. Es como si alguno de vosotros viera despeñar a un ladrón sacrílego y, sin considerar su delito —haber penetrado de noche en el templo, derribado las ofrendas y profanado la imagen—, os acusara de gran crueldad porque, llamándoos helenos y sacerdotes, consentisteis que un hombre heleno sufriera semejante castigo cerca del templo —pues, 6 según dicen, la peña no está muy lejos de la ciudad[3]—. Pero creo que os reiréis si alguien os formula esa acusación, y todos los demás hombres aplaudirán vuestro rigor contra los impíos.

7 »En general, los pueblos, sin pararse a pensar cómo es quien está al frente del Estado, si justo o injusto, aborrecen simplemente el nombre mismo de la tiranía y al tirano, aunque sea Éaco, Minos o Radamantis[4], ponen igualmente su empeño en aniquilarle, teniendo a la vista a los malos, e involucrando a los buenos en igual odio por la identidad de la denominación. En efecto, sé por referencias que entre vosotros, los helenos, surgieron muchos tiranos que, bajo ese nombre tan vilipendiado, han demostrado ser de un natural bueno y pacífico, e incluso de algunos de ellos hay breves inscripciones depositadas en vuestro templo, ofrendas y exvotos a Apolo Pitio.

8 »Observad también cómo los legisladores dedican el mayor espacio a la naturaleza de las penas, pues en nada aprovecharía lo demás de no acompañarlo el miedo y la expectación del castigo. Para nosotros, los tiranos, esto es mucho más necesario, pues gobernamos por la fuerza y estamos rodeados de personas que nos odian y atentan contra nosotros, en un medio en que de nada nos sirven los espantajos, y la realidad se asemeja al mito de Hidra, pues cuantas más cabezas cortamos, más motivos para castigar brotan ante nosotros. Es necesario resistir, cortar lo que brota continuamente y hasta que-

---

[3] Se refiere a la peña desde la que eran arrojados en Delfos los sacrílegos (griego *Hyampeiā)*. Tal vez haya una remota referencia a la ejecución legendaria de Esopo, acusado de haber robado una copa del templo.

[4] Estos legendarios personajes encarnan la justicia proverbial repetidamente en la literatura griega (cf. PLATÓN, *Apología* 41a, etcétera) y, muy especialmente, en Luciano a lo largo de su obra.

marlo, por Zeus, como Yolao[5], si queremos dominar la situación. Pues quien una vez se ve obligado a recurrir a tales métodos debe ser consecuente con su actitud, o perecer si es indulgente con quienes le rodean. Por lo general, ¿quién creéis que es tan salvaje o tan violento, que se regocije azotando u oyendo gemidos y presenciando ejecuciones, de no tener alguna razón poderosa para castigar? ¡Cuántas veces lloré mientras otros eran azotados! ¡Cuántas me veo obligado a lamentar y deplorar mi suerte, sufriendo yo mismo una tortura mayor y más prolongada que ellos! Para un hombre bueno por naturaleza y endurecido por necesidad es mucho más difícil castigar que ser castigado.

»Y si hay que hablar con libertad, por mi parte, si se 9 me diera opción entre castigar a algunos injustamente o morir yo mismo, tened por cierto que no vacilaría en elegir mi muerte antes que castigar a inocentes. Pero, si alguien me dijera: '¿Prefieres, Fálaris, morir tú mismo injustamente a castigar justamente a tus conspiradores?', elegiría esto último. Y, una vez más, varones de Delfos, os invoco como consejeros: ¿es mejor morir injustamente o perdonar injustamente al conspirador? No creo que haya nadie tan necio que no prefiera vivir a perecer perdonando a sus enemigos. Sin embargo, ¡a cuántos he perdonado yo que habían atentado contra mí y quedado claramente convictos! Tal es el caso de Acanto —aquí presente—, Timócrates y Leógoras, su hermano, en consideración a mi antigua amistad con ellos.

»Y cuando queráis conocer mi posición, preguntad a 10 los extranjeros que visitan Acragante cómo me comporto con ellos, y si trato cortésmente a cuantos allí arriban, yo, que hasta tengo atalayas en los puertos, y agentes para informarse de quiénes son y de dónde proceden, a fin de poder despedirles con los honores debidos. Y algunos, los más sabios de entre los griegos, acuden expresamente a visitarme, y no rehúyen mi trato, como, por ejemplo, el sabio Pitágoras, quien recientemente vino a nuestra tierra con una falsa información acerca de mi persona, pero, una vez que me ha conocido, ha marchado elogiando mi justicia y compadeciéndome por mi obligada dureza. ¿Acaso creéis que mi cortesía con los forasteros se convertiría así en crueldad con los del país, de no afectarme esta situación gravemente injusta?

---

[5] Auxiliar de Heracles en el mito.

11 »Os he dicho estas palabras en mi propia defensa, verdaderas, justas y dignas de elogio, en cuanto se me alcanza, más que de odio. En cuanto a mi ofrenda, es el momento de que oigáis dónde y cómo conseguí este toro. No lo encargué yo mismo al escultor —¡ojalá no esté jamás tan loco como para desear tales objetos!—, sino que había en nuestra tierra un tal Perilao, tan buen orfebre como mala persona. El individuo, confundido totalmente respecto a mi punto de vista, creyó complacerme ideando esta nueva tortura, como si yo pretendiera aplicarlas de todas las formas posibles. Realizó, pues, el toro y vino a ofrecérmelo, con su bellísimo aspecto y extrema semejanza, pues sólo le faltaba el movimiento y el mugido para parecer un ser vivo. Al verlo, exclamé al punto: 'Digno es el presente de Apolo Pitio; hay que enviar el toro al dios'. Perilao acercóseme y dijo: '¿Por qué no compruebas la sabiduría que encierra y la utilidad que ofrece?' Y, abriendo el toro por el lomo, añadió: 'Si quieres torturar a alguien, introdúcelo dentro de esta máquina, ciérrala, aplica estas flautas al hocico del buey y manda encender fuego debajo; así el torturado se debatirá en gritos y lamentos, presa de incesantes dolores, y su grito a través de las flautas te ofrecerá las más dulces melodías imaginables, con acompañamiento quejumbroso y mugido dolorosísimo, de for-

ma que él reciba su tortura y tú goces del concierto de flauta'.

»Yo, al oír esto, sentí repugnancia ante la refinada 12 perversidad del individuo, odié su artefacto y le di el castigo merecido. 'Bien, Perilao —repuse—, si cuanto dices no es mera jactancia, demuéstranos la verdad de tu arte penetrando tú mismo, e imita a los que claman, para que sepamos si suenan a través de las flautas las melodías que dices'. Accede a ello Perilao, y yo, cuando estaba dentro, le encierro y ordeno encender fuego por debajo. 'Cobre —le dije— el justo salario de tu maravilloso arte, de suerte que seas tú el primer maestro de música que toques la flauta.' Aquél sufrió en justicia, obteniendo el fruto de su destreza inventiva; y yo, cuando aún el hombre se hallaba con vida y respiraba, ordené que le sacaran, a fin de que no mancillara la obra muriendo dentro, y dispuse que le arrojaran desde un precipicio, quedando insepulto; purifiqué el toro y os lo he enviado para ofrecerlo al dios. Y ordené grabar en él toda la historia, mi nombre como oferente, el de Perilao, el artista, su proyecto, mi acto justiciero, el castigo adecuado, las melodías del ingenioso orfebre y la primera experiencia musical.

»Por vuestra parte, varones de Delfos, obraréis en 13 justicia si oficiáis un sacrificio por mí, acompañados de mis embajadores y colocáis el toro en un lugar noble del templo, para que todos conozcan cómo me comporto con los malvados, y de qué modo rechazo sus superfluas inclinaciones a la perversidad. Este único ejemplo baste, pues, para revelar mi carácter: Perilao fue castigado, y el toro consagrado, en vez de reservarlo para dar conciertos mientras otros sufrían castigos, ni entonar otra melodía que los mugidos de su inventor, porque él solo me bastó para comprobar su arte, con lo que puse término a aquel canto tan ajeno a las Musas como inhumano. En el día de hoy, ésta es mi ofrenda al dios, pero le elevaré muchas otras, tan pronto me permita prescindir de los castigos.»

14 Éstas son, varones de Delfos, las palabras de Fálaris: todo ello es cierto, así ocurrieron los hechos, y sería justo que aceptarais nuestro testimonio, como conocedores de lo ocurrido y ajenos a toda acusación de falsedad. Y, si hay que interceder en favor de un hombre erróneamente tenido por perverso y forzado a castigar contra su voluntad, os lo suplicamos nosotros, los ciudadanos de Acragante, que somos helenos de origen dorio: aceptad a un hombre que quiere ser amigo vuestro y está decidido a colmaros de favores a cada uno de vosotros, tanto oficial como privadamente. Aceptad, pues, el toro por vuestra parte, emplazadlo y elevad vuestras plegarias por Acragante y por el propio Fálaris; no hagáis que regresemos fracasados, con agravio para aquél, al tiempo que priváis al dios de una ofrenda tan extremadamente hermosa como merecida.

II

1 No soy representante oficial del pueblo acragantino, varones de Delfos, ni tampoco agente privado del propio Fálaris, ni tengo respecto a éste ningún otro motivo personal de afecto o esperanza de futura amistad, pero he escuchado los acertados y justos argumentos de los embajadores llegados de su parte, y atendiendo a la piedad a la par que a los intereses comunes, y en especial al prestigio de Delfos, he tomado la palabra a fin de exhortaros a no ultrajar a un soberano piadoso, y a no desprenderos de una ofrenda que ya ha sido prometida al dios; y ello porque ha de convertirse en perenne recuerdo de tres hechos capitales: de un arte bellísimo, de un proyecto nefando y de un justo castigo.

2 Por mi parte considero que vuestra mera vacilación

sobre este asunto, y el plantearnos la cuestión de si procede aceptar la imagen o devolverla a su lugar de origen, es ya un hecho impío; más aún: no habéis dejado margen de superación a la impiedad, pues el hecho no constituye sino un robo sacrílego aún más grave que los otros, dado que no conceder la facultad a quienes quieren elevar ofrendas es más impío que apoderarse de las ya elevadas.

Os suplico, como delfio que soy y partícipe por igual 3 del renombre público, si se mantiene, y de la fama adversa, si se origina a partir de la cuestión presente, que no cerréis el templo a los piadosos, ni denigréis a la ciudad ante todos los hombres, cual si fuera un sicofanta que vilipendia los dones enviados al dios, y examina a voto y tribunal a los oferentes, ya que posiblemente nadie se atreva en adelante a elevar ofrendas, sabiendo que el dios no va a recibir aquello que no agrade primero a los delfios.

Apolo Pitio, por lo demás, ya ha dado su justo voto 4 acerca de la imagen. En cualquier caso, de odiar a Fálaris o repugnarle su regalo, habría sido fácil hundirlo en pleno mar Jonio con la nave que le traía; pero el dios, muy al contrario, les concedió realizar la travesía en bonanza, según dicen, y arribar sanos y salvos a Cirra[6].

Por ello, es evidente que acepta el gesto piadoso del monarca. También debéis vosotros, votando lo mismo que Apolo, añadir este toro a los demás ornamentos del 5 templo, ya que esto sería el colmo del absurdo: que quien envía un regalo tan magnífico al dios recibiera el voto condenatorio del templo, y obtuviera como pago de su piedad ser considerado indigno hasta de elevar ofrendas.

El defensor de la tesis contraria, cual si acabara de 6 desembarcar recién llegado de Acragante, dramatizaba las ejecuciones, violencias, saqueos y raptos del tirano, casi dando a entender que los había presenciado, cuando sabemos que no ha viajado ni siquiera hasta el barco. Si ni aun cabe prestar mucha fe a quienes afirman haber sufrido tales rigores cuando los relatan —pues no consta que digan la verdad—, menos aún debemos nosotros acusar de aquello que no sabemos.

---

[6] Cirra, en la Fócide, era, por su proximidad, el puerto natural de arribada a Delfos por las rutas del mar Jonio.

7 Y, aun cuando algo semejante haya ocurrido en Sicilia, los de Delfos no tenemos por qué inmiscuirnos en estas cuestiones, a no ser que pretendamos ser jueces en vez de sacerdotes y, siendo nuestra obligación ofrecer sacrificios y demás actos cultuales al dios, como consagrar las ofrendas que envíen, nos sentemos a investigar qué pueblos de allende el Jonio tienen tiranías justas o injustas.

8 Dejemos, además, que las cosas ajenas estén como quieran. Creo que nosotros, necesariamente, debemos considerar nuestros propios asuntos, en su estado anterior y presente, y adoptar medidas para que mejoren. Nosotros vivimos entre barrancos y cultivamos peñascales, y no hay que aguardar a que Homero[7] nos lo demuestre, ya que está a la vista. De la tierra siempre recibiríamos hambre y miseria, mientras que el templo, Apolo Pitio, el oráculo, los sacrificantes y devotos son las «tierras llanas» de Delfos, son su fuente de ingresos; y de ahí su prosperidad, de ahí sus recursos —pues entre nosotros debemos decir la verdad—, y, como dicen los poetas, «sin siembras ni labores»[8] nos crían de todo, con el dios como labrador. El no sólo otorga los bienes que hallamos entre los helenos, sino que todo lo de los frigios, lidios, persas, asirios, fenicios, italiotas y hasta de los hiperbóreos llega a Delfos. Y, en segundo lugar,

---

[7] *Ilíada* II 519; IX 405; *Himno a Apolo Pitio* 526 ss.

[8] Homero, *Odisea* IX 109, 123.

después del dios, nosotros recibimos honores de parte de todos y vivimos prósperos y felices. Así fue en el pasado, así es hasta hoy y ojalá nunca se nos acabe este género de vida.

9 Nadie recuerda que alguna vez se haya producido votación entre nosotros acerca de una ofrenda, o que se haya prohibido a alguien sacrificar u ofrendar. Y precisamente por ello, en mi opinión, nuestro templo ha alcanzado la cima de la prosperidad y es extremadamente rico en ofrendas. Por consiguiente, no debemos innovar nada en este momento, estableciendo frente a la tradición discriminaciones de ofrendas por su origen y la genealogía de los presentes, considerando la procedencia, el donante y la naturaleza: debemos aceptarlas sin más y consagrarlas, en provecho de ambas partes, del dios y de los fieles.

10 Me parece, varones de Delfos, que resolveréis del mejor modo el caso presente si consideráis la magnitud e importancia de los intereses que tratamos: en primer lugar, el dios, el templo, los sacrificios, las ofrendas, los antiguos usos y ritos ancestrales, y el prestigio del oráculo; además, la ciudad toda y nuestros intereses comunes y privados de cada habitante de Delfos; y, sobre todo, el buen nombre o el desprestigio ante la humanidad entera. Sé que, si actuáis con sensatez, nada consideraréis más importante o primordial que cuanto he dicho.

11 Éste es, pues, el tema de nuestra consideración: no es Fálaris —un tirano concreto—, ni ese toro, ni su bronce únicamente, sino todos los reyes y todos los soberanos que ahora acuden al templo, y el oro, la plata y demás objetos de valor que reiteradamente ofrecerán al dios. Lo primero que merece consideración es el interés del dios.

12 ¿Por qué razón no vamos a proceder en la cuestión de las ofrendas como siempre, como en el pasado? ¿Qué

hemos de reprochar a los antiguos usos para innovarlos? ¿Por qué lo que no ha ocurrido nunca entre nosotros desde la fundación de la ciudad, desde que Apolo Pitio profetiza, el trípode clama y la sacerdotisa es inspirada, vamos a establecerlo ahora —el juicio y examen de los oferentes—? En efecto, gracias a esa inmemorial costumbre de la libertad ilimitada para todos, veis los bienes que colman el templo, pues todos los hombres elevan ofrendas y algunos ofrecen al dios dones superiores a sus propias posibilidades.

13 Pero si vosotros os constituís en jueces y examinadores de las ofrendas, temo que en adelante carezcamos de examinandos, pues nadie aceptará ponerse en el lugar del acusado y gastar cuantiosas sumas de su dinero para ser juzgado y arriesgarlo todo. ¿Quién podrá resistir ser juzgado indigno de elevar ofrendas?

3

HIPIAS O EL BAÑO

Este brevísimo ensayo lucianesco incluye pinceladas retóricas de gran belleza formal e imaginativa. Dentro de los preludios a obras de mayor entidad, es un discurso epidíctico o demostrativo, una exhibición de habilidad en las descripciones sobre no importa qué objeto o tema. En el caso que nos ocupa, se trata de presentar y representar en la imaginación del lector la belleza de un balneario, obra de Hipias, personaje contemporáneo, formado en la oratoria como su homónimo sofista del siglo V a. C., y, tan hábil como aquél (defensor de la *autárkeia* o «autosuficiencia» y capaz de construir sus vestidos y enseres necesarios), diestro ingeniero y buen geómetra, con grandes conocimientos en óptica —según se desprende del relato lucianesco— y en música.

En este encendido elogio del saber práctico de Hipias (situado aquende la frontera, en el mundo de la retórica y las ciencias empíricas), es imposible no apreciar un mudo reproche de Luciano contra los filósofos y su «vana ciencia», su inútil, confuso y perturbador saber teórico que a nada conduce.

Entre los sabios, yo estimo que hay que elogiar especialmente a quienes no sólo aportaron teorías válidas para cada cuestión, sino que avalaron también con hechos equivalentes sus afirmaciones teóricas. Citemos, por ejemplo, el caso de los médicos: el hombre sensato, cuando cae enfermo, no manda llamar a quienes saben 1 expresarse mejor acerca de su profesión, sino a los experimentados en su práctica. Mejor es, asimismo, el músico capaz de tocar la lira y la cítara que quien se limita a captar el ritmo y la armonía. ¿Y qué decirte de aquellos generales, considerados justamente los mejores, que no sólo eran buenos por colocar y arengar a sus tropas, sino también por luchar al frente de todos y mostrar proezas personales? Así sabemos que eran en el pasado Agamenón y Aquiles, y más recientemente Alejandro y Pirro.

2 ¿Por qué digo todo esto? No lo he recordado simplemente por deseo de exponer historia, sino porque merecen nuestra admiración, de igual modo, aquellos ingenieros, ilustres por sus teorías, que al tiempo dejaron testimonios y pruebas de su arte a las generaciones que les siguieron, mientras que los ejercitados sólo en las palabras deberían llamarse sin duda «eruditos» mejor que «sabios»[1]. Como los primeros sabemos que fue Arquímedes y también Sóstrato de Cnido: éste tomó Menfis para Tolomeo sin asedio, desviando y diviendo el río; aquél quemó las naves enemigas valiéndose de su ciencia. Ya antes que ellos, Tales de Mileto, tras prometer a Creso que su ejército cruzaría el Halis sin mojarse, gracias a su ingenio, hizo en una noche que el río pasara por detrás del campamento; y no era ingeniero, sino sabio, y muy capaz de trazar planes y resolver problemas. En cuanto a la historia de Epeo, es ésta muy antigua: no sólo construyó el caballo para los aqueos, sino que se introdujo con ellos en su interior.

3 Entre éstos merece mención Hipias, nuestro conocido contemporáneo, hombre formado en la oratoria, tanto como cualquiera de sus predecesores, ágil de com-

---

[1] Distinción entre eruditos (griego *sophistaí*) y sabios *(sophoí)*. El contexto es interesante para una sociología de la ciencia de la época. Véase, por lo demás, el prurito retórico en el uso correcto de aparentes sinónimos, desde los tiempos de Pródico.

prensión y muy claro en sus exposiciones, pero mucho mejor en la acción que en las palabras y cumplidor de sus compromisos profesionales, no exclusivamente en aquellas empresas en que ya habían triunfado sus predecesores, sino que, empleando la expresión geométrica, sabía construir exactamente un triángulo dada la base[2]. Además, mientras todos los otros sabios delimitaron un campo de la ciencia para adquirir fama en él, pese a su concreción, él, en cambio, ostentó el liderazgo en ingeniería y geometría tanto como en armonía y música, y, sin embargo, demostró tanta perfección en cada una de estas actividades como si sólo conociera una de ellas. No podría ser breve el elogio de su teoría de los rayos, reflexiones y espejos, así como de su dominio de la astronomía, en la que demostró que sus predecesores eran unos niños.

Pero no vacilaré en hablar de una de sus realizacio- 4
nes que recientemente contemplé con admiración: aun cuando el fundamento es de común dominio y es muy frecuente en nuestra forma de vida actual —se trata de la construcción de un balneario—, su habilidad e inteligencia en una empresa tan común son sorprendentes. El emplazamiento no era plano, sino muy pendiente y escarpado: al principio, de un lado era extremadamente bajo, pero consiguió nivelarlo, estableciendo una base muy sólida para toda la construcción; dotando de seguridad a la superestructura con la cimentación y fortaleciendo el edificio con contrafuertes muy elevados y compactos para mayor firmeza. El edificio era proporcional a la magnitud del emplazamiento, muy ajustado a las dimensiones propias de su estructura, y respetaba el principio de la iluminación.

El pórtico era elevado, con ancha escalinata, más 5
plana que empinada, para comodidad de los usuarios.

---

[2] Es decir, era capaz de aplicar creatividad e inventiva propias.

Al entrar, nos aguarda una sala pública de amplias dimensiones, espera adecuada para criados y acompañantes; a la izquierda están los salones de recreo, muy convenientes, por cierto, para un balneario, con reservados acogedores y rebosantes de luz; a continuación de éstos se encuentra una sala, desmesurada para el baño, pero necesaria para la recepción de los ricos; tras ésta, a ambos lados, hay vestuarios suficientes para desnudarse, y en el centro una sala de gran altura y enorme claridad, con tres piscinas de agua fría, revestida de mármol de Laconia, con dos estatuas de mármol blanco, de factura arcaica, una de la Salud, y la otra de Asclepio.

6 Al salir nos aguarda otra sala suavemente caldeada, para no encontrar bruscamente la caliente, oblonga y redondeada[3]; sigue a la derecha una sala muy bien iluminada, agradablemente preparada para los masajes, que tiene a ambos lados puertas embellecidas con mármol frigio, para recibir a quienes llegan de la palestra. A continuación se encuentra otra sala, la más bella de cuantas existen, confortabilísima para permanecer en ella, de pie o sentado, en extremo tranquilo para detenerse a reposar, muy adecuada para vagar por ella, resplandeciente también de mármol frigio en su techumbre. Luego nos aguarda el pasillo caliente, revestido de mármol númida, y la sala contigua es bellísima, llena de luz abundante, y diríase teñida de púrpura[4], dotada de tres baños calientes.

7 Tras el baño, no tienes por qué regresar por las mismas habitaciones, sino que pasas directamente a la sala fría a través de una estancia suavemente templada, todo ello bajo una gran iluminación y abundante entrada de luz solar. Además, la altura de cada habitación es la ade-

---

[3] En forma elíptica.

[4] El color natural de los materiales recuerda el rojo de la púrpura.

cuada, la anchura guarda proporción con la longitud, y por doquier brota la gracia y el encanto de Afrodita[5]. Para decirlo con el noble Píndaro, «iniciada la obra, hay que dotarla de un rostro fulgurante»[6]. Ello puede lograrse sobre todo gracias a la luz, el resplandor y los ventanales, pues Hipias, que era verdaderamente sabio, construyó la sala de baños fríos cara al Norte, mas sin prescindir tampoco de los aires del Mediodía; en cambio, las que requerían mucho calor las orientó al Sur, Este y Oeste.

¿Para qué continuar hablándote de las palestras 8 e instalaciones generales de guardarropas, con rápido e inmediato acceso a las salas de baño, por razones tanto utilitarias como de seguridad?

Y que nadie interprete que yo me he propuesto embellecer un pequeño edificio con mi elocuencia. Pues aportar nuevas manifestaciones de belleza en empresas tan comunes lo considero yo propio de una sabiduría nada desdeñable, como nos demostró nuestro maravilloso Hipias en esta obra, que reunía todas las cualidades de un buen balneario —utilidad, adecuación, luz, proporciones, adaptación al medio ambiente, seguridad en el uso—, y además estaba embellecido con otras muestras de habilidad —dos cuartos de aseo, muchas salidas y dos indicadores del tiempo: uno de agua, que emitía como mugidos, y otro de sol.

Ver esto y no rendir el elogio merecido por su obra no sólo es necio, sino también ingrato, e incluso maligno, en mi opinión. En cuanto de mí dependía, pues, he prestado mi elocuencia a la obra y a quien la concibió y llevó a término. Y, si la divinidad os permite bañaros allí algún día, sé que tendré muchos que compartirán mis elogios.

---

[5] Los balnearios están presentes en la lírica romana y son un tópico cortés, como lugares propicios para el amor.

[6] *Olímpicas* VI 3.

4

PRELUDIO. DIONISO

La propia tradición manuscrita incluye en el título de este opúsculo, hermoso juguete retórico, el término *prolaliá* o «preludio». Según J. Bompaire, las lecturas públicas iban precedidas de «pequeñas piezas destinadas a introducir una conferencia sofística» (*Lucien écrivain: imitation et création*, París, 1958, páginas 286 y sigs.). Según J. Schwartz, «estos breves textos debían ser a veces intercambiables, un poco a la manera de los finales de tragedia de Eurípides» (*Biographie de Lucien de Samosate*, Bruselas, 1965, pág. 128). Cuando Luciano escribió el *Dioniso* y la obra siguiente: *Heracles*, era de edad avanzada (cf. 6 y 7, en que, comparándose a Sileno, se califica a sí mismo de *gérōn*, «anciano»), y estas dos *prolaliaí* deben de ser posteriores a su estancia en Egipto, no anteriores a 182. Se ha sugerido, sin motivos suficientes (cf. W. Schmid, *Handbuch*..., pág. 736), que el *Dioniso* introduciría el segundo libro de los *Relatos verídicos*.

Luciano, buen conocedor de la mitología báquica, aprovecha la sugestión y el exotismo del relato para llamar la atención del lector sobre su obra (5) y la inspiración que la anima.

1 Cuando Dioniso condujo su ejército contra los indios —pues no hay inconveniente, creo, en contaros una historia de Baco—, dicen que los hombres de aquellas tierras lo menospreciaban tanto al principio, que se reían de su avance; más aún, lo compadecían por su audacia, ya que los elefantes debían hollarlo en cuanto des-

plegara su frente de ataque. Al parecer habían oído narrar a los espías extraños relatos acerca de su ejército: sus líneas y escuadras estaban integradas por mujeres locas y posesas, coronadas de yedra, vestidas con pieles de cervato, con jabalina sin punta de acero, hechas también de yedra, y unos escudos ligeros, que retumbaban al simple contacto —creo que confundieron los tambores con escudos—; iban con ellas unos cuantos jóvenes compesinos, desnudos, bailando una danza procaz[1], con colas y cuernos, como los que asoman en las frentes de los chivos recién nacidos.

El propio general iba en un carro tirado por panteras [2] y era completamente imberbe, sin bozo tan siquiera en las mejillas, con cuernos, coronado de racimos de uva, ciñendo su caballera con una cinta[2], con vestidos de púrpura y zapatillas doradas; tenía dos lugartenientes: uno era pequeño, viejo, rechoncho, ventrudo, chato, de orejas erguidas, algo tembloroso, que se apoyaba en un bastón, y montaba frecuentemente en un asno, vistiendo también ropas femeninas[3], jefe de división muy adecuado para él; el otro[4] era un individuo portentoso, semejante a un macho cabrío en las extremidades inferiores, con las piernas velludas, dotado de cuernos y espesa barba, irascible e impetuoso, llevando en la izquierda una siringa, y en la derecha una vara torcida, que andaba dando saltos alrededor de todo el ejército, de forma que las mujerucas se asustaban de él y agitaban al viento sus cabellos cuando se les acercaba, y gritaban «evohé»[5]. Los espías suponían que éste era el nombre de su soberano.

---

[1] Griego *kórdax*, danza obscena de origen lidio, término intraducible literalmente.

[2] Rasgo femenino.

[3] Literalmente «teñidas de azafrán». Se refiere a Sileno.

[4] Pan.

[5] Grito de las bacantes, o mujeres participantes en los cultos de Dioniso.

Los rebaños habían sido ya arruinados por las mujeres y las crías descuartizadas en vivo, pues comían cruda la carne[6].

3 Al escuchar estos informes, los indios y su rey se reían, como es natural, y no se dignaron salir a su encuentro o colocarse en línea de batalla; a lo sumo, pensaban en arrojarles a sus mujeres si se acercaban, pues les parecía vergonzoso vencerles dando muerte a unas mujerucas enloquecidas, un caudillo con tocado femenino, un viejecillo medio borracho, un soldado sólo hombre a medias y unos danzantes desnudos, ridículos todos ellos. Mas cuando llegó la noticia de que el dios estaba arrasando a fuego el país, quemando ciudades con sus habitantes e incendiando los bosques, hasta convertir en poco tiempo la India en una hoguera —pues el fuego[7] es un arma dionisiaca, propia del padre del dios y derivada del rayo—, empuñaron entonces las armas apresuradamente, cargaron sus elefantes, los embridaron, colocaron las torres sobre ellos y salieron a su encuentro, despreciándolos todavía, pero irritados y deseosos de aplastar a aquel general imberbe y a todo su ejército.

4 Cuando los tuvieron cerca y se vieron mutuamente, los indios colocaron en vanguardia sus elefantes y avanzaron sus filas. El propio Dioniso mandaba el centro, Sileno el ala derecha y Pan la izquierda; los sátiros hacían de jefes y oficiales[8], y la consigna era para todos «evohé». Al punto resonaban los tambores, los címbalos daban la señal de la batalla y un sátiro, empuñando el cuerno, tocaba en tono elevado; el asno de Sileno lanzó

---

[6] Ritos típicos de los cultos báquicos: el *sparagmós* o despedazamiento en vivo, y la *ōmofagía* o «comunión» de las carnes crudas de las víctimas.

[7] Sémele, madre de Dioniso, ya fue abatida por el rayo de Zeus.

[8] En griego *lochagoí* y *taxíarchoi*, términos militares de aproximativa traducción.

un rebuzno guerrero y las Ménades, gritando, se arrojaron sobre ellos, ceñidas con serpientes y descubriendo el acero en la punta de sus tirsos. Los indios y sus elefantes se volvieron al punto e iniciaron la huida sin orden alguno, sin aguardar siquiera el comienzo de los disparos, y al fin fueron reducidos por la fuerza y conducidos como prisioneros de guerra por aquellos de quienes se habían burlado hasta entonces, aprendiendo con la experiencia que no hay que despreciar a los ejércitos extranjeros a la primera información que se reciba.

«Mas ¿qué relación tiene con Dioniso ese Dioniso que 5 tú describes?»[9], podría argumentar alguien. A mi parecer —y, por las Cárites, no interpretéis que tengo el furor de los coribantes[10] o que estoy totalmente ebrio si comparo mis obras con lo divino— muchos reaccionan ante las novedades literarias de igual modo que aquellos indios: así ha ocurrido ante las mías. Pues, estimando que iban a escuchar de nuestra parte textos satíricos, risibles y por entero cómicos —tal era su creencia, por haberse formado no sé qué opinión de mí—, empiezan unos por no acudir siquiera, no dignándose descender de los elefantes a prestar sus oídos a algazaras mujeriles y bailoteos satíricos; otros, al haber venido buscando algo así y encontrar acero en vez de yedra, todavía no se deciden a aplaudir, confundidos ante lo sorprendente del tema. Pero confidencialmente les anuncio que si se hayan dispuestos aun ahora, como en un principio, a presenciar reiteradamente el rito sacro, y mis antiguos compañeros de banquete recuerdan «las fiestas que antaño vivimos»[11] y no desprecian a los sátiros y silenos, bebiendo hasta la saciedad de esta crátera, también ellos sentirán de nuevo el entusiasmo de Baco, y repetirán una y otra vez con nosotros «evohé».

---

[9] Recuerda la expresión «nada para Dioniso», típica del ambiente teatral cuando los poetas se alejan de los primitivos mitos dionisíacos.

[10] Sacerdotes de Cibiles originarios de Frigia.

[11] Anapesto de origen desconocido.

6 No obstante, que procedan como gusten, pues el oído es libre[12]. Mas, dado que aún estamos en la India, yo quiero relataros otra curiosidad de allí, no «ajena a Dioniso»[13] tampoco, ni extraña a nuestra empresa. Entre los indios macleos, que viven en la margen izquierda del río Indo, mirando en el sentido de la corriente, y descienden en sus asentamientos hasta el Océano, hay —en su territorio— un bosque sagrado con cerca, de una extensión no muy considerable, pero tupido, pues la abundancia de yedras y vides lo mantienen en sombra profunda. Allí corren tres fuentes de un agua en extremo pura y cristalina, consagradas una a los Sátiros[14], otra a Pan y otra a Sileno. Los indios acuden a aquel paraje una vez al año, a celebrar la fiesta del dios, y beben de las fuentes, mas no de todas indiscriminadamente, sino de acuerdo con la edad: los adolescentes, en la de Sátiros; los de mediana edad, en la de Pan, y beben en la de Sileno los de la mía.

7 Lo que experimentan los mozos tras beberla o lo que osan hacer los hombres poseídos por Pan sería largo de contar; mas lo que los ancianos hacen al embriagarse de agua no es ajeno al caso decirlo. Luego que el anciano ha bebido y se ha apoderado Sileno de él, al punto queda mudo largo rato y parece embotado y ebrio, mas luego, súbitamente, su voz se torna sonora, su timbre vibrante y su tono musical, y de la mudez absoluta pasa a la extrema locuacidad, de suerte que ni tapándole la boca podrían interrumpirse sus continuas peroratas y largos discursos, si bien cuanto dice es sensato y acorde, como aquel famoso orador de Homero, pues sus palabras flu-

---

[12] Refrán.

[13] Cf. nota 9.

[14] Los manuscritos dicen «al Sátiro». La conjetura en plural es de Capps.

yen «cual los copos de nieve en el invierno»[15]. No podrían compararse ellos con cisnes en consideración a su edad, mas cual cigarras ensartan un cántico incesante y fluido hasta bien caída la tarde. Luego que la embriaguez les abandona, callan y retornan a su prístino estado. Pero aún no os he dicho lo más extraordinario de todo: si el anciano deja inconcluso el relato que pronunciaba, incapaz de llevarlo a su término por haberse puesto el sol, al beber de nuevo al año siguiente lo reanuda enlazando con lo que decía el anterior cuando la embriaguez le abandonó.

Permitid que, cual Momo, me mofe en esta fábula de mí mismo, aunque, por Zeus, no os traeré a colación la moraleja, pues ya veis en qué sentido la historia me atañe. De suerte que, si en algo desvariamos, culpable es la embriaguez; mas, si lo dicho os ha parecido razonable, es que Sileno me ha sido propicio.

---

[15] Se trata de Ulises. Cf. *Ilíada* III 222.

5

PRELUDIO HERACLES

Acerca de la relación entre esta *prolaliá* y *Dioniso*, cf. Introducción a esta última. El anciano sofista reaparece ante su público como el viejo Heracles de los celtas (Ogmio), dispuesto a arrastrar en pos de sí a una gran masa de oyentes. Todo parece indicar, según TOVAR (*Luciano*, Barcelona, 1949, pág. 54), que lo mejor de la representación alegórica de la Elocuencia es fruto de la imaginación lucianesca, y no responde a una realidad vivida en su viaje a las Galias. A la fuerza oratoria del viejo Luciano-Heracles se suma, cual colofón, la del Ulises anciano y mendigo en apariencia, mas con hermosos muslos.

Según Tovar, el *Hércules gálico* de la Biblioteca de El Escorial corresponde a la pintura que describe aquí Luciano (cf. *l. cit.*).

1 A Heracles los celtas lo llaman Ogmio, usando una voz del país, y la imagen del dios la pintan muy rara. Para ellos es un viejo en las últimas, calvo por delante, enteramente canoso en los pelos que le quedan, llena su piel de arrugas y tostada hasta la completa negrura, como los viejos lobos de mar. Antes lo tomarías por un

Caronte o un Jápeto del Tártaro[1] que por Heracles. Pero, a pesar de sus trazas, tiene la indumentaria de Heracles: lleva ceñida la piel del león, tiene la maza en la diestra, porta el carcaj en bandolera y su mano izquierda muestra el arco tenso. En todos estos detalles es plenamente Heracles, sin duda.

Yo creía, por consiguiente, que los celtas cometían 2 estas arbitrariedades en la figura de Heracles para irrisión de los dioses griegos, vengándose de él en las representaciones, porque una vez recorrió su territorio saqueándolo, cuando, en busca de los rebaños de Gerión, corrió la mayor parte de los pueblos de Occidente.

Pero aún no he dicho lo más sorprendente de su ima- 3 gen. Ese Heracles viejo arrastra una enorme masa de hombres, atados todos de las orejas. Sus lazos son finas cadenas de oro y ámbar, artísticas, semejantes a los más bellos collares. Y, pese a ir conducidos por elementos tan débiles, no intentan la huida —que lograrían fácilmente—, ni siquiera resisten o hacen fuerza con los pies, revolviéndose en sentido contrario al de la marcha, sino que prosiguen serenos y contentos, vitoreando a su guía, apresurándose todos con la cadena tensa al querer adelantarse; al parecer, se ofenderían si se les soltara. Pero lo que me resultó más extraño de todo no vacilaré en relatarlo: no teniendo el pintor punto al que ligar los extremos de las cadenas, pues en la diestra llevaba ya la maza y en la izquierda tenía el arco, perforó la punta de la lengua del dios y representó a todos arrastrados desde ella, ya que se vuelve sonriendo a sus prisioneros.

Permanecí en pie mucho tiempo contemplando el 4 cuadro, lleno de admiración, extrañeza e ira. Y un celta que estaba a mi lado, no ignorante de nuestra cultura, como demostró en su magnífico dominio del griego —un filósofo, al parecer, de las costumbres patrias—, dijo: «Yo te descifraré, extranjero, el enigma de la pintura, pues pareces muy desconcertado ante ella. Nosotros, los celtas, no creemos como vosotros, los griegos, que Hermes sea la Elocuencia, sino que identificamos a Heracles con ella, porque éste es mucho más fuerte que Hermes. Y no te extrañes de que se le represente como a un viejo, pues sólo la elocuencia gusta de mostrar su pleno vigor en la vejez, si dicen verdad vuestros poetas al afirmar que "las mientes de los jóvenes son errantes"[2], mientras que la vejez "tiene algo por decir más sensato que los jóvenes"[3]. Por eso la miel fluye de la lengua de vuestro Néstor[4], y los oradores troyanos tienen una voz florida[5]. Lirios se llaman, si bien recuerdo, sus flores.

---

[1] Caudillo de los Titanes, que lucharon contra Zeus y tras su derrota fueron arrojados al lugar de castigo del Hades denominado Tártaro.

5 »De modo que, si ese viejo Heracles [—es decir, la Elocuencia—][6] arrastra a los hombres atados de las orejas a su lengua, no te extrañes de ello, pues conoces la afinidad entre los oídos y la lengua. Y no es un agravio contra él que la tenga perforada, pues recuerdo —añadió— unos versos cómicos en yambos que aprendí entre vosotros: quienes hablan en extremo "la lengua tienen todos perforada"[7].

6 »En una palabra: nosotros creemos que Heracles lo consiguió todo gracias a la palabra por ser sabio, y mediante la persuasión dominó casi siempre. Y sus flechas son las palabras —creo yo—, agudas, certeras, rápidas,

---

[2] *Ilíada* III 108.

[3] Eurípides, *Fenicias* 530.

[4] *Ilíada* I 249.

[5] *Ilíada* III 152.

[6] Secluso por los mejores editores, presente en los manuscritos.

[7] Fuente desconocida.

que hieren las almas. Aladas decís vosotros también que son las palabras»[8].

7 Eso dijo el celta. Y yo, mientras consideraba para mis adentros esta aparición aquí, pensando si estaría bien, a mis años, después de tanto tiempo sin pronunciar conferencias, someterme al veredicto de un jurado tan amplio, oportunamente vino a mi memoria este cuadro. Hasta ese momento había temido dar la impresión a alguno de vosotros de actuar de modo sencillamente pueril y alardear de joven, y además un jovenzuelo homérico me desconcertaba con decirme «tu fuerza se ha disuelto» y «la ardua vejez te ha domeñado», «débil es tu siervo y lentos tus corceles»[9], burlándose así de mis pies. Mas, cuando me acuerdo de aquel anciano Heracles, me siento impulsado a cualquier empresa, y no hallo reparos en acometerla como ésta, aun teniendo la edad de la pintura.

8 Por tanto, váyanse en buena hora la fuerza, la agilidad, la belleza y todos los bienes físicos, y tu Eros, oh poeta de Teos[10], al contemplarme, haga volar, si quiere, mi barba canosa con el remar de sus alas de dorados destellos, e Hipoclides[11] no se inquietará. Con elocuencia ahora sería posible rejuvenecer, volver a la flor y a la plenitud de la vida, y arrastrar de las orejas a cuantos se quiera, y lanzar flechas con profusión, que no hay miedo de que su carcaj quede vacío.

Ya veis cómo me consuelo de mi edad y mi vejez, y por ello he osado botar mi esquife, tanto tiempo varado, tras aparejarlo con lo que tenía a mano, y lanzarlo de nuevo a alta mar. Ojalá, oh dioses, me sean favorables vuestros vientos, que ahora es cuando más necesitamos de una brisa «que hinche las velas, noble y amiga»[12]; y, si nos mostramos dignos, que alguien nos declame aquel verso homérico:

---

[8] Epíteto homérico aplicado a las palabras.

[9] *Ilíada* VIII 103 ss., aplicado a Néstor.

[10] ANACREONTE (fr. 23 BERGK, poema perdido).

[11] Dicho proverbial, equivalente a nuestro «agua pasada no mueve molino». La historia del proverbio (cf. HERÓDOTO, VI 126-131) se remonta al matrimonio de Hipoclides de Atenas con la hija del tirano Clístenes de Sición: el yerno del tirano manifestó, el día de la boda, no importarle ya la opinión de su suegro una vez conseguido su objetivo de casarse.

¡qué hermoso muslo muestra el viejo al correr sus
[harapos![13].

---

[12] *Odisea* XI 7; XII 149.
[13] *Odisea* XVIII 74.

6

ACERCA DEL ÁMBAR O LOS CISNES

Según J. SCHWARTZ (*Biographie de Lucien de Samosate*, Bruselas, 1965, pág. 129), es una *prolaliá* de juventud del autor, próxima a la redacción de los *Diálogos de los dioses*. Para TOVAR (*Luciano*, Barcelona, 1949, págs. 33 y sigs.), Luciano se propone defender su teoría retórica, atacando a los que «destilan oro» (escuela asiánica), y propugnando la sobriedad aticista, «que quiere un vocabulario muy puro y escogido, unos medios de expresión y ornato muy sobrios», al tiempo que se ridiculiza a los oradores altisonantes, auténticos cisnes poéticos. ¿Recurre Luciano a sus conocimientos geográficos, vividos en sus viajes (el Erídano o Ródano), o es mera ficción literaria?

Acerca del ámbar, sin duda os habrá convencido el 1 mito: los álamos, a orillas del río Erídano, lo destilan en su llanto de dolor por Faetonte; y aquellos álamos son las hermanas de Faetonte, que, en su aflicción por el joven, fueron convertidas en árboles, y desde entonces brotan de ellos lágrimas de ámbar. Cuando oía yo contar tales historias a los poetas, esperaba —de poder visitar algún día las riberas del Erídano— llegar a situarme debajo de uno de esos álamos para extender mi túnica, recibir algunas lágrimas, y conseguir así ámbar.

De hecho, recientemente y por otro motivo, visité 2 aquellas tierras y —tenía que remontar el curso del Erídano— no vi ni álamos ni ámbar, pese a mi atenta búsqueda, y los nativos ni siquiera conocían el nombre de Faetonte. Cuando yo trataba de averiguarlo y preguntaba cuándo llegaríamos a los álamos del ámbar, se reían los barqueros y pedían que les dijera más claramente lo que quería. Y yo les contaba el mito: Faetonte fue un hijo de Helio, que, al llegar a la edad, pidió a su padre que le dejara conducir el carro, para ser él también autor de un día; concedióselo Helio, y Faetonte pereció al caerse del carro; y sus hermanas, presas de aflicción («precisamente aquí, entre vosotros —les dije—, vino a caer, en el Erídano»), se convirtieron en álamos y aún lloran ámbar por él.

3 «¿Quién te ha contado esas cosas? —preguntaban—. Es un embustero charlatán: nosotros jamás hemos visto caer a un cochero, ni tenemos los álamos que dices; si así fuera, ¿crees que nosotros remaríamos por dos óbolos y arrastraríamos los barcos contra corriente, de poder enriquecernos con sólo recoger las lágrimas de los álamos?» Esta observación me molestó bastante, y callé avergonzado, porque realmente me había ocurrido algo propio de un niño, al creer a los poetas que propalaban tales falacias, que es de locos aceptar con agrado. Defraudado, pues, en una esperanza como ésa, nada desdeñable, afligíame cual si el ámbar se me hubiera escapado de las manos, después de haber imaginado los múltiples y variados usos que de él iba a hacer.

4 Creía, sin embargo, que la otra parte del relato era cierta, y que encontraría allí muchos cisnes cantando en las orillas del río. Y volví a preguntar a los barqueros —pues aún seguíamos remontando—: «Y los cisnes, ¿a qué hora os cantan su armoniosa melodía a ambas orillas del río? Pues dicen que son compañeros de Apolo, hombres cantores, que aquí se convirtieron en aves, y por ello cantan, sin haberse olvidado aún de la música».

A lo que ellos, entre risas, contestaron: «Pero, hombre, ¿no vas a terminar hoy de inventar falsedades sobre nuestra tierra y el río? Nosotros, que estamos siempre navegando, y que prácticamente desde la niñez trabajamos en el Erídano, vemos a veces algunos cisnes en las charcas del río, mas graznan sin gracia alguna, débilmente, de suerte que los cuervos o los grajos son sirenas a su lado; pero sus dulces cantos, como tú dices, no los hemos oído ni en sueños, de manera que nos sorprende que os hayan llegado semejantes historias acerca de nuestra tierra.» 5

Podemos vernos envueltos en muchos engaños de esta naturaleza de creer a quienes refieren las cosas exagerándolas. De modo que yo ahora temo, por lo que a mí respecta, que vosotros, que acabáis de llegar y habéis escuchado esto de mis labios, pese a haber esperado encontrar en mí algo de cisnes y de ámbar, os vayáis dentro de poco mofándoos de quienes os prometen tantas y tan nobles prendas en los discursos. Pero os doy fe de que ni vosotros ni nadie me ha oído jamás jactarme en tales términos sobre mis creaciones, ni podría oírme. En cambio a otros, y no pocos, podréis encontrar, Erídanos cualesquiera, de cuyas palabras fluye no ya ámbar, sino el mismísimo oro, y resultan mucho más melodiosos que los poéticos cisnes. En cuanto a mi relato ved cuán sencillo y sin mitología resulta; tampoco lo acompaña canción alguna. Por tanto, procura no te ocurra que esperes más de mí y te pase lo que a los espectadores de los objetos sumergidos en el agua, que, creyendo que su tamaño es el que aparece desde fuera, al ensancharse la imagen por la transparencia, cuando los extraen a la superficie y los encuentran mucho más pequeños se ven defraudados. Por ello te prevengo, tras verter el agua y descubrir mi realidad: no confíes en sacar nada grande del fondo, o habrás de reprocharte tu esperanza. 6

7

ELOGIO DE LA MOSCA

Los sofistas, fieles durante siete siglos a su pretendida capacidad de «convertir en buena la causa mala» (cf. Introducción a *Fálaris*), hacen alarde además, en este momento *(Segunda Sofística)*, de su dedicación al «arte por el arte». Al igual que Dión escribe su intrascendente *Elogio del papagayo*, Luciano, hablista puro, habilísimo en el arte del lenguaje, se propone una meta aún más difícil: mostrarnos su virtuosismo retórico asumiendo un tema no ya carente de contenido, sino repugnante en sí mismo, una «causa perdida», como es el elogio (no la defensa) de la mosca. En su ejecución triunfa sólo por su gracia descriptiva, su erudición literaria (citas oportunas de Homero, Platón y los trágicos), y sus conocimientos mitológicos, todo ello amena y sabiamente dosificado. Obra del género epidíctico, este panegírico es auténtico ejemplar clásico de perfección formal y habilidad argumentista, ocupando un lugar destacado en la proteica producción lucianesca.

1 La mosca no es el más pequeño de los volátiles, al menos comparada con los mosquitos, los cínifes y otros seres aún más diminutos, sino que los aventaja en tamaño tanto como ella misma dista de la abeja. No está dotada de plumas como las aves [1], que tienen algunas de plumaje cubriendo su cuerpo y utilizan las más largas

---

[1] El griego dice literalmente «como los demás (*sc.* volátiles)».

para volar, sino que, como los saltamontes, las cigarras y las abejas, tiene alas membranosas y más delicadas que éstos, como el vestido indio es más sutil y delicado que el griego; y, asimismo, ofrece el colorido floral de los pavos reales, si la miramos fijamente cuando abre sus alas en vuelo hacia el sol.

Su vuelo no es, como en los murciélagos, un continuo 2 remar; ni va, como en los saltamontes, acompañado de saltos, ni, como en las avispas, con zumbido, sino que describe una curva perfecta hasta el punto del aire al que se dirige. Además tiene la cualidad de volar, no en silencio, sino con cántico nada desagradable, como cínifes y mosquitos, ni con el grave zumbido de las abejas, o el terrible y amenazador de las avispas; es mucho más melodiosa, como las flautas son más dulces que la trompeta y los címbalos.

En cuanto al resto de su cuerpo, la cabeza se une 3 muy delicadamente al cuello y es muy flexible en sus movimientos, y no de una pieza como la de los saltamontes. Sus ojos son prominentes y tienen mucho de cuerno. Su pecho es robusto, y las patas parten de su propio entorno sin apretarse como en las avispas. Como en éstas, su abdomen se halla reforzado, y se asemeja a una coraza dotada de bandas planas y escamas. No se defiende por la parte posterior, como la avispa y la abeja, sino con la boca y la trompa, que tiene de igual modo que los elefantes, con la que se alimenta, coge las cosas y se adhiere a ellas, semejante en su extremo a una ventosa. De ella sale un diente, con el que pica y chupa la sangre —aunque beba leche, también le gusta la sangre— sin gran dolor para sus víctimas. Aun cuando tiene seis patas, anda sólo con cuatro, y usa las dos delanteras a guisa de manos. La puedes ver caminando sobre cuatro patas, llevando algo comestible en sus dos manos, de modo muy semejante a nuestra humana costumbre.

No nace ya así, sino que primero es una larva, sur- 4 gida de los cadáveres de hombres o animales. Luego, poco a poco, desarrolla las patas, echa las alas, y de gusano pasa a volátil, que cría y da a luz un pequeño gusano, mosca más tarde. Vive en sociedad con los hombres, compartiendo sus alimentos y su mesa, y toma de todo menos aceite, pues el probarlo le produce la muerte. Y, aunque es de corta existencia —su vida queda estrechamente limitada—, se complace especialmente en la luz y por ella se rige. De noche descansa y no vuela ni canta, sino que se oculta y permanece inmóvil.

5 Puedo hablar también de su inteligencia, nada pequeña, para escapar de su cazadora y enemiga, la araña. Si ésta trama la emboscada, la acecha, y cuando se ve frente a ella cambia su rumbo, para no caer en la red y dar en las telas del animal. De su valor y arrojo no hemos de hablar nosotros, sino el poeta de más potente voz: Homero. Al tratar de ensalzar al mejor de los héroes [2], no compara su arrojo con el del león, el leopardo o el jabalí, sino con la audacia de la mosca y la intrepidez y persistencia de su ataque, y no le atribuye temeridad, sino audacia [3], pues incluso apartada —dice— no abandona, sino que está ansiosa por picar. Tanto ensalza y aprecia a la mosca, que no la menciona ocasionalmente una vez ni en escasos pasajes, sino con frecuencia: así su recuerdo adorna sus versos. Ora describe su vuelo en enjambre hacia la leche [4], ora —cuando Atenea aparta el dardo de Menelao, para que no dé en sus partes vitales, y la compara con una madre que vela a su hijo dormido [5]— introduce de nuevo la mosca en la comparación.

---

[2] *Ilíada* XVII 570. Atenea infunde en el pecho de Menelao la «audacia de la mosca».

[3] La distinción sutil entre conceptos tan afines como *thrásos* (=«temeridad») y *thársos* (=«audacia»), propia de los sofistas, es ajena a la lengua de Homero y al uso común del griego.

[4] *Ilíada* II 469; XVI 641.

[5] *Ilíada* IV 130.

Además, las adornó con un bellísimo epíteto al calificarlas de «espesas» y llamar «naciones» a su enjambre[6].

6 Es tan fuerte, que cuando pica atraviesa no sólo la piel del hombre, sino la del buey y la del caballo, y hasta al elefante daña penetrando en sus arrugas y lacerándolo con su trompa en proporción a su tamaño. De celo, amor y uniones tienen gran libertad, y el macho no monta y desciende al instante, como en los gallos, sino que se mantiene mucho rato sobre la hembra, y ella lleva al novio, y unidos vuelan sin romper en su evolución ese coito aéreo. Con la cabeza cortada, vive el cuerpo de la mosca mucho tiempo y sigue respirando.

7 Mas quiero referirme al aspecto más extraordinario de su naturaleza. Es éste el único dato que Platón omite en su tratado acerca del alma y su inmortalidad. Cuando muere una mosca, resucita si se la cubre de ceniza, operándose en ella una palingenesia y segunda vida desde un principio[7], de modo que todos pueden quedar completamente convencidos de que también su alma es inmortal, si parte y regresa de nuevo, reconoce y reanima su cuerpo, haciendo volar la mosca: así confirma la leyenda acerca de Hermótimo de Clazómenas, de que su alma muchas veces le abandonaba, se alejaba por propia iniciativa y después regresaba, volvía a ocupar su cuerpo y a reanimar a Hermótimo.

8 No trabaja: sin fatiga disfruta de los esfuerzos ajenos y tiene la mesa llena en todas partes, pues las cabras son ordeñadas para ella, las abejas no trabajan menos para las moscas que para el hombre, los cocineros condimentan para ella los alimentos, que prueba incluso antes que los propios reyes; se pasea por las mesas, participa de sus festines y comparte todos sus goces.

9 No establece su nido o habitación en un único sitio,

---

[6] *Ilíada* II 469.

[7] ELIANO, *Hist. animal* II 29.

sino que remonta el vuelo errante como los escitas, y allí donde le sorprende la noche establece su hogar y lecho. Pero en la oscuridad, como dije, no hace nada: ni pretende realizar acción alguna a hurtadillas, ni cometer algo vergonzoso que, hecho a la luz, la avergüence.

10 Cuenta la leyenda que en la antigüedad existió una mujer llamada Mía[8], muy hermosa, pero charlatana, entrometida y aficionada al canto, rival de Selene por amar ambas a Endimión. Como despertaba continuamente al mozo mientras dormía con sus charlas, canturreos y bromas, éste se irritó y Selene, encolerizada, convirtió a Mía en mosca. Por eso siente envidia de todos cuantos duermen, y en especial de los jóvenes y niños, en recuerdo de Endimión. La misma mordedura y su deseo de sangre no es signo de fiereza, sino de amor y afecto al hombre, pues en lo posible goza de él y algo extrae de la flor de su belleza.

11 Hubo también, según los antiguos, una mujer de su mismo nombre, poetisa muy bella e inspirada; y también otra, famosa cortesana del Ática, de la que el poeta cómico dijo: «Mía le mordía hasta el corazón»[9]; por tanto, la gracia cómica ni despreció ni excluyó de la escena el nombre de la mosca, ni los padres se avergonzaban de llamar así a sus hijas. La tragedia también menciona a la mosca con gran alabanza, como en estos versos:

Terrible es que la mosca, con indómita fuerza,
salte sobre los hombres para hartarse de sangre,
y a los hoplitas su lanza hostil perturbe[10].

---

[8] Transcripción del sustantivo griego *Myîa* (=«Mosca»).

[9] Texto de origen desconocido (Kock, *Comic. Attic. Fragm.*, 1880-88, *fr. adesp.* 475).

[10] Texto igualmente desconocido (Nauck, *Trag. Graec. Fragm.*, 2.ª ed., Leipzig, 1889, *fr. adesp.* 295).

Mucho más podría añadir acerca de Mía, la pitagórica[11], si su historia no fuera conocida de todos.

Existen también unas moscas muy grandes, comúnmente llamadas «guerreras», y «perros voladores» por algunos, de zumbido extremadamente ronco y muy veloces en el vuelo; gozan de larga vida y resisten todo el invierno sin comer, adheridas con frecuencia a las techumbres; merece admiración su peculiaridad de realizar la función de ambos sexos, autofecundándose igual que el hijo de Hermes y Afrodita, de dos naturalezas y doble belleza.

Y, aun cuando aún puedo añadir mucho más, pondré fin a mi discurso, no parezca, como dice el refrán, que hago un elefante de una mosca.

---

[11] Al parecer, fue hermana de Pitágoras y esposa de Milón de Crotona, el famoso atleta.

8

FILOSOFÍA DE NIGRINO

Largas polémicas se han sostenido acerca de la interpretación y sentido último de esta obra en el seno de la producción lucianesca. Para algunos (Gallavotti, Quacquarelli, etc.), se trata de una auténtica «conversión» de nuestro autor, siquiera sea transitoria, a la filosofía platónica, un alto en su trayectoria retórica descreída (en la cual las afinidades cínicas no son sino un motivo literario más, como sostiene Helm). Todo parece indicar, sin embargo, que no hubo tal conversión, y que este diálogo, que, como reconoce SCHWARTZ (*Biographie de Lucien de Samosate*, Bruselas, 1965, pág. 90), reunía todos los requisitos necesarios para ser bien acogido en los círculos platónicos de Atenas, forma parte de la multiforme producción retórica lucianesca.

¿Es histórica la figura de Nigrino, filósofo platónico, en su retiro romano? Si bien nada permite dar una negativa categórica, es tentadora la hipótesis de que se trata de una réplica del filósofo Albino, que se hallaba en Esmirna en 151 d. C. (cf. L. HASENCLEVER, *Über Lukians Nigrinos*, 1907, pág. 13; *Realencyclopädie*, de PAULY-WISSOWA, art. «Albinus», col. 1314, 1959 ss.). Si ello es cierto, cabe pensar en el sempiterno humor lucianesco, en cuya línea se inscribiría la enfermedad de los ojos del autor, símbolo literario de la ceguera espiritual, curada por Nigrino, quien, por lo demás, muestra sorprendentes afinidades doctrinales con el cinismo: en efecto, la rotunda *contemptio mundi* del filósofo está más cercana de la actitud de los discípulos de Diógenes que del proceder de las sectas platónicas, a las que, por cierto, como observa CASTER (*Lucien et la pensée religieuse de son temps*, París, 1938, pág. 122), Luciano ataca siempre sin piedad. En cuanto a la severa crítica que éste hace de Roma, ciudad corrupta en oposición a la virtuosa Atenas (cf. A. PERETTI, *Luciano, un intellettuale greco contro Roma,* Florencia, 1946), J. BOMPAIRE (*Lucien écrivain: imitatión et création,* París, 1958, págs. 303 y sigs.) ve en ello tópicos literarios y oportunismos de sofista.

Para Schwartz, la obra es anterior a 157, año en que Luciano ya se hallaba instalado en Atenas, y se sitúa, con *Acerca del ámbar o los cisnes,* en los comienzos mismos de la producción literaria del autor.

Una carta de remisión de la obra figura al frente de ésta. Ello es insólito en Luciano. Empieza con la fórmula platónica o epicúrea del *eû práttein* («mis mejores deseos») y, modestamente, se excusa de no escribir un tratado más de filosofía para la biblioteca de Nigrino, limitándose a reflejar sus emociones más profundas tras la entrevista con éste. Los once primeros capítulos de la obra propiamente dicha son una larguísima introducción al tema fundamental, que se inicia en el capítulo doce y se extiende hasta el penúltimo.

Es también de ardua solución el problema de la relación del *Nigrino* con otras obras del *corpus* lucianesco. Lo que parece evidente es que fue escrito antes del «período menipeo» de su actividad literaria.

A nuestro entender, sin embargo, se advierte ya en esta obra el *leit-motiv* lucianesco y semita de la crítica de la humana locura, las ambiciones, el orgullo, la corrupción de las costumbres, lo que, en puridad, puede afirmarse que está en la mejor línea satírica y menipea del escritor samosatense. Ante esta realidad innegable, tanto la personalidad de Nigrino como la pretendida conversión del escritor pasan a un segundo plano y quedan relegados al capítulo de la ficción literaria, hilo conductor del sentido profundo de esta obra, que para nosotros es el anteriormente apuntado. Abundan, por lo demás, los palmetazos contra los filósofos histriones y parásitos (capítulos 24 y 25), como en el resto de la obra lucianesca.

CARTA A NIGRINO

Luciano a Nigrino: mis mejores deseos[1].

El proverbio dice «una lechuza a Atenas», indicando ser ridículo que alguien llevara allí lechuzas, dado que hay muchas en el lugar. Si yo, pretendiendo alardear de dominio del lenguaje, escribiera un libro y se lo enviara a Nigrino, me expondría al ridículo cual auténtico importador de lechuzas. Mas, ya que deseo sólo mostrarte mi ideología en la actualidad, y cómo he sido profundamente motivado por tus palabras, tal vez pueda escapar del principio de Tucídides[2], cuando dice que la ignorancia es audacia, pero la reflexión vuelve a los hombres vacilantes; pues es notorio que no sólo la ignorancia es, en mi caso, motivo de semejante audacia, sino también mi amor por las letras. Salud.

FILOSOFÍA DE NIGRINO

1 —¡Cuán augusto y altivo has regresado! Ciertamente, ya no te dignas mirarnos, ni te juntas con nosotros, ni intervienes en nuestras conversaciones; de repente has cambiado y, en una palabra, pareces un altanero. Me agradaría escuchar de tus labios el origen de tu extraño comportamiento y la causa de todo ello.

—¿Qué otro nombre merecería, compañero, sino «buena suerte»?

—¿Qué quieres decir?

—Por decirlo de pasada[3], he regresado a ti plenamente feliz y dichoso y, empleando el término escénico, «tres veces afortunado»[4].

---

[1] Fórmula epistolar introductoria de saludo (cfr., p. ej., las *Epístolas* de PLATÓN), literalmente «pásalo bien» (griego *eû prát-tein*). Concluye la misiva con la fórmula *érrōso* (liter. «goza de fuerza»).

[2] TUCÍDIDES, II 40, 3.

[3] Griego *hodoû párergon*, expresión estereotipada, cf. EURÍPIDES, *Electra* 509, etc.

—¡Por Heracles! ¿En tan corto tiempo?

—Así es.

—Pero ¿qué sucede, aparte de esto, para que estés tan orgulloso? Procura que no tengamos que contentarnos sólo con un resumen, y podamos también conocer los detalles, una vez escuchado el relato íntegro.

—¿No te parece maravilloso, por Zeus, que me haya convertido de esclavo en hombre libre, de pobre en auténticamente rico, de necio y entenebrecido en el más sensato?[5].

—Es lo más grande, sí, pero aún no comprendo claramente qué quieres decir. 2

—Me puse en camino en dirección a la Ciudad[6], a fin de consultar a un oftalmólogo, pues mi enfermedad del ojo se iba agravando...

—Sé todo eso, y deseaba que encontraras un médico eficiente.

—Hacía tiempo que quería saludar a Nigrino, el filósofo platónico. Me levanté, pues, con la aurora, llamé a su puerta y, en cuanto el esclavo me anunció, fui invitado a pasar. Al entrar lo hallo con un libro en las manos y rodeado de numerosos bustos de antiguos filósofos. Hallábase también en el centro una tablilla con dibujos de figuras geométricas y una esfera hecha de caña representando —creo— el Universo[7].

Me acogió, pues, con gran cordialidad y se interesó 3 por mis problemas. Yo se lo expliqué todo y, naturalmente, deseé a mi vez interesarme por los suyos, y si tenía en proyecto volver a la Hélade.

---

[4] Equivale a un superlativo intensivo. Cf. ARISTÓFANES, *Asamblea de mujeres* 1129.

[5] Cita de un drama perdido (KOCK, *adesp.* 1419). Entendemos el participio *tetyphōménou*, relacionado con *týphos*, más en el sentido de «confuso, entenebrecido» que en el de «orgulloso, fatuo».

[6] En esta época, Roma, ciudad por antonomasia.

[7] Se trata de una esfera construida con anillos de caña.

Comenzó él hablando de esos temas y exponiendo su criterio personal; y derramó tanta ambrosía sobre mí en sus palabras, que fuera capaz de superar a las legendarias Sirenas[8] —si hubiera existido alguna—, a los ruiseñores[9] y al loto de Homero[10]. ¡Qué divina expresión!

4 Prosiguió enalteciendo la filosofía y la libertad que le es propia, y ridiculizando cuanto el vulgo considera bienes —riquezas, fama, poder, honor, y hasta el oro y la púrpura—, contemplados con avidez por la mayoría, entre la que me contaba. Yo acogí estas ideas en mi espíritu tenso y abierto, sin poder ni imaginar al punto lo que me ocurría. Me invadían sentimientos diversos: tan pronto me entristecía de que hubiera vituperado mis bienes más queridos —riqueza, dinero y fama—, llegando casi a llorar porque me los hubieran destruido, como me parecía todo ello mezquino y ridículo, y me regocijaba como quien, de una existencia anterior en ambiente enrarecido, surge a contemplar cielo puro y plena luz[11]. Por tanto —y ello es lo más sorprendente—, me olvidaba de mi ojo y su enfermedad, y en mi alma la visión tornábase más penetrante por momentos, pues hasta entonces no me había percatado de que andaba por el mundo llevándola en estado de ceguera.

5 Proseguí hasta alcanzar ese estado que antes me reprochabas, pues su doctrina me vuelve orgulloso y altivo, y, resumiendo, ya no pienso en pequeñez alguna. Creo que me ha ocurrido con la filosofía algo semejante a lo que los indios dicen experimentar con el vino cuando lo

---

[8] *Odisea* XII 39; 167.

[9] *Odisea* XIX 518.

[10] *Odisea* IX 94.

[11] Es evidente la conexión con el famosísimo mito platónico de la caverna (*República* 514a-519d).

prueban por vez primera: siendo por naturaleza más ardientes que nosotros, al tomar una bebida tan fuerte deliran al punto y pierden doblemente el juicio por el vino puro. Ahí tienes la razón de que yo ande poseído y ebrio por sus doctrinas.

—En realidad, esto no es embriaguez, sino sobriedad 6 y templanza. También yo querría, si fuera posible, escuchar tales doctrinas, pues no es lícito en modo alguno mostrarse mezquino en esta materia, sobre todo si es un amigo y comparte idénticos intereses quien desea oírlas.

—Confía en mí, buen amigo: como dice Homero, «instigas a quien ya se apresura»[12] y, de no haberte tú adelantado, yo mismo te habría instado a escuchar mi relato, pues deseo presentarte ante la sociedad como testigo de que mi locura no carece de razón. Por lo demás, es dulce para mí recordar sus pensamientos con frecuencia, y ya he hecho de ello una práctica, toda vez que —incluso sin haber nadie presente— repito sus palabras para mí mismo dos o tres veces al día.

Al igual que los amantes, en ausencia de sus favori- 7 tos, suelen evocar algunos gestos o palabras suyas, y platicando con ellos burlan su mal de amor, cual si estuvieran a su lado sus amados —algunos hasta creen charlar con ellos, gozan con lo que tiempo atrás oyeron como si se hubiera dicho en aquel momento y, vinculando su alma al recuerdo del pasado, no tienen tiempo de afligirse por el presente inmediato—, del mismo modo yo, aun en ausencia de la Filosofía, al reunir las palabras que entonces escuché y evocarlas en mi interior, logro no pequeño consuelo. En resumen, cual si anduviera a la deriva en el mar durante la oscuridad de la noche, pongo mi mirada en ese hombre como en un faro, imaginando que él presencia todos mis actos, cual si le oyera repetirme siempre aquellas palabras del pasado. Algunas veces, sobre todo cuando pongo en tensión mi espíritu, me aparece hasta su rostro, y el eco de su voz permanece en mis oídos. Desde luego, como dice el cómico, «dejó un aguijón en sus oyentes» [13].

---

[12] *Ilíada* VIII 293. Respuesta de Teucro a Agamenón. Cf., asimismo, *Odisea* XXIV 487.

8 —Acaba, hombre extraordinario, tu largo preludio y, remontándote al principio, repite sus palabras, que me fatigas no poco con tus rodeos.

—Tienes razón, y así debo hacerlo. Pero piensa, compañero, que alguna vez has visto malos actores trágicos, al igual que cómicos, por Zeus. Me refiero a los que reciben silbidos y estropean las obras, hasta ser finalmente reemplazados, aun cuando frecuentemente las piezas sean buenas y obtengan premio.

—Conozco a muchos así, pero ¿a qué viene eso?

—Temo que, en plena representación, quede en ridículo a tus ojos, al hilvanar unos pasajes desordenadamente, y en ocasiones destruir hasta el propio sentido por mi incapacidad; y así puedas, insensiblemente, sentirte impulsado a condenar la pieza misma. Y, por lo que a mí respecta, no me aflige demasiado, pero creo que me dolería no poco que la obra fracasara y resultara mal por mi culpa.

9 Recuerda, pues, esto durante toda la representación: el poeta no es responsable ante nosotros de semejantes errores, y está sentado en algún lugar, lejos de la escena, totalmente ajeno de lo que ocurre en el teatro, mientras yo me someto ante ti a una prueba sobre mi capacidad memorística como actor; por lo demás, mi papel no difiere del de un mensajero trágico. En consecuencia, si estimas que el relato es demasiado pobre, recurre a pensar que era mejor, y el poeta sin duda lo expresó de otro modo. En cuanto a mí, aunque me eches a silbidos, no me ofenderé en absoluto.

---

[13] ÉUPOLIS, *fr.* 94 KOCK, refiriéndose a Pericles.

—¡Por Hermes![14]. ¡Qué hermoso proemio, a la usanza de los maestros de oratoria! Y creo que aún vas a añadir que vuestra conversación fue breve, que tú no has venido preparado para hablar, y que sería mejor escuchar estas palabras de sus labios, pues tú eres portador en tu recuerdo de unas pocas que pudiste recordar. ¿No ibas a decir eso? Pues bien, no estás obligado a nada de ese tenor respecto a mí: considera que, a estos efectos, has dicho ya todo tu prólogo; por mi parte, estoy dispuesto a vitorear y a aplaudir. Mas si sigues demorándote, te guardaré rencor durante la representación y te silbaré muy fuertemente. 10

—En efecto, cuanto has apuntado deseaba haberlo expuesto, y añadir que no pronunciaré un parlamento ininterrumpido ni con sus mismas palabras sobre todos los extremos, pues eso es sin duda absolutamente imposible para mí, ni tampoco pondré las palabras en boca de Nigrino, no sea que me ocurra como a los actores antecitados, que muchas veces —tras haber representado el personaje de Agamemnón, Creonte, o el propio Heracles, con vestiduras de oro, mirada fiera y boca bien abierta— hablan en voz baja, tenue, mujeril, y mucho más débil que la propia Hécuba o Políxena. Por eso, para no sufrir yo también reproches por adoptar una máscara mucho mayor que mi cabeza y deshonrar la indumentaria, quiero platicar a rostro descubierto, para no arrastrar conmigo, si caigo en algún momento, al héroe que interpreto. 11

—¿No acabará hoy ese hombre con sus múltiples metáforas sobre la escena y la tragedia? 12

—Sí, ya termino. Paso a abordar el tema. El comienzo de sus palabras fue un elogio de la Hélade y de los hombres de Atenas, porque se han nutrido de filosofía y pobreza, y no ven con buenos ojos a ningún ciudadano o extranjero que luche por introducir la molicie entre ellos; al contrario, si alguien llega hasta ellos con tal propósito, imperceptiblemente lo cambian y reeducan, hasta convertirle a una vida sencilla.

---

[14] Hermes era el dios de los oradores.

13 Recordaba, como ejemplo, a un adinerado que llegó a Atenas, hombre de vida muy ostensible, grosero, con su cortejo de criados, ricas vestiduras y adornos de oro: él se creía envidiado por todos los atenienses y admirado como hombre feliz, pero ellos lo consideraban un infortunado hombrecillo y trataban de educarlo sin crueldad, y sin privarle no obstante de vivir como quisiera en una ciudad libre. Mas, cuando molestaba en los gimnasios y baños al empujar con su séquito y arrollar a cuantos encontraba al paso, siempre había quien comentaba a media voz, fingiendo hablar disimuladamente, como si no apuntara a él precisamente: «Teme ser asesinado mientras se baña; sin embargo, en los baños reina paz absoluta; no hay necesidad, pues, de un ejército». Y el aludido, que siempre lo oía, se iba educando de pasada. De sus ricas vestiduras y túnicas de púrpura lo desnudaban con gran cortesía, mientras se burlaban del florilegio de sus colores: «Ya ha llegado la primavera» —decían—; «¿de dónde ha venido ese pavo real?»; «tal vez sea de su madre», y cosas por el estilo. Por lo demás, se burlaban igualmente del número de sus anillos, del excesivo cuidado de su cabello, o de su vida licenciosa, de suerte que, lentamente fue corrigiéndose y marchó muy mejorado gracias a la educación pública recibida.

14 Para demostrar que no se avergüenzan de confesar su pobreza, me recordaba un comentario que decía haber oído circular entre todos los asistentes a los Juegos Panatenaicos. Había sido detenido un ciudadano, y era llevado a presencia del director de los Juegos por asistir a éstos con un manto teñido[15]; quienes lo vieron sintie-

---

[15] La suma castidad de la diosa Atenea inducía a la prohi-

ron compasión y, cuando el heraldo anunció que había obrado contra la ley al exhibirse con semejantes vestiduras, gritaron todos a una voz, como si estuvieran concertados, que lo perdonara por ponerse tales prendas, pues no tenía otras.

Celebraba, por consiguiente, todo eso, y también la libertad de allí, así como lo irreprochable de su forma de vida, su sosiego y ocio, cualidades que ellos poseen en abundancia. Demostraba, por consiguiente, que resulta acorde con la filosofía una existencia junto a hombres así, y es capaz de conservar puro el carácter; para un varón serio, que ha aprendido a despreciar la riqueza y decidido vivir de acuerdo con la perfección natural, la vida de Atenas se adapta a ello perfectamente.

Mas quien ama la riqueza, es seducido por el oro y 15 mide la felicidad por la púrpura y el poder sin probar la libertad, o conocer la expresión sin trabas, o contemplar la verdad, y se alimenta sin cesar de adulación y servilismo; o quien ha entregado su alma entera al placer y ha resuelto servir sólo a éste, amante de la gastronomía refinada, amante de la bebida y los placeres sexuales, saciado de trapacería, engaño y falsedad; o quien goza oyendo tañidos, canturreos y coplas de afeminados..., a hombres así, decía, cuadra la vida de Roma.

En efecto, están llenas de las cosas por ellos más que- 16 ridas todas las calles, todas las plazas[16], y pueden recibir el placer por todas las puertas: unas veces por los ojos, otras por los oídos y el olfato, otras por la garganta y el sexo; fluye el placer en corriente inagotable y turbia ensanchando todos los caminos, pues con él penetra el adulterio, la avaricia, el perjurio, y todo ese linaje de

---

bición de usar determinados trajes en las fiestas a ella consagradas.

[16] Adaptación al caso del conocido pasaje de ARATO (*Fenómenos* 2): «Toda calle y toda plaza de los hombres está llena de la presencia de Dios.»

los vicios, mientras se destierra del alma inundada por doquier el respeto, la virtud y la justicia; y al quedar yermo de estas cualidades, el campo arde sin tregua de sed, mientras en él florece infinidad de pasiones salvajes. Así declaró ser Atenas, y maestra de tan grandes virtudes.

17 «En cuanto a mí —dijo—, la primera vez que regresé de la Hélade, al acercarme a Roma, me detuve y me preguntaba el motivo de mi regreso, repitiendo aquellas palabras de Homero:

¿por qué has venido aquí, desdichado, tras dejar
[la luz del sol? [17].

¿Por qué dejaste la Hélade, su dicha y libertad, para ver la agitación de aquí, sicofantas, salutaciones desdeñosas, cenas, aduladores, crímenes, caza de herencias, amistades fingidas? ¿O qué has pensado hacer, si no puedes ni alejarte ni actuar según las costumbres establecidas?

18 »Tras meditar sobre la cuestión y —como Zeus a Héctor— apartándome a mí mismo de los dardos —textualmente: "de la matanza, de la sangre y del tumulto" [18]—, decidí en el futuro encerrarme en mi casa y, eligiendo esta forma de vida, que la gente considera mujeril y tímida, converso con la Filosofía misma, con Platón y la Verdad, y, cual si me sentara en un teatro de enormes dimensiones, diviso desde mi gran elevación los acontecimientos capaces de producirme, unas veces, mucha diversión y risa; otras, de probar verdaderamente la firmeza de un hombre.

19 »Si también de los males hay que hablar en términos favorables, no imagines mayor gimnasio de virtud o examen del alma más fiable que esta ciudad y su género de vida; no carece de importancia resistir a tantos deseos,

---

[17] *Odisea* XI 93 ss.

[18] *Ilíada* XI 163 ss.

a tantas imágenes y sonidos que por doquier tratan de arrastrar y apoderarse de uno. Sencillamente, hay que imitar a Ulises[19] y navegar esquivándolos, sin atarse las manos —sería de cobardes— ni obstruir los oídos con cera, sino oyendo sin trabas y con espíritu auténticamente altivo.

»Otro motivo más para admirar la filosofía es con- 20 templar tan gran demencia, y para despreciar los bienes de la fortuna es ver como en un teatro, en un drama de muchos personajes, a uno que pasa a ser, de criado, señor; a otro, de rico, pobre; a otro, de pobre, sátrapa o rey; uno es amigo de éste; otro, enemigo; otro, desterrado. Y de todo ello lo más sorprendente es que, aunque la Fortuna atestigua que juega con los intereses humanos y reconoce que nada en ellos es duradero, sin embargo, pese a verlo todos los días, se aferran a la riqueza y al poder, y todos andan llenos de irrealizables esperanzas.

»Como te decía, hay motivos para reír y solazarse 21 con los acontecimientos, y de ello voy a hablarte ahora. Pues ¿cómo no van a resultar risibles los ricos, por ejemplo, exhibiendo sus vestiduras de púrpura, luciendo sus anillos y acusando una profunda carencia de buen gusto? ¿Y qué más inaudito que saludar a quienes encuentran con una voz ajena[20], creyendo merecer gratitud tan sólo por mirarles? Los más augustos, hasta aguardan que les hagan la genuflexión, lo que no es costumbre desde hace mucho tiempo, ni siquiera entre los persas: hay que acercarse, inclinar la cabeza, humillar el alma y transparentar este sentimiento con análoga conducta del cuerpo, mientras besamos el pecho o la diestra, y somos la envidia y admiración de quienes ni siquiera obtienen tal privilegio; el señor permanece firme, prestándose más y más tiempo a tal engaño: los alabo por su carencia de humanidad, al no aproximar siquiera sus labios a nosotros.

---

[19] *Odisea* XII 47 ss.

[20] Esta función la cumplía el esclavo llamado *nomenclator*, capaz de recordar los nombres de todos los ciudadanos, y que acompañaba a su señor en sus recorridos por la urbe.

22 »Pero mucho más ridículos que los poderosos son quienes andan cerca de ellos en prácticas serviles. Se levantan a media noche, dan vueltas en torno a la ciudad, los esclavos les cierran las puertas, soportan que los llamen perros, pelotilleros y cosas por el estilo. Y como premio a su amargo servicio les aguarda esa cena vulgar, causa de muchas desgracias, en la que tanto engullen y tanto beben en exceso, y tanto charlan de lo que no deben, para marchar finalmente haciendo reproches, indignados, o acusando al anfitrión de insolencia y mezquindad. Las callejas se pueblan de tipos así, vomitando y peleándose ante los burdeles; luego de amanecer se acuestan casi todos ellos, dando a los médicos ocasión para prestar sus servicios. Algunos —lo que resulta sumamente novedoso— ni siquiera tienen tiempo de estar enfermos[21].

23 »Yo he llegado, ciertamente, a considerar que los aduladores son más perniciosos que los adulados, y a hacerles, de hecho, responsables de la soberbia de éstos; pues cuando admiran su riqueza, alaban su oro, llenan sus portales desde la aurora, se les acercan y hablan como a sus señores, ¿qué talante es lógico suponer en los adulados? Si de común acuerdo, aun cuando fuera por poco tiempo, cesaran en esta servidumbre voluntaria, ¿no crees que ocurriría a la inversa, y serían los ricos quienes acudirían a las puertas de los pobres, a suplicarles que no dejaran de admirar y dar testimonio de su prosperidad; que no quedara inactiva e inútil la

---

[21] Sobre las humillaciones de los clientes ante sus patrones, cf. SÉNECA (*De la brevedad de la vida* XIV), JUVENAL (*Sátira* V), etcétera. El tema es obsesivo en LUCIANO (*El sueño o El gallo, Sobre los que están a sueldo*, etc.).

magnificencia de sus mesas y la grandeza de sus mansiones? En realidad, no aprecian tanto el hecho de ser ricos como el recibir parabienes por serlo. Así es, efectivamente: de nada sirve una casa bella en extremo a quien la habita, ni su oro y su marfil, de no existir quien la admire. Se debería, en suma, de ese modo, abatir y abaratar el poderío de los ricos, edificando frente a la riqueza el baluarte del desprecio. Pero con este servilismo los conducen al delirio.

»Que hombres de la plebe, que reconocen pública- 24 mente su incultura, actúen así podría tal vez considerarse razonable; pero que muchos que se autodenominan filósofos se comporten de modo aún más ridículo que ésos es ya el colmo. ¿Cómo crees que queda mi alma cuando veo a uno de ésos, sobre todo si es entrado en años, entremezclado en la masa de aduladores, de satélite de algún ricacho, parlamentando con los criados que invitan a las cenas, destacándose más que los otros y haciéndose más visible por su indumentaria. Lo que más me indigna es que no cambien también su atuendo, ya que por lo demás son perfectos actores teatrales.

»En cuanto a su conducta en los banquetes, ¿a qué 25 norma ejemplar la asimilaremos? ¿No se atiborran de la forma más repugnante y embriagan del modo más ostensible, se levantan los últimos de todos, y pretenden llevarse más viandas que los otros?[22]. Algunos de ellos, más refinados, han llegado con frecuencia a cantar...»

Todo eso lo consideraba ridículo, y hacía muy especial mención de quienes filosofan a jornal y ponen en venta la virtud como en un puesto de mercado: llamaba, por consiguiente, fábricas y tiendas a los estudios de ésos. Pues sostenía que quien ha de enseñar a despreciar la riqueza debe primero situarse por encima de todo beneficio.

---

[22] Es decir, llevarse a casa parte de las viandas servidas en el festín, práctica habitual (cf. LUCIANO, *El banquete o Los lapitas* 38).

26 Naturalmente, él practicaba estos principios en su vida, ya que no sólo enseñaba gratis a quienes lo requerían, sino que ayudaba a los necesitados y despreciaba todo bien superfluo; estaba tan lejos de ambicionar las cosas ajenas, que ni siquiera se preocupaba del deterioro de las propias: poseía una finca no lejos de la ciudad, y no se preocupó de poner un pie en ella durante muchos años; sostenía, incluso, que su dominio no le pertenecía. Quería decir, en mi opinión, que no somos dueños de cosa alguna por derecho natural, sino que por costumbre y herencia alcanzamos el disfrute de ellas indefinidamente, y somos considerados dueños por breve tiempo; mas, cuando expira el plazo, entonces se posesiona otro y goza del título.

Tampoco son escasos los ejemplos que ofrece a quienes deseen imitarle en cuanto a comida frugal, ejercicios gimnásticos moderados, noble rostro, sobrio atuendo y, sobre todo, equilibrado entendimiento y dulce carácter.

27 Exhortaba también a sus discípulos a no demorar la práctica del bien, como hacen muchos, estableciendo plazos a partir de una fiesta o conmemoración, para empezar desde entonces a no mentir y a obrar como es debido, pues consideraba inaplazable la inclinación a la vida superior. Claro se mostraba también al condenar a esa especie de filósofos que consideran prácticas de virtud entrenar a los jóvenes a afrontar «muchas penas y dolores»[23], recomendando generalmente el baño de agua fría, mientras otros les azotan, y los más delicados de ellos les raspan la piel con un cuchillo.

28 Opinaba que es preciso crear mucho antes en las almas esa dureza e insensibilidad, y que quien se entrega

---

[23] Cita de origen desconocido.

a educar lo mejor posible a los hombres debe tener a la vista a un tiempo el alma, el cuerpo, la edad y la formación previa, para no ser censurado por ordenar aquello que excede de las fuerzas humanas. Muchos —decía al respecto— llegaban a morir tras someterse a tan absurdas pruebas. Yo mismo vi a un joven que había sufrido iniquidades de ese tipo y, tan pronto como conoció la verdadera ciencia, huyó, sin volver atrás, al lado de Nigrino; y, evidentemente, se hallaba más equilibrado.

A pesar de hallarse apartado de esos círculos, evo- 29 caba al resto de los ciudadanos y describía la agitación de la ciudad, el gentío, los teatros, el hipódromo, las estatuas de los aurigas, los nombres de los caballos y las conversaciones callejeras sobre esos temas, pues es realmente grande la pasión por los caballos, y ya se ha apoderado incluso de muchos hombres reputados de serios.

Tras ello, abordó otro género teatral: quienes se ocu- 30 pan de la evocación de los muertos y los testamentos, añadiendo que los hijos de Roma pronuncian un solo discurso verdadero en toda su vida —refeíase al de los testamentos—, para no disfrutar de su propia verdad[24]. Rompí a reír mientras me explicaba que se empeñan en enterrar sus manías con ellos y acuerdan perpetuar su insensatez por escrito: unos disponen que se quemen con ellos sus ropas más estimadas en vida; otros, que permanezcan criados junto a sus tumbas; algunos mandan colocar coronas de flores en sus estelas, permaneciendo tontos incluso ante la muerte.

Pensaba él que podría deducirse cómo han actuado 31 en el transcurso de la vida si encomiendan tales prácticas para después de ésta: ésos son los que compran costosas viandas y escancian abundantemente el vino en los banquetes entre azafrán y perfumes, los que en pleno invierno se llenan de rosas, amantes de su rareza, fuera de la estación, mientras desprecian los productos de ésta y lo natural por ser barato; ésos son los que beben mirra. Y aún más que nada censuraba de ellos que no supieran encauzar siquiera sus deseos, y que incluso en éstos infringieran las leyes y rebasaran los límites, entregando en todo caso sus almas a la molicie para ser holladas, y —como suele decirse en las tragedias y comedias— «abriendo una brecha junto a la puerta»[25]. Llamaba, pues, a eso «solecismo de los placeres».

---

[24] Famoso ejemplo es el caso del testamento de Petronio acusando a Nerón.

32 Con idéntico criterio hablaba del tema imitando realmente el estilo de Momo. Como aquél censuraba al dios artesano por no haber colocado los cuernos del toro delante de los ojos[26], así también Nigrino atacaba a quienes usan coronas de flores por ignorar el lugar adecuado de éstas. «Si se complacen —decía— con el aroma de las violetas y las rosas, deberían coronarse bajo la nariz, al natural alcance del olfato, a fin de inhalar el mayor placer posible».

33 También se burlaba, por cierto, de quienes despliegan una sorprendente actividad a causa de los banquetes, procurando variedad en las salsas y refinamiento en la repostería. De ésos decía que, por el afán de un momentáneo y exiguo placer, soportaban muchas incomodidades. Señalaba que sufrían todo su esfuerzo por sólo cuatro dedos —extensión de la mayor garganta humana—, pues hasta tragarlos no gozan de los alimentos adquiridos; y, una vez comidos, no es más placentera la saciedad lograda con productos más caros; de lo que se desprende que es el placer de su tránsito por la garganta lo que cuesta tanto dinero. Añadía que sufren su merecido por carecer de educación, al ignorar los más genuinos

---

[25] Cita de origen desconocido.

[26] Se refiere a Posidón (cf. *Hermótimo* 20).

placeres, sustentados todos ellos por la filosofía para quienes deciden perseguirlos.

Acerca de su conducta en los baños refería también 34 muchos detalles: el número de sus acompañantes, las acciones insolentes, los que se echaban sobre sus criados y eran prácticamente transportados como cuerpos inertes. Pero había algo que, al parecer, detestaba especialmente (una costumbre muy extendida tanto en la ciudad como en los baños): hay criados que marchan delante de sus amos, y deben gritar y advertirles de avanzar con precaución, si han de pasar a través de una elevación o un bache, y recordarles —¡el colmo!— que están andando. Se indignaba, pues, de que para comer no precisen de boca o manos ajenas, ni de oídos ajenos para oír, y precisen en cambio de ojos ajenos, estando sanos los propios, para ver su camino, y soporten oír voces adecuadas para inválidos y ciegos. «Y estas vejaciones —añadía— las toleran en las plazas, al mediodía, hasta quienes gobiernan las ciudades.»

Tras referir estas y otras muchas cuestiones, dejó de 35 hablar. Yo, hasta entonces, le había escuchado absorto, temeroso de que callara. Cuando se detuvo, experimenté el mismo sentimiento que los feacios[27], pues durante mucho tiempo le había contemplado presa de su fascinación; luego, dominado por gran confusión y vértigo, chorreaba sudor, al tiempo que quería hablar y fracasaba entrecortado, pues mi voz me abandonaba, mi lengua titubeaba, y terminé llorando en mi desconcierto: nuestro encuentro no había sido superficial o fortuito, mi herida era profunda y radical, y su conversación, sostenida con gran tacto, había —si me permitís decirlo— penetrado mi alma. Si me es lícito emplear ya el lenguaje de los filósofos, mi interpretación de los hechos es la siguiente.

---

[27] *Odisea* XI 333 ss. Los feacios representan al pueblo aislado e ingenuo, ávido de los maravillosos relatos de Ulises.

36 A mi entender, el alma de un hombre de buen natural se asemeja a un blanco de tiro muy blando. Muchos arqueros, con sus aljabas llenas de palabras de todos los tonos y formas, le disparan a lo largo de su vida, mas no todos con destreza. Algunos tensan fuertemente las cuerdas de sus arcos y disparan con excesiva violencia; y, aunque lo alcanzan, sus flechas no permanecen en el blanco, sino que por su fuerza lo atraviesan y siguen su trayectoria, dejando sólo una herida abierta en el alma. Otros arqueros, en cambio, hacen lo contrario: por debilidad y carencia de tensión ni siquiera llegan sus flechas hasta el blanco, sino que, carentes de vigor, caen muchas veces a media distancia; y, si alguna vez llegan, «la punta se adhiere a la superficie»[28], mas no causan una herida profunda, al no haber sido lanzadas con enérgico disparo.

37 Mas el buen arquero, al igual que Nigrino, primero observará atentamente el blanco, por si es muy blando o duro en exceso para la flecha, pues existen también blancos impenetrables. Una vez comprobado esto, unta entonces la flecha, no de veneno como los escitas, ni de savias tóxicas como los curetes, sino de un fármaco dulce y penetrante; luego de untada, dispara con destreza la flecha, guiada por la tensión conveniente, penetra hasta atravesar, permanece y destila gran cantidad del fármaco, que se esparce y circula por toda el alma. Por eso gozan y lloran mientras escuchan, como a mí me ocurrió, mientras el fármaco corre suave a través del alma. Sentía deseos de recitarle aquel famoso verso:

Dispara de esa suerte, que luz llegues a ser[29].

---

[28] *Ilíada* XVII 599.
[29] *Ilíada* VIII 282.

Al igual que no todos cuando oyen la flauta frigia enloquecen, sino sólo los poseídos de Rea, que al son de la música reviven su experiencia, así también no todos cuantos oyen a los filósofos marchan llenos de la divinidad y heridos, sino sólo quienes encerraban en su naturaleza cierta afinidad con la filosofía.

—¡Qué solemnes, maravillosas y divinas —sí, divinas— han sido tus palabras, compañero! No me había apercibido de tu gran hartazgo de ambrosía y loto, en verdad. Por ello, mientras tú hablabas experimentaba una extraña sensación en el alma, y ahora que te has detenido me hallo abrumado y —hablando a nuestra manera— herido. ¡No te sorprendas! Sabes que también los mordidos por perros rabiosos no rabian ellos solos, sino que en su locura intentan atacar a otros a su vez, y esos otros también se vuelven frenéticos, pues algo de la afección se transmite con el mordisco y la enfermedad se propaga, con gran difusión de la locura. 38

—Luego tú reconoces nuestra locura.

—Por supuesto, y además te suplico que tratemos de hallar un remedio curativo común.

—Debemos hacer lo que Télefo.

—¿A qué te refieres?

—A acudir al agresor y rogarle que nos cure[30].

---

[30] Según el oráculo de Delfos, Télefo, herido por el arma de Aquiles, debía ser curado al contacto con ésta, según el principio mágico y de medicina homeopática *ho trosas kaì iásetai* (cf. LUIS GIL, *Therapeia*, Madrid, 1969, págs. 133 y sigs.).

9

VIDA DE DEMONACTE

L. Gil (*Antología de Luciano*, Madrid, 1970, pág. 239) incluye esta obra entre las que «podrían denominarse en un sentido lato 'biográficas'», junto a otras de personajes también contemporáneos al autor (Peregrino, Alejandro, Sóstrato, ésta última perdida y citada en *Vida de Demonacte*). Mientras que Nigrino nos aparece envuelto en la nebulosa de la duda, la figura de Demonacte se nos evidencia como más concreta y real, aunque no tengamos, para ambos, fuentes distintas de las de Luciano.

¿Cómo el samosatense elige un filósofo de cuarto rango, perfectamente desconocido, como héroe de su relato, despreciando a otras personalidades de su época de la talla de un Epicteto o un Marco Aurelio, si el fin que persigue es, como él mismo expresa al comienzo de su obra, inmortalizar a «hombres dignos de mención y recuerdo»? ¿Y cómo el inveterado enemigo de los filósofos en general y de los de su época muy en particular muestra sin reservas sus simpatías hacia un personaje de cuya historicidad es difícil dudar tanto por la coherencia interna del texto como por otras razones de índole externa? (Cf. L. Gil, *op. cit.*, páginas 243 y sigs.) Resolver la cuestión de modo simplista, como hicieran Bernays y Leo, negando la autoría lucianesca del escrito, no resiste la crítica; en efecto, Funck y Helm demostraron las afinidades estilísticas e ideológicas del *Demonacte* con la restante producción de nuestro autor.

A nuestro entender, la satisfactoria explicación del problema se basa en dos premisas. La primera es el carácter ricamente pluralista de la obra de Luciano, tanto en formas como en temáticas. En segundo lugar, hay que advertir que la figura de Demonacte no responde al prototipo del «filósofo» lucianesco objeto de sus constantes invectivas. Según se desprende del contexto, Luciano no lo admira tanto por su capacidad especulativa y riqueza doctrinal teórica, como por dar constante testimonio de sus creencias con su vida sencilla, íntegra y sincera (cf. 5). Es Demonacte un hombre de acción, *engagé* con los problemas de quienes le rodean (cf. 7-10), dispuesto a ayudar a quien lo necesite, valorando en alto grado la amistad (cf. 10: «Sólo le afligía la enfermedad o la muerte de un amigo, ya que consideraba la amistad el mayor de los bienes humanos»). Creemos, pues, que en estos capítulos al menos, y en la valoración global de su figura, no estamos en presencia de los consabidos tópicos literarios, y que Luciano es sincero.

Ello no significa que en la parte central de la obra (cf. 12-64) no se explote la vena «cínica» y humorística de Demonacte (aunque él no estaba adherido a ninguna escuela concreta), a veces con situaciones de gusto dudoso (cf. 12, 17, 18).

Schwartz sitúa cronológicamente la obra después del 175, tras el regreso de Luciano a Atenas, si bien no hay base conjetural sólida, y las referencias de personajes históricos sólo sirven de *terminus post quem*.

No iba a carecer por completo nuestra época de hombres dignos de mención y recuerdo, sino que habría de ofrecer un notable ejemplo de perfección física y un filósofo de alto nivel intelectual. Me refiero a Sóstrato, el beocio, a quien los griegos llamaban «Heracles» y creían que lo era, y en especial a Demonacte, el filósofo. A ambos conocí, y por conocerlos admiré; de uno de ellos, de Demonacte, fui discípulo durante un dilatado período. Acerca de Sóstrato he tratado en otro libro[1], y he descrito su talla y fuerza extraordinaria, su vida al aire libre en el Parnaso, su duro lecho, sus alimentos de la montaña y sus proezas —en nada discordantes con 1 su nombre—[2], tales como exterminar bandidos, abrir caminos por lugares inaccesibles, o construir puentes en puntos de tránsito difícil.

---

[1] Esta obra se ha perdido. En la *Vida de Herodes Ático*, de Filóstrato, se alude ampliamente a este personaje.

2 Acerca de Demonacte procede hablar ahora por dos razones: para que él permanezca en el recuerdo de los hombres cultos en lo que de mí depende, y para que los jóvenes mejor dotados que se entregan a la filosofía no tengan sólo los ejemplos del pasado para orientarse, sino que puedan tomar también un modelo de nuestro tiempo e imitar a aquel hombre como el mejor de los filósofos que yo he conocido.

3 Era chipriota de origen, y de familia nada oscura en cuanto a rango político y hacienda. Sin embargo, superó todo esto, y aspirando a lo mejor para sí se entregó a la filosofía. No fue a instancias de Agatobulo[3] ni de Demetrio[4], su predecesor, ni tampoco de Epicteto, aunque estudió con todos ellos y también con Timócrates de Heraclea[5], sabio varón de gran sublimidad de expresión y pensamiento. Mas Demonacte, como digo, no fue captado por ninguno de éstos, sino que, movido por su natural inclinación hacia las cosas nobles y su amor innato a la filosofía desde la niñez, despreció todos los bienes humanos y, entregándose por entero a la libertad y a la sinceridad, vivió una existencia recta, sana e irreprochable, ofreciendo a cuantos le vieron y oyeron ejemplo de su buen juicio y de la integridad de su filosofar.

4 No se lanzó a estas actividades «con los pies sin lavar»[6], como dice el refrán, sino que se nutrió de los poetas y recordaba pasajes extensísimos; era un experto

---

[2] Es decir, con su sobrenombre de «Heracles».

[3] Este filósofo vivió en Egipto. Luciano alude a él como discípulo de Peregrino.

[4] Cf. Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* IV 25.

[5] A él se refiere Filóstrato en términos encomiásticos en su *Vida de Polemón*. Cf. también Luciano, *Alejandro* 57.

[6] Es decir, sin la adecuada preparación literaria.

orador, conocía las escuelas filosóficas por haberlas tratado de modo nada superficial y —como indica el proverbio— no «con la punta del dedo»[7]; mantenía su cuerpo entrenado, lo había endurecido para la resistencia y, en general, había procurado no depender de ningún otro. Por ello, cuando comprendió que ya no se bastaba a sí mismo, abandonó la vida voluntariamente, dejando tras de sí un gran renombre entre los griegos cultos.

Sin ceñirse a una determinada forma de filosofía, 5 sino combinando muchas, en modo alguno manifestaba predilección por una concreta: parecía relacionarse más estrechamente con Sócrates, si bien por su indumentaria y costumbres exentas de prejuicios dio la impresión de imitar al sabio de Sinope[8]. No falseaba, sin embargo, los detalles de su vida a fin de sorprender y atraer las miradas de quienes encontraba a su paso, sino que vivía igual que cualquier otro hombre, normal y en absoluto poseído de vanidad en sus relaciones privadas y públicas.

No practicaba la ironía de Sócrates, pero sus con- 6 versaciones rebosaban, evidentemente, de gracia ática, de suerte que quienes le trataron se iban sin despreciarle por plebeyo y sin huir de sus críticas sombrías; al contrario experimentaban toda suerte de gozos y se hacían notablemente mejores, más alegres y optimistas ante el futuro que cuando llegaron.

Jamás lo conocieron gritando, sobreexcitado o irri- 7 tándose, incluso cuando debía reprender a alguien, sino que reprimía los pecados y perdonaba a los pecadores, estimando justo tomar ejemplo de los médicos, que curan las enfermedades sin mostrar cólera contra los enfermos. Consideraba que es humano pecar, y divino

---

[7] Nuevo proverbio para insistir en su formación profunda.

[8] Es decir, Diógenes.

—o de un hombre semejante a un dios— enderezar los yerros.

8 Con semejante forma de vida, nunca necesitaba nada para sí, mas ayudaba a los amigos en lo razonable, y a quienes parecían gozar de buena suerte les recordaba que eran elevados por poco tiempo al disfrute de unos bienes aparentes; en cambio, a los abatidos por la pobreza, irritados por el destierro o quejosos de la vejez o enfermedad los consolaba con su risa, reprochándoles no comprender que pronto cesarían sus aflicciones, y que el olvido de los bienes y de los males, unido a una libertad perdurable, les saldría en breve al encuentro.

9 Trataba también de reconciliar hermanos en disputa y llevar la paz entre las mujeres y sus maridos. En ocasiones puso paz entre la muchedumbre agitada, y persuadió a la mayoría a servir a su patria con ánimo sereno. Tal era el carácter de su filosofía: amable, apacible y alegre.

10 Sólo le afligía la enfermedad o la muerte de un amigo, ya que consideraba la amistad el mayor de los bienes humanos. Por eso era amigo de todos, y no había persona alguna a la que no tratase con familiaridad, por el hecho de ser hombre [9], aunque la amistad de algunos le agradase más que la de otros: sólo se mantenía alejado de quienes consideraba descarriados y sin esperanza de curación. Y todo ello lo hacía y decía acompañado de las Cárites y de la propia Afrodita, de modo que, para citar el verso cómico, «la persuasión residía en sus labios» [10].

11 De este modo, tanto el pueblo llano de Atenas como las autoridades le admiraban sobremanera, considerándolo siempre un ser superior. Con todo, desde su posición se enfrentaba a la opinión pública, y el odio que

---

[9] Flota en el contexto el famoso pensamiento de TERENCIO (*Heautontimoroumenos* 25): «homo sum, humani nihil a me alienum puto».

[10] ÉUPOLIS, *fr.* 94, cf. *Nigrino* 7.

se ganó entre las masas no fue inferior al de su predecesor[11], por su franqueza e independencia; y también se alzaron contra él algunos Ánitos y Meletos, los cuales le acusaron de los mismos delitos que los de su tiempo imputaron a Sócrates: de que nunca lo vieron hacer sacrificios, y de que era el único entre todos que no se había iniciado en los misterios de Eleusis. Como réplica se coronó con gran valor, se puso un vestido blanco inmaculado, se presentó en la Asamblea y realizó su defensa, en ciertos pasajes con moderación, pero en otros con mayor acritud que la propia de su forma de vida. Respecto a no haber ofrecido jamás sacrificios a Atenea dijo: «No os extrañéis, atenienses, de que no le haya hecho sacrificios hasta ahora, por entender que ella en nada necesitaba de mis sacrificios». Respecto de la otra acusación, el asunto de los misterios, dijo que no había participado jamás en sus ritos porque, si los misterios eran malos, no habría guardado el secreto ante los no iniciados, sino que los habría apartado de los cultos; y, si eran buenos, los habría revelado a todos por filantropía. De este modo los atenienses, que ya tenían piedras en las manos para arrojarlas contra él, se serenaron y reconciliaron al punto, y a partir de aquel momento comenzaron a honrarle, respetarle y —finalmente— a admirarle; aunque en el comienzo mismo de su discurso les dirigió un acre exordio: «atenienses —dijo—, ya me veis coronado; sacrificadme también a mí ahora, ya que la primera vez no os fue aceptada la víctima».

Quiero citar algunos de sus oportunos y certeros comentarios. Bien podría empezar con Favorino y lo que le replicó. Como quiera que Favorino hubiese oído decir que Demonacte se burlaba de sus conferencias, y en especial del relajamiento de su ritmo, diciendo que era vulgar, afeminado y nada acorde con la filosofía, fue a 12 su encuentro y preguntó a Demonacte quién era él para burlarse de sus creaciones. «Un hombre —contestó— que no tiene los oídos fáciles de engañar». El sofista insistió, preguntándole: «¿Con qué títulos, Demonacte, has pasado de la escuela a la filosofía?» «Con testículos»[12], respondió.

---

[11] Sócrates, evidentemente.

13 En otra ocasión el mismo sujeto se acercó a Demonacte para preguntarle cuál era su sistema filosófico predilecto. Éste le replicó: «¿Quién te ha dicho que soy un filósofo?» Y, en cuanto se apartó de su lado, estalló en una gran carcajada. Al preguntarle Favorino por qué reía, él respondió: «Me ha parecido ridículo que trates de distinguir a los filósofos por su barba, cuando tú mismo no tienes barba».

14 Cuando el sofista Sindonio[13] gozaba de gran predicamento en Atenas, y pronunciaba en su propio provecho un elogio en el que venía a decir que dominaba toda la filosofía —pero es mejor citar sus propias palabras—: Aristóteles me llama al Liceo, lo seguiré; si Platón me llama a la Academia, lo seguiré; si Zenón me llama, en el Pórtico Policromo emplearé mi tiempo; si Pitágoras me llama, guardaré silencio»[14], entonces Demonacte se levantó en medio de los oyentes y le dijo: «Tú —llamándole por su nombre—, Pitágoras te llama».

15 Un tal Pitón, hermoso joven de las mejores familias de Macedonia, intentaba un día burlarse de él y le proponía una pregunta capciosa, rogándole que le diese la solución lógica. Demonacte replicó: «Sólo sé una cosa, niño: lo que pretendes». Irritado el joven por la chanza del equívoco, dijo en tono amenazante: «En seguida te mostraré al hombre que llevo». A lo que Demonacte, riendo, preguntó: «¡Ah! ¿Pero tienes un hombre?».

---

[12] El sofista Favorino de Arles era eunuco.

[13] Sólo conocido por la cita de Luciano.

[14] Alude al voto de silencio propio de los pitagóricos.

Una vez que un atleta, del que se había reído por 16 exhibirse con un vestido bordado a pesar de ser vencedor de los Juegos Olímpicos, le golpeó en la cabeza con una piedra y brotó la sangre, los presentes se indignaban como si cada uno de ellos hubiera sido herido, y clamaban ir por el procónsul; pero Demonacte les dijo: «No, hombres, no vayáis por el procónsul, sino por el médico».

En una ocasión, paseando por un camino, encontró 17 un anillo, y puso un anuncio en la plaza, requiriendo al dueño del anillo —quienquiera que fuese quien lo extravió— a venir a recuperarlo, siempre que le dijera su peso, la piedra y el grabado. Se presentó a la sazón un bello jovencito diciendo haberlo perdido, mas, como no dijese ninguna característica acertada, exclamó: «Márchate, joven, y vigila tu propio anillo, que ése no lo has perdido»[15].

Un senador romano en Atenas le presentó a su hijo, 18 un joven muy bello, aunque afeminado e histérico, diciéndole: «Mi hijo, aquí presente, te saluda». A lo que Demonacte contestó: «Hermoso es el joven, digno de ti y semejante a su madre».

Al cínico que enseñaba filosofía envuelto en una piel 19 de oso decidió llamarle, no Honorato, como era su nombre, sino Arcesilao[16].

Alguien le preguntó cómo debía definirse la felicidad, y replicó que sólo el hombre libre es feliz; y, como el otro argumentara que había muchos hombres libres, añadió:

—«Pienso en aquel que nada espera ni teme». 20

—«Pero ¿cómo puede lograrse eso? Pues todos, en general, somos esclavos de la esperanza y el temor».

—«Sin duda, si observas las empresas humanas, hallarás que no son dignas ni de esperanza ni de temor, pues penas y alegrías han de cesar por completo».

---

[15] Expresión de doble sentido y gusto dudoso.

[16] Nombre relacionado con el término *árktos*, «oso».

21 Cuando Peregrino Proteo[17] le reprochaba sus frecuentes burlas y mofas de los hombres, diciéndole: «Demonacte, haces bien el perro»[18], le contestó: «Peregrino, no haces bien el hombre».

22 A un hombre de ciencia que hablaba acerca de los antípodas le instó a levantarse, lo llevó a orillas de un pozo y le preguntó: «¿Así afirmas que son los antípodas?»

23 Como uno afirmase ser un mago y poseer tan poderosos conjuros, que por su influjo todos eran persuadidos a ofrecerle cuanto quería, Demonacte le dijo: «Nada hay de extraño en ello. También yo poseo tu mismo arte; y, si quieres, acompáñame ante la panadera, y verás cómo yo, mediante un único conjuro y un pequeño fármaco, la persuado a darme pan», insinuando que la moneda tiene el mismo poder que un conjuro.

24 Cuando Herodes[19] el famoso lloraba a Polideuces[20], muerto prematuramente, y disponía que un carruaje se hallase siempre dispuesto para él, con los caballos, como si hubiese de subir, y le sirviesen comida, se le acercó y le dijo: «Te traigo un mensaje de parte de Polideuces». Herodes se alegró y, creyendo que Demonacte, al igual que los demás, compartía su sentimiento, le preguntó: «Dime, Demonacte, ¿qué pide Polideuces?». «Se queja —respondió— de que no te hayas ido ya a su lado».

25 Se acercó a un hombre que lloraba la muerte de su hijo y se había recluido en las tinieblas, afirmando ser mago y poder evocar la sombra del niño, con tal que le citase los nombres de tres personas que jamás hubiesen

---

[17] El famoso personaje tratado por Luciano.

[18] Símbolo de la desvergüenza en la cultura griega, da nombre a los cínicos, o «perrunos», en sentido etimológico.

[19] Herodes Ático.

[20] Favorito de Herodes Ático.

estado de duelo. El hombre titubeó mucho tiempo, y se vio en apuros al no poder citar, imagino, un solo nombre. «Entonces —exclamó Demonacte—, hombre ridículo, ¿crees ser tú el único que padece dolores insufribles, cuando ves que nadie carece de su parte de dolor?»

También gustaba burlarse de aquellos que en las con- 26 versaciones empleaban palabras muy arcaicas y términos extranjeros. Por ejemplo, a uno a quien había formulado una pregunta y que le contestó en un ático afectado, le dijo: «Amigo, yo te he hecho la pregunta ahora, pero tú me has contestado como si hubiera sido en tiempos de Agamenón».

Como un amigo le dijera: «Vayamos, Demonacte, al 27 Asclepieo[21] a rezar por mi hijo», él replicó: «Consideras a Asclepieo muy sordo, si no puede también escuchar nuestras plegarias desde aquí».

En una ocasión, ante dos filósofos que discutían una 28 cuestión con crasa ignorancia, preguntando uno despropósitos y contestando el otro de modo ajeno al caso, dijo: «¿No os parece, amigos, que uno de ellos ordeña un macho cabrío y el otro le tiende un cedazo?»

A Agatocles[22] el peripatético, que se jactaba de ser el 29 único y el primero de los dialécticos, le dijo: «Fíjate, Agatocles: si eres el primero, no eres el único, y si eres el único, no eres el primero».

Cetego[23] el consular, cuando iba de camino por la 30 Hélade en dirección a Asia como embajador de su padre, decía y hacía muchas insensateces. Un amigo de Demonacte, testigo de éstas, decía de él que era una gran miseria. «No, por Zeus —dijo Demonacte—, ni siquiera grande».

Como viera a Apolonio el filósofo partir de viaje con 31 muchos discípulos —marchaba llamado a ser maestro del emperador—, exclamó: «Ahí va Apolonio y sus Argonautas»[24].

---

[21] Templo de Asclepio, dios popular de la salud.

[22] Sólo citado por Luciano.

[23] Hubo un cónsul de este nombre en 172 d. C.

32 A uno que le preguntaba si creía que el alma es inmortal, le contestó: «Sí, pero como todas las cosas».

33 Respecto de Herodes decía que Platón estaba en lo cierto al afirmar que no tenemos sólo un alma, pues no era propio de la misma agasajar a Regila[25] y Polideuces como si estuvieran vivos y entregarse a actividades intelectuales.

34 Se atrevió una vez a preguntar a los atenienses públicamente, tras escuchar la proclamación de los misterios, por qué razón excluían a los bárbaros, sobre todo teniendo en cuenta que los ritos se los había establecido el bárbaro Eumolpo, tracio por añadidura.

35 Y en una ocasión que se disponía a zarpar en pleno invierno, un amigo le objetó: «¿No temes que naufrague la embarcación y te devoren los peces?» «Sería un ingrato —replicó— si temiese ser comido por los peces, yo, que he comido tantos de ellos».

36 A un orador de pésima expresión le aconsejaba practicar y entrenarse; y como éste le replicase: «Siempre recito para mí mismo», Demonacte le contestó: «Con razón recitas así, con un oyente tan necio».

37 Y, como viera en cierta ocasión a un adivino profetizando públicamente a cambio de dinero, le dijo: «No veo por qué razón exiges dinero: si eres capaz de cambiar en algo el destino, poco es lo que pides; y si todo va a ocurrir como la divinidad ha decretado, ¿qué poder tiene tu adivinación?»

38 Un oficial romano bien desarrollado físicamente le ofreció una exhibición de esgrima contra un poste y le

---

[24] Alude a Apolonio de Rodas y a su famoso poema sobre los Argonautas.

[25] Mujer de Herodes Atico.

preguntó: «¿Qué te parece, Demonacte, mi forma de luchar?» «Excelente —contestó—, siempre que tengas un adversario de madera.»

Incluso ante las preguntas embarazosas tenía siempre preparada una réplica conveniente. Cuando uno le preguntó en son de burla: «Si quemase mil minas[26] de madera, Demonacte, ¿cuántas minas de humo se producirían?», replicó: «Pesa la ceniza, y todo el resto será humo». 39

Un tal Polibio, individuo en extremo ineducado e incorrecto en el hablar, decía: «El emperador me ha honrado con la ciudadanía romana». «Ojalá —respondióle— te hubiese hecho griego en vez de romano.» 40

Al ver que un aristócrata presumía de la anchura de su toga de púrpura[27], Demonacte le dijo al oído, al tiempo que cogía su vestido y le indicaba: «Esto lo llevaba una oveja antes que tú, y era... una oveja». 41

Un día, mientras se bañaba, vaciló al ir a penetrar en el agua muy caliente, y, como alguien le acusase de cobarde, replicó: «Dime, ¿debo sufrir esto en defensa de la patria?» 42

Cuando uno le preguntó: «¿Cómo crees que son las cosas del Hades?», repuso: «Aguarda, y ya te escribiré desde allí». 43

Admeto, poeta de escasa calidad, le decía haber escrito un epitafio de un solo verso, que había dispuesto en su testamento fuera grabado en su monumento funerario. Pero es mejor citarlo exactamente: 44

Tierra, acoge la envoltura de Admeto, que él mismo
[ascendió a dios.

Demonacte rió y dijo: «Tan hermoso es el epitafio, Admeto, que ya quisiera verlo grabado». 45

---

[26] La mina ática pesaba 599 gramos.

[27] Indumentaria de senador con franja y adornos de púrpura.

46 Un hombre vio en las piernas de Demonacte una huella propia de los ancianos y le preguntó: «¿Qué es eso, Demonacte?»; a lo que él contestó con una sonrisa: «Ya me ha mordido Caronte».

47 Al ver a un espartano azotando a su esclavo, le dijo: «Deja de tratar a tu esclavo como a tu igual»[28].

48 A una tal Dánae, que sostenía un pleito contra su hermano, le dijo: «Ve a juicio: tú no eres Dánae, la hija de Acrisio»[29].

49 Sobre todo, hacía la guerra a quienes practicaban la filosofía, no por la verdad, sino por exhibicionismo. Así, viendo a un cínico con capote y morral, pero con una maza en vez del bastón, que vociferaba y decía ser émulo de Antístenes, Crates y Diógenes, le dijo: «No mientas: tú eres en realidad discípulo de Hiperides»[30].

50 Tras notar que muchos atletas luchaban mal y, al margen del reglamento de juego, mordían en vez de boxear, decía: «No es extraño que a los atletas de ahora el público los llame leones».

51 Aguda y mordaz a un tiempo fue la respuesta que una vez dio al procónsul. Éste era uno de los que depilan con pez sus piernas y todo el cuerpo. Un día, un cínico subió a una roca y empezó a reprochárselo, acusándolo de afeminación; el procónsul se irritó, mandó hacer bajar al cínico y se disponía a condenarlo a las estacas o incluso al destierro. Pero Demonacte, que andaba por allí, imploró clemencia para él, pues su atrevimiento era consecuencia de cierta libertad de expresión tradicional en los cínicos. El procónsul le dijo: «Por esta vez te lo dejo en libertad; mas, si vuelve a reincidir en algo pa-

---

[28] Los azotes formaban parte de la educación militar de los espartiatas.

[29] Acrisio significa etimológicamente «sin juicio».

[30] Puede tratarse de un cínico, o aludir al orador ático (=«eres un charlatán»); también puede relacionarse con *hýperon*, «mano de mortero».

recido, ¿qué castigo merece?» «Haz que lo depilen», contestó Demonacte.

Uno a quien el emperador había confiado el mando 52 de las legiones y el de la provincia más importante preguntó a Demonacte cuál era la mejor forma de mandar: «Domina tu cólera —respondióle—, habla poco y oye mucho».

Como alguien le preguntase si también él comía pas- 53 teles de miel, le replicó: «¿Acaso crees que las abejas han elaborado sus panales sólo para los necios?»

Al ver junto al Pórtico Policromo una estatua muti- 54 lada en una mano, observó que mucho habían tardado los atenienses en honrar a Cinegiro[31] con una estatua de bronce.

Observando que Rufino el chipriota —me refiero al 55 cojo del Perípato— gastaba mucho tiempo en sus paseos, dijo: «Nada hay más indecoroso que un cojo peripatético»[32].

Como Epicteto le reprendiera y aconsejara casarse y 56 tener hijos, diciéndole que un filósofo debía dejar a la naturaleza quien le reemplazara, le contestó con la mejor refutación: «Bien, Epicteto, dame una de tus hijas»[33].

También su réplica a Hermino el aristotélico es dig- 57 na de recuerdo. Sabiendo que era un hombre en extremo malvado, que había causado infinito daño a Aristóteles, y que tenía siempre en los labios sus «diez sentencias», Demonacte le dijo: «Hermino, tú sí que mereces de verdad diez sentencias»[34].

---

[31] Hermano de Esquilo que perdió su mano luchando contra los persas en Maratón. Precisamente, en el Pórtico Policromo existían pinturas de Polignoto representando la batalla.

[32] Peripatético, nombre del filósofo seguidor de Aristóteles, significa etimológicamente «paseador».

[33] Epicteto era soltero.

[34] Juego de palabras. En griego *katēgoría* significa «predicamento» (en sentido filosófico aristotélico) y también «acusación

58 Mientras los atenienses, por emulación de los corintios, deliberaban sobre el establecimiento de combates de gladiadores, se acercó a ellos y les dijo: «No votéis esa resolución, atenienses, hasta que no derribéis el altar de Misericordia».

59 Cuando fue a Olimpia y los eleos votaron para él una estatua de bronce, dijo: «No hagáis eso, varones de Elide, no parezca que ofendéis a vuestros antepasados, ya que ellos no elevaron estatuas ni a Sócrates ni a Diógenes».

60 Le oí una vez citar a... el jurisconsulto, quien sostenía que las leyes resultan inútiles, tanto si se escriben para los buenos como para los malos; pues aquéllos no tienen necesidad de leyes, y éstos no se hacen mejores por su efecto.

61 De Homero citaba con mayor frecuencia el verso:

Igual muere el holgazán que el laborioso[35].

62 Celebraba asimismo a Tersites, considerándolo un orador cínico popular.

63 Interrogado en una ocasión acerca de qué filósofo le complacía más, dijo: «Todos son admirables, pero yo venero a Sócrates, admiro a Diógenes y amo a Aristipo».

64 Vivió casi cien años sin enfermedades, sin sufrimientos, sin molestar a nadie ni pedir nada, servicial para los amigos, sin tener jamás un enemigo. Tan gran afecto sentían hacia él no sólo los atenienses, sino toda la Hélade, que ante su presencia se levantaban los magistrados a cederle el asiento y todos guardaban silencio. Al final, cuando ya era muy anciano, penetraba en cualquier casa sin ser invitado y comía y dormía en ella, mientras sus habitantes consideraban el hecho como la aparición de un dios, y que algún buen espíritu había

---

judicial». Intentamos traducir el valor polisémico del término con un ambiguo «sentencia».

[35] *Ilíada* IX 320.

penetrado en su casa. A su paso, las panaderas lo atraían cada cual hacia sí, pretendiendo que tomase pan de ellas, y la que se lo daba creía que esto era señal de buena suerte para sí. Hasta los niños le llevaban fruta, llamándole padre.

En una ocasión en que se originó un conflicto en 65 Atenas, penetró en la Asamblea, y su sola presencia bastó para hacerles callar: él, al notar que ya habían cambiado de actitud, se retiró sin decir palabra.

Cuando comprendió que ya no era capaz de bastarse 66 a sí mismo, recitó a quienes se hallaban con él los versos de los heraldos en los Juegos:

Termina ya el certamen que concede
los más hermosos premios, y ya es hora
de no más demorarse.

Y, mediante la abstinencia de todo alimento, se retiró de la vida con ánimo alegre, como siempre se había mostrado a los demás.

Un poco antes de su muerte, alguien le preguntó: 67 «¿Qué dispones acerca de tu entierro?» «No os preocupéis —dijo—; el hedor me enterrará.» Aquél le replicó: «¿Cómo? ¿No es ignominioso que el cuerpo de un hombre de tu calidad quede relegado a pasto de aves y perros?» «Nada hay de particular en ello —repuso—, si una vez muerto voy a ser útil a unos seres vivos.»

Mas los atenienses lo enterraron con solemnes honras públicas y le lloraron mucho tiempo. Y veneraban el banco de piedra donde solía sentarse cuando estaba cansado, y lo coronaban en su honor, considerando sagrada incluso la piedra sobre la que se sentaba. Todo el mundo fue a su entierro, y en especial los filósofos: ellos cargaron con su cuerpo y lo llevaron hasta el sepulcro.

Éstos son unos pocos entre los muchos recuerdos que poseo, pero ellos bastan para dar a mis lectores una idea del tipo de hombre que era aquél.

10

ACERCA DE LA CASA

Nos hallamos ante una *epídeixis* o exposición retórica de mayor entidad y ambiciones que anteriores *prolaliai.* Sin ser un tratado de estética —nada más lejos del propósito del autor—, y persiguiendo la amenidad del relato para regocijo del auditorio de la bella mansión donde pronunció su discurso (cf. 3, 6, 10, 13, etc.), Luciano profundiza en sus reflexiones sobre la belleza de la palabra en oposición a la de las imágenes visuales. La forma del discurso no es inferior a la temática del mismo, y sabe expresar en prosa sumamente cuidada tan delicadas y hermosas reflexiones.

Comienza la narración con una bella imagen: el río transparente donde se bañara Alejandro Magno. Luego enlaza con la temática de la descripción de tan hermoso edificio, que hace vibrar la sensibilidad estética del avezado sofista, tan diestro en disertar ante su auditorio sobre no importa qué tema. Como era de esperar, pronto hacen acto de presencia las citas literarias (Homero, Sófocles, Heródoto, Platón). De este último era obligado hacer mención del *Fedro,* tratado «de la belleza»: si bien Luciano no puede volar a alturas tan sublimes, no es menos cierto que en su descripción y dialéctica en torno al tema muestra delicadeza, buen gusto, ingenio, lejos del esteticismo burgués o la sensiblería ramplona (cf. 5-9).

Como «contraponente» de su tesis sobre el poder oral de la comunicación de imágenes visuales, personifica Luciano a un Argumento, que iniciará a partir del cap. 15 hasta el final (aproximadamente, la segunda mitad de la obra) la *antilogía* o «réplica» de este supuesto *agón* o «certamen». Los oyentes se convierten en miembros del jurado o jueces (21) y el Argumento invoca ante el «tribunal» el testimonio de Heródoto de Halicarnaso (20). La tesis central del Argumento consiste en afirmar que no es posible para la oratoria rivalizar con la fuerza de las imágenes visuales: los ojos vencen a los oídos. En su apoyo cita autoridades y mitos como el de las Gorgonas, capaces de petrificar en su visión, más poderosas que las Sirenas. Sin embargo, el propio Argumento rival termina, de hecho, cediendo a la tentación descriptiva y, a partir de 21 hasta el final (cap. 32), describe los temas pictóricos de la mansión, enraizados, todos ellos, en el mito y en la saga, y termina lealmente pidiendo el triunfo de la causa para su adversario, con lo que de acusador se convierte, al término de la obra, en ferviente defensor. Así objetiviza Luciano su propia defensa y pide delicadamente el aplauso de su auditorio, como si lo hiciera —en hábil ficción— la boca de su pretendido enemigo.

Dos de los frescos descritos en los caps. 22 y 25 recuerdan la narración de *Diálogos marinos* XIV (cf. J. Bompaire, *Lucien écrivain: imitation et creation,* París, 1958, pág. 732), sin que ello sirva de referencia para la cronología. En cuanto a la personificación del Argumento, nada nos permite relacionarla con otras personificaciones lucianescas. Para Schwartz, la redacción de esta obra se sitúa con posterioridad al 159, en el período en que el escritor alumbraba sus *Diálogos de los muertos* y sus *Diálogos de las cortesanas.*

Alejandro deseó bañarse en el Cidno[1] al ver que el 1 río era hermoso y transparente, moderadamente profundo, agradablemente veloz, delicioso para nadar y frío en pleno verano; de suerte que —en mi opinión—, aunque hubiese sabido de antemano la enfermedad que iba a contraer en él[2], no se habría privado del baño. De igual manera, al ver una casa insuperable por su augusta grandeza, suprema hermosura, brillante claridad, esplendente oro y ricas pinturas, ¿quién no desearía pronunciar charlas sobre ella, de tener que tratar de algo, para triunfar y adquirir renombre llenándola con su voz y, en la medida de sus posibilidades, llegar a ser el propio orador una parte de su belleza? ¿Acaso por el contrario, tras observarla detalladamente y admirarla, optaría por marcharse dejándola en el silencio, sin palabras, sin aludir ni referirse a ella, cual si fuera mudo o por malevolencia hubiera decidido callar?

---

[1] Río de Asia Menor, hoy Carasou.

[2] Cf. Arriano, *Anábasis* II 4.

2 ¡Por Heracles! Tal proceder no es propio de un amigo de la belleza o un enamorado de los más hermosos monumentos; antes denota gran villanía, carencia de buen gusto, e incluso ignorancia el desdeñar lo más dulce, apartarse de lo más bello, y no comprender que no rige la misma ley, en lo referente a experiencias visuales, para hombres vulgares y cultivados. En modo alguno: los primeros se limitan a lo común a todos, sólo a ver, a mirar en torno suyo, a posar su mirada en derredor, a erguir su cabeza en dirección al techo, a agitar las manos y gozar en silencio por miedo de no poder decir nada estimable de cuanto observan. En cambio, el hombre culto que ve objetos bellos no gustará —en mi opinión— de obtener el fruto de su encanto con su mera visión, ni soportará ser mudo espectador de la belleza; antes tratará, en la medida de lo posible, de permanecer allí y verter la visión en palabras.

3 Mi versión no es un elogio de la casa únicamente: tal vez ello fuera propio de aquel joven isleño[3], al quedar anonadado ante la mansión de Menelao y comparar su marfil y oro con las bellezas del cielo, porque jamás había visto en la tierra nada hermoso. Mas hablar aquí, convocar al público más selecto y pronunciar una conferencia serán también una parte del elogio.

---

[3] Telémaco, hijo de Ulises, de la isla de Ítaca, compara el palacio de Menelao con las mansiones divinas (cf. *Odisea* IV 71 ss.).

La empresa es en extremo agradable —estimo—: la casa más hermosa abierta a la hospitalidad a favor de mis palabras, llena de elogio y alabanza, resonando ella suavemente con eco cual las cavernas, acompañando mi discurso, prolongando los últimos sonidos de mi voz y deteniéndose en las palabras finales; mejor dicho, cual un oyente presto a aprender, recuerda las frases, ensalza al orador y da una inspirada respuesta a aquéllas. De modo semejante reaccionan las crestas de las montañas, al responder a su vez a los sones de las flautas de los pastores, cuando el sonido vuelve por repercusión, regresando sobre sí mismo. Los ignorantes creen que hay una doncella que contesta a quienes cantan o gritan, que habita en algún lugar en el interior de las peñas y habla desde dentro de las rocas.

A mi parecer, con la magnificencia de la casa se excita también la sensibilidad del orador y se despierta su 4 elocuencia, como si de algún modo le impulsara el espectáculo. Diríase que algo de su belleza fluye a través de los ojos hasta el alma, y entonces embellece las palabras según su propio estilo y las emite. Respecto a Aquiles creemos que la visión de su armadura enardecía su cólera contra los troyanos, y cuando se cubría con ella para comprobarlo era arrebatado y atraído por la pasión de la lucha[4]: ¿y acaso la actividad oratoria no se deja enardecer por la belleza del ambiente? A Sócrates le bastó un lozano plátano[5], espesa hierba y un manantial de agua clara cerca del Iliso, y sentado allí sometió a su ironía a Fedro de Mirrino, refutó el discurso de Lisias, hijo de Céfalo, e invocó a las Musas, en la creencia de que ellas acudirían a aquel lugar solitario a intervenir en el debate sobre el amor; y no se avergonzó, en su ancianidad, de invitar a unas doncellas a cantar el amor a los jóvenes. A un lugar tan hermoso ¿creeremos que no han de acudir ellas, incluso sin ser invitadas?

---

[4] *Ilíada* XIX 16; 384.

[5] *Fedro* 229 ss.

5 En realidad, nuestra morada no admite comparación con una simple sombra o la belleza de un plátano, ni aunque omitas el del Iliso y te refieras al plátano de oro del Rey[6], pues su notabilidad consistía sólo en su alto precio, mas carecía de arte, belleza, encanto, simetría o proporcionalidad trabajada en el oro o combinada con él: era bárbaro de aspecto, riqueza tan sólo para envidia de los espectadores y parabién de los dueños, sin merecer algún otro elogio, pues los Arsácidas[7] no perseguían la belleza, ni pretendían el efecto delicado en sus manifestaciones, ni pensaban en el elogio de los espectadores, sino en el modo de sorprenderlos. Los bárbaros no son amantes de la hermosura, sino de la riqueza.

6 En cambio, la belleza de esta casa no es acorde con unos ojos bárbaros, ni con la jactancia persa o el orgullo despótico; ni tampoco requiere sólo un espectador pobre, sino cultivado y que no juzgue con la vista, sino que acompañe cierta reflexión a sus observaciones.

Está orientada a la parte más bella del día —pues la más bella y atractiva es sin duda el amanecer—; acoge al sol tan pronto como se yergue, y se inunda de luz a rebosar por sus puertas abiertas de par en par [en la misma orientación en que solían construir sus templos los antiguos][8]; la relación entre longitud y anchura y de ambas respecto de la altura es armoniosa, y las ventanas son amplias y bien situadas respecto a cada estación del año. ¿No resulta todo ello encantador y digno de elogios?

7 Puede también admirarse, respecto a la techumbre, la sobriedad de su bella línea, lo irreprochable de su de-

---

[6] Heródoto, VII 27.

[7] Error histórico. No fueron los Arsácidas, sino los Aqueménidas, los dueños del famoso plátano de oro.

[8] Secluso del texto como glosa por Harmon.

coración y la adecuada simetría del oro, que no se prodiga innecesariamente, sino sólo en la medida en que bastaría a una mujer decente y hermosa para realzar su belleza —una fina cadena en torno a su cuello, un ligero anillo en su dedo, pendientes en sus orejas, una pinza o diadema que recoja sus cabellos en libertad, añadiendo a su hermosura lo que la púrpura al vestido—. En cambio, las cortesanas, y en especial las menos agraciadas, tienen vestidos enteros de púrpura, y su cuello es todo él oro, intentando conseguir la seducción por la magnificencia, y tratando de mitigar la carencia de belleza con el aditamento de atractivos externos; creen que sus brazos resultarán más brillantes si resplandecen en oro, que ocultarán el tamaño desproporcionado de su pie en sandalias de oro, y que su rostro se tornará más seductor si aparece con algo muy resplandeciente. Ellas son así, pero la mujer decente usa del oro sólo en la medida suficiente y necesaria, y no se avergonzaría de su belleza, a buen seguro, ni aun mostrándose sin aderezos.

La techumbre de esta casa —diríase su cabeza— es 8 de bello rostro en sí misma, y está tan realzada por el oro como el cielo refulgente en la noche por las estrellas desparramadas y las flores dispersas de fuego. Si todo fuera fuego, no nos parecería bello, sino terrible. Puede observarse que el oro allí no carece de finalidad, y no se ha diseminado en el resto de la decoración por su solo encanto: desprende un agradable resplandor y tiñe toda la casa de rojo, pues cuando la luz, al proyectarse, se une y combina con el oro, brillan a un tiempo y hacen resplandecer doblemente la tonalidad roja.

Así es la cúspide y la cima de la casa, pidiendo que 9 un Homero la ensalce, llamándola «de alto techo», cual el tálamo de Helena[9]; o «esplendente», cual el Olimpo[10]. En cuanto a los demás adornos, las pinturas murales, la belleza de los colores, la presencia, exactitud y verdad de cada detalle, bien podría compararse con la faz de la primavera o un prado florido, con la diferencia de que ésos se marchitan, agostan, ajan y pierden su belleza, mientras ésta es primavera eterna, prado inmarcesible y flor inmortal, pues sólo los ojos la tocan y liban la dulzura de las imágenes.

---

[9] *Ilíada* III 324; *Odisea* IV 121.

10 ¿Quién no gozaría ante la visión de toda esa hermosura? ¿Quién no se esforzaría en superarse a sí mismo hablando de ello, consciente de que resultaría en extremo vergonzoso caer derrotado ante su espectáculo? Algo muy estimulante es la visión de la belleza, y no sólo para el hombre: hasta un caballo —en mi opinión— correría más a placer por una llanura en declive y blanda, que acogiera dulcemente sus pisadas, cediera levemente a su paso y no chocara con el casco. Entonces emplea toda su velocidad, se entrega por entero a la carrera, y rivaliza con la belleza de la llanura.

11 El pavo real también, al comienzo de la primavera, va a un prado, cuando hasta las flores brotan no sólo más atractivas, sino, por decirlo así, más «floridas» y con tonalidades más puras; despliega éste sus alas, las muestra al sol, alza su cola, se pasea por doquier y exhibe sus propias flores y la primavera de su plumaje, como si el prado le instara a un desafío: en efecto, da vueltas, se gira y avanza, ufano de su belleza. En ciertos momentos resulta aún más admirable, cuando sus colores cambian bajo la luz, varían suavemente y adquieren otro tipo de belleza. Le acontece ello especialmente en los círculos que tiene en los extremos de sus plumas, extendiéndose siempre un arco iris: lo que hacía un instante era de bronce parece de oro en cuanto se inclina un poco, y lo que era azul brillante bajo el sol es verde

---

[10] *Ilíada* I 253; XIII 243; *Odisea* XX 103.

brillante a la sombra. Tal es el cambio en la belleza de su plumaje ante la luz.

12 Respecto del mar, sabéis —aunque no os hable de ello— de su poder de llamada y atracción apasionante cuando se muestra en calma. Entonces, por mucho que alguien fuera de tierra adentro e inexperto en navegación, desearía a toda costa embarcar, hacer un crucero y alejarse mucho de tierra, sobre todo si viera la brisa henchir suavemente la vela, y la nave deslizarse serena y llanamente sobre las crestas de las olas.

13 En realidad, también la belleza de esta casa es capaz de impulsar a hablar, de estimular mientras se habla, y de ofrecer un triunfo en todos los aspectos. Yo, por mi parte, lo creo así y siempre lo he creído; y he venido a la casa a hablar atraído por su belleza, como por un pájaro de amor o una Sirena, con no débil esperanza —aun cuando mis palabras resulten feas de entrada— en que aparezcan hermosas, como adornadas por un hermoso vestido.

14 Existe, además, otro Argumento no desdeñable, sino muy digno de estima, según afirma, que mientras yo hablaba insistía en sus golpes y trataba de cortar mi disertación, y ahora que me he detenido asegura no ser cierto cuanto he dicho; antes bien, se sorprende ante mi afirmación de que lo más adecuado para un exhibición oratoria sea la belleza de una casa adornada con pinturas y oro, pues la realidad resulta ser justamente lo contrario. Pero es mejor, si os parece, que el propio Argumento comparezca en su defensa ante vosotros, jueces, y explique en qué sentido considera más ventajosa para el orador una casa pobre y fea. A mí ya me habéis oído: por tanto, no necesito pronunciarme dos veces sobre lo mismo; comparezca él ahora y hable, que yo guardaré silencio y me apartaré ante su presencia por un rato.

15 «Bien, jueces —dice el Argumento—, el orador que

me ha precedido ha formulado constantes y grandes elogios de esta casa y la ha adornado con sus palabras. Por mi parte, disto tanto de reprochárselo, que pienso añadir cuanto ha omitido, pues cuanto más hermosa os aparezca, tanto más contraria demostraré que resulta para la conveniencia del orador.

»En primer lugar, puesto que él ha mencionado las mujeres, los adornos y el oro, permitidme que yo también emplee la comparación. Afirmo, al respecto, que a las mujeres hermosas los adornos excesivos no coadyuvan a embellecerlas más, sino a lo contrario: quien las encuentra, cautivado por el oro y las piedras preciosas, en vez de alabar su cuerpo, sus ojos, su cuello, su brazo o su dedo, prescinde de ello y admira su sardo, su esmeralda, su collar o su brazalete, de suerte que la mujer se irritaría con razón al sentirse despreciada a causa de sus adornos, mientras los admiradores no cesan en sus elogios, mas en sus miradas la marginan.

16 »Lo mismo debe ocurrir —estimo— a quien exhibe su elocuencia entre obras de arte tan bellas, pues queda oculto cuanto dice en la magnitud de la belleza, se oscurece y es absorbido, como si llevamos una lámpara ante una gran hoguera y la arrojamos a ella, o mostramos una hormiga a lomos de un elefante o un camello. De esto, ciertamente, ha de guardarse el orador, y también de perturbar su propia voz hablando en una casa con tan buena acústica y resonancia, pues retumba, refuta y replica —de hecho oculta su voz, como la trompeta silencia la flauta cuando se tocan a un tiempo, o el mar a los cómitres cuando intentan cantar para la remadura frente al estruendo de las olas—. Pues vence el sonido potente, y silencia todo lo débil.

17 »Respecto a lo que dijo mi adversario, que la hermosa mansión estimula al orador y lo sitúa en mayor predisposición, a mi parecer actúa al contrario: le causa sobrecogimiento y temor, altera su juicio y lo hace más

cobarde, cuando piensa que lo más vergonzoso de todo es que, en un lugar tan hermoso, no aparezcan sus palabras igualmente bellas. Ésta es la más clara de las pruebas. Sucede como si alguien se revistiese con una hermosa armadura para huir luego antes que los demás, haciendo más ostensible su cobardía por sus armas. A mi parecer, éste es el criterio de aquel ilustre orador de Homero[11], al relegar la belleza a una consideración mínima y, por el contrario, definirse a sí mismo como un «completo ignorante», a fin de que la belleza de sus palabras resultara más sorprendente ante la expectativa de lo más feo. Por lo demás, es totalmente inevitable que el pensamiento del propio orador esté absorto en la contemplación y la agudeza de su juicio flojee, al dominar la imagen, atrayéndolo e impidiéndole prestar atención a lo que dice. Así, ¿cómo podrá evitar su pésima oratoria, mientras su alma se empeña en el elogio de cuanto ve?

»Omito decir, además, que quienes están presentes 18 y han sido invitados a la lectura, una vez que han penetrado en una mansión como ésta, en vez de oyentes, se han convertido en espectadores, y no hay orador alguno que pueda calificarse de Demódoco[12], Femio[13], Támiris[14], Anfión[15] u Orfeo[16], capaz de distraer su atención de cuanto contemplan. Al contrario, cada uno de ellos, tan pronto como cruza el umbral, queda inmerso en su belleza toda, y no parece escuchar siquiera el principio de aquel discurso[17] o cualquier otra lectura, dedicado por entero a lo que ve, a no ser que esté ciego o se celebre la lectura en la oscuridad, como el tribunal del Areópago.

---

[11] Ulises (cf. *Ilíada* III 219).

[12] Aedo de los feacios: *Odisea* VIII 72 ss.

[13] Aedo de la corte de Ítaca, a quienes los pretendientes de Penélope obligaban a cantar (*Odisea* I 325), indultado por Ulises a su regreso.

[14] Aedo tracio, cegado por las Musas por su jactancia (*Ilíada* II 594).

[15] Mítico músico tebano.

[16] Mítico cantor.

19 »Que el poder de la palabra no es capaz de enfrentarse con la vista puede enseñarlo el mito de las Sirenas comparado con el de las Gorgonas. Aquéllas seducían a los navegantes con sus melodías y adulaciones cantadas, y los retenían mucho tiempo cuando desembarcaban; en resumen, su actuación precisaba de una demora, y de vez en cuando alguien pasó de largo sin prestar atención al canto. En cambio, la belleza de las Gorgonas, al ser muy poderosa y alcanzar a los puntos más vitales del alma, cautivaba al punto a los espectadores y les hacía enmudecer; y —como el mito pretende y suele referirse— se convertían en piedra por el espectáculo. De suerte que el relato sobre el pavo real, que pronunció mi rival hace un momento, entiendo que se ha dicho en favor de mi tesis, pues el atractivo consiste en su aspecto, no en su voz. Y si alguien, tras presentar un ruiseñor o un cisne, hiciera que cantasen, y mientras cantaban mostrara un pavo real en silencio, estoy seguro de que a él se inclinaría nuestra alma, despreciando totalmente los cantos de aquéllos: hasta ese extremo resulta invencible el placer de la vista.

20 »Por mi parte, si queréis, aduciré como testimonio a un sabio varón, que inmediatamente atestiguará, a mi favor, que todo lo visual es mucho más poderoso que lo auditivo. Tú, heraldo, llámame al mismo Heródoto, hijo de Lixo, de Halicarnaso. Ya que ha tenido la gentileza de atender mi súplica, suba al estrado y testifique. Permitidle que os hable en dialecto jónico, como es su costumbre: 'Verdat es quanto fabla el Argumento, jueces; creedle en quanto dixere en torno a aquestas questiones,

---

[17] *Ilíada* XXIII 430.

prefiriendo el veer al oír, que los oídos son menos dignos de fe que los ojos'[18].

»¿Oís lo que os dice el testigo, cómo otorga la preeminencia a la vista? Es natural: las palabras son aladas[19] y marchan volando tan pronto salen de los labios, mientras el goce de los objetos contemplados está siempre presente, permanece y se apodera totalmente del espectador.

»¿Cómo una casa tan bella y admirable no había de 21 ser un duro antagonista del orador? Mas aún no he dicho el principal motivo: vosotros mismos, jueces, mientras nosotros hablábamos, mirabais al techo, admirabais las paredes y examinabais las pinturas, volviéndoos ante cada una. No os cause vergüenza. Es perdonable que hayáis experimentado algo tan humano, en especial ante unos temas pictóricos tan bellos y variados. La perfección de su arte y su interés histórico y anticuario son ciertamente atractivos y requieren espectadores cultos. Y, para que no miréis definitivamente a esos puntos y nos releguéis al olvido, me esforzaré en pintaros un cuadro de todo ello con mi palabra, pues —creo— sentiréis placer al oír hablar de aquello que contempláis admirados. Quizás me felicitéis por ello y prefiráis al adversario, si os digo que ya os he descrito la casa y os voy a doblar el placer. Empero veis la dificultad de la empresa: trazar tantas imágenes sin color, formas, ni espacio. La pintura de las palabras es algo elemental.

»A la derecha, entrando, hay una combinación entre 22 el mito argólico y la novela etiópica. Perseo aparece dando muerte al monstruo marino y liberando a Andrómeda; más adelante, se casará y marchará con ella. Esto es un añadido a su vuelo hacia las Gorgonas. En poco espacio, el artista ha representado muchos elementos —el rubor y el miedo de la doncella (contempla la lucha desde lo alto de una peña), el arrojo del joven por amor y la mirada invencible del monstruo. Éste avanza erizado de espinas e inspirando terror con su boca abierta, y Perseo muestra ante sí la Gorgona con la izquierda, mientras con la derecha la ataca a cuchillo; y la parte del monstruo que ha visto la Medusa es ya de piedra, mientras el resto, que permanece vivo, es alcanzado por el corvo cuchillo[20].

---

[18] Tratamos de traducir en castellano arcaizante las formas jónicas del dialecto de Heródoto: sólo la última frase es genuinamente de este autor (I 8 3).

[19] Epíteto homérico.

23 »A continuación de este cuadro aparece representada otra acción justísima, cuya idea tomó el pintor, a mi parecer, de Eurípides o Sófocles[21], pues aquéllos representaron de igual modo el tema. Los dos jóvenes compañeros —Pílades el focense y Orestes, supuestamente muerto— entran subrepticiamente en palacio y matan entrambos a Egisto. Clitemnestra ya ha sido abatida y yace en un lecho semidesnuda, mientras toda la servidumbre se muestra atónita por lo sucedido: unos están en actitud de gritar, y otros tratan de escapar. Fue una digna actitud la del pintor al mostrar sólo el lado impío de la escena y marginarlo como hecho consumado, y representar en cambio a los jóvenes ejecutando morosamente la muerte del adúltero.

24 »Tras este tema, hay un dios luminoso y un joven en sazón, una escena de amor burlesca. Branco, sentado en una peña, levanta una liebre y azuza el perro, mientras éste parece ir a saltar sobre ella, y Apolo, en pie, sonríe deleitándose con los juegos del niño y los intentos del perro.

25 »A continuación reaparece Perseo en su aventura anterior con el monstruo marino: la cabeza de Medusa

---

[20] Cf. CLAUDIANO, *Gigantomaquia* 113. En un gigante muerto por Atenea, «pars moritur ferro, partes periere videndo».

[21] Cf. SÓFOCLES, *Electra* 1424 ss.

está siendo cortada, mientras Atenea protege a Perseo. Éste ha consumado la hazaña, pero no ha visto sus actos, excepto la imagen de Gorgona en el escudo, pues conoce el precio de la visión directa.

»En el centro del muro, sobre el postigo, se ha construido una hornacina de Atenea. La diosa es de mármol, y su atavío no es guerrero, sino el que mostraría una diosa guerrera en paz. 26

»Luego, a continuación de ésta, hay otra Atenea, no en piedra, sino en pintura; Hefesto la persigue enamorado, ella huye, y de la persecución nace Erictonio[22]. 27

»A ésta sigue otra pintura prehistórica. Orión, que está ciego, lleva a Cedalión; y éste, montado a su espalda, le indica el camino hacia la luz del día. 28

»Helio aparece y cura su ceguera, y Hefesto desde Lemnos contempla el hecho. 29

»Ulises está al lado, aparentemente loco, pues no quería ir a la guerra con los Atridas. Están presentes también los embajadores, llamándolo. Y todos los elementos de la escena son verosímiles: el carro, lo discordante de los animales uncidos a él[23], la locura de sus acciones. Es descubierto, sin embargo, a causa de su hijo, pues Palamedes, hijo de Nauplio, comprendiendo el hecho, se apodera de Telémaco, amenaza con matarlo empuñando la espada, y a la escena de locura de Ulises replica Palamedes con una de cólera. Ulises, ante ese temor, vuelve a la razón, actúa como un padre y da término a la escena. 30

»Por último, hay una pintura de Medea ardiendo en celos, mirando torvamente a sus dos hijos y albergando un terrible pronóstico: en efecto, ya empuña la espada, mientras los dos infelices están sentados riendo, por 31 completo ajenos a lo que se avecina, aunque vean la espada en sus manos.

---

[22] La Tierra (Gea) recibió la simiente de Hefesto, rechazado por Atenea, y dio a luz a Erictonio.

[23] Unció un asno y un buey.

32 «¿No veis, jueces, cómo todo ello atrae al oyente y le obliga a volverse a su contemplación, dejando solo al orador? Por mi parte, os he hecho este relato no para que consideréis a mi adversario osado y atrevido por haberse lanzado voluntariamente a una empresa tan difícil —y, por ello, le condenéis, demostréis vuestra enemistad y abandonéis en sus apuros—, sino, por el contrario, a fin de que le ayudéis y, haciendo lo posible para cerrar vuestros ojos, escuchéis sus palabras, considerando la dificultad de la empresa. Incluso de ese modo, contando con vosotros, no en calidad de jueces, sino de defensores, le sería difícil no ser considerado absolutamente indigno de la magnificencia de la casa. Y no os extrañéis de que os pida todo esto en pro de un adversario, pues por mi cariño a la casa querría que quien hable en ella —quien sea— triunfe.»

11

ELOGIO DE LA PATRIA

Como bien dice A. TOVAR, Luciano se adapta e integra plenamente en la vida clásica, y nadie sospecharía que fuera de un sirio el *Elogio de la patria*, «que recoge los tópicos de la retórica ateniense desde Isócrates por lo menos» (*Luciano*, Barcelona, 1949, pág. 20). El propio autor reconoce al frente de su opúsculo lo que de lugar común tiene el tema, en el que resulta dificilísimo rastrear en busca de fuentes por la abundancia de puntos de contacto entre escritores de todas las épocas y géneros, desde Homero a la Segunda Sofística, pasando por la vecindad de la literatura latina.

Naturalmente, el concepto «patria» gira en torno al de ciudad-estado o *pólis* clásica y se identifica con él. Para Luciano no es válido, en este caso, el cosmopolitismo helenístico-romano o la «patria universal» de los estoicos, cínicos y cirenaicos. «Patria» *(patrís)* equivale a «ciudad natal, patria chica» (cf. nota 2 en cap. 4), fiel a su etimología a partir de *patēr*, «padre».

No son convincentes los argumentos de quienes, como Harmon, dudan de la autoría lucianesca de este opúsculo.

«Nada hay más dulce que la patria de uno»[1] es, de 1
entrada, un tópico. ¿Acaso no hay nada más dulce, pero sí algo más sagrado y divino? En realidad, de todo cuanto los hombres consideran sagrado y divino es la patria

---

[1] *Odisea* IX 34.

causa y maestra, al engendrarlos, nutrirlos y educarlos. En efecto, de las ciudades muchos admiran su extensión, esplendor y magnificencia de sus construcciones, pero todos aman a su patria; y nadie, ni entre los dominados profundamente por el placer de la contemplación, se dejó engañar hasta el extremo de olvidarse de su patria ante las superiores maravillas de otros lugares.

2 Por lo tanto, quien se jacta de ser ciudadano de un Estado próspero me parece ignorar qué honor debe tributarse a la patria, y es evidente que un hombre así se habría irritado de haberle correspondido en suerte una patria más humilde. Para mí, lo más placentero es honrar el nombre de mi patria. Si se trata de comparar ciudades, procede considerar su extensión, belleza y la abundancia de sus mercados; mas, cuando hay que escoger entre ciudades, nadie elegiría la más espléndida y omitiría a su patria, sino que haría votos porque la suya gozase de similar prosperidad, pero la elegiría en cualquier caso.

3 Lo mismo hacen también los hijos honrados y los padres honestos: ni un joven bien nacido antepondría la honra de otro a la de su padre, ni un padre se despreocuparía de su hijo para querer a otro joven; antes al contrario, les atribuyen tantas perfecciones los padres a los hijos, vencidos por su amor, que les parecen los más bellos, los más esbeltos y adornados con las mejores cualidades en cada caso. Y quien no juzgue de ese modo a su hijo no tiene, a mi entender, ojos de padre.

4 El nombre de la patria es, pues, en primer lugar, lo más íntimo de todo, pues nada hay más íntimo que un padre[2]. Si uno rinde a su padre la honra debida, como la ley y la naturaleza demandan, debería honrar aún más a su patria, pues el padre mismo es algo de ella, así

---

[2] Relación etimológica entre *patḗr* («padre») y *patrís* («patria»).

como el padre del padre y todos los antepasados de la familia, y hasta a los dioses patrios llega a remontarse el nombre.

Incluso los dioses se gozan en su patrias, aunque su- 5
pervisen, como es lógico, todos los dominios humanos, considerando bienes propios toda tierra y todo mar; pero cada uno de ellos honra el lugar en que nació con preferencia a todas las otras ciudades. Las ciudades son más sagradas cuando son patrias de dioses, y las islas más divinas si se canta que en ellas fue el nacimiento de los dioses. Los sacrificios, incluso, se cree que son más gratos a los dioses si uno acude a sus lugares de nacimiento a ofrecerlos. Y, si para los dioses es honroso el nombre de la patria, ¿cómo no ha de serlo mucho más para los hombres?

Todo hombre ha visto el sol por vez primera desde 6
su patria, de suerte que ese dios, pese a ser universal, es considerado por cada uno un dios patrio, a causa de la tierra en que lo vio primero. También ha iniciado allí sus balbuceos, aprendiendo a hablar primero en el dialecto local, y ha conocido a los dioses. Y, si a alguien le ha tocado en suerte nacer en una tierra tal que precisara de otra para su educación superior, aun así quede reconocido a su patria por esos rudimentos educativos, pues no habría llegado ni a conocer el significado de la palabra «ciudad» de no haber aprendido, gracias a su patria, que ella era una ciudad.

Los hombres organizan todas las enseñanzas y cono- 7
cimientos preparándose para ser más útiles con ellos a sus países respectivos, y adquieren riquezas por la mera satisfacción de entregarlas a las arcas públicas del Estado; y con razón, estimo, porque no deben mostrarse ingratos quienes han recibido los mayores beneficios. Al contrario: si se tributa gratitud individualmente, como es justo, cuando se recibe un favor de otro, mucho

más procede devolver a la patria cuanto merece, pues incluso frente a la injusticia de los padres hay leyes en las ciudades; mas debemos considerar a la patria madre común de todos y tributarle nuestros dones de gratitud por nuestra crianza y por el conocimiento de las leyes mismas.

8 No se conoce a nadie tan olvidadizo de su patria, que al estar en otra ciudad se desentienda de ella: antes al contrario, quienes fracasan en el exterior continuamente exclaman que el mayor de los bienes es la patria; y los afortunados, aunque en todo lo demás triunfen, piensan que les falta eso, que es lo más importante. No viven en su patria, sino que son «extranjeros», porque es un reproche su extranjería. Y quienes en su tiempo de estancia en el exterior llegaron a ser ilustres por la adquisición de riquezas, el honor del cargo público, el testimonio de su cultura o el elogio de su valentía, es de notar que todos se apresuran a regresar a su patria, como si no pudieran exhibir sus propios éxitos en otro lugar mejor. Y tanto más se apresta cada uno a aferrarse a su patria cuanto mayor aparezca su estimación en el exterior.

9 Sienten añoranza de su patria hasta los jóvenes, mas los hombres de edad, en cuanto que son más sensatos que aquéllos, añoran más su patria. En efecto, todo anciano anhela y pide a los dioses acabar su vida en la patria, para que —allí donde empezó su vida— quede su cuerpo en la tierra que le alimentó y comparta las sepulturas de sus antepasados. Todos consideran un mal ser acusado de extranjero incluso después de muerto, yaciendo en tierra extraña.

10 El grado de afecto que los ciudadanos auténticamente legítimos profesan a su patria puede notarse si alguien observa un pueblo autóctono. Pues los nómadas, cual bastardos, realizan fácilmente las migraciones, sin

conocer ni amar la palabra «patria»[3], en la creencia de que por doquier dispondrán de recursos, estableciendo como medida de felicidad los placeres de la mesa. En cambio, quienes tienen por madre a la patria aman el suelo en que nacieron y se criaron, por escaso, accidentado y árido que sea. Y, cuando les sea difícil alabar las cualidades de su suelo, no carecerán de elogios respecto del entorno patrio; y a su vez, al ver a otros orgullosos de sus llanuras abiertas y sus prados llenos de plantas de todas las especies, no suelen olvidar ellos los méritos de su patria y, desdeñando el calificativo «criadora de caballos», la enaltecen como «criadora de donceles»[4].

Y uno corre presuroso a su patria aunque sea isleño[5], y aunque pueda ser feliz en otras tierras; y no aceptará la inmortalidad que le ofrecen, prefiriendo una tumba en su patria, y la visión del humo de su patria le aparecerá más brillante que el fuego de otras tierras[6]. 11

En consecuencia, el concepto de patria es considerado algo tan honroso en todo país, que por doquier puede observarse cómo los legisladores han prescrito el destierro como el más duro castigo para los mayores delitos. Y el criterio de los legisladores no difiere del de los jefes militares; antes al contrario, en las batallas, la consigna más efectiva para las filas es decirles que luchan por su patria: nadie, al oírlo, se resigna a ser un cobarde, pues «torna aguerrido al medroso el nombre de la patria»[7]. 12

---

[3] Cf. TUCÍDIDES, I 1.

[4] Alude a Telémaco (*Odisea* IV 601).

[5] Ulises.

[6] *Odisea* I 58.

[7] Cita, cual colofón, de un texto desconocido.

12

LOS LONGEVOS

Los más de los críticos y los mejores rechazan la paternidad lucianesca para esta obra, y creemos que acertadamente, entre otras razones por la gran diferencia de estilo, en forma y contenido, respecto del resto del *corpus*. Si bien los argumentos estilísticos nunca son concluyentes, es difícil aceptar que sea debida al mismo autor de los *Diálogos de los dioses* esta seca enumeración catalógica de ancianos célebres, sin la sal crítica y el humor perenne del samosatense o, al menos, algún rasgo de destreza retórica, belleza formal o ingenio chispeante a que nos tiene habituados. Pero hay más: el servilismo tan ostensible de que hace gala el autor, tanto ante el gobernador romano de Grecia, uno de los hermanos Quintilos, al que llega a llamar «divino» (cf. 29), como al referirse a los Césares romanos (cf. 9, 17, 21, 23) y al propio Platón (21), calificados asimismo de dioses o divinos, no es propio, al menos en la versión escrita de su talante, de Luciano; y no sirva de disculpas que se trata de una obra «de obsequio» y sumisión, ni lo habitual de estos tratamientos en la prosa de la cancillería imperial. Luciano, de haberla escrito —creemos—, habría dado alguna leve muestra de ingenio personal, al menos.

Ello no significa que la obra carezca de interés para el lector: es una rica galería de anécdotas, curiosidades, personajes históricos, datos biográficos, siquiera sean a nivel de leyenda, etcétera. Es una relación erudita de uno de tantos «gramáticos» u hombres de letras griegos instalados en Roma (cf. 9), de cuyo clima hace un elogio, fundando en él la esperada longevidad del emperador, «señor de toda tierra y mar».

A instancias de un sueño, ilustrísimo Quintilo[1], te 1 ofrezco este presente: *Los Longevos*. Tiempo ha que tuve el sueño y lo narré a los amigos, cuando diste nombre a tu segundo hijo. Empero, incapaz de comprender por qué la divinidad me obligaba a ofrecerte *Los Longevos*, rogué entonces a los dioses una muy prolongada existencia para ti y para tus hijos, por considerar que ello beneficiaría a todo el género humano, y, antes que a nadie, a mí mismo y a mis hijos, pues también para mí parecía predecir la divinidad algún bien.

En mi profundo meditar llegué a la conclusión de 2 que probablemente los dioses, al imponer esta tarea a un hombre de letras, me obligaban a ofrecerte algo de ese arte. Considerando, pues, más propicio para ello el día de tu cumpleaños, te ofrezco la relación de quienes la historia dice que alcanzaron una larga ancianidad con salud mental e integridad física. Podrás así obtener un doble provecho de mi escrito: ánimo y buena esperanza de poder alcanzar también tú una muy larga existencia, y asimismo una enseñanza a través de ejemplos, si reparas en que son los hombres más preocupados de su cuerpo y de su mente quienes alcanzan la más larga ancianidad con salud completa.

De Néstor, por ejemplo, el más sabio de los aqueos, 3 dice Homero[2] que sobrevivió a tres generaciones: de él nos cuenta que se hallaba en excelente forma, tanto mental como física. En cuanto a Tiresias, el adivino, nos dice la tragedia[3] que sobrevivió a seis generaciones; y puede creerse que un hombre consagrado a los dioses, con una dieta más simple, alcance una gran longevidad.

También hay referencias de castas enteras longevas 4 a causa de la dieta, como, entre los egipcios, los llamados escribas[4]; entre los asirios y árabes, los exegetas de los relatos; y, entre los indios, los llamados brahmanes, hombres escrupulosamente consagrados a la filosofía. También los llamados magos, una casta profética entre los persas, partos, bactrianos, corasmianos, arios, sacas, medos, y muchos otros pueblos bárbaros, son fuertes y de vida dilatada, al observar ellos una dieta muy rigurosa por practicar la magia.

---

[1] Cf. Introducción.

[2] *Ilíada* I 250; *Odisea* III 245.

[3] Ignoramos el pasaje, perteneciente sin duda a una obra perdida.

5 Hay, asimismo, referencias de pueblos enteros de gran longevidad, como el caso de los seres, que viven trescientos años, atribuyendo unos su gran vejez al clima, otros al suelo, otros —en cambio— a su dieta, pues dicen que ese pueblo en su totalidad se alimenta sólo de agua. También de los habitantes de Atos[5] se cuenta que viven hasta ciento treinta años, y se afirma que los caldeos viven más de cien, consumiendo pan de cebada como medicamento para preservar su agudeza visual; de ellos se dice que, gracias a esta dieta, sus otras facultades se hallan más robustecidas que en el resto de los hombres.

6 Todo ello se refiere a las castas y pueblos longevos que se dice han existido durante mucho tiempo, por su suelo y su clima para unos, por su dieta para otros, o por ambos motivos para otros. Mas yo, honradamente, puedo asegurarte que tu esperanza es fácil de lograr refiriéndote que en todo suelo y en todo clima han existido hombres longevos, aquellos que han empleado los ejercicios gimnásticos convenientes y la dieta más adecuada para la salud.

7 Estableceré la principal división de mi tratado basándome en sus formas de vida, y te hablaré en primer lugar de los reyes y de los generales, a uno de los cuales

---

[4] Griego *hierogrammateîs*, literalmente «escribas sagrados», copistas de los libros de Isis y Osiris.

[5] Monte de la Calcídica, junto al Egeo.

la piadosísima decisión de un magno y muy divino emperador[6] ha elevado al más alto rango, beneficiando sumamente a todo su imperio habitado. De este modo, al contemplar tú la similitud de condición y fortuna respecto de esos longevos, podrás albergar más fundadas esperanzas en una vejez sana y prolongada, a la vez que por su imitación en tu forma personal de vida podrás hacer tu existencia más larga y más sana.

De Numa Pompilio, el más afortunado de los reyes 8 de Roma y el más devoto en el culto de los dioses, se cuenta que llegó a vivir más de ochenta años. De Servio Tulio, también rey de Roma, se cuenta igualmente que vivió más de ochenta años. De Tarquinio, el último rey de Roma, tras su destierro y en su estancia en Cumas, se cuenta que vivió más de noventa años con el vigor más pleno.

Éstos son, en efecto, los reyes de Roma, a los que 9 añadiré los demás reyes que han alcanzado una prolongada vejez, y a continuación los que siguen según sus formas de vida. Para terminar, te relacionaré a los otros romanos que alcanzaron una vejez más prolongada, añadiendo también a los más longevos del resto de Italia. El relato es una fundada refutación de quienes tratan de calumniar nuestro clima de aquí, de modo que nosotros podremos albergar mejores esperanzas en el cumplimiento de nuestras plegarias por que llegue a una vejez muy prolongada y vigorosa el señor de toda tierra y, mar, gobernando[7] en todo su imperio incluso en la ancianidad.

De Argantonio, rey de los tartesios, se dice que vivió 10 ciento cincuenta años, según Heródoto el historiador y

---

[6] Dúdase entre Antonino Pío, Caracalla y otros.

[7] Seguimos la lectura *basileúonta* que dan algunos mss. y acepta MacLeod, frente a *diarkésonta*, presente en otros.

Anacreonte el poeta mélico[8], pero algunos lo consideran una fábula. Agatocles, tirano de Sicilia, murió a los noventa años, según cuentan Demócares y Timeo[9]. Hierón, tirano de Siracusa, murió de una enfermedad a la edad de noventa y dos años, según dicen Demetrio de Calatia y otros. Áteas, rey de los escitas, murió combatiendo contra Filipo junto al río Danubio, con más de noventa años de edad. De Bardilis, rey de los ilirios, se dice que combatió a caballo en la guerra contra Filipo el año en que cumplía los noventa. Teres, rey de los odrisas, murió, según dice Teopompo, a los noventa y dos años.

11 Antígono el Tuerto, hijo de Filipo y rey de Macedonia, murió en Frigia luchando contra Seleuco y Lisímaco, abatido por múltiples heridas, con ochenta y un años, según refiere Jerónimo, que combatió a su lado. Lisímaco, rey de Macedonia, cayó también en la batalla contra Seleuco el año en que cumplía los ochenta, según dice el mismo Jerónimo. Y otro Antígono, hijo de Demetrio y nieto de Antígono el Tuerto, reinó en Macedonia cuarenta y cuatro años, según refiere Medeo y otros escritores. De igual modo, Antípatro, hijo de Yolao, gozó de enorme poderío, fue regente de muchos reyes de Macedonia y contaba más de ochenta años cuando murió.

12 Tolomeo, hijo de Lago, el más afortunado de los reyes de su tiempo, reinó en Egipto, y a la edad de ochenta y cuatro años, dos antes de su muerte, abdicó en su hijo Tolomeo, de sobrenombre Filadelfo, el cual sucedió en el trono a su padre y <casó>[10] con su hermana. Filetero, un eunuco, fue el primero en alcanzar y consolidar el trono de Pérgamo, y acabó su vida a los ochenta. Áta-

---

[8] La referencia no es exacta: HERÓDOTO (I 163) le atribuye ciento veinte años, y ANACREONTE (*fr.* 8) ciento cincuenta.

[9] Timeo, en la cita de DIODORO (XXI 16 5) le atribuye setenta y dos.

[10] Hay laguna; seguimos la lectura *adelphèn gamón* propuesta por Schwartz.

lo, llamado Filadelfo, también rey de Pérgamo, a quien visitó el general romano Escipión, abandonó la vida a los ochenta y dos.

Mitrídates, rey del Ponto, llamado el Fundador, desterrado por Antígono el Tuerto, murió en el Ponto a la edad de ochenta y cuatro, según cuenta Jerónimo y otros escritores. Ariarates, rey de Capadocia, vivió ochenta y dos años, y tal vez podría haber alcanzado más edad, pero en la batalla contra Perdicas fue hecho prisionero y crucificado. 13

Ciro el Viejo, rey de los persas, según el testimonio de las crónicas persas y asirias, con las que parece concordar Onesícrito —el historiador de Alejandro—, a la edad de cien años ordenó buscar a sus amigos, uno a uno; cuando supo que la mayoría habían muerto a manos de su hijo Cambises, y como Cambises le asegurara que lo había hecho obediciendo a sus órdenes, murió de tristeza, en parte censurado por la crueldad de su hijo, en parte acusándose a sí mismo de debilidad mental. 14

Artajerjes, llamado el Memorioso, contra quien Ciro, su hermano, llevó una expedición, era rey de Persia cuando murió de enfermedad a los ochenta y seis años —según el testimonio de Dinón, a los ochenta y cuatro—. Otro Artajerjes, rey de Persia, de quien dice el historiador Isidoro de Caracene que ocupó el trono en vida de los padres de Isidoro, fue asesinado a la edad de noventa y tres años por maquinación de su hermano Gositras. Sinatrocles, rey de Partia, a la edad de ochenta años cumplidos, volvió a su tierra gracias a los escitas sacauraces, subió al trono y reinó siete años. Tigranes, rey de Armenia, contra quien Lúculo combatió, murió con noventa y cinco años, de enfermedad. 15

Hispausines, rey de Cárax[11] y de las tierras del mar Rojo, murió a los ochenta y cinco años, de enfermedad. 16

---

[11] Ciudad del golfo de Nicomedia.

Tireo, el segundo sucesor de Hispausines, murió a la edad de noventa y dos años, de enfermedad. Artabazo, el sexto sucesor de Tireo en el trono de Cárax, a los ochenta y seis años volvió a su tierra gracias a los partos e inició su reinado. Camnascires, rey de los partos, vivió noventa y seis años.

17 Masinisa, rey de los mauritanos, vivió noventa años. Asandro, que fue proclamado rey del Bósforo por el divino Augusto, de etnarca que era, a los noventa años demostró no ser inferior a nadie en la lucha a pie y a caballo; pero cuando vio que los suyos, la víspera de la batalla, se inclinaban por Escribonio, dejó de comer y murió, a la edad de noventa y tres años. Goeso, que, según dice Isidoro de Caracene, fue en su tiempo rey de Omania[12], la productora de especias, murió de enfermedad a los ciento quince años. Estos son los reyes longevos a que se refieren nuestros predecesores.

18 Mas ya que filósofos y hombres de letras en general, sin duda por preocuparse ellos de sí mismos, han alcanzado una larga vejez, nos referiremos también a aquellos de que tenemos noticia, y primero a los filósofos. Demócrito de Abdera murió a la edad de ciento cuatro años, al dejar de comer. Jenófilo el músico, según dice Aristóxeno, ganado por la filosofía de Pitágoras, vivió en Atenas más de ciento cinco años. Solón, Tales y Pítaco, que fueron de los llamados Siete Sabios, vivieron todos ellos cien años.

19 En cuanto a Zenón, el fundador de la escuela estoica, vivió noventa y ocho. De él cuentan que, al entrar en la asamblea, tropezó y exclamó: «¿Por qué me llamas?»[13]. Regresó a casa y dejó de comer hasta morir. Cleantes, el discípulo y sucesor de Zenón, tenía noventa y nueve años cuando le apareció un tumor en el labio y,

---

[12] En la Arabia feliz (actual Yemen).

[13] Dirigiéndose a Plutón.

en pleno ayuno, le llegaron cartas de unos amigos; tras ingerir alimento y realizar lo que le pedían los amigos, volvió de nuevo a dejar de comer y falleció.

Jenófanes, hijo de Dexino y discípulo de Arquelao, el 20 físico, vivió noventa y un años; Jenócrates, el discípulo de Platón, ochenta y cuatro; Carnéades, el fundador de la Academia Nueva, ochenta y cinco; Crisipo, ochenta y uno; Diógenes de Seleucia de Tigris, filósofo estoico, ochenta y ocho; Posidonio de Apamea de Siria, ciudadano de Rodas, que fue a un tiempo filósofo e historiador, ochenta y cuatro; Critolao, el peripatético, más de ochenta y dos.

Platón, el divino, vivió ochenta y un años; Atenodoro 21 de Tarso, hijo de Sandón, estoico, preceptor de César Augusto dios, por cuya mediación la ciudad de Tarso fue aliviada en sus tributos, murió a los ochenta y dos años en su patria, y el pueblo de Tarso le rinde honras cada año como a un héroe. Néstor, el estoico de Tarso, preceptor de Tiberio César, vivió noventa y dos años; Jenofonte[14], hijo de Grilo, más de noventa. Esos son, de entre los filósofos, los más destacados.

De los historiadores, Ctesibio murió a los ciento cua- 22 tro años, mientras paseaba, según narra Apolodoro en sus *Crónicas*. Jerónimo, que participó en contiendas y sufrió muchas fatigas y heridas, vivió ciento cuatro años, según dice Agatárquides en el libro noveno de su *Historia de Asia*, y se admira de que el hombre, hasta el último día, conservara el vigor en las relaciones sexuales y en todas sus facultades, sin que faltara síntoma alguno de salud. Helánico de Lesbos vivió ochenta y cinco, Ferecides de Siro también ochenta y cinco, Timeo de Tauromenio noventa y seis. De Aristobulo de Casandrea se dice que vivió más de noventa años, y comenzó a escribir su historia a los ochenta y tres, como él mismo dice en el comienzo de su obra. Polibio de Megalópolis, hijo de Licortas, al volver del campo cayó del caballo, y a consecuencia de ello enfermó y murió a los ochenta y dos años. Hipsícrates de Amiso, historiador versado en muchas ciencias, alcanzó los noventa y dos.

---

[14] Es considerado en este caso como filósofo, dada su relación con éstos y el carácter poligráfico de su obra.

23 De entre los oradores, Gorgias, a quienes algunos denominan sofista, vivió ciento ocho años, y murió al dejar de comer. De él cuentan que, cuando le preguntaban la causa de su dilatada vejez en plenitud de facultades, respondía que era debido a «no haberse visto jamás envuelto en los festines ajenos». Isócrates escribió su *Panegírico* a los noventa y seis años y, faltándole uno para los cien, cuando supo que los atenienses habían sido derrotados por Filipo en la batalla de Queronea, gritó —citando el verso euripideo, que aplicaba a sí mismo—:

Cadmo, tras dejar la plaza de Sidón... [15],

y, añadiendo que la Hélade sería esclava, dejó de existir. Apolodoro, el orador de Pérgamo, maestro del dios César Augusto y su preceptor, junto con Atenodoro, el filósofo de Tarso, vivió ochenta y dos años, al igual que Atenodoro. Potamón, orador no carente de celebridad, vivió noventa años.

24 Sófocles, el trágico, murió de asfixia al tragar un grano de uva a la edad de noventa y cinco años. Llevado a juicio por su hijo Yofonte bajo la imputación de demencia, leyó a los jueces su *Edipo en Colono*, demostrando mediante la pieza su salud mental, de modo que los jueces quedaron profundamente admirados y declararon al hijo convicto de locura.

25 Cratino, el poeta cómico, vivió noventa y siete años

---

[15] *Fr.* 816 NAUCK, perteneciente a la obra perdida *Frixo*.

y, hacia el final de su vida, estrenó *La Botella*, ganó el premio y, poco después, murió. Filemón, el autor cómico, tenía noventa y siete, como Cratino, y estaba recostado en un lecho, descansando: al ver a un asno comerse los higos destinados a él, rompió a reír; llamó a su criado y, con grandes y continuas carcajadas, dijo que diera además al asno vino puro, y falleció ahogado por la risa[16]. De Epicarmo, el poeta cómico, se dice asimismo que vivió noventa y siete años.

Anacreonte, el poeta mélico, vivió ochenta y cinco 26 años; Estesícoro, poeta mélico, igualmente, y Simónides de Ceos, más de noventa.

Entre los gramáticos, Eratóstenes de Cirene, hijo de 27 Agleo, que es denominado no sólo gramático, sino también poeta, filósofo y geómetra, vivió ochenta y dos años.

De Licurgo, el legislador espartano, hay referencias 28 de que vivió ochenta y dos años.

Éstos son los reyes y hombres de letras que hemos 29 podido relacionar. Ya que te he prometido enumerar algunos longevos de Roma y de las tierras de Italia, de ellos trataremos en otro libro, divino Quintilo, si los dioses lo quieren[17].

---

[16] Idéntico relato se cuenta de Crisipo (DIÓGENES LAERCIO, VII 185).

[17] No escrito o perdido.

13-14

RELATOS VERÍDICOS

Esta obra, dividida tradicionalmente en dos libros, forma parte de la llamada «literatura de evasión», tan arraigada en el imaginativo espíritu heleno, necesitado en múltiples ocasiones de relatos distensores de su arduo quehacer intelectual. No deja, sin embargo, de ofrecer por ello un marcado carácter paródico de esa misma literatura, satirizándola finamente en mil detalles (preámbulo, hipérboles, fórmulas estereotipadas, etc.), al igual que el *Quijote* es libro de caballerías y parodia caballeresca.

Los precedentes «novelescos» para esta literatura de aventuras arrancan del propio Homero de la *Odisea* y otras leyendas épicas. Entre este género y la prosa jónica median notables afinidades (cf. la aceptación de mitos y leyendas por el propio Heródoto), que, en cuanto a introducción de *ápista* o elementos maravillosos, llegan a su culminación en la historia «novelada» de Ctesias de Cnido (s. IV a. C.), autor de unas «narraciones persas», y en los «relatos indios» de Megástenes, alrededor del 300 a. C.

Estos relatos altamente imaginativos de viajes fantásticos están, en definitiva, en la misma línea de respuesta al reto sociológico de «necesidad de evasión» que la novela griega, y tan sólo media entre aquéllos y ésta —al menos en el caso de Luciano— la esencial diferencia de no hallarse en ellos el típico patetismo erótico de la novela. Como es sabido, en tiempos recientes los hallazgos papirológicos han modificado sustancialmente la cronología tradicional de A. Nicolai y E. Rohde para ésta, rebajándola al siglo I a. C. en lo referente a sus inicios. El propio Luciano menciona a Yambulo, cuya narración novelesca de sus viajes no contenía por lo demás, según parece, elementos eróticos; ello ocurre ya, en cambio, en *Los prodigios más allá de Tule* del pitagórico ANTONIO DIÓGENES, de finales del siglo I y comienzos del II d. C., cuya obra, según nos advierte Focio, también parodió LUCIANO en sus *Relatos verídicos*. Hay, sin duda, un cúmulo de escritos de novelistas y autores de relatos novelescos, conocido muy parcialmente por nosotros, que sirve de punto de partida, siquiera sea con fines paródicos, a nuestro autor. Sobre todo ello la *Quellenforschung* se debate en ingeniosos estudios, a veces más conjeturales que indiscutibles.

El objetivo esencial de Luciano es entretener al lector, al tiempo que intenta ridiculizar a los autores de relatos prodigiosos y legendarios (cf. I 1-4). A partir de I 5, se inicia la parodia novelesca propiamente dicha: navegación allende las Columnas de Heracles por el Océano de Occidente, tempestad, isla de las vides, viaje aéreo, nueva tempestad y arribada a la Luna, encuentro con los «cabalgabuitres» y con el rey Endimión, batalla con el Sol por la Estrella de la Mañana, naturaleza sorprendente de los selenitas, visita a la Ciudad de las Lámparas, contemplación de Nubecuclillos, «amerizaje» de la nave voladora, deslizamiento de ésta con la tripulación en el interior de una gigantesca ballena, vida en el cetáceo con otros hombres y luchas con pueblos monstruosos, y visión de los hombres-islas. Aquí termina el libro primero, que comprende 42 capítulos.

El libro II, tal vez más logrado, se inicia con la muerte de la ballena, ideada por Luciano y sus compañeros incendiando el bosque que había en su interior. Una vez libres del monstruo, prosiguen su aventurera navegación: tempestad y deslizamiento sobre el mar helado, arribada a la isla de Quesia, encuentro con los «corchópodos», desembarco en la isla llamada «de los Dichosos» (en el Hades) y encuentro con Radamantis, estancia como huéspedes de los héroes y descripción de sus costumbres, encuentro con Homero, los juegos llamados «Mortuorios», batalla con los impíos, huida de Cíniras con Helena de Troya (única concesión, de pasada, al tema erótico) y consiguiente expulsión de Luciano y sus compañeros de la isla de los Dichosos, visión de las islas de los Impíos (en ellas sitúa Luciano a Ctesias y Heródoto, entre otros, por embaucadores), estancia en la isla de los

Sueños, arribada a la isla Ogigia para entregar a Calipso el mensaje de Ulises que éste les confiara en la isla de los Dichosos, encuentro con los calabazapiratas y los nueznautas, hallazgo de los «cabalgadelfines», el nido de alción gigante, prodigios «nemorosos», hallazgo de la gran sima del agua cortada, encuentro de los bucéfalos y hombres-embarcación, aventura de las «perniburras», arribada al otro continente y naufragio. Este segundo libro consta de 47 capítulos y concluye con la promesa incumplida de Luciano: «Lo que ocurrió en el otro continente lo relataré en los libros que siguen.» Tal vez nunca estuvo en su ánimo hacerlo, y nos hallamos en presencia de un tópico retórico más, de un final sorprendente lleno de misterio y —valga la expresión— relieve tridimensional, a los que tan aficionado es el escritor.

Tal vez los momentos más felices del ameno relato correspondan a la descripción de las peculiaridades y régimen de vida de los selenitas (I 22-26), la pintura del interior del cetáceo (I 31-36), la isla de los Dichosos (II 5-27) y la de los Sueños (II 32-34). En esta última narración, Luciano altera el relato homérico y lo amplía haciendo gala de su fértil imaginación. Dentro del respeto a la lengua ática más pura, Luciano se permite, esporádicamente, algún jonismo (doble sigma, desinencia *-ato)* para parodiar el dialecto de estos prosistas. Muchos rasgos paródicos y giros estilísticos imitativos de sus modelos se nos escapan hoy al desconocer éstos.

Grande fue la influencia ejercida por los *Relatos verídicos* en la literatura posterior. En ellos se inspiró Wieland, traductor de Luciano en la Alemania renacentista, en parte al menos, para escribir sus *Diálogos en el Elíseo.* En Francia, Cyrano de Bergerac los imitó en su *Histoire comique d'un voyage à la Lune.* También hallamos un eco del samosatense en el Voltaire del *Micromegas* y, en este mismo siglo XVIII y en Inglaterra, en los *Viajes de Gulliver,* de J. Swift.

La primera traducción al español de los *Relatos verídicos* se debe a FRANCISCO DE ENZINAS (con el título de *Historia verdadera,* Argentorati, 1551). Según A. TOVAR *(Luciano,* Barcelona, 1949, página 289), son «el modelo remoto de *Persiles y Sigismunda».* Para este mismo autor, el eco lucianesco resuena en toda nuestra literatura picaresca: «El tono autobiográfico, que tan cruel resulta para narrar las desgracias y humillaciones del héroe, está aprendido en el *Asno* y en la *Historia verdadera*» *(ibid.,* pág. 300).

Réstanos por decir que no hay asideros cronológicos convincentes para fechar la composición de esta obra, pero todo parece indicar —estilo, perfección literaria, etc.— que pertenece a un momento avanzado de la producción lucianesca (cf. L. GIL, *Antología de Luciano,* Madrid, 1970, pág. 199).

I

Al igual que los atletas y quienes tratan de mantenerse en forma no sólo cuidan de su estado físico y entrenamiento, sino también de su oportuna relajación —por entender que es la parte principal de su preparación—, asimismo interesa a los intelectuales, a mi parecer, tras una prolongada lectura de los autores más serios, relajar su mente y hacerla más vigorosa para su esfuerzo futuro. 1

Resultaría acorde con ellos el descanso si tomaran contacto con aquellas lecturas que no sólo ofrecen pura evasión, fruto del ingenio y humor, sino las que presentan un contenido no ajeno a las Musas, como creo que ellos estimarán en el caso de esta obra; no sólo les atraerá lo novedoso del argumento, ni lo gracioso de su plan, ni el hecho de que contamos mentiras de todos los colores de modo convincente y verosímil, sino además el que cada historia apunta, no exenta de comicidad, a alguno de los antiguos poetas, historiadores y filósofos, que escribieron muchos relatos prodigiosos y legendarios; los habría citado por su nombre, si no se desprendieran, en tu caso[1], de la lectura. 2

<... Citemos, por ejemplo, a>[2] Ctesias de Cnido, 3

---

[1] Luciano se dirige al lector.

[2] Al parecer, hay lagunas en los mss. Seguimos la lectura conjetural *hoîon,* de Bekker.

hijo de Ctesioco[3], que escribió sobre la India y sus peculiaridades aquello que él personalmente jamás vio, ni oyó de labios fidedignos. Escribió también Yambulo muchos relatos extraños acerca de los países del Gran Mar, forjando una ficción que todos reconocen, aunque construyendo un argumento no exento de interés. Muchos otros, con idéntica intención, escribieron sobre supuestas aventuras y viajes de ellos mismos, incluyendo animales monstruosos, hombres crueles y extrañas formas de vida. Su guía y maestro de semejante charlatanería es el Ulises de Homero, que disertó ante la corte de Alcínoo[4] acerca de vientos en esclavitud y de hombres de un ojo, caníbales y salvajes; y, además, de animales de múltiples cabezas y las transformaciones de sus compañeros a causa de los elixires: con múltiples relatos de ese género dejó maravilladas a gentes tan simples como los feacios.

4 Pues bien, después de tomar contacto con todos esos autores, llegué a no reprocharles demasiado que engañen al público, al notar que ello es práctica habitual, incluso, entre los consagrados a la filosofía[5]. Me sorprendió en ellos, sin embargo, que creyeran escribir relatos inverosímiles sin quedar en evidencia. Por ello mi personal vanidad me impulsó a dejar algo a la posteridad, a fin de no ser el único privado de licencia para narrar historias; y, como nada verídico podía referir, por no haber vivido hecho alguno digno de mencionarse, me orienté a la ficción, pero mucho más honradamente que mis predecesores, pues al menos diré una verdad

---

[3] Tanto Ctesias de Cnido como Yambulo son prototipos de autores de relatos fantásticos. Sus escritos se han perdido, así como los de Antonio Diógenes, posible fuente de Luciano según Focio (cf. Introducción).

[4] Cf. *Odisea* desde el canto IX.

[5] Parece un ataque a PLATÓN (*República* X 614a y ss.), según apunta el propio escoliasta.

al confesar que miento. Y, así, creo librarme de la acusación del público al reconocer yo mismo que no digo ni una verdad. Escribo, por tanto, sobre cosas que jamás vi, traté o aprendí de otros, que no existen en absoluto ni por principio pueden existir. Por ello, mis lectores no deberán prestarles fe alguna.

5 Inicié mi navegación un día desde las Columnas de Heracles, rumbo al Océano de Occidente, con viento favorable. El motivo y el propósito de mi viaje eran mi gran actividad intelectual, mi afán por los descubrimientos y el deseo de averiguar qué era el fin del Océano y qué pueblos vivían a la otra orilla. A este propósito preparé abundantes víveres, añadí también agua suficiente y enrolé a cincuenta compañeros de mi edad, que compartían mi proyecto; preparé también un buen número de armas, recluté al mejor piloto tras convencerle con un gran sueldo, y reforcé mi embarcación —era una nave ligera— para tan larga y difícil travesía.

6 Navegamos un día y una noche a favor del viento, sin avanzar demasiado, avistando aún tierra; pero al amanecer del segundo día el viento arreció, creció el oleaje y sobrevino la oscuridad, sin que pudiéramos ni izar la vela. Nos confiamos, pues, y entregamos al vendaval, y sufrimos la borrasca durante setenta y nueve días; pero al octogésimo brilló el sol de repente y divisamos, no lejos de nosotros, una isla elevada y frondosa, en cuyo derredor resonaba un oleaje nada agitado, pues ya había amainado lo más duro de la tormenta[6].

Arribamos al fin y, tras desembarcar, como consecuencia de nuestra larga fatiga, yacimos en tierra durante mucho rato, pero al fin nos levantamos y designamos a treinta de nosotros para permanecer de guardia en la nave, y a veinte para penetrar conmigo a explorar el interior de la isla.

---

[6] El pasaje parece un lugar común en los relatos fantásticos.

7 Tras avanzar unos tres estadios desde el mar a través del bosque, descubrimos una estela de bronce, con una inscripción en caracteres griegos borrosos y gastados que decía: «Hasta aquí llegaron Heracles y Dioniso.» Había también dos huellas de pisadas cerca, en la roca, una de un pletro y otra menor, siendo —a mi parecer— la más pequeña de Dioniso y la otra de Heracles[7]. Tras venerarlas, proseguimos la marcha, y aún no nos habíamos distanciado mucho cuando llegamos al borde de un río de vino en todo semejante al Quiota[8]. La corriente era abundante y copiosa, de modo que en algunos lugares era navegable. Así nos sentimos mucho más inclinados a creer en la inscripción de la estela, al ver las pruebas de la visita de Dioniso. Decidí averiguar dónde nacía el río, y subí bordeando su corriente, mas no encontré fuente alguna, sino numerosas y grandes vides cargadas de racimos; de cada raíz fluía un hilo de vino claro, y de ellos surgía el río. Podían verse muchos peces en él, muy semejantes al vino en colorido y sabor; nosotros, a la sazón, capturamos algunos y al comerlos nos embriagamos; naturalmente, al abrirlos, los hallamos llenos de posos de vino. Más tarde se nos ocurrió mezclarlos con los otros peces, los de agua, y rebajamos la fuerza de aquel vino comestible.

8 Luego atravesamos el río por una zona vadeable y hallamos algo maravilloso en las vides: la parte que surgía de la tierra, la cepa propiamente dicha, era vigorosa y robusta, y en la parte superior eran mujeres, totalmente perfectas desde la cintura, de igual manera que nuestros pintores representan a Dafne convirtiéndose en árbol al sujetarla Apolo. De las puntas de sus dedos nacían sarmientos cargados de racimos; asimis-

---

[7] Cf. Heródoto, IV 82. El pletro mide 29,6 m., y es la sexta parte del estadio.

[8] Cf. Ctesias (Focio, *Bibl.*, cod. LXXII 46 a).

mo, eran su tocado zarcillos, pámpanos y racimos. Al acercarnos nosotros, nos acogieron con su bienvenida, hablando unas en lidio, otras en indio, mas la mayoría lo hacían en griego, y nos besaban en los labios. El que recibía el beso quedaba al punto ebrio y vacilante. No permitían, sin embargo, que tomáramos de su fruto, sino que se dolían y lanzaban gritos cuando les era arrancado. Algunas deseaban unirse a nosotros, y dos de mis compañeros, que se llegaron a ellas, no pudieron separarse, sino que quedaron trabados por las partes pudendas, pues se fundieron y enraizaron juntos: ya antes habían brotado sarmientos de sus dedos y, trenzados de zarcillos, también ellos se disponían a producir frutos en un instante.

Dejándoles, huimos a la nave y contamos todo a los 9 que allí habían quedado, y en especial la unión de los compañeros con las vides. Entonces tomamos unas ánforas y nos aprovisionamos a un tiempo de agua y vino del río; y acampamos cerca de allí, en el litoral, para zarpar a la aurora con viento no demasiado fuerte.

Hacia el mediodía, cuando ya no se divisaba la isla, sobrevino de repente un tifón que hizo girar la nave y, elevándola por el aire unos trescientos estadios, ya no la dejó descender al mar, sino que, hallándose en las alturas, sopló viento sobre su velamen y la arrastraba a vela hinchada.

Por siete días y otras tantas noches viajamos por el 10 aire, y al octavo divisamos un gran país en el aire, como una isla, luminoso, redondo y resplandeciente de luz en abundancia. Nos dirigimos a él y, tras anclar, desembarcamos, y observando descubrimos que la región se hallaba habitada y cultivada. Durante el día nada divisábamos desde allí, pero al hacerse de noche empezaron a aparecérsenos muchas otras islas próximas —unas mayores, otras más pequeñas— de color semejante al del fuego. Vimos también otro país abajo, con ciudades,

ríos, mares, bosques y montañas, y dedujim
la Tierra.

11 Decidimos seguir avanzando, pero fuimos
al encontrar a los que ellos llaman «cabalg
Los cabalgabuitres son hombres que cabalgar
tres enormes, y utilizan dichas aves como ca
buitres son enormes y suelen tener tres cabe
inferirse su tamaño del hecho siguiente: cu
sus plumas es mayor y más robusta que e
un gran navío mercante [10]. Dichos cabalgabu
como misión sobrevolar el país y conducir
a cualquier extranjero que encuentren; por e
tuvieron y condujeron ante él. Éste, despué
varnos y deducirlo de nuestros vestidos, dijo
sois griegos, ¿verdad, extranjeros?» Al co
nosotros, preguntó: «¿Y cómo habéis llegado
tras atravesar un gran trecho por el aire?»
explicamos todo. Entonces comenzó él a co
propia historia: era también un ser huma
Endimión, que había sido raptado de nuestro
tras dormía y, una vez allí, llegó a ser rey de
Decía que aquel país era la Luna que vemos
jo [11]. Nos exhortó a confiar y no temer pel
ofreciéndonos cuanto necesitáramos.

12 «Si triunfo —añadió— en la guerra que
tengo contra los habitantes del Sol, viviréis
a mi lado». Nosotros le preguntamos quién
enemigos y la causa del conflicto. «Faetonte –
el rey de los habitantes del Sol (pues aq

---

[9] Griego *Hippógypoi*. En pro de la intelección y
optamos por traducir estos nombres de seres fantá
de transcribirlos. (Cf. MANUEL F. GALIANO, *La trans*
gina 6, párrafo 2.)

[10] Cf. *Odisea* IX 322 ss.

[11] Antonio Diógenes parece ser la fuente de in
CIO, 111a). Cf. el *Icaromenipo* de Luciano.

ciamente, se burlara ebrio, mientras deja que su amo, sin dicha ni amor, ante una lamparilla mortecina, de boca estrecha y torcida sedienta, se torture con los intereses[24]. ¿Cómo, pues, no ha de ser injusto que antes reprocharas todo eso, y ahora acuses a Timón de lo contrario?

15 PLUTO. — Realmente, si investigas la verdad, hallarás que en ambos casos mi postura es correcta. Pues la excesiva prodigalidad de Timón podría estimarse razonablemente como despreocupación y falta de benevolencia respecto a mí; y en cuanto a esos que me guardan encerrado tras sus puertas y en la oscuridad, procurando que me haga más grueso, pingüe y voluminoso, que ni me tocan ni sacan a la luz para que nadie me vea, consideraba que eran necios e insolentes, ya que sin cometer yo delito alguno me obligaban a pudrirme bajo tantas cadenas, ignorando que en breve partirán del mundo y me dejarán a algún afortunado.

16 Por tanto, ni alabo a éstos ni tampoco a quienes me prodigan en exceso, sino a los que adoptan un término medio[25] —que es lo mejor— en esta cuestión, y ni me ahorran sin más ni me dilapidan por entero.

Atiende a esto, Zeus, en nombre de Zeus[26]. Si alguien se casa de modo legítimo con una mujer joven y hermosa, y a partir de entonces ni la vigila ni siente celos en absoluto, dejándola ir adonde quiera de noche y juntarse de día con quienes lo deseen; más aún, induciéndola él mismo al adulterio al abrir las puertas, prostituirla y llamar a todos junto a ella, ¿acaso daría ese sujeto la impresión de amarla? Al menos, Zeus, no dirías eso tú, que has amado tantas veces[27].

17 A la inversa, si alguien toma por esposa, de acuerdo

---

[24] Cf. *El sueño* o *El gallo* 30.

[25] Doctrina aristotélica del *in medio uirtus.*

[26] Invocación lúdica al dios con el que habla.

[27] Cf. los *Diálogos de los dioses.*

con la ley, a una mujer de noble linaje para la procreación de hijos legítimos, y ni se une él a tan floreciente y hermosa doncella ni consiente que ñadie la mire siquiera, sino que la encierra y condena a virginidad, sin prole y estéril, y a pesar de ello asegura que la ama, y lo evidencia por su color, la palidez de su rostro y el hundimiento de sus ojos, ¿acaso no daría ese hombre pruebas de locura, puesto que, debiendo engendrar una prole y gozar del matrimonio, obliga a marchitarse a una doncella de rostro tan hermoso y tan atractiva, manteniéndola de por vida como si estuviera consagrada a la Tesmóforo[28]? Así me indigno yo también de que unos me traten indecorosamente a puntapiés y me engullan y desparramen, mientras otros me cargan de grilletes como a un esclavo fugitivo marcado a estigma[29].

ZEUS. — ¿Por qué te irritas, pues, contra ellos? Pagan unos y otros un hermoso castigo; éstos, como Tántalo[30], sin beber y sin comer, secos los labios, sólo contemplan el oro boquiabiertos; aquéllos, a imitación de Fineo, se ven privados del alimento de sus bocas por obra de las Harpías[31]. Marcha ya, pues, al encuentro de Timón, al que hallarás mucho más sensato. 18

PLUTO. — ¿Dejará él alguna vez de vaciarme a toda prisa, como si me extrajera de un cesto agujereado, antes de que afluya por entero, no sea que cayendo desbordado lo inunde? En fin, me parece que voy a verter agua en la tinaja de las Danaides[32], y que en vano trataré de llenarla, al no retenerla el fondo, ya que antes de fluir en su interior se derramará el contenido: tan ancho es el agujero de vertido de la tinaja e incoercible su salida.

---

[28] Deméter.

[29] Cf. *La travesía o El tirano* 24, y notas *ad locum* (39 y 40).

[30] Cf. *La travesía o El tirano* 29, y nota *ad locum* (46).

[31] Fineo, hijo de Agenor, rey tracio, fue perseguido por las Harpías (seres monstruosos con garras) por haber cegado a sus hijos; éstas le privaban de todo alimento arrebatándoselo.

[32] Las cincuenta hijas de Dánao fueron castigadas en el Tártaro, por haber dado muerte a sus primos y esposos, a verter agua en un tonel sin fondo. De este castigo se libró sólo Hipermestra, que no cometió el crimen.

19 ZEUS. — Pues bien, si no tapona dicho agujero y permanece abierto una vez más, te vaciarás en breve y fácilmente volverá a hallar su vestidura de pieles y su azadón en las heces de la tinaja. Pero marchaos ya y hacedlo rico. Y tú, Hermes, cuando regreses junto a nosotros, acuérdate de traerme a los Cíclopes del Etna [33], para que afilen y reparen mi rayo, que pronto lo necesitaremos aguzado.

20 HERMES. — Vamos, Pluto. ¿Qué es eso? ¿Cojeas? No sabía, buen amigo, que además de ciego fueras también cojo.

PLUTO. — No siempre es así, Hermes. Cada vez que salgo al encuentro de alguien enviado por Zeus, no sé cómo, me vuelvo lento y cojeo de ambas piernas, de suerte que llego a la meta con esfuerzo, en ocasiones cuando ya ha envejecido el que me espera. En cambio, siempre que debo regresar, verás cómo tengo alas y soy más veloz que los sueños. Tan pronto como se da la salida, soy yo proclamado ya vencedor, tras haber recorrido el estadio sin que a veces se aperciban siquiera los espectadores.

HERMES. — No es verdad lo que dices. Yo podría mencionarte muchos que ayer no tenían ni un óbolo [34] para comprarse una soga y que hoy, de repente ricos y acaudalados, pasean en un tiro de blancos corceles, cuando jamás han podido tener ni un asno; sin embargo, desfilan con vestidos de púrpura y anillos de oro, sin creer ellos mismos —imagino— que su riqueza no sea un sueño.

---

[33] Gigantes de un solo ojo que ayudaban a Hefesto en su fragua del Etna. Distintos de los citados por Homero en la *Odisea*.

[34] Cf. nota 20.

PLUTO. — Eso es otra cuestión, Hermes, ya que en estos casos no voy por mis propios pies, y no es Zeus, sino Plutón [35], quien me envía a ellos; pues él es también otorgador de riqueza y generoso en sus dádivas, como su nombre indica. Así, siempre que debo pasar de un hombre a otro, tras introducirme en una tablilla y sellarme cuidadosamente, me toman y transportan de lugar. El muerto yace de cuerpo presente en cualquier rincón oscuro de la casa, cubiertas sus rodillas con una sábana vieja, presa para las comadrejas [36], y los que me esperan aguardan en la plaza con la boca abierta, así como los polluelos pían a la golondrina que vuela hacia el nido. 21

Cuando se levanta el sello, corta el hilo y abre la tablilla, es proclamado mi nuevo dueño, ya se trate de un familiar, un adulador o un esclavo invertido [37], estimado desde sus juveniles complacencias, aunque ya se afeite las mejillas, que recibe —¡honorable señor!— su gran paga por los múltiples placeres de toda índole que, incluso de mayor, prestara a su amo. Ése, quienquiera que sea, se apodera de mí con tablilla y todo, y corre llevándome consigo, tras cambiar su anterior nombre de Pirrias, Dromón o Tibio por Megacles, Megabizo o Protarco [38], y dejar a los demás, que habían abierto su boca en vano, mirándose unos a otros y sumidos en duelo de verdad por el hermoso atún [39] que ha escapado del fondo de la almadraba, tras devorar no poca carnada. 22

---

[35] Como puede observarse, etimológicamente hay relación entre el nombre del dios del Hades y el término «riqueza» *(ploûtos).*

[36] En Grecia cumplían la función de nuestros gatos domésticos.

[37] Es intraducible, por su crudeza, el término *katapýgōn*, que expresa demasiado gráficamente la inversión sexual masculina.

[38] El cambio de nombre refleja el de *status* social. Cf. *El sueño o El gallo* 14, y nota *ad locum* (44).

[39] Cf. HORACIO, *Sátiras* II 5 44.

23 Se arroja por entero sobre mí ese individuo inculto y tosco, que aún siente estremecimiento ante los grilletes, yergue las orejas si alguien al pasar chasquea ocasionalmente el látigo y se prosterna ante el molino como si fuera el Anáctoro[40]; se vuelve ya insoportable para quienes lo tratan, ultraja a los ciudadanos libres y azota a sus antiguos compañeros de esclavitud, comprobando así que él también puede hacerlo; hasta que cae en manos de una mujerzuela, se aficiona a la cría de caballos o se entrega a los aduladores, que juran que él es más hermoso que Nireo[41], más noble que Cécrope[42] o Codro, más inteligente que Ulises y más rico que dieciséis Cresos juntos; y en un instante derrocha el infeliz a raudales lo que se había reunido poco a poco gracias a muchos perjurios, rapiñas y ruindades.

24 HERMES. — Así como dices suelen suceder estas cosas. Mas cuando andas por tu propio pie, ¿cómo, siendo tan ciego, das con el camino? ¿Y cómo reconoces a aquellos a quienes te envía Zeus por considerar que son merecedores de alcanzar la riqueza?

PLUTO. — ¿Crees acaso que yo descubro quiénes son? ¡Por Zeus que no! No iba yo a dejar a Arístides[43] para ir al encuentro de Hipónico y Calias[44], y de tantos otros atenienses que no merecen ni un óbolo.

HERMES.—En ese caso, ¿qué haces cuando te envía?

---

[40] Por antonomasia, el santuario de Deméter en Eleusis, aunque el término, en sentido genérico, puede referirse a un templo cualquiera.

[41] Bello guerrero griego en la guerra de Troya.

[42] Cécrope es el legendario fundador de Atenas, y Codro es también un legendario rey de los tiempos míticos de la ciudad. Los linajes que de ellos pretendían descender en Atenas eran los de más rancio abolengo.

[43] Arístides el Justo murió en la mayor pobreza después de haber ocupado los más altos cargos en Atenas.

[44] Hipónico fue el padre de Calias e hijo a su vez de otro Calias, fundador de la gran fortuna en Atenas.

PLUTO. — Ando extraviado arriba y abajo, dando vueltas, hasta que vengo a dar inopinadamente con alguien. Ése, el primero que se encuentra conmigo, me lleva a su casa y retiene, prosternándose ante ti, Hermes, por lo inesperado de su suerte[45].

HERMES. — Entonces está Zeus en un error al creer 25 que tú, de acuerdo con sus designios, haces ricos a quienes él juzga dignos de poseer riquezas.

PLUTO. — Bien merecido lo tiene, amigo, pues a sabiendas de que soy ciego me envía en busca de una cosa tan difícil de hallar, que desde mucho tiempo atrás ha desaparecido del mundo, algo que ni el propio Linceo[46] encontraría fácilmente, siendo tan imperceptible y diminuta. Así pues, al ser los buenos escasos y los malos mayoría en las ciudades, invadiéndolo todo, vengo a dar fácilmente con esos últimos en mis rodeos y caigo prisionero en sus redes.

HERMES. — ¿Y cómo es que cuando los dejas huyes con facilidad, sin conocer el camino?

PLUTO. — Entonces adquiero, por alguna razón, agudeza visual y velocidad en mis pies, sólo con ocasión de la fuga.

HERMES. — Respóndeme también a esto: ¿cómo, sien- 26 do ciego —si me permites la expresión—, y por añadidura pálido y renco de ambas piernas, cuentas con tantos amantes, hasta el extremo de tener todos sus ojos puestos en ti, considerarse dichosos si te poseen y no soportar la existencia si te pierden? Sé incluso de algunos de ellos, en no escaso número, tan locamente enamorados de ti, que fueron a arrojarse «al insondable ponto desde las escarpadas rocas»[47] al entender que tú los mirabas con desdén, cuando de hecho no los mirabas en absoluto[48]. Sin embargo, tú mismo admitirás, estoy seguro, si te conoces a ti mismo, que ellos tienen la furia de los coribantes[49] si aman enloquecidamente a un ser como tú.

---

[45] A Hermes se atribuían los éxitos y fortunas inesperadas.

[46] Linceo, miembro de la expedición de los argonautas, era famoso por su agudeza visual. Cf. la relación etimológica con el nombre del «lince», gr. *lýnx*. Cf. COROMINAS, *Dicc. etim. de la leng. cast.*, s. v.

27 PLUTO. — ¿Crees acaso que ellos me ven tal como realmente soy: cojo, ciego y con todos mis restantes defectos?

HERMES. — ¿Pues cómo te ven, Pluto, si no son ciegos todos ellos también?

PLUTO. — No son ciegos, querido amigo, pero la ignorancia y el engaño, que ahora lo dominan todo, ensombrecen su visión; además, yo, para no resultar absolutamente feo, me oculto tras una máscara muy atractiva, recubierta de oro y pedrería, me pongo vestidos bordados y salgo a su encuentro; ellos, creyendo ver la belleza de mi propio rostro, se enamoran y mueren si no me consiguen; de suerte que, si alguno me desnudara totalmente y me mostrase, es evidente que se reprocharían a sí mismos su gran miopía y su amor hacia un ser tan desagradable y feo.

28 HERMES. — ¿Cuál es entonces la razón de que, hallándose ya dentro mismo de la riqueza, ocultos ellos mismos tras la máscara, sigan aún engañados, y de que, si alguien trata de arrebatársela, prefieran perder antes la cabeza que la máscara? Porque no es admisible que aun entonces sigan ignorando que la hermosura es postiza, al verlo todo por dentro.

PLUTO. — No faltan motivos, Hermes, que luchan a mi favor para esto.

HERMES. — ¿Cuáles son?

PLUTO. — Cuando alguien me encuentra por vez primera, abre su puerta y me acoge, penetran también conmigo subrepticiamente la vanidad, la insensatez, el orgullo, la molicie, la insolencia, el engaño y otros mil vicios de esa índole. Una vez conquistada su alma por todos ellos, admira lo que no debe admirarse y anhela lo vitando; y a mí, padre de todos esos males que han penetrado en él, me adora, al hallarme escoltado por ellos, y todo lo sufriría antes que permitir mi partida.

---

[47] TEOGNIS, 175 s.

[48] Pluto era ciego.

[49] Sacerdotes de Rea (Cibeles) en Frigia.

HERMES. — ¡Qué liso y resbaladizo eres, Pluto! ¡Qué 29 difícil de asir y qué presto a evadirte! No ofreces ningún asidero firme, sino que, como las anguilas o las serpientes, te escapas, no sé cómo, por entre los dedos. Pobreza[50], por el contrario, es viscosa y fácil de coger, y tiene infinidad de ganchos que le surgen por todo el cuerpo, de tal modo que, si alguien se acerca, quede al punto sujeto y no pueda liberarse fácilmente. Pero en medio de nuestro parloteo hemos olvidado algo no carente de importancia.

PLUTO. — ¿Qué es ello?

HERMES. — Que no hemos traído a Tesauro, a quien más necesitábamos.

PLUTO. — Tranquilízate al respecto. Lo dejo siempre 30 bajo tierra cuando subo junto a vosotros, tras advertirle que permanezca dentro con la puerta cerrada y no abra a nadie, a no ser que oiga mi llamada.

HERMES. — Pues bien, entremos ya en el Ática. Sígueme cogido de mi clámide hasta que llegue al despoblado.

PLUTO. — Haces bien, Hermes, en guiarme, pues si me dejas voy a dar en seguida con un Hipérbolo o un Cleón[51] en mis rodeos. Pero ¿qué es ese ruido, como de un hierro contra una piedra?

---

[50] Personificación. Cf. *El sueño o El gallo* 22 y, en esta obra, el cap. 12.

[51] Demagogos radicales atenienses durante la Guerra del Peloponeso, prototipos de maldad.

31 HERMES. — Se trata de Timón, que está cavando ahí cerca en una parcela escarpada y pedregosa. ¡Oh! Le acompaña Pobreza y también Trabajo [52], con Constancia, Sabiduría, Virilidad y todo ese cortejo que sirve a las órdenes de Hambre, mucho mejor que tu escolta.

PLUTO. — Entonces, ¿por qué no emprendemos la retirada, Hermes, a toda velocidad? Nada importante podríamos nosotros hacer con un hombre rodeado de un ejército semejante.

HERMES. — Otro fue el criterio de Zeus: no nos acobardemos, pues.

32 POBREZA. — ¿Adónde, Argicida [53], llevas a ése de la mano?

HERMES. — Al encuentro de Timón, ahí presente, venimos enviados por Zeus.

POBREZA. — ¿Ahora viene Pluto al encuentro de Timón, que recibí corrompido por Molicie [54], cuando yo lo había transformado en un hombre digno y valioso, tras confiarlo a éstos, a Sabiduría y a Trabajo? ¿Acaso yo, Pobreza, os parezco tan merecedora de desprecio y menoscabo, que soy privada del único bien que poseía, tras adiestrarlo escrupulosamente con miras a la virtud, para que Pluto lo tome de nuevo, lo entregue en manos de Insolencia y Vanidad, lo torne tan muelle, envilecido y necio como antes y me lo devuelva convertido ya en un andrajo?

HERMES. — Tal ha sido la decisión de Zeus, Pobreza.

33 POBREZA. — Me marcho; vosotros —Trabajo, Sabiduría y los demás— seguidme. Pronto sabrá ése qué com-

---

[52] Obsérvese la rica galería de personificaciones de principios abstractos.

[53] Griego *Argeiphōntes*, epíteto homérico de Hermes, de significado desconocido (cf. *Ilíada* II 103, *Odisea* I 84; HESÍODO, *Los trabajos y los días* 77, etc.). La etimología popular le atribuía el significado de «matador de Argos», que aquí respetamos.

[54] Cf. nota 52.

pañera ha perdido, buena colega y maestra de virtudes, con cuya asistencia alcanzó la salud del cuerpo y la fortaleza del carácter, viviendo una existencia viril, mirando por sí mismo y considerando lo superfluo y excesivo como algo ajeno, tal cual es en realidad.

HERMES. — Ya se marchan; acerquémonos nosotros a él.

TIMÓN. — ¿Quiénes sois, malditos? ¿Qué queréis para 34 venir aquí a molestar a un trabajador que gana el jornal? Pero no os marcharéis impunemente, que sois todos unos infames. Pues voy a emprenderla a terronazos y os trituraré a pedradas.

HERMES. — ¡No, no, Timón! No tires[55], que no apedrearías a seres humanos: yo soy Hermes y éste es Pluto. Nos ha enviado Zeus al escuchar tus plegarias; por tanto, recibe en buena hora la prosperidad y pon fin a tus trabajos.

TIMÓN. — También vosotros vais a gemir, aunque seáis dioses, como decía, pues odio a todos por igual, dioses y hombres; y en cuanto a ese ciego, quienquiera que sea, lo voy a triturar con mi azadón.

PLUTO. — Vámonos, Hermes, por Zeus, que este hombre —me parece— sufre un fuerte acceso de locura[56]; no sea que me retire con algún contratiempo.

HERMES. — No más groserías, Timón: despréndete de 35 esa tosquedad y aspereza, extiende las manos, recibe la buena fortuna, enriquécete de nuevo, sé el primero entre los atenienses y desprecia a aquellos ingratos, disfrutando tú solo de tu prosperidad.

TIMÓN. — Para nada os necesito; no me molestéis. Es para mí suficiente riqueza mi azadón; por lo demás, soy felicísimo si nadie se me acerca.

---

[55] Cf. MENANDRO, *Díscolo* 83, 120.

[56] Cf. MENANDRO, *Díscolo* 89.

HERMES. — ¿Tan insociable te has vuelto, pobre amigo?

¿Esa respuesta áspera y dura he de llevar a Zeus?[57].

Sin duda, es razonable que odies al hombre al haber sufrido tantas iniquidades de su parte, mas que odies a la divinidad no lo es en modo alguno, cuando los dioses cuidan tanto de ti.

36 TIMÓN. — A ti, Hermes, y a Zeus os quedo sumamente reconocido por vuestra atención, pero a ese Pluto no lo aceptaré.

HERMES. — ¿Por qué?

TIMÓN. — Porque en el pasado ése fue para mí causa de innumerables males, al entregarme a aduladores, atraer intrigantes, despertar odios, corromperme de molicie, convertirme en centro de envidias y, por último, abandonarme de repente tan pérfida y traidoramente. Por el contrario mi buena amiga Pobreza, tras ejercitarme en los más viriles trabajos y hablarme con verdad y franqueza, me ofreció lo necesario para luchar y enseñó a despreciar todo lo excesivo, al hacer depender de mí mismo las esperanzas de mi vida y demostrar cuál era mi auténtica riqueza, que ni el adulador con halagos, ni el sicofanta con intimidaciones, ni el pueblo con su furor, ni el ciudadano con su voto, ni el tirano con sus asechanzas podrían arrebatarme.

37 Robustecido, pues, por los trabajos, cultivando este campo[58] con entrega a mi tarea, sin ver para nada las miserias de la ciudad, obtengo el sustento suficiente y necesario de mi azada. Por tanto, Hermes, retorna sobre tus pasos y, en cuanto a Pluto, devuélvelo a Zeus. Por mi parte me contentaría si él hiciera gemir a todos los hombres en edad adulta.

---

[57] *Ilíada* XV 202.

[58] Cf. MENANDRO, *Díscolo* 528.

HERMES. — En modo alguno, amigo. No todos merecen gemir. Vamos, deja ya estas rabietas pueriles y acoge a Pluto. «No son recusables los dones de Zeus»[59].

PLUTO. — ¿Aceptas, Timón, que me justifique ante ti, o vas a enfadarte si hablo?

TIMÓN. — Habla, pero no te extiendas ni acompañes preámbulos, como los oradores profesionales. Te soportaré si hablas poco, en gracia a Hermes, aquí presente.

PLUTO. — Debería tal vez extenderme ampliamente 38 para responder a tan gran número de cargos por tu parte formulados. No obstante, considera si, como afirmas, te he perjudicado en algo yo, motivo para ti de todos tus mayores deleites —honor, preeminencia, coronas y demás placeres—; tú eras admirado, célebre y solicitado gracias a mí. Por lo demás, si has sufrido algún menoscabo de parte de los aduladores, yo no soy responsable; antes bien, mi persona ha sido ultrajada por ti, al haberme arrojado tan desconsideradamente en manos de seres malvados que te halagaban y seducían, mientras atentaban con todas sus artes contra mí. En cuanto a tu última afirmación, que te he traicionado, yo podría por el contrario presentar querella porque por todos los medios me alejaste, hasta arrojarme de cabeza fuera de tu casa. Por eso, en lugar de una muelle clámide, tu estimadísima Pobreza te revistió con esas pieles. Así, Hermes aquí presente es testigo de cómo supliqué a Zeus que no me obligara a volver a ti, que tan cruelmente me habías tratado.

HERMES. — Pero ¿no ves, Pluto, cómo ha cambiado 39 ya? Por tanto, quédate tranquilo con él. *(A Timón.)* Tú sigue cavando como de costumbre. *(A Pluto.)* Y tú conduce a Tesauro bajo su azadón, pues acudirá a tu llamada.

TIMÓN. — Será preciso obedecer, Hermes, y volver a ser rico. ¿Qué puede hacer uno cuando los dioses obligan? Pero mira a qué negocios me lanzas, ¡desdichado de mí! Hasta ahora vivía felicísimo y, de pronto, voy a recibir tanto oro, sin haber hecho mal alguno, y asumir tantas preocupaciones.

---

[59] Cf. *Ilíada* III 65.

40 HERMES. — Súfrelo por mí, Timón, aunque te resulte duro e insoportable, para que esos aduladores revienten de envidia. Y ahora voy a la cima del Etna y de allí regresaré volando al cielo.

PLUTO. — Éste ya se ha marchado, parece; lo infiero por el vuelo de sus alas. *(A Timón.)* Tú quédate ahí: voy a enviarte a Tesauro. O mejor, sigue con tus golpes. A ti me dirijo, Tesauro de oro: obedece a Timón y déjate sacar. Cava, Timón, descarga profundos golpes. Yo, por mi parte, voy a dejaros.

41 TIMÓN. — Vamos, azada, muéstrame ahora tu vigor y no te canses de invocar desde las profundidades a Tesauro. ¡Oh Zeus portentoso! ¡Oh benignos Coribantes[60]! ¡Oh Hermes, dios del lucro! ¿De dónde sale tanto oro? ¿Acaso es esto un sueño? Temo encontrar carbones al despertar. Pero no, es oro acuñado, rojizo, denso y de agradabilísimo aspecto.

¡*Oh oro, la más hermosa ofrenda para los mortales*![61].

Cual fuego encendido brillas noche y día[62]. Ven, dulce bien mío. Ahora creo que Zeus se convirtiera una vez en oro[63], pues ¿qué doncella no abriría su regazo para recibir a tan bello amante fluyendo por el techo?

42 ¡Oh Midas! ¡Oh Creso! ¡Oh exvotos de Delfos! Nada sois comparados con Timón y con la riqueza de Timón.

---

[60] Se refiere a los sacerdotes frigios divinizados. Cf. nota 49.

[61] EURÍPIDES, *Dánae*, fr. 326 NAUCK; cf. la misma cita en *El sueño o El gallo* 14.

[62] Alude a la *Olímpica* I 1 ss. de PÍNDARO.

[63] Cf. nota 22.

En cuanto a mí, compraré ahora toda esta finca, edificaré una fortaleza sobre el tesoro, suficiente para vivir yo solo, y en ella espero tener mi sepultura al morir. «Apruébese esta ley y promúlguese para el resto de mi vida: aislamiento frente a todos, e ignorancia y desprecio. 'Amigo', 'huésped', 'compañero', 'altar de la Misericordia'[64] son una sarta de naderías. Compadecerse del que llora o ayudar al necesitado, ilegalidad y perversión de las costumbres. Sea mi vida solitaria, como la de los lobos, y tenga un solo amigo, Timón.

»Todos los demás considérense enemigos e insidiosos. 43 Tratar con alguno de ellos sea una impureza. El simple hecho de ver a uno convierta el día en nefasto. En una palabra, en nada se diferencien, a mi juicio, de las estatuas de piedra o bronce[65]. Ni recibiré embajadores de su parte ni concertaré tratados. Que el desierto sea mi frontera con ellos. 'Miembros de tribu', 'de clan', 'de demo'[66] y 'la patria' misma declárense términos fríos e inútiles, vanagloria de hombres insensatos. Sea rico Timón solo, desprecie a todos y goce los placeres a solas consigo mismo, apartado de la adulación y los elogios abrumadores. Sacrifique a los dioses y celebre sus festividades solo, vecino y colindante consigo mismo, sacudiéndose a los demás. Establézcase de una vez por todas que él estrechará su propia diestra cuando vaya a morir y se coronará a sí mismo[67].

»Sea 'Misántropo' el apelativo más dulce y las notas 44 de mi carácter acritud, aspereza, grosería, ira e inhumanidad. Si viera a alguien ardiendo en una hoguera y me suplicara que la apagase, la extinguiría con pez y aceite; y, si el río arrastra a uno en época de lluvias y él tiende a mí sus manos pidiendo ayuda, le empujaré en la cabeza sumergiéndolo, para que no pueda salir a flote. Así recibirán su merecido. Promovió la ley Timón, hijo de Equecrátides, del demo de Colito, y votóla en asamblea el propio Timón.» Bien, quede aprobada esta ley y atengámonos estrictamente a ella.

---

[64] En Atenas. Cf. *Demonacte* 57.

[65] Cf. MENANDRO, *Díscolo* 158 s.

[66] Griego *phylétai, phrátores, dēmótai,* agrupaciones sociopolíticas atenienses, de menor a mayor entidad numérica.

[67] Ritos y costumbres establecidos antes y después de la muerte.

45 Sin embargo, mucho me habría complacido que hubiera llegado a conocimiento de todos la noticia de mi enorme fortuna, pues el hecho se convertiría para ellos en soga de horca. Pero ¿qué es esto? ¡Oh, qué velocidad! De todas partes confluyen corriendo, polvorientos y exhaustos, pues, no sé de qué modo, huelen el oro. ¿Subiré a esa colina y los arrojaré apedreándolos desde allí arriba, o por una sola vez faltaré a la ley, hablándoles, para que se aflijan más al saberse despreciados? Creo que esto es lo mejor. Por tanto, aguardaré a recibirlos. Veamos: ¿quién es el primero de ellos? Es Gnatónides, el adulador[68], que el otro día, al pedirle yo un préstamo, me tendió un dogal, cuando ha vomitado en mi casa muchas veces tinajas enteras. Ha hecho muy bien en acudir, pues será el primero en lamentarse.

46 GNATÓNIDES. — ¿No decía yo que los dioses no abandonarían al honrado Timón? Salud, Timón, el más bello, el más simpático y el mejor compañero de banquete.

TIMÓN. — Lo mismo digo, Gnatónides, el más voraz de todos los buitres y el más bellaco de los hombres.

GNATÓNIDES. — Tú siempre tan amigo de bromas. Pero ¿dónde es el banquete? Porque traigo una nueva canción de los últimos ditirambos[69].

---

[68] Acerca del carácter de éste y otros personajes ficticios que siguen, cf. *Sobre el parásito* de LUCIANO.

[69] Primitivo canto lírico popular en honor de Dioniso; desarrolló luego su carácter dramático, al ser dialogado entre cantante y coro. Elevado a categoría literaria por Arión (s. VII a. C.),

TIMÓN. — Pues vas a cantar una elegía[70] con mucho patetismo acompañado por este azadón.

GNATÓNIDES. — ¿Qué es esto? ¿Me pegas, Timón? Apelo a los testigos. ¡Oh Heracles! ¡Ay, ay! Te cito por heridas ante el Areópago[71].

TIMÓN. — Pues si aguardas un poco, pronto seré citado por asesinato.

GNATÓNIDES. — Nada de eso. Cúrame la herida, al menos, extendiendo un poco de oro, pues la medicina es un portentoso hemostático.

TIMÓN. — ¿Aún estás aquí?

GNATÓNIDES. — Ya me voy, pero ha de pesarte tu transformación de hombre educado en ser tan salvaje.

TIMÓN. — ¿Quién es ése que se acerca, el de frente 47 calva? Es Filíades, el más repugnante de todos los aduladores. Ése recibió de mí una finca entera y una dote de dos talentos[72] para su hija en pago de su elogio cuando, con ocasión de cantar yo, mientras todos permanecían callados, él sólo me colmó de alabanzas, jurando que cantaba mejor que los cisnes; y cuando hace poco estuve enfermo me vio y, al acercarme yo en demanda de ayuda, el buen señor me dio de palos.

FILÍADES. — ¡Oh, qué desvergüenza! ¿Ahora recono- 48 céis a Timón? ¿Ahora es Gnatónides su amigo y compañero de banquete? Así ha sufrido su justo castigo por ser tan ingrato. Aunque nosotros somos viejos amigos, compañeros de juventud y convecinos, no obstante andaré con cuidado, no dé la impresión de ir al asalto. Salud, señor; y guárdate de esos infames aduladores, prestos

---

en él descollaron Píndaro y Baquílides. Según Aristóteles, dio origen a las formas trágicas.

[70] Serie de dísticos (hexámetro/pentámetro) declamados con acompañamiento de flauta, de carácter solemne y sentencioso. De la costumbre de componer dísticos elegíacos para las tumbas (epitafios), viene el significado actual del término.

[71] Este alto tribunal de Atenas entendía en asuntos criminales.

[72] Cf. nota 21.

sólo para la mesa, que en nada se diferencian de los cuervos. Ya no es posible fiarse de nadie en la actualidad; todos son ingratos y ruines. Por mi parte venía a traerte un talento para que lo emplearas en tus necesidades, cuando he oído por el camino, cerca ya de aquí, que eras inmensamente rico. Vengo, por tanto, a hacerte estas advertencias, aunque tú eres tan sabio, que sin duda no habrás menester alguno de mis recomendaciones, pues tú serías capaz de aconsejar a Néstor[73] sobre lo que debe hacerse.

TIMÓN. — De acuerdo Filíades, pero acércate, que te salude cariñosamente con mi azadón.

FILÍADES. — ¡Ciudadanos! Me ha roto la cabeza el ingrato, por aconsejarle en bien de sus intereses.

49 TIMÓN. — ¡Mira! Ahí se acerca en tercer lugar el orador Demeas con su decreto en la mano y diciendo que es pariente mío. Ese sujeto, pese a pagar al Estado dieciséis talentos[74] que le di en un solo día —pues había sido condenado y estaba preso al no pagarlos; y yo, compadecido, lo liberé—, cuando recientemente le tocó distribuir el fondo de los espectáculos a la tribu Erecteide[75] y yo me acerqué a pedirle mi asignación, dijo que no me reconocía como ciudadano.

50 DEMEAS. — Salud, Timón, gran benefactor de la familia, baluarte de Atenas, defensa de la Hélade. Tiempo ha que la asamblea y ambos consejos te aguardan reunidos. Pero antes de acudir escucha el decreto que en tu honor he redactado.

«Habida cuenta que Timón, hijo de Equecrátides, del demo de Colito, varón no sólo honesto sino sabio por añadidura, como no hay otro en la Hélade, viene prestando en todo momento los más excelentes servicios al Estado, ha salido victorioso del pugilato, lucha y carrera en Olimpia un mismo día, y con un carro perfecto y un par de potros...»

---

[73] El anciano rey homérico de los pilios era prototipo de sabiduría y experiencia.

[74] 96.000 dracmas.

[75] El demo de Timón (Colito) pertenecía a la tribu Egeide. El «fondo de los espectáculos» *(theōrikón)* consistía en dos o tres óbolos a los ciudadanos para asistir a las representaciones.

TIMÓN. — Pero si jamás he acudido, ni aun como espectador, a Olimpia.

DEMEAS. — ¿Qué más da? Ya acudirás después; pero es mejor que figuren muchas cosas por el estilo. «Y luchó en su día gloriosamente en defensa de la ciudad en Acarnas[76] y destruyó dos divisiones de los peloponesios...»

TIMÓN. — ¿Cómo, si ni siquiera fui alistado en el re- 51
clutamiento por no tener armas?

DEMEAS. — Con modestia hablas de tu persona, mas nosotros seríamos ingratos si te olvidáramos. «Además, como ponente de decretos, como consejero y como general rindió no pequeños servicios a la ciudad; por todo ello, apruébese por el Consejo, la Asamblea, el Tribunal de Justicia[77], las Tribus y los Demos, por separado y en común, erigir una estatua de Timón en oro junto a Atenea en la Acrópolis, con el rayo en la diestra y radios en torno a la cabeza[78]; y coronarlo con siete coronas de oro; y que sean proclamadas dichas coronas hoy, en las Dionisias[79], cuando se representen las nuevas tragedias —pues deben celebrarse hoy en su honor las Dionisias. Formuló la moción Demeas, el orador, pariente próximo y discípulo suyo, pues Timón es un orador excelente, y en las demás actividades consigue todo cuanto se propone.»

Este es el decreto en tu honor. También quería yo 52 traerte a mi hijo, al que he dado tu mismo nombre de Timón.

---

[76] Demo o aldea del Ática.

[77] De los heliastas.

[78] El rayo es atributo de Zeus y los radios de Helio (el Sol).

[79] Fiestas dramáticas y musicales en honor de Dioniso.

TIMÓN. — ¿Cómo, Demeas, si aun no te has casado, que yo sepa?

DEMEAS. — Pero me casaré, con la venia de la divinidad, el año próximo, tendré hijos y al primero que nazca —pues será un niño— le llamo ya Timón.

TIMÓN. — No sé si podrás casar ya, amigo, recibiendo de mí tamaño golpe.

DEMEAS. — ¡Ay de mí! ¿Qué es esto? ¿Tratas de imponer una tiranía[80], Timón, y golpeas a ciudadanos libres y pegas a hombres libres, cuando tú mismo no gozas de un claro estatuto de libertad? Pronto pagarás la pena por todos tus delitos, y especialmente por incendiar la Acrópolis[81].

53 TIMÓN. — Pero si la Acrópolis no se ha incendiado, miserable. Por lo tanto, quedas convicto como sicofanta[82].

DEMEAS. — Pero debes tu riqueza a haber socavado el tesoro del templo[83].

TIMÓN. — Tampoco éste ha sido socavado; de modo que tus asertos carecen de credibilidad.

DEMEAS. — Pero lo será más tarde, y tú ya tienes todo cuanto allí había.

TIMÓN. — Entonces, ¡recibe otro golpe!

DEMEAS. — ¡Ay mi espalda!

TIMÓN. — No grites, que te voy a descargar el tercero. Sería gracioso en extremo que, habiendo destruido dos divisiones espartanas sin armas, no pudiera triturar a un miserable hombrecillo. En vano también habría salido victorioso del pugilato y la lucha en Olimpia.

---

[80] Tácticas del golpe de estado tiránico eran la guardia personal y el régimen del terror.

[81] El mayor delito que podía cometerse: en la Acrópolis estaban los templos de los dioses (especialmente el de Atenea Protectora) y edificios públicos.

[82] De su sentido originario etimológico («delator de [los que exportan fraudulentamente] higos») pasó a significar el término, por extensión, «delator» o, como aquí, «calumniador».

[83] De Palas Atenea.

Mas ¿qué veo? ¿No es ése Trasicles el filósofo? No 54
hay duda. Con su barba extendida y sus cejas elevadas, avanza pavoneándose, ensimismado, con mirada titánica, erizada su cabellera sobre la espalda, un auténtico Bóreas o Tritón, como Zeuxis [84] los pintara. Correcto en su porte, comedido en sus movimientos, sobrio en su atuendo, expone desde la aurora mil argumentos acerca de la virtud, censura a quienes gustan del placer y ensalza la frugalidad; y cuando, tras bañarse, va a comer y el criado le tiende una gran copa —siente especial afición por el vino más puro—, cual si hubiera bebido el agua de Lete [85], se comporta de forma radicalmente opuesta a sus discursos matutinos. Es el primero en arrebatar las viandas, como un milano; da codazos al vecino; se empapa la barba de salsa lidia; se harta como un perro, inclinado sobre los platos como si esperara descubrir en ellos la virtud, limpiando aplicadamente las bandejas con su dedo índice para no dejar ni una partícula de salsa.

Gruñe siempre, aunque tome la tarta entera o todo 55
el jabalí para él solo. Campeón de golosos y glotones, bebe y se embriaga, no parando en el canto y baile, sino llegando al insulto y al furor. Pronuncia además frecuentes discursos con la copa en la mano, especialmente sobre la moderación y sobriedad; suele hablar de estos temas cuando ya el vino puro ha hecho mella en él y tartamudea de modo ridículo; luego pasa a vomitar y, finalmente, lo cogen y sacan del banquete, mientras su-

---

[84] Pintor de la segunda mitad del siglo V a. C., pintó en la Magna Grecia y Atenas, rivalizando con Parrasio. Bóreas es la personificación del viento del N. y Tritón una divinidad marina, hijo de Posidón y Anfítrite.

[85] Manantial del olvido en el Hades (cf. *La travesía o El tirano* 1 y 28).

jeta con ambas manos a la flautista. Pero incluso estando sobrio no cede a nadie el primer puesto en mentira, desvergüenza y avaricia, sino que va en cabeza de los aduladores y perjura con suma celeridad; la patraña le precede y la desfachatez le sigue; en una palabra, es la suprema sabiduría, la perfecta escrupulosidad y un dechado de perfección[86]. Por tanto, no va a tardar en lamentarse de ser tan excelente. *(A Trasicles.)* ¿Cómo es esto? ¡Caramba! ¡Cuánto has tardado, Trasicles, en venir a mí!

56 TRASICLES. — No vengo, Timón, con el mismo propósito que esa gente; ellos, cautivados por tu riqueza, han acudido veloces ante la esperanza de la plata, del oro y de los magníficos banquetes, a desplegar su gran adulación ante un hombre como tú, tan ingenuo y dado a compartir tus bienes. Tú sabes que el pan de cebada es para mí comida suficiente, mi más grato manjar tomillo o berro, y, si alguna vez quiero excederme, un poco de sal. Mi bebida es el agua de los Nueve Caños[87], y este manto raído me cae mejor que cualquier vestidura de púrpura que quieras darme. El oro en nada me parece más valioso que las chinas de las playas. He venido por tu propio bien, para que no te corrompa la más inicua e insidiosa posesión, la riqueza, que con frecuencia ha sido para muchos causa de irreparables desgracias. Por tanto, si quieres hacerme caso, arroja al mar de inmediato toda esa fortuna, que de nada sirve a un hombre de bien que puede contemplar la riqueza de la filosofía, pero no en lugar profundo, buen amigo, sino justo al llegarte el agua a las ingles, un poco antes del rompiente de las olas, cuando yo solo pueda verte.

57 Y si no quieres hacer eso, despréndete de ella rápidamente por otro procedimiento mejor: arrójala de tu

---

[86] Obsérvese, una vez más, la frecuente diatriba de Luciano contra los filósofos.

[87] Fuente de Atenas.

casa sin guardar para ti ni un óbolo[88], repartiéndola a todos los pobres; a uno cinco dracmas, a otro una mina, a otro medio talento; y, si hubiera algún filósofo, justo es que reciba doble o triple cantidad. Por mi parte —aunque no lo pido para mí mismo, sino para distribuirlo entre mis compañeros necesitados—, será suficiente con que me llenes y ofrezcas el contenido de esta alforja, en la que no caben ni dos medimnos eginetas, pues quien profesa la filosofía debe contentarse con poco y no ambicionar nada que no quepa en su alforja[89].

TIMÓN. — Aplaudo tu propuesta, Trasicles, mas antes de llenar tu alforja, permíteme, por favor, que te llene tu cabeza de chichones medidos con mi azadón.

TRASICLES. — ¡Oh democracia y leyes! ¡Somos golpeados por un bribón en una ciudad libre!

TIMÓN. — ¿Por qué te enfadas, buen amigo? ¿Acaso te he defraudado en la medida? Pues añadiré cuatro cénices[90] a la cuenta.

¿Pero qué es esto? Están acudiendo muchos. Allí vienen Blepsias, Laques, Gnifón y todo un ejército que pronto va a estallar en gemidos. ¿Por qué no subirme a esa peña y dar un rato de descanso a mi azadón, que tiempo ha está agotado? Reuniré muchas piedras y arrojaré, a distancia, una granizada sobre ellos. 58

BLEPSIAS. — No dispares, Timón, que ya nos vamos.

TIMÓN. — Sí, pero no partiréis vosotros sin sangre y sin heridas.

---

[88] Cf. nota 20.

[89] Obsérvese cómo, en progresivo *crescendo*, el ladino filósofo incrementa sus peticiones. La mina tenía cien dracmas; el medio talento, tres mil; los filósofos deben recibir doble o *triple* que los demás; él opta porque le llenen de oro la bolsa: dos medimnos eginetas (parece que no había diferencia entre Atenas y Egina en medidas de capacidad, sí en las de peso), como los áticos, son 103 litros aproximadamente.

[90] Medida de áridos equivalente a 1,08 l.

ÍNDICE DE NOMBRES

ABREVIATURAS

Fál. I = *Fálaris* I.
Fál. II = *Fálaris* II.
Hip. = *Hipias o El baño.*
Dion. = *Preludio. Dioniso.*
Her. = *Preludio. Heracles.*
Amb. = *Acerca del ámbar o Los cisnes.*
El. mosc. = *Elogio de la mosca.*
Nigr. = *Filosofía de Nigrino.*
Dem. = *Vida de Demonacte.*
Cas. = *Acerca de la casa.*
El. patr. = *Elogio de la patria.*
Long. = *Los longevos.*
Rel. ver. I = *Relatos verídicos* I.
Rel. ver. II = *Relatos verídicos* II.
Cal. = *No debe creerse con presteza en la calumnia.*
Pleit. cons.=*Pleito entre consonantes: la «Sigma» contra la «Tau» en el Tribunal de las Siete Vocales.*
Banqu. = *El banquete o Los lapitas.*
Sol. = *El pseudosofista o El solecista.*
Trav. = *La travesía o El tirano.*
Zeus conf. = *Zeus confundido.*
Zeus trág. = *Zeus trágico.*
Gallo. = *El sueño o El gallo.*
Prom. = *Prometeo.*
Icar. = *Icaromenipo o Por encima de las nubes.*
Tim. = *Timón o El misántropo.*

Academia, sede de la escuela de Platón en Atenas, antiguo lugar dedicado al héroe Academo, *Dem.* 14; *Rel. ver.* II 23; *Icar.* 21.

Academia Nueva, denominación bajo Carnéades de Cirene de la antigua escuela platónica, orientada hacia el escepticismo, *Long.* 20.

Acanto, personaje de la corte de Fálaris de Acragante, *Fál.* I 9.

Acarnas, demo del Ática al N. de Atenas, *Icar.* 18; *Tim.* 50.

Acaudalado, sátrapa de la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

Acragante, ciudad de Sicilia, *Fál.* I 2, 5, 10, 14; *Fál.* II 6.

Acrisio, mitológico hijo de Abante y padre de Dánae, *Dem.* 47; *Gallo* 13.

Acrocorinto, monte - ciudadela de Corinto, *Icar.* 11.

Acrópolis de Atenas, *Tim.* 51, 52, 53.

Admeto, poeta coetáneo de Demonacte, *Dem.* 44.

Admeto, mítico rey de Feras, en Tesalia, en cuya corte permaneció Apolo nueve años, *Zeus conf.* 8.

Adrastea (literalm. la «Inevitable»), sobrenombre de Némesis, personificación de la justicia vengadora de los dioses, *Banqu.* 23.

Adrasto, hijo de Gordias y nieto del legendario Midas de Frigia, *Zeus conf.* 12.

Adriático, mar, *Icar.* 26.

Afidna, demo del Ática al N. de Maratón, *Gallo* 17.

Afrodita, *Hip.* 7; *El. mosc.* 12; *Dem.* 10; *Zeus trág.* 10, 40; *Gallo* 3; *Icar.* 27.

Agamenón, hijo de Atreo, rey de Micenas, *Hip.* 1; *Nigr.* 11; *Dem.* 26; *Banqu.* 12; *Zeus trág.* 40; *Gallo* 25.

Agatárquides de Cnido, historiador del bajo helenismo, *Long.* 22.

Agatobulo, filósofo que vivió en Egipto, maestro de Peregrino, *Dem.* 3.

Agatocles, filósofo peripatético contemporáneo de Demonacte, *Dem.* 29.

Agatocles, tirano de Sicilia, *Long.* 10.

AGATOCLES [EL MÉDICO], personaje lucianesco, *Trav.* 6.

AGATOCLES, filósofo estoico, personaje lucianesco, *Icar.* 16.

AGATOCLES DE SAMOS, *taxiarco* de Alejandro Magno, *Cal.* 18.

AGLEO, padre de Eratóstenes de Cirene, *Long.* 27.

ALCÁMENES DE LEMNOS, escultor contemporáneo de Fidias, *Zeus trág.* 7.

ALCIBÍADES, político y general ateniense, *Zeus trág.* 16.

ALCIDAMANTE, filósofo, cínico, personaje lucianesco, *Banqu.* 12, 13, 14 16, 19, 35, 43, 44, 45, 46, 47.

ALCÍNOO, rey de los feacios en la saga homérica, *Rel. ver.* I 3.

ALECTRIÓN (cf. GALLO), *Gallo* 3.

ALEJANDRO [MAGNO], hijo de Filipo, rey de Macedonia, *Hip.* 1; *Cas.* 1; *Long.* 14; *Rel. ver.* II 9; *Cal.* 17, 18, 19.

ALEJANDRO DE TESALIA, tirano de Feras, *Icar.* 15.

ALFA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 6.

AMAZONA, singular de Amazonas, pueblo legendario de mujeres guerreras habitantes del Ponto (A. Menor), *Rel. ver.* II 8.

AMIGO de Menipo, *Icar.* 1, 2, 3, 5, 8, 11, 12, 16, 17, 19.

AMODORRADA, fuente de la isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

ANACARSIS, personaje escita, *Rel. ver.* II 17.

ANACEO, templo de Cástor y Polideuces en Atenas, *Tim.* 10.

ANACREONTE DE TEOS, poeta lírico, *Long.* 10, 26; *Rel. ver.* II 15; *Banqu.* 17.

ANÁCTORO, por antonomasia, lugar sacrosanto de los misterios en el templo de Deméter en Eleusis, *Tim.* 23.

ANAXÁGORAS DE CLAZÓMENAS, filósofo natural jonio en la Atenas de Pericles, *Tim.* 10.

ANDRÓMEDA, hija de Cefeo y Casiopea, prisionera de Medusa, libertada por Perseo y ulterior esposa de éste, *Cas.* 22.

ANFIÓN, mítico músico tebano, hijo de Antíopa y hermano de Ceto, esposo de Níobe, hija de Tántalo, *Cas.* 18.

ANÍBAL, general cartaginés, *Rel. ver.* II 9.

ÁNITOS, plural generalizador de Ánito, acusador de Sócrates, *Dem.* 11.

ANTEA, hija de Yóbates y esposa de Preto, rey de Argos, *Cal.* 26.

ANTÍFILO, pintor rival de Apeles de Éfeso, *Cal.* 2, 3, 4.

ANTIFONTE, intérprete de los sueños, *Rel. ver.* II 33.

ANTÍGONO, hijo de Demetrio y nieto de A. el Tuerto, *Long.* 11.

ANTÍGONO [EL TUERTO], general de Alejandro y ulterior gobernador de Asia, *Long.* 11, 13; *Icar.* 15.

Antímaco de Colofón, poeta épico erudito de los siglos v-iv a. C., *Rel. ver.* II 42.

Antíoco, hijo de Seleuco, o A. I Sóter, rey de Siria, *Icar.* 15.

Antíopa, hija de Nicteo, rey de Tebas, seducida por Zeus, *Zeus trág.* 5.

Antípatro, hijo de Yolao, general de Alejandro Magno, regente en Macedonia, *Long.* 11.

Antístenes de Atenas, fundador de la escuela cínica, discípulo de Sócrates y maestro de Diógenes de Sinope, *Dem.* 48.

Anubis, dios egipcio de la muerte, con cuerpo humano y rostro de perro, *Zeus trág.* 8; *Icar.* 24.

Apeles de Éfeso, pintor helenístico (distinto del famoso pintor), *Cal.* 2, 3, 4, 5.

Apis, buey sagrado de Egipto, portador del alma de Osiris, *Cas.* 13.

Apolo, *Fál.* I 4, 7, 11; *Fál.* II 4, 5, 8, 12; *Amb.* 4; *Cas.* 24; *Rel. ver.* I 8; *Sol.* 9; *Zeus conf.* 8, 14; *Zeus trág.* 1, 6, 10, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 43; *Prom.* 14; *Icar.* 24, 27, 28.

Apolodoro de Atenas, bibliotecario alejandrino, *Long.* 22.

Apolodoro de Pérgamo, retórico, preceptor de Augusto *Long.* 23.

Apolonio, filósofo contemporáneo de Demonacte, homónimo del poeta de *Las Argonáuticas*, *Dem.* 31.

Aquiles, hijo de Tetis y Peleo, *Hip.* 1; *Cas.* 4; *Rel. ver.* II 19, 22, 23; *Gallo* 2, 17.

Arabia Feliz, el actual Yemen, *Rel. ver.* II 5.

Arbaces [el Eunuco], personaje de la corte de Arsaces de Partia, *Icar.* 15.

Arcesilao, denominación humorística dada por Demonacte al cínico Honorato, *Dem.* 19.

Areo, púgil egipcio, *Rel. ver.* II 22.

Areópago (literalm. «Colina de Ares»), en Atenas, donde se reunía el tribunal de su nombre; por metonimia, designa a dicho tribunal, *Cas.* 18; *Tim.* 46.

Ares, hijo de Zeus y Hera, dios de la guerra, *Zeus trág.* 40; *Gallo* 3.

Argantonio, legendario rey de Tartesos, *Long.* 10.

Argicida, epíteto del dios Hermes, *Tim.* 32.

Argo, mítica nave de Jasón, *Gallo*, 2.

Argonautas, héroes capitaneados por Jasón en la conquista del vellocino de oro, tema del poema épico de Apolonio de Rodas, *Dem.* 31.

Argos, ciudad al N. del Peloponeso, *Gallo* 13; *Cas.* 10, 23.

ARGUMENTO, abstracto personificado, *Cas.* 14, 15, 20.

ARIARATES, rey de Capadocia, *Long.* 13.

ARIÓN DE LESBOS, poeta lírico coral, perfeccionador del ditirambo, *Rel. ver.* II 15.

ARISTARCO DE FALERO, arconte imaginario, *Pleit. cons.* 1.

ARISTARCO DE SAMOTRACIA, filólogo y bibliotecario alejandrino, *Rel. ver.* II 20; *Pleit. cons.* 8.

ARISTÉNETO, personaje lucianesco, *Banqu.* 1, 5, 6, 9, 10, 13, 14, 15, 18, 21, 22, 28, 30, 31, 33, 37, 38, 41, 42.

ARÍSTIDES [EL JUSTO], general y estadista ateniense, *Rel. ver.* II 10; *Cal.* 27; *Zeus conf.* 16; *Zeus trág.* 48; *Tim.* 24.

ARISTIPO DE CIRENE, discípulo de Sócrates, fundador de la escuela cirenaica o hedonista, *Dem.* 62; *Rel. ver.* II 18.

ARISTOBULO DE CASANDREA, historiador y erudito que participó en la expedición de Alejandro, *Long.* 22.

ARISTODEMO, famoso actor trágico, contemporáneo de Demóstenes, *Zeus trág.* 3, 41.

ARISTÓFANES, el poeta cómico, *Rel. ver.* I 29.

ARISTÓTELES, el filósofo, *Dem.* 14, 56.

ARISTÓXENO de Tarento, musicólogo y biógrafo de músicos, entre otros, *Long.* 18.

ARMENIA, región montañosa al O. de Asia, satrapía persa, reino helenístico, *Long.* 15.

ARQUELAO DE MILETO, filósofo «físico», *Long.* 20.

ARQUERO del Zodíaco, *Rel. ver.* I 18.

ARQUIBIO [EL MÉDICO], personaje lucianesco, *Gallo* 10.

ARQUÍMEDES DE SIRACUSA, matemático y físico, *Hip.* 2.

ARREPENTIMIENTO, personificación, *Cal.* 5.

ARSACES, rey de los partos, *Icar.* 15.

ARSÁCIDAS, dinastía real de los partos en el s. III a. C., *Cas.* 5.

ARTABAZO, rey de Cárax, sucesor de Tireo, *Long.* 16.

ARTAJERJES, rey de Persia, asesinado por Gositras, *Long.* 15.

ARTAJERJES [EL MEMORIOSO], rey rey de Persia, *Long.* 15.

ÁRTEMIS, hija de Zeus y Leto y hermana de Apolo, *Banqu.* 25, 30; *Zeus trág.* 40, 44; *Icar.* 24.

ASAMBLEA DE ATENAS, *Tim.* 51.

ASANDRO, rey del Bósforo, *Long.* 17.

ASCLEPIEO, santuario de Asclepio, *Dem.* 27.

ASCLEPIO, hijo de Apolo y Coronis, dios de la medicina, *Hip.* 5; *Dem.* 27; *Zeus trág.* 21, 26; *Icar.* 16, 24.

ASECHANZA, personificación, *Cal.* 5.

ASIA, término limitado a Asia

Menor o provincia romana de Asia, *Dem.* 30; *Long.* 22.

Aspasia de Mileto, cortesana, esposa de Pericles el ateniense, *Gallo* 19, 20.

Átalo, un rey de Pérgamo, indeterminado, *Icar.* 15.

Átalo [Filadelfo], rey de Pérgamo, *Long.* 12.

Ateas, rey de los escitas, *Long.* 10.

Atenas, *Nigr.* 12, 13, 14, 16; *Dem.* 11, 16, 64; *Long.* 18; *Rel. ver.* II 10; *Zeus trág.* 21; *Icar.* 7; *Tim.* 50.

Atenea, diosa virgen hija de Zeus, *El. mosc.* 5; *Dem.* 11; *Cas.* 25, 26, 27; *Banqu.* 32; *Sol.* 10; *Zeus trág.* 1, 5, 35, 40; *Prom.* 13; *Tim.* 51.

Atenodoro de Tarso, filósofo estoico, preceptor del emperador Augusto, *Long.* 21, 23.

Ática, región del centro de la Hélade continental, suelo del Estado ateniense, *El. mosc.* 11; *Pleit. cons.* 7; *Icar.* 18; *Tim.* 7, 9, 30.

Atis, dios microasiático de la fertilidad, amado de Cibeles, *Zeus trág.* 8; *Icar.* 27.

Atos, monte de la Calcídica, al N. del Egeo, *Long.* 5.

Atrida, singular de Atridas, *Banqu.* 12; *Gallo* 25.

Atridas, patronímico de los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao, *Cas.* 30.

Átropo, una de las tres Moiras, con Cloto y Láquesis, *Trav.* 4, 15; *Zeus conf.* 2, 11.

Atunero, jefe de los saladores, pueblo imaginario. *Rel. ver.* I 38.

Augusto, emperador romano, *Long.* 17, 21, 23.

Ayante, hijo de Telamón, mítico rey de Salamina, *Rel. ver.* II 7, 23; *Gallo* 17.

Ayante de Lócride, hijo de Oileo, rey combatiente en Troya, *Rel. ver.* II 17.

Baco, otro nombre de Dioniso, *Dion.* 1, 5.

Bactria, país asiático, aproximadamente el actual Afganistán, *Gallo* 17.

«Banquete», título del diálogo platónico, *Sol.* 10.

Bardilis, rey de los ilirios, *Long.* 10.

Bebemar, personaje imaginario, *Rel. ver.* I 42.

Belerofonte, personaje mítico, hijo del rey Glauco de Corinto, *Cal.* 26.

Bendis, diosa tracia de la luna, identificada con Ártemis, *Zeus trág.* 8; *Icar.* 24.

Blandura [Llano de la], paraje de la isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

Blepsias [el Adulador], *Tim.* 58.

Bóreas, personificación del

viento del N., *Icar.* 26; *Tim.* 54.

BÓSFORO, región de acceso al mar Negro, reino helenístico, *Long.* 17.

«BOTELLA (LA)», título de una comedia de Cratino, *Long.* 25.

BRANCO, hijo de Apolo, fundador de un oráculo cerca de Mileto, *Cas.* 24.

BRIÁREO, gigante de cien brazos, hijo de Urano y la Tierra (Gea), *Zeus trág.* 40.

BUSIRIS [EL EGIPCIO], condenado al Hades, *Rel. ver.* II 23.

CABELLERA DE ORO, sobrenombre de Euforbo, hijo de Panto, *Gallo* 13.

CADMO, hijo de Agenor, rey de Tiro, mítico fundador de Tebas, *Long.* 23; *Pleit cons.* 4, 12.

CAFEREO, cabo al S. de la isla de Eubea, *Zeus trág.* 15.

CÁLCULO, personificado, *Tim.* 13.

CALIAS, plutócrata ateniense, *Zeus conf.* 16; *Zeus trág.* 48; *Tim.* 24.

CALIDÓN, antigua ciudad de la Etolia, *Banqu.* 25, 31.

CALIPSO, ninfa griega amante de Ulises, *Rel. ver.* II 27, 29, 35, 36.

CALUMNIA, personificación, *Cal.* 5, 32.

CAMA DE MEGAPENTES, personificada, *Trav.* 27.

CAMBISES, hijo y sucesor de Ciro el Viejo en el trono persa, *Long.* 14.

CAMNASCIRES, rey de los partos, *Long.* 16.

CANAL DE AGUA, ciudad imaginaria, *Rel. ver.* II 46.

CANON, sobrenombre del filósofo Ión, personaje lucianesco, *Banqu.* 7.

CAPADOCIA, región y reino del Asia Menor occidental, *Long.* 13; *Rel. ver.* I 13; *Icar.* 26.

CÁRANO, descendiente de Heracles, legendario atleta, *Rel. ver.* II 22.

CÁRAX, ciudad del golfo de Nicomedia, *Long.* 16.

CARINO, personaje lucianesco, *Banqu.* 1, 2, 3.

CARIÓN, criado del tirano Megapentes, personaje lucianesco, *Trav.* 12, 13.

CÁRITES (o GRACIAS), las tres hijas de Zeus y Eurínome (Aglaya, Eufrósine y Talía), *Dion.* 5; *Dem.* 10; *Gallo* 13; *Icar.* 1.

CARNÉADES DE CIRENE, fundador de la Academia Nueva, de orientación escéptica, *Long.* 20.

CARONTE, hijo de Érebo y de la Noche, barquero mítico del Hades, *Her.* 1; *Dem.* 45; *Trav.* 1, 2, 3, 5, 6, 13, 18, 19, 21.

CÁROPE DE EGINA, prototipo de riqueza y depravación, *Zeus conf.* 16.

CASPIO, el gran lago o mar, *Prom.* 4.

CASTALIA, fuente sagrada de Apolo en Delfos, *Zeus trág.* 30.

CÁUCASO, cordillera desde el mar Negro al mar Caspio, *Prom.* 1, 2, 4, 9.

CÉCROPE, primer rey del Ática según la leyenda, *Gallo* 26; *Tim.* 23.

CEDALIÓN, siervo de Hefesto, *Cas.* 28.

CÉFALO, padre de Lisias, el orador, *Cas.* 4.

CÉFIRO, personificación del viento del O., *Icar.* 26.

CENEO, hijo de Élato, Argonauta y uno de los cazadores del jabalí de Calidón, *Gallo* 19.

CENTAUROS, seres monstruosos, mitad hombres y mitad caballos, habitantes de la Tesalia, *Zeus trág.* 21.

CERÁMICO, barrio de Atenas, *Zeus trág.* 15; *Icar.* 34.

CERBERO, perro tricéfalo guardián del acceso al Hades, *Trav.* 28.

CERCIÓN, rey legendario de Eleusis, vencido y muerto por Teseo, *Zeus trág.* 21.

CÉSAR, denominación de los emperadores romanos, *Long.* 21, 23.

CÉSAR AUGUSTO (cf. AUGUSTO), *Long.* 21, 23.

CETEGO, consular, contemporáneo de Demonacte, *Dem.* 30.

CÍBELO, ciudad de Frigia, fundación ateniense, *Pleit. cons.* 6.

CÍCLADES, islas del mar Egeo, *Rel. ver.* I 15.

CÍCLOPE (EL), Polifemo, por antonomasia, *Trav.* 14; *Car.* 7.

CÍCLOPES DEL ETNA, auxiliares de Hefesto, *Tim.* 19.

CIDÍMACO, personaje lucianesco, *Trav.* 8.

CIDNO, río de Asia Menor, *Cas.* 1.

CINEGIRO, hermano del trágico Esquilo, que perdió una mano luchando en Maratón *Dem.* 53; *Zeus trág.* 32.

CÍNIRAS, hijo de Escíntaro, *Rel. ver.* II 25, 26, 31.

CINISCO, filósofo, personaje lucianesco, *Trav.* 7, 13, 19, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29; *Zeus conf.* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17, 18, 19.

CINOSURIA (o CINURIA), territorio fronterizo entre Argos y Esparta, *Icar.* 18.

CIRCE, hechicera, hija de Helio y Persea, amante de Ulises, *Rel. ver.* II 35.

CIRO [EL JOVEN], sátrapa, hermano y rival de Artajerjes II el Memorioso, *Long.* 15; *Gallo* 25.

CIRO [EL VIEJO], fundador del imperio persa, *Long.* 14; *Pleit. cons.* 11; *Zeus conf.* 14; *Zeus trág.* 43.

CIRO I (cf. CIRO [EL VIEJO]), *Rel. ver.* II 9.

CIROS, plural del nombre real persa, *Rel. ver.* II 17.

CIRRA, puerto de Fócide, próximo a Delfos, *Fál.* II 4.

CITEREA, epíteto de Afrodita, *Banqu.* 41.

CIUDAD (LA), por antonomasia, Roma en tiempos de Luciano, *Nigr.* 2.

CIUDAD DE LAS LÁMPARAS, lugar imaginario, *Rel. ver.* I 29.

CLEANTES DE ASO, filósofo estoico sucesor de Zenón, *Long.* 19; *Banqu.* 30, 32.

CLEÁNTIDE, hija de Aristéneto, personaje lucianesco, *Banqu.* 5, 16, 41.

CLEARCO, gobernador de Bizancio, partidario de Ciro el Joven, *Gallo* 25.

CLEÓCRITO, personaje lucianesco, *Trav.* 9.

CLEODEMO, llamado «Espada» y «Cuchillo», filósofo peripatético, personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 9, 11, 12, 15, 30, 32, 33, 36, 37, 38, 42, 43, 44, 45.

CLEÓN, demagogo ateniense, célebre durante la guerra del Peloponeso, *Tim.* 30.

CLINIAS [EL ORADOR], personaje lucianesco, *Icar.* 16.

CLITEMESTRA, hija de Zeus o de Tindáreo y de Leda, hermana de Helena, esposa de Agamenón y amante de Egisto, *Cas.* 23.

CLOTO, una de las tres Moiras, con Láquesis y Atropo, *Trav.* 1, 2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 17, 18, 19, 21; *Zeus conf.* 2, 4, 6, 11, 15.

CODRO, rey legendario de Atenas, *Tim.* 23.

COLITO, demo de Atenas, *Tim.* 7, 44, 50.

COLOFÓN, ciudad jónica de la costa O. de Asia Menor, *Rel. ver.* II 20; *Zeus tróg.* 30.

COLOSO DE RODAS, inmensa estatua helenística del dios Helio (s. III a. C.), *Rel. ver.* I 18; *Zeus trág.* 11; *Icar.* 12.

COLUMNAS DE HERACLES, estrecho de Gibraltar actual, *Rel. ver.* I 5.

CONSEJO DE ATENAS, *Tim.* 51.

CONSTANCIA, personificación, *Tim.* 31.

CORCHO, país imaginario, *Rel. ver.* II 4, 25.

CORIBANTES, dioses menores asociados en Frigia con el culto de Rea (Cibeles), *Icar.* 27; *Tim.* 41.

CORINTO, ciudad doria del Istmo, *Rel. ver.* II 22; *Gallo,* 23.

CORNEJO, rey de Nubecuclillos, *Rel. ver.* I 29.

COSMOS (EL), *Icar.* 4.

CRATES DE TEBAS, filósofo cínico, discípulo de Diógenes de Sinope y compañero de Hiparquia, *Dem.* 48; *Gallo* 20.

CRATINO, poeta cómico, *Long.* 25.

CREONTE, hermano de Yocasta, rey de Tebas, *Nigr.* 11.

CRESO, rey de Lidia, *Hip.* 2; *Zeus conf.* 12, 14; *Zeus trág.* 43; *Gallo* 23; *Tim.* 42.

CRESOS, plural generalizador, *Tim.* 23.

CRETA, isla del Egeo, *Zeus trág.* 45.

CRISIPO, filósofo estoico, sucesor de Cleantes, fundamentador teórico del estoicismo, *Rel. ver.* II 18; *Banqu.* 30, 31, 32; *Icar.* 24.

CRITOLAO, filósofo peripatético, *Long.* 20.

CRITÓN, personaje lucianesco, *Banqu.* 32.

«CRÓNICAS», título de la obra en cuatro libros de Apolodoro de Atenas, *Long.* 22.

CRÓNIDA («hijo de Crono»), epíteto de Zeus, *Zeus trág.* 1.

CRONIÓN («hijo de Crono»), epíteto de Zeus, *Icar.* 33.

CRONO, el más joven titán, hijo de Urano y la Tierra (Gea), esposo de Rea y padre de Zeus, *Zeus trág.* 26; *Gallo* 13, 14; *Prom.* 3; *Tim.* 4, 6.

CROTONA, colonia helénica al S. de Italia, *Gallo* 18.

CTESIAS DE CNIDO, médico griego en la corte de Artajerjes II, autor de una historia persa poco fidedigna y de relatos novelescos sobre la India, *Rel. ver.* I 3; II 31.

CTESIBIO, historiador según Luciano, desconocido como tal (¿es el ingeniero de Tolomeo Filadelfo?), *Long.* 22.

CTESIOCO, padre de Ctesias de Cnido, *Rel. ver.* I 3.

CUCHILLO, sobrenombre del filósofo Cleodemo, personaje lucianesco, *Banqu.* 6.

CUMAS, antigua colonia helénica en Italia, fundada por Calcis en la bahía de Nápoles, *Long.* 8.

DAFNE, ninfa amada por Apolo, *Rel. ver.* I 8.

DAMIS, filósofo epicúreo, personaje lucianesco, *Zeus trág.* 4, 5, 16, 17, 18, 24, 25, 29, 32, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 50, 51, 52, 53.

DAMIS, plural generalizador, *Zeus trág.* 21.

DÁNAE, personaje femenino contemporáneo de Demonacte *Dem.* 47.

DÁNAE, hija de Acrisio y madre de Perseo, personaje mitológico, *Dem.* 47; *Zeus trág.* 2, 5; *Tim.* 13.

DANAIDES, las cincuenta hijas de Dánao, esposas de sus primos, los hijos de Egipto, *Tim.* 18.

DANUBIO (griego *Ístros*), río, *Long.* 10.

DARÍO, rey persa, *Zeus trág.* 53.

DÉDALO, mítico artífice sumamente habilidoso, *Gallo* 23; *Icar.* 2.

DELFOS, ciudad y santuario de Apolo, *Fál.* I 1, 5, 9, 13, 14; *Fál.* II 1, 7, 8, 10; *Zeus trág.* 30; *Icar.* 24; *Tim.* 42.

DELIO, en Beocia, lugar de la batalla en la guerra del Peloponeso, *Rel. ver.* II 23.

DELTA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 10.

DEMEAS [EL ORADOR], personaje lucianesco, *Tim.* 49, 50, 51, 52, 53.

DEMÉTER, diosa de la agricultura, hija de Crono y Rea, madre de Perséfone, *Icar.* 27.

DEMETRIO, filósofo predecesor de Demonacte, *Dem.* 3.

DEMETRIO [EL PLATÓNICO], personaje de la corte de Tolomeo Auletes, *Cal.* 16.

DEMETRIO DE CALACIA, historiador, *Long.* 10.

DEMÓCARES, sobrino de Demóstenes, también orador e historiador de su época, *Long.* 10.

DEMÓCRITO DE ABDERA, filósofo atomista, *Long.* 18.

DEMÓDOCO, aedo de los feacios en la saga homérica, *Cas.* 18.

DEMONACTE, filósofo contemporáneo de Luciano, *Dem.* 1, 2, 3, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 20, 23, 24, 25, 27, 30, 36, 37, 38, 39, 41, 44, 45, 50, 51, 56.

DEMOS DE ATENAS, *Tim.* 51.

DEMÓSTENES, orador y político ateniense, *Zeus trág.* 14, 15, 23.

DESTINO (griego *Heimarménē*, femenino), personificado o abstracto, suerte fijada por las Moiras, *Zeus conf.* 1, 3, 5, 10, 11, 14, 15, 16, 18, 19.

DEUCALIÓN, hijo de Prometeo y esposo de Pirra, salvado con ésta del diluvio de Zeus, *Tim.* 3.

DEUCALIONES, plural generalizador, *Tim.* 4.

DEXINO, padre de Jenófanes, discípulo de Arquelao, *Long.* 20.

DIASIAS, fiestas atenienses en honor de Zeus, *Icar.* 24; *Tim.* 7.

DICHOSOS, denominación de los muertos felices de la isla de este nombre (o del Elisio) en el Hades, *Rel. ver.* II 11.

DICHOSOS (ISLA DE LOS), *Rel. ver.* II 35.

DÍFILO, llamado el «Laberinto», filósofo, personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 9, 26, 29. 36, 38, 42, 43, 44, 45.

DIÓGENES DE SELEUCIA DE TIGRIS, filósofo estoico, *Long.* 20.

DIÓGENES DE SINOPE, discípulo de Antístenes de Atenas, maestro de Crates de Tebas, fundamentador teórico del cinismo, *Dem.* 48, 58, 62; *Rel. ver.* II 18.

DIOMEDES, hijo de Ares y rey de Tracia, condenado en el Hades por su crueldad, *Rel. ver.* II 23.

DIOMEDES, hijo de Tideo y rey de Argos, combatiente en Troya, *Zeus trág.* 40.

DIÓN, tío del tirano Dionisio el Joven de Siracusa y tirano él mismo, *Gallo* 25.

DIÓNICO [EL MÉDICO], personaje lucianesco, *Banqu.* 1, 2, 3, 20, 47.

DIONISIAS, fiestas atenienses en honor de Dioniso, *Tim.* 51.

DIONISIO [EL JOVEN], tirano de Siracusa, *Gallo* 23.

DIONISO, dios hijo de Zeus y Sémele, *Dion.* 1, 4, 5, 6; *Rel. ver.* I 7; *Cal.* 16; *Banqu.* 3; *Zeus trág.* 12, 21; *Icar.* 27.

DIONISO, sobrenombre de Tolomeo Auletes, *Cal.* 16.

DIONISODORO [EL RETÓRICO], personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 9, 13, 17, 40, 46, 47.

DIOSCUROS, los gemelos Cástor y Polideuces, hijos de Zeus y Leda, *Banqu.* 24, 32; *Gallo* 20.

DISCORDIA (griego *Éris),* personificación, diosa hija de la noche, compañera de Ares, *Banqu.* 35.

DOCE (LOS), dioses mayores, *Zeus trág.* 26.

DODONA, lugar del Epiro, al NO. de Grecia, donde estaba el oráculo y bosque sagrado de Zeus, *Gallo* 2; *Icar.* 24.

DORMILONA, fuente de la isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

DRACÓN, primer legislador ateniense, *Cal.* 5.

DRÍMILO, primo del zapatero Simón, personaje lucianesco, *Gallo* 14.

DROMÓN, nombre de esclavo, *Tim.* 22.

DSETA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 9, 10.

ÉACO, juez mítico del Hades, *Fál.* I 7; *Trav.* 4.

«EDIPO EN COLONO», título de una tragedia de Sófocles, *Long.* 24.

ÉFESO, ciudad jonia microasiática, *Cal.* 5; *Icar.* 24.

EFIALTES [EL GIGANTE], hermano de Oto, *Icar.* 23.

EGIPTO, *Long.* 12; *Sol.* 5; *Gallo* 18; *Icar.* 24.

EGISTO, hijo de Tiestes, amante de Clitemestra, esposa de su primo Agamenón, *Cas.* 23.

ÉLATO, lapita, padre de Ceneo, *Gallo* 19.

ELEUSIS, ciudad del Ática en la llanura de su nombre, sede de los misterios de Deméter, *Dem.* 11; *Trav.* 22.

ÉLIDE, región del NO. del Peloponeso, donde se halla Olimpia, *Dem.* 58.

ELISIO, prado del Hades en la isla de los Dichosos, *Rel. ver.* II 14; *Zeus conf.* 17.

ELOCUENCIA (griego *Lógos),* personificada en Hermes o Heracles, *Her.* 4, [5].

EMPÉDOCLES DE ACRAGANTE, místico y filósofo presocrático semilegendario, *Rel. ver.* II 21; *Icar.* 13, 14.

Endimión, hijo de un rey legendario de la Élide, amado de Selene, *El. mosc.* 10; *Icar.* 13.

Endimión, rey de la Luna, *Rel. ver.* I 11, 14, 19, 21, 27.

Eneo, rey de Calidón, padre de Meleagro, *Banqu.* 25, 30; *Zeus trág.* 40.

Engaño, personificación, *Cal.* 5.

Énoe, demo en el distrito de Maratón, *Icar.* 18.

Envidia, abstracto personificado, *Cal.* 5.

Eolocentauro, personaje imaginario, *Rel. ver.* I 42.

Epeo, mítico artífice del caballo de Troya, *Hip.* 2.

Epeo, púgil, *Rel. ver.* II 22.

Epicarmo, poeta cómico, *Long.* 25.

Epicteto, filósofo estoico, *Dem.* 3, 55.

Epicuro [el Filósofo], *Rel. ver.* II 18; *Banqu.* 9; *Zeus trág.* 19.

Epicuros, plural generalizador, *Zeus trág.* 21.

Epiménides de Creta, sacerdote, *Tim.* 6.

Equecrátides, padre de Timón, *Tim.* 7, 44, 50.

Eratóstenes de Cirene, gramático, poeta, científico, erudito y bibliotecario alejandrino bajo Tolomeo III Evérgetes, *Long.* 27.

Erecteide, tribu de Atenas, *Tim.* 49.

Erictonio, otro nombre de Erecteo, nacido de Hefesto y la Tierra, *Cas.* 27.

Erídano, río descendiente de los montes Ripeos, identificado con el Po o el Ródano, míticamente hijo de Océano y Tetis, *Ámb.* 1, 2, 5.

Erídanos, plural generalizador, *Ámb.* 6.

Erimanto, monte de Arcadia, *Icar.* 11.

Erinis (en singular y plural), diosas de la venganza, *Trav.* 22, 23.

Eros, dios del amor, hijo de Afrodita y Ares, esposo de Psique, *Her.* 8.

Escíntaro de Chipre, comerciante prisionero en la gran ballena, *Rel. ver.* I 36, 37; II 1, 2, 6, 25, 41.

Escipión [el Africano], general romano vencedor de Aníbal, *Long.* 12.

Escirón, bandido legendario que controlaba el paso entre el Istmo de Corinto y el Ática, muerto por Teseo, *Rel. ver.* II 23; *Zeus trág.* 21.

Escribonio, rival de Asandro, rey del Bósforo, *Long.* 17.

Esmirna, ciudad jonia en la costa O. de Asia Menor, *Rel. ver.* II 20; *Pleit. cons.* 9.

Esopo [el Fabulista], *Rel. ver.* II 18; *Icar.* 10.

ESPADA, sobrenombre del filósofo Cleodemo, personaje lucianesco, *Banqu.* 6.
ESPATINO [EL MEDO], personaje desconocido, *Icar.* 15.
ESTADO DE ATENAS, *Tim.* 49, 50.
ESTESÍCORO DE HÍMERA, lírico arcaico, *Long.* 26; *Rel. ver.* II 15.
ESTINFALO, lago de Arcadia, habitado por las míticas aves muertas por Heracles, *Zeus trág.* 21.
ESTIVAL, habitante del Sol, *Rel. ver.* I 20.
ESTRATÓNICE, hija de Demetrio Poliorcetes y esposa de Seleuco I Nicátor, *Cal.* 14.
ESTRELLA DE LA MAÑANA, *Rel. ver.* I 12, 15, 20, 28, 32.
ETNA, volcán siciliano, *Icar.* 13; *Tim.* 6, 19, 40.
EUCLIDES, arconte ateniense en el 403 a. C., tras los Treinta Tiranos, *Trav.* 6.
ÉUCRATES, personaje lucianesco, *Gallo* 7, 8, 9, 10, 11, 12, 32, 33.
ÉUCRITO [EL BANQUERO], personaje lucianesco, *Banqu.* 5, 9, 37, 38, 42.
EUFORBO, hijo de Panto, guerrero homérico muerto por Menelao, reencarnado en Pitágoras, *Rel. ver.* II 21; *Gallo* 4, 13, 17, 20.
EUFRANOR DE CORINTO, escultor y pintor del s. IV a. C., *Zeus trág.* 7.
EUMOLPO, sacerdote tracio de Deméter, fundador de los misterios de Eleusis, *Dem.* 34.
ÉUNOMO DE LÓCRIDE, músico, *Rel.* ver. II 15.
EURÍPIDES, trágico ateniense, *Cas.* 23; *Banqu.* 25; *Zeus trág.* 1, 41; *Gallo* 19.
EURISTEO, rey de Micenas, hijo de Esténelo, bajo cuyas órdenes realizó Heracles sus Doce Trabajos, *Zeus trág.* 21.
EUROPA, hija del mítico rey fenicio Agenor, raptada por Zeus, *Zeus trág.* 2.

FAETONTE, hijo de Helio y Clímene, *Amb.* 1, 2; *Rel. ver.* I 12, 16, 17, 18, 19, 28.
FAETONTES, plural generalizador, *Tim.* 4.
FÁLARIS, tirano de Acragante, *Fál.* I 1, 9, 14; II 1, 4, 11; *Rel. ver.* II 23.
FALES, divinidad cilenia, *Zeus trág.* 42.
FALSEDAD (griego *Apáte),* divinizada, *Rel. ver.* II 33.
FANTASIÓN, padre de Acaudalado, *Rel. ver.* II 33.
FAROS, isla cercana a Alejandría de Egipto, *Icar.* 12.
FAVORINO DE ARLES [EL EUNUCO], sofista contemporáneo de Demonacte, *Dem.* 12, 13.
FEDRA, hija de Minos y Pasífae, esposa del mítico rey Teseo de Atenas, *Cal.* 26.

FEDRO DE MIRRINO, discípulo de Sócrates, *Cas.* 4.

FEMIO, aedo de la corte de Ítaca en la saga homérica, *Cas.* 18.

FENICIA, país en la franja costera del Mediterráneo, junto a las montañas del Líbano, *Cal.* 2.

FERÉCIDES DE SIRO, escritor religioso del s. VI a. C., autor de una *Teología* sobre el origen de los dioses, *Long.* 22.

FIDIAS [EL ESCULTOR], *Zeus trág.* 7; *Gallo* 24; *Icar.* 24.

FILEMÓN, poeta cómico, *Long.* 25.

FILETERO, rey de Pérgamo, *Long.* 12.

FILÍADES [EL ADULADOR], personaje lucianesco, *Tim.* 47, 48.

FILIPO, rey de Macedonia, *Long.* 10, 11, 23; *Rel. ver.* II 9; *Zeus trág.* 14.

FILÓN, personaje lucianesco, *Banqu.* 1, 2, 3, 4, 5, 10, 21, 34, 38, 43, 48.

FILOSOFÍA, personificación, *Nigr.* 7, 18; *Banqu.* 26.

FILÓXENO DE CITERA, poeta lírico, castigado por Dionisio I de Siracusa, *Cal.* 14.

FINEO, mítico rey tracio perseguido por las Harpías por cegar a sus hijos, *Tim.* 18.

FOCIÓN, general, orador y estadista ateniense partidario de Macedonia, *Rel. ver.* II 17; *Zeus conf.* 16; *Zeus trág.* 48.

FOGOSO, habitante del Sol, *Rel. ver.* I 20.

FOLO, hijo de Ixión, uno de los Centauros, *Banqu.* 14.

FÓLOE, monte de Arcadia, *Icar.* 11.

FORTUNA, personificación, *Nigr.* 20.

FRIGIA, región del centro y NO. de Asia Menor, *Long.* 12.

FRINÉ [LA CORTESANA], *Trav.* 22.

FÚTIL, padre de Sueñopesado, *Rel. ver.* II 33.

GALATEA, hija de Nereo y Doris, *Rel. ver.* II 3.

GALLO (griego *Alektryṓn),* joven vigilante de los amores de Ares y Afrodita, metamorfoseado, *Rel. ver.* II 33.

GALLO (EL), reencarnación de diversos personajes, *Gallo* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33.

GALLO (TEMPLO DEL), en la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 32.

GAMMA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 4.

GANIMEDES, hijo de Tros, raptado por Zeus y copero de los dioses, *Zeus trág.* 21; *Icar.* 27.

GEMELOS, denominación de los Dioscuros, Cástor y Polideuces, *Banqu.* 9.

GERANIA, monte en el istmo de Corinto, *Icar.* 11.

GERESTO, promontorio al S. de Eubea, *Zeus trág.* 25.

GERIÓN, gigante, hijo de Crisaor y Calírroe, mítico rey de Occidente (¿Tartesos?), *Her.* 2.

GIGANTES, hijos de Urano y de la Tierra (Gea), enemigos de los dioses, *Zeus trág.* 3; *Prom.* 13.

GLICERION, concubina del tirano Megapentes, personaje lucianesco, *Trav.* 12.

GNATÓNIDES [EL ADULADOR], personaje lucianesco, *Tim.* 45, 46, 48.

GNIFÓN [EL ADULADOR], personaje lucianesco, *Tim.* 58.

GNIFÓN [EL USURERO], personaje lucianesco, *Trav.* 17; *Gallo* 30.

GOBARES, hijo de Oxiartes, personaje lucianesco, *Trav.* 6.

GOESO, rey de Omania, *Long.* 17.

GOGES, personaje desconocido, que Luciano relaciona con Sardanápalo de Asiria, *Zeus conf.* 16.

GORGIAS DE LEONTINOS, sofista y orador, *Long.* 23.

GORGONA, Medusa por antonomasia, mujer-monstruo marino cuya visión petrificaba, *Cas.* 22, 25.

GORGONAS, en plural, las tres hijas de Forcis y Ceto (Esteno, Euríala y Medusa), *Cas.* 19.

GOSITRAS, hermano y asesino de Artajerjes, rey persa, *Long.* 15.

GRAN MAR, el Océano, *Rel. ver.* I 3.

GRAN REY, el rey persa, *Pleit. cons.* 11.

GRILO, padre del historiador Jenofonte, *Long.* 21.

HADES, mundo de los muertos, a partir del nombre del dios, identificado con Plutón, hermano de Zeus y Posidón, *Dem.* 43; *Rel. ver.* II 24; *Trav.* 14; *Zeus conf.* 2, 17; *Zeus trág.* 3, 32.

HALIS, río microasiático, fronterizo entre Lidia y Persia, *Hip.* 2; *Zeus conf.* 14; *Zeus trág.* 20.

HAMBRE, personificación, *Tim.* 31.

HARPÍAS, místicos seres monstruosos con grandes garras y rostro de mujer, *Tim.* 18.

HÉCATE, diosa emparentada con los Titanes, protectora de la hechicería, identificada en ocasiones con Perséfone, *Trav* 7.

HÉCTOR, hijo del rey Príamo de Troya y de Hécuba, *Nigr.* 18.

HÉCUBA, esposa de Príamo de Troya, *Nigr.* 11; *Gallo* 17.

HECHICERÍA, país imaginario, *Rel. ver.* II 46.

HEFESTIÓN, general y amigo íntimo de Alejandro Magno, divinizado a su muerte, *Cal.* 17, 18.

HEFESTO, dios del fuego y los metales, hijo de Zeus y Hera y esposo de Afrodita, *Cas.* 27, 29; *Zeus conf.* 8; *Gallo* 3; *Prom.* 1, 2, 5, 19, 21.

HÉLADE, Grecia, *Fal.* I 4; *Nigr.* 3, 12, 17; *Dem.* 30, 63; *Long.* 23; *Rel. ver.* II 20; *Icar.* 11, 13, 18, 24; *Tim.* 50.

HELÁNICO DE LESBOS, historiador y polígrafo de la época clásica, *Long.* 22.

HELENA, hija de Zeus o Tindáreo y de Leda, hermana de los Dioscuros y de Clitemestra, esposa de Menelao, raptada por Paris de Troya, *Cas.* 9; *Rel. ver.* II 8, 15, 25, 26; *Banqu.* 41.

HELICÓN, monte de Beocia, *Zeus trág.* 26.

HELIO (o HELIOS), dios del Sol, hijo de Hiperión y hermano de Eos y de Selene, padre de Eates y de Circe, *Amb.* 2; *Cas.* 29; *Gallo* 3; *Icar.* 28.

HÉMERA, el día, personificación, divinidad etiópica, *Zeus trág.* 42.

HERA, hija de Crono y Rea, hermana y esposa de Zeus, *Zeus trág.* 1, 2, 3, 4, 5; *Prom.* 14.

HERACLES, hijo de Zeus y Alcmena, héroe divinizado, *Her.* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7; *Nigr.* 1, 11; *Cas.* 2; *Rel. ver.* I 5, 7; II 22; *Cal.* 31; *Banqu.* 13, 14, 16, 30; *Sol.* 6; *Trav.* 22; *Zeus trág.* 12, 13, 21, 32, 34; *Gallo* 2, 6, 17, 29; *Icar.* 1, 27; *Tim.* 46.

HERACLES, sobrenombre de Sóstrato el beocio, *Dem.* 1.

HERAMITRES [EL SÉRICO], personaje lucianesco, *Trav.* 21.

HERMÁGORAS, imagen del dios Hermes en el ágora o plaza de Atenas, *Zeus trág.* 33.

HERMES, hijo de Zeus y Maya, *Her.* 4; *El. mosc.* 12; *Nigr.* 10; *Trav.* 1, 3, 4, 5, 6, 13, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 27; *Zeus trág.* 1, 5, 6, 7, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 18, 33, 40, 53; *Gallo* 2, 28; *Prom.* 1, 2 3, 4, 5, 6, 8, 9, 11, 13, 14, 15, 19, 20, 21; *Icar.* 22, 27, 34; *Tim.* 7, 8, 10, 11, 19, 20, 21, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41.

HERMES, en plural, imágenes del dios, *Zeus trág.* 43.

HERMINO, filósofo aristotélico coetáneo de Demonacte, *Dem.* 56.

HERMODORO, filósofo epicúreo, personaje lucianesco, *Icar.* 16, 26.

HERMÓN, filósofo epicúreo, personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 9, 31, 32, 33, 37, 38, 43, 44, 47.

HERMÓTIMO DE CLAZÓMENAS, personaje legendario cuya alma transmigraba, en vida, desde su cuerpo, *El. mosc.* 7.

HERODES ÁTICO, orador y retórico, *Dem.* 24, 33.

HERÓDOTO DE HALICARNASO [EL HISTORIADOR], *Cas.* 20; *Long.* 10; *Rel. ver.* II 5, 31.

HERÓFILO, filósofo cínico, personaje lucianesco, *Icar.* 16.

HESÍODO [EL POETA], *Rel. ver.* II 22; *Banqu.* 17; *Zeus conf.* 1; *Prom.* 3; *Icar.* 27.

HESTIA, hija de Crono y Rea, diosa del hogar y la hospitalidad, *Banqu.* 31.

HETÉMOCLES, filósofo estoico, personaje lucianesco, *Banqu.* 21, 22, 28, 29, 30, 32, 34, 35.

HÍADES, constelación, *Rel. ver.* I 29.

HIDRA DE LERNA, monstruo mitológico, hija de Tifón y Equidna, *Fál.* I 8; *Zeus trág.* 21.

HIERÓN, tirano de Siracusa, *Long.* 10.

HILAS, amigo de Heracles, raptado por las Náyades, *Rel. ver.* II 17.

HIMESO, forma lucianesca del nombre del monte del Ática (Himeto), *Pleit. cons.* 8.

HIMETO, monte del Ática, *Icar.* 11; *Tim.* 7.

«HIMNOS» DE PÍNDARO, *Icar.* 27.

HIPÉRBOLO, demagogo radical ateniense durante las Guerras del Peloponeso, *Tim.* 30.

HIPERIDES, orador y hombre de Estado ateniense, émulo y contemporáneo de Demóstenes, defensor de Friné, *Dem.* 48.

HIPIAS, arquitecto bajo Marco Aurelio, coetáneo de Luciano, *Hip.* 3, 7, 8.

HIPNO O SUEÑO (griego *Hýpnos)*, personificación, dios hermano de *Thánatos*, divinidad de la muerte, *Rel. ver.* II 33.

HIPNO (PUERTO DE), lugar de la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 32.

HIPOCLIDES DE ATENAS, hijo de Tisandro, yerno del tirano Clístenes de Sición, *Her.* 8.

HIPÓCATRES DE COS [EL MÉDICO], *Rel. ver.* II 7.

HIPÓLITO, hijo de Teseo e hijastro de Fedra, *Cal.* 26.

HIPÓNICO, padre de Calias, plutócrata ateniense, *Tim.* 24.

HIPSÍCRATES DE AMISO, historiador y erudito, *Long.* 22.

HISPAUSINES, rey de Cárax, *Long.* 16.

HISTIEO [EL GRAMÁTICO], personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 9, 13, 20, 40, 45.

«HISTORIA DE ASIA», título de la obra histórica, en diez libros, de Agatárquides de Cnido, *Long.* 22.

HOMERO [EL POETA ÉPICO], *Fál.* II 8; *Dion.* 7; *El. mosc.* 5; *Nigr.* 3, 6, 17; *Dem.* 60; *Cas.*

9, 17; *Long.* 3; *Rel. ver.* I 3, 17; II 15, 20, 22, 24, 28, 32, 33, 36; *Cal.* 10, 30; *Banqu.* 25, 45; *Zeus conf.* 1, 2, 4; *Zeus trág.* 6, 10, 39, 40; *Gallo* 2, 6, 8, 13; *Icar.* 2, 10, 11, 16, 27, 29.

HONORATO, filósofo cínico contemporáneo de Demonacte, *Dem.* 19.

HORUS, divinidad egipcia, hijo de Isis y Osiris, dios del sol, *Gallo,* 18.

ISIDORO DE CARACENE, historiador, *Long.* 15, 17.

ISIS, divinidad egipcia de la fertilidad, esposa de Osiris y madre de Horus, *Gallo* 18.

ISLA[S] DE LOS DICHOSOS, lugar feliz del Hades, *Rel. ver.* II 6; *Zeus conf.* 17.

ISÓCRATES, uno de los diez grandes oradores áticos, *Long.* 23.

ITALIA, *Long.* 9, 29; *Rel. ver.* I 34; *Gallo* 18.

ICARIO, denominación del mar Egeo en torno a la isla de Icaria y demás Espórades, *Icar.* 3.

ÍCARO, hijo de Dédalo, *Gallo* 23; *Icar.* 3.

IGNORANCIA, abstracto personificado, *Cal.* 5.

«ILÍADA», título del poema homérico, *Rel. ver.* II 20; *Banqu.* 35.

ILISO, pequeño río ateniense, *Cas.* 4, 5.

INDIA, país de Asia, *Dion.* 3, 6; *Rel. ver.* I 3; *Icar.* 11.

INDO, río de la India, *Dion.* 6.

INDOPATES [EL SÉRICO], personaje lucianesco, *Trav.* 21.

INSOLENCIA, personificación, *Tim.* 13.

INTERÉS, personificado, *Tim.* 13.

IÓN, llamado el «Canon», filósofo platónico, personaje lucianesco, *Banqu.* 7, 9, 11, 33, 37, 38, 39, 40, 42, 43, 46, 47.

JACINTO DE ESPARTA, joven de legendaria belleza, *Rel. ver.* II 17, 19.

JANTO, caballo de Aquiles, *Gallo* 2.

JÁPETO, uno de los Titanes, hijo de Urano y Gea, y padre de Atlante, Menetio, Prometeo y Epimeteo, *Her.* 1; *Prom.* 3.

JENÓCRATES, discípulo de Platón, *Long.* 20.

JENÓFANES, discípulo de Arquelao el físico, *Long.* 20.

JENÓFILO, músico pitagórico, *Long.* 18.

JENOFONTE, hijo de Grilo, historiador ateniense, *Long.* 21; *Sol.* 5.

JERÓNIMO DE CARDIA, historiador helenístico, *Long.* 11, 13, 22.

JONIO, mar de la Hélade, *Fal.* II 4, 7.

JUEGOS OLÍMPICOS, *Dem.* 16; *Gallo* 8; *Icar.* 25; *Tim.* 4.

JUEGOS PANATENAICOS, fiestas y certámenes atenienses en honor de Palas Atenea (= Panateneas), *Nigr.* 14.

KAPPA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 4.

LÁBDACO, rey de Tebas, abuelo de Edipo, *Cal.* 1.

LABERINTO, sobrenombre del filósofo Dífilo, personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 23.

LÁCIDES, padre del tirano Megapentes, personaje lucianesco, *Trav.* 8, 25.

LACONIA, región del S. del Peloponeso, suelo de Esparta, *Hip.* 5; *Trav.* 16.

LAGO, historiador de las campañas de Alejandro, padre de Tolomeo, *Long.* 12.

LAIS, cortesana famosa, *Rel. ver.* II 18.

LAMBDA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 4.

LÁMPARA de Megapentes, personificada, *Trav.* 27.

LAOMEDONTE, hijo de Ilo, constructor de los muros de Troya ayudado por Posidón y Apolo, *Zeus conf.* 8.

LAQUES [EL ADULADOR], personaje lucianesco, *Tim.* 58.

LÁQUESIS, una de las tres Moiras, con Cloto y Átropo, *Zeus conf.* 2.

LAYO, hijo de Lábdaco, esposo de Yocasta y padre de Edipo, mítico rey de Tebas, *Zeus conf.* 13.

LEMNOS, isla volcánica al NE. del Egeo, mansión de Hefesto, *Cas.* 29.

LEÓGORAS, personaje de la corte de Fálaris de Acragante, *Fál.* I 9.

LETE, manantial del olvido (= Leteo), *Trav.* 1, 28; *Tim.* 54.

LETO, hija de Ceo y Febe, madre de Apolo y Ártemis, *Banqu.* 25; *Zeus trág.* 40.

LEUCÓTEA, nombre de Ino, hija de Cadmo, transformada en diosa marina, *Rel. ver.* II 35.

«LEYES», título de la obra de Platón, *Icar.* 24.

LIBIA, *Icar.* 15.

LICEO, sede de la escuela de Aristóteles en Atenas, antiguo templo de Apolo, *Dem.* 14.

LICINO (¿variante de Luciano?), personaje lucianesco, *Banqu.* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 10, 11, 21, 39.

LICOREO, aldea junto al monte Parnaso, *Tim.* 3.

LICORTAS, padre del historiador Polibio de Megalópolis, *Long.* 22.

LICURGO, legendario legislador espartano, *Long.* 28; *Rel. ver.* II 17.

LIDIA, región de Asia Menor occidental, reino de Creso, *Zeus trág.* 43; *Gallo* 25; *Icar.* 26.

LINCEO, piloto de la nave Argo, dotado de gran agudeza visual, *Tim.* 25.

LISIAS, hijo de Céfalo, orador ateniense, *Cas.* 4.

LISÍMACO, uno de los sucesores de Alejandro Magno, heredero de la Tracia, *Long.* 11; *Icar.* 15.

LISÍMACO, poeta cómico citado por Luciano, *Pleit. cons.* 6.

LISIPO DE SICIÓN, escultor de Alejandro Magno, *Zeus trág.* 9, 12.

LIXO, padre del historiador Heródoto de Halicarnaso, *Cas.* 20.

«LONGEVOS (LOS)», título de la obra de Luciano, *Long.* 1.

LUCIANO DE SAMOSATA [EL ESCRITOR], *Nigr.* Prólogo; *Rel. ver.* II 28; *Sol.* 1, 2, 3, 4, 8, 9, 10, 11, 12.

LÚCULO (LUCIO LICINIO), general romano que combatió contra Mitrídates y Tigranes, *Long.* 15.

LUNA (LA), *Rel. ver.* I 11, 12, 15, 19, 20, 21, 22; *Icar.* 4, 7, 20, 23, 29, 32.

LLAMEANTE, habitante del Sol, *Rel. ver.* I 20.

MACEDONIA, región al N. de Grecia, *Dem.* 15; *Long.* 11.

MAR ROJO, *Long.* 16.

MARATÓN, llanura al NE. del Ática, escenario de la famosa batalla entre atenienses y persas, *Zeus trág.* 32; *Icar.* 18.

MASINISA, rey de los mauritanos o númidas, *Long.* 17.

MATAGIGANTES, epíteto de Zeus, *Tim.* 4.

MAYA, ninfa de Arcadia, hija de Atlante y madre de Hermes, *Prom.* 5.

MEDEA, hija de Eetes, mítico rey de la Cólquide y esposa de Jasón, *Cas.* 31.

MEDEO, historiador helenístico citado por Luciano, *Long.* 11.

MEDIA, región de la Ariana del NO., *Trav.* 6.

MEDUSA, una de las tres Gorgonas, la Gorgona por antonomasia, *Cas.* 22, 25.

MEGABIZO, nombre aristocrático, *Tim.* 22.

MEGACLES, primo de Megapentes, personaje lucianesco, *Trav.* 8.

MEGACLES, nombre aristocrático, *Tim.* 22.

MEGAPENTES [EL TIRANO], hijo de Lácides, personaje lucianesco, *Trav.* 8, 9, 10, 11, 12, 13, 25, 27.

MÉGARA, ciudad dórica en el istmo de Corinto, *Trav.* 6; *Icar.* 6.

MEGILO DE CORINTO, joven bello y acaudalado, *Trav.* 22.

MELEAGRO, hijo de Eneo y Altea, cazador del jabalí de Calidón, *Banqu.* 31.

MELETO, acusador de Sócrates, *Zeus conf.* 16.

MELETOS, plural generalizador de Meleto, *Dem.* 11.

MEN, personificación masculina de la luna entre los frigios, *Zeus trág.* 8, 42.

MENELAO, rey de Esparta, hijo de Atreo, hermano de Agamenón y esposo de Helena, *El. mosc.* 5; *Cas.* 3; *Rel. ver.* II 8, 26; *Banqu.* 12; *Gallo* 17.

MENFIS, ciudad de Egipto, *Hip.* 2; *Zeus trág.* 42.

MENIPEO, supuesto mar, *Icar.* 3.

MENIPO DE GÁDARA, escritor cínico, inspirador del personaje lucianesco, *Icar.* 1, 2, 3, 4, 6, 8, 11, 12, 13, 16, 17, 19, 20, 23, 24, 34.

MENSUAL, habitante de la Luna, *Rel. ver.* I 20.

METAPONTO, colonia griega al S. de Italia, *Gallo* 18.

METRODOROS, plural generalizador de Metrodoro de Quíos, discípulo de Epicuro, *Zeus trág.* 21.

MÍA (o MOSCA), personificación mitológica, mujer rival de Selene en su amor por Endimión, *El. mosc.* 10, 11.

MÍA, cortesana del Ática, *El. mosc.* 11.

MICILO [EL ZAPATERO], personaje lucianesco, *Trav.* 14, 16, 18, 20, 21, 22, 25; *Gallo* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 28, 29, 30, 31, 32, 33.

MIDAS, hijo de Gordio, príncipe de Frigia, *Cal.* 5; *Gallo* 6; *Tim.* 42.

MIDAS, esclavo de Megapentes, personaje lucianesco, *Trav.* 11.

MIDIAS, ateniense rico e influyente, amigo personal de Demóstenes, *Zeus conf.* 16; *Zeus trág.* 48.

MILCÍADES, general ateniense, *Cal.* 29; *Zeus trág.* 32.

MILETO, ciudad jonia de Asia Menor, *Gallo* 19.

MINOICO, mes del calendario del Hades, *Rel. ver.* II 13.

MINOS, rey legendario y legislador de Creta, hijo de Zeus y Europa, hermano de Radamantis, juez del Hades, *Fál.* I 7; *Rel. ver.* II 8; *Zeus conf.* 18.

MINOTAURO, monstruo mitológico con tronco humano y cabeza de toro, nacido de Pasífae, esposa de Minos, *Rel. ver.* II 44.

MIRLÓN, padre de Cornejo, el rey de Nubecuclillos, *Rel. ver.* I 29.

MIRÓN DE ELÉUTERAS, escultor del s. V a. C., *Zeus trág.* 7; *Gallo* 24.

MISÁNTROPO, apelativo de Timón, *Tim.* 44.

MISERICORDIA, un principio abstracto divinizado, *Dem.* 57; *Tim.* 42.

MITRA, dios mistérico de la luz en los cultos persas e indios, difundido por el Imperio romano, *Zeus trág.* 8.

MITRÍDATES [EL FUNDADOR], rey del Ponto, *Long.* 13.

MNESARCO, padre de Pitágoras de Samos, *Gallo* 4, 17.

MNESÍTEO [EL ARMADOR], personaje lucianesco, *Zeus trág.* 15.

MOIRA, singular de Moiras, *Trav.* 8, 11, 13; *Zeus conf.* 2, 8, 9, 10, 11, 12, 18.

MOIRAS, las tres diosas del Destino —Cloto, Láquesis y Átropo—, hijas de Zeus y Temis, *Trav.* 14; *Zeus conf.* 1, 2, 3, 5, 7, 10, 11, 12, 19; *Zeus trág.* 25, 32.

MOLICIE, personificación, *Tim.* 32.

MOMO, dios hijo de la Noche, personificación de la burla y crítica mordaces, *Dion.* 8; *Nigr.* 32; *Rel. ver.* II 3; *Zeus trág.* 19, 22, 26, 28, 29, 30, 31, 32, 42, 43, 44, 45, 50; *Icar.* 31.

MORTUORIOS, Juegos deportivos y poéticos del Hades, *Rel. ver.* II 22.

MUCHOBRILLO, habitante de la Luna, *Rel. ver.* I 20.

MUSA, singular de Musas, *Rel. ver.* II 24.

MUSAS, las nueve hijas de Zeus y Mnemósine, *Fál.* I 13; *Cas.* 4; *Rel. ver.* I 2; *Zeus conf.* 2; *Zeus trág.* 26; *Icar.* 27.

NADIE, nombre que se dio Ulises ante Polifemo, *Trav.* 14.

NARCISO DE TESPIAS, joven de legendaria belleza, *Rel. ver.* II 17, 19.

NAUPLIO, padre de Palamedes, *Cas.* 30; *Rel. ver.* II 29, 31, 32; *Pleit. cons.* 5.

NEREIDA, hija de Nereo, *Rel. ver.* II 3.

NÉSTOR, hijo de Neleo, mítico rey de Pilos, anciano elocuente y sensato, *Her.* 4; *Long.* 3; *Rel. ver.* II 17; *Tim.* 48.

NÉSTOR DE TARSO, filósofo estoico, preceptor de Tiberio, *Long.* 21.

NIGRINO, filósofo platónico de tiempos de Luciano, según el escritor, pero históricamente desconocido, *Nigr.*, Prólogo, 1, 2, 11, 28, 32, 37.

NIREO, guerrero griego en la guerra de Troya, famoso por su belleza, *Banqu.* 41; *Tim.* 23.

NOCTÁMBULO, río de la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

NOCTURNO, general de la Luna, *Rel. ver.* I 15, 20.

NOCHE, divinidad, hija del Caos y madre del Éter y del Día, adorada en la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33; *Icar.* 21.

NOTO, personificación del viento del Sur, *Icar.* 26.

NUBECUCLILLOS, lugar imaginario, *Rel. ver.* I 29.

NUEVE CAÑOS, fuente de Atenas, *Tim.* 56.

NUMA [POMPILIO], legendario rey de Roma, *Long.* 8; *Rel. ver.* II 17.

OCCIDENTE, punto geográfico con relación a Grecia, *Rel. ver.* I 5.

OCÉANO, «Gran Mar», término genérico por oposición al «Pequeño Mar» o Mediterráneo, *Dion.* 6; *Rel. ver.* I 5, 29, 34; II 26; *Zeus trág.* 6, 37; *Prom.* 17; *Icar.* 12.

«ODISEA», título del poema homérico, *Rel. ver.* II 20.

OGIGIA, isla mítica de Calipso, *Rel. ver.* II 29, 35.

OGMIO, nombre celta de Heracles según Luciano, *Her.* 1.

OLIMPIA, ciudad de la Élide, junto al Alfeo, en el Peloponeso, *Dem.* 58; *Icar.* 24; *Tim.* 4, 50, 53.

OLIMPO, macizo montañoso al N. de Tesalia, residencia de los dioses, *Cas.* 9; *Icar.* 11.

OMANIA, región y reino en la Arabia Feliz, *Long.* 17.

ONCE (LOS), magistrados atenienses encargados de ejecutar las sentencias judiciales, *Zeus conf.* 16.

ONESÍCRITO DE ASTIPALEA, historiador de Alejandro Magno, *Long.* 14.

ÓREO, ciudad de Eubea, *Zeus trág.* 25.

ORESTES, hijo de Agameón y Clitemestra, hermano de Electra, *Cas.* 23.

ORFEO, mítico cantor lírico, hijo de Apolo y la musa Calíope, esposo de Eurídice, *Cas.* 118.

ORIÓN, mítico cazador gigante de Beocia, perseguidor de las Pléyades, *Cas.* 28.

OSA MAYOR, constelación, *Rel. ver.* I 13.

OTO, gigante, hermano de Efialtes, *Icar.* 23.

OXIARTES, padre de Gobares, personaje lucianesco, *Trav.* 6.

PADRE, apelativo aplicado por antonomasia a Zeus, *Icar.* 25.

PALAMEDES, hijo de Nauplio, mítico prototipo de la sabiduría, *Cas.* 30; *Rel. ver.* II 17; *Cal.* 27; *Pleit. cons.* 5.

PÁMENES, discípulo de Hetémocles, personaje lucianesco, *Banqu.* 22.

PAN, hijo de Hermes, dios de los bosques y de los pastores, *Dion.* 4, 6, 7; *Icar.* 27.

PANEGÍRICO, título de la famosa pieza retórica de Isócrates, *Long.* 23.

PANGEO, cordillera en la región

de Peonia (al N. de Macedonia), *Icar.* 18.

PANTO, padre de Euforbo, guerrero en Troya, *Gallo* 13, 17.

PARMENIÓN, general de Alejandro Magno, *Gallo* 25.

PARNASO, monte de Fócide, residencia legendaria de Apolo y las Musas, *Dem.* 1.

PARNÉS, monte del Ática, *Icar.* 11.

PARTIA, región de Asia occidental constituida en reino en 255 a. C. por Arsacio, *Long.* 15.

PATROCLO, hijo de Menecio, compañero de Aquiles, *Banqu.* 42; *Gallo* 17.

PELEO, hijo de Éaco, esposo de Tetis y padre de Aquiles, *Banqu.* 35.

PÉLOPE, hijo de Tántalo y padre de Atreo, *Cal.* 1; *Banqu.* 25.

PELOPONESO, península al S. del istmo de Corinto, *Icar.* 18.

PELUSIO, ciudad de Egipto, *Cal.* 2; *Zeus trág.* 42.

PENÉLOPE, esposa de Ulises y madre de Telémaco, *Rel. ver.* II 29, 36.

PENTÉLICO, monte del Ática, célebre por sus mármoles, *Zeus trág.* 10.

PERDICAS, general de Alejandro Magno, *Long.* 13; *Cal.* 18; *Gallo* 25.

PEREGRINO PROTEO, taumaturgo y suicida mal tratado por Luciano, *Dem.* 21.

PÉRGAMO, ciudad de Misia, en Asia Menor, capital del reino helenístico de su nombre, *Long.* 12, 23; *Icar.* 24.

PERIANDRO, hijo de Cípselo, tirano de Corinto, uno de los «Siete Sabios» de Grecia, *Rel. ver.* II 17.

PERICLES, hijo de Jantipo, gran estadista ateniense, *Gallo* 19; *Tim.* 10.

PERILAO, orfebre de la corte de Fálaris de Acragante, *Fál.* I 11, 12, 13.

PERÍPATO, denominación de la escuela filosófica de Aristóteles, *Dem.* 54; *Banqu.* 6.

PERSEO, hijo de Dánae, matador de la Gorgona Medusa, *Cas.* 22, 25.

PERSIA, *Long.* 15; *Rel. ver.* II 9; *Gallo* 25; *Icar.* 11.

PIANEPSIÓN, cuarto mes del calendario ático, de mediados de octubre a mediados de noviembre, *Pleit. cons.* 1.

PÍLADES, hijo de Estofio, amigo íntimo de Orestes y ulterior esposo de Electra, *Cas.* 23.

PÍNDARO, poeta lírico, *Hip.* 7; *Banqu.* 17; *Gallo* 7; *Icar.* 27.

PIREO (EL), puerto de Atenas, *Zeus trág.* 15.

PIRIFLEGETONTE, río de fuego en el Hades, *Trav.* 28.

PIRRIAS, nombre de esclavo, *Tim.* 22.

PIRRO, rey de los molosos, en el Epiro, *Hip.* 1.

PIRRÓN DE ÉLIDE, filósofo escéptico, *Icar.* 25.

PISA, antigua ciudad de la Élide (Olimpia), *Zeus trág.* 25; *Icar.* 24.

PÍTACO DE MITILENE, estadista, uno de los «Siete Sabios», *Long.* 18.

PITÁGORAS DE SAMOS, sabio y caudillo religioso, *Fál.* I 10; *Dem.* 14; *Long.* 18; *Rel. ver.* II 21, 24; *Gallo* 4, 5, 6, 7, 9, 11, 13, 15, 17, 19, 20.

PITIO, epíteto de Apolo, *Fál.* I 4, 7, 11; II 4, 8, 12; *Zeus trág.* 28, 43.

PITIOCAMPTES (literalmente «Torcedor de pinos»), bandido vencido por Teseo, *Rel. ver.* II 23; *Zeus trág.* 21.

PITÓN, joven macedonio contemporáneo de Demonacte, *Dem.* 15.

PLATÓN [EL FILÓSOFO], *El. mosc.* 7; *Nigr.* 18; *Dem.* 14, 33; *Long.* 20, 21; *Rel. ver.* II 17; *Banqu.* 37, 39; *Sol.* 6, 7, 10; *Icar.* 24.

PLÉYADES, constelación, *Rel. ver.* I 29.

PLUTO, hijo de Deméter y de Yasio, personificación de la riqueza, *Tim.* 10, 11, 12, 15, 18, 20, 21, 24, 25, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 34, 36, 37, 38, 39, 40.

PLUTÓN, dios identificado con Hades, *Trav.* 1; *Tim.* 21.

PNIX, colina de Atenas, sede de la Asamblea popular, *Zeus trág.* 11.

POBREZA, personificación, *Gallo* 22; *Tim.* 12, 29, 31, 32, 33, 36, 38.

POLÍADE («Protectora de la Ciudad»), epíteto de Atenea, *Banqu.* 32.

POLIBIO, personaje coetáneo de Demonacte, *Dem.* 40.

POLIBIO DE MEGALÓPOLIS, hijo de Licortas, importante historiador del helenismo tardío, *Long.* 22.

POLICLETO, escultor más joven que Fidias y rival de éste, *Zeus trág.* 7.

POLIDEUCES, favorito de Herodes Ático, *Dem.* 24, 33.

POLIPREPONTE [EL FLAUTISTA], personaje lucianesco, *Banqu.* 20.

POLÍXENA, hija del rey Príamo de Troya, *Nigr.* 11.

POLO, famoso actor trágico contemporáneo de Demóstenes, *Zeus trág.* 3, 41.

PONTO, reino del N. de Asia Menor, establecido por Mitrídates I el Fundador, *Long.* 13.

PÓRTICO [POLÍCROMO] (o ESTOA) de Atenas, lugar donde se reunieron en sus orígenes los estoicos y, por metonimia, nombre de la escuela, *Dem.* 14, 53; *Banqu.* 6; *Zeus trág.* 16, 32, 33; *Icar.* 21, 34.

POSIDÓN, hijo de Crono y Rea,

hermano de Zeus y Hades, dios del mar, *Rel. ver.* I 32, 34, 38; II 2, 3; *Zeus trág.* 9, 24, 25; *Gallo* 24; *Icar.* 27.

POSIDONIO DE APAMEA DE SIRIA, filósofo e historiador, *Long.* 20.

POTAMÓN, retórico citado por Luciano, *Long.* 23.

PRAXÍTELES, escultor ateniense del s. IV a. C., *Zeus trág.* 10; *Gallo* 24.

PRETO, mítico rey de Argos, *Cal.* 26.

PRITANEO, edificio público del gobierno de Atenas, *Prom.* 4.

PROMETEO (literalmente «Previsor»), titán filántropo, hijo de Jápeto y Clímene, *Zeus conf.* 8; *Zeus trág.* 1; *Prom.* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 14, 20, 21.

PROTARCO, nombre aristocrático, *Tim.* 22.

PROTECTOR DE LA AMISTAD (griego *Phílios)*, epíteto de Zeus, *Icar.* 3; *Tim.* 1.

PROVIDENCIA de los dioses, principio abstracto próximo a la personificación, *Zeus conf.* 10, 16, 19.

PUERTAS DE MARFIL, en la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 32.

QUEREAS, hijo de Éucrito el banquero, personaje lucianesco, *Banqu.* 7, 42, 45.

QUERONEA, ciudad de Beocia, donde Filipo II venció a los atenienses y tebanos en 338 a. C., *Long.* 23.

QUESIA, país imaginario, *Rel. ver.* II 25, 26.

QUIMERA, monstruo mitológico —cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón— abatido por Belerofonte, *Cal.* 26.

QUINTILO, personaje a quien Luciano dedica su obra *Los longevos*, *Long.* 1.

QUÍOS, isla jonia del Egeo, *Rel. ver.* II 20, 40.

QUIOTA, río citado por Ctesias de Cnido, *Rel. ver.* I 7.

RADAMANTIS, juez mítico del Hades, *Fál.* I 7; *Rel. ver.* II 6, 7, 8, 17, 18, 23, 26, 27, 29; *Trav.* 13, 18, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29.

RAZÓN, personificada, *Cal.* 30.

REA, diosa griega identificada con la frigia Cibeles; se usa dicho nombre como apelativo de ésta, *Nigr.* 37; *Gallo* 13; *Tim.* 6.

REGILA, mujer de Herodes Ático, *Dem.* 33.

REY (EL), por antonomasia, el de los persas, *Cas.* 5.

RHO, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 4, 7, 9.

RICOS, coro de muertos lamentándose, *Trav.* 20.

RODAS, isla en la costa de Caria, *Long.* 20.

Rodócares, personaje lucianesco, *Trav.* 16.

Roma, *Nigr.* 15, 17, 30; *Long.* 8, 9, 29.

Rufino [el Chipriota], filósofo peripatético coetáneo de Demonacte, *Dem.* 54.

Sabacio, divinidad tracia, en ocasiones identificada con Dioniso, *Icar.* 27.

Sabiduría, personificación, *Tim.* 31, 32, 33.

Salamina, isla del golfo Sarónico, frente a Eleusis, escenario de la batalla entre atenienses y persas en el 480 a. C., *Zeus trág.* 20.

Salmoneo, hijo de Éolo, padre de la reina Tiro, *Rel. ver.* II 3; *Tim.* 2.

Salud o Higiía, hija de Asclepio, divinidad protectora de la salud, *Hip.* 5.

Samos, isla jonia en la costa de Asia Menor, *Gallo* 4.

Sandón, padre de Atenodoro de Tarso, *Long.* 21.

Sardanápalo, rey de Asiria, *Zeus conf.* 16; *Zeus trág.* 48.

Sardes, capital de la Lidia, *Zeus trág.* 43.

Sarpedón, hijo de Zeus y Europa, rey de los licios, muerto por Patroclo en Troya, *Rel. ver.* I 17.

Satirión [el Cómico], personaje lucianesco, *Banqu.* 19.

Sátiro, actor trágico amigo de Demóstenes, *Zeus trág.* 41.

Sátiros, divinidades menores agrestes y pastoriles, *Dion.* 4, 6.

Selene (= la Luna), diosa hija de Hiperión y Tea, *El. mosc.* 10.

Seleuco, general de Filipo y Alejandro, fundador de la dinastía de los Seléucidas, *Long.* 11; *Gallo* 25; *Icar.* 15.

Sémele, hija de Cadmo, amante de Zeus y madre de Dioniso, *Zeus trág.* 2.

Sereno, padre del general Nocturno de la Luna, *Rel. ver.* I 15.

Servio Tulio, legendario rey de Roma, *Long.* 8.

Sicilia, isla, *Fál.* II 7; *Long.* 10; *Rel. ver.* I 34.

Sidón, importante puerto fenicio, *Long.* 23.

Sidonio, sofista citado por Luciano, *Dem.* 14.

Siete Sabios, expresión tradicional, con diversas variantes en cuanto a los nombres concretos, *Long.* 18.

Siete Vocales, letras personificadas, *Pleit. cons.* 1.

Sigma, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 1.

Sileno, hijo de Hermes o de Pan, educador del dios Dioniso, *Dion.* 4, 6, 7, 8; *Icar.* 27.

Simique [la Cortesana], *Trav.* 22.

SIMÓN [EL ZAPATERO], personaje lucianesco, *Gallo* 14, 28, 29, 30.

SIMÓNIDES, nombre aristocrático que se daba a sí mismo Simón [el zapatero], *Gallo* 14.

SIMÓNIDES DE CEOS, lírico arcaico, *Long.* 26.

SIMÓNIDES DE SIRACUSA [EL FÍSICO], introductor de cuatro letras, *Pleit. cons.* 5.

SINATROCLES, rey de Partia, *Long.* 15.

SINOPE, colonia microasiática de Mileto en la costa S. del mar Negro, patria de Diógenes el cínico, *Dem.* 5.

SIRACUSA, ciudad de Sicilia, *Long.* 10.

SIRENA, singular de Sirenas, *Cas.* 13.

SIRENAS, monstruos mitológicos, hijas de Forcis o del dios-río Aqueloo, con cuerpo de pájaro y cabeza de mujer, *Nigr.* 3; *Cas.* 19; *Cal.* 30.

SIRIO, estrella, *Rel. ver.* I 16.

SÍSIFO, hijo de Éolo, mítico rey de Corinto, castigado en el Hades a hacer rodar una peña hasta la cima de un monte, *Zeus conf.* 18; *Gallo* 26.

SÓCRATES, filósofo ateniense, *Dem.* 5, 6, 11, 58, 62; *Cas.* 4; *Rel. ver.* II 17, 19, 23; *Cal.* 29; *Banqu.* 39; *Zeus conf.* 16; *Zeus trág.* 48.

SÓCRATES DE MOPSO, retórico citado por Luciano, *Sol.* 5, 8.

SÓFOCLES, trágico ateniense, *Cas.* 23; *Long.* 24; *Banqu.* 25.

SOFRONISCO, padre de Sócrates [el filósofo], *Rel. ver.* II 17.

SOL (EL), *Rel. ver.* I 12, 18, 19, 28; *Zeus trág.* 11; *Prom.* 19; *Icar.* 4, 7, 20.

SOLÓN, estadista y poeta ateniense, uno de los «Siete Sabios», *Long.* 18; *Cal.* 8.

SÓSILO [EL CABALLERIZO], personaje lucianesco, *Gallo* 29.

SOSPECHA, personificación, *Cal.* 5.

SÓSTRATO, discípulo del filósofo Cleodemo, personaje lucianesco, *Banqu.* 32.

SÓSTRATO [EL BEOCIO], llamado «Heracles», atleta de tiempos de Luciano, *Dem.* 1.

SÓSTRATO DE CNIDO, sabio e ingeniero de la corte de los Tolomeos, *Hip.* 2.

SUEÑOPESADO, sátrapa de la imaginaria isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

SUEÑOS (ISLA DE LOS), lugar imaginario, *Rel. ver.* II 27, 32.

TAIGETO, monte entre la Laconia y la Mesenia, *Icar.* 11.

TALES DE MILETO, primer filósofo, uno de los «Siete Sabios», *Hip.* 2; *Long.* 18.

TÁMIRIS, aedo tracio citado por Homero, *Cas.* 18.

TÁNTALO, hijo de Zeus, rey de Frigia, castigado por su sacrilegio a hambre y sed perpetuas, *Trav.* 29; *Zeus conf.* 17, 18; *Tim.* 18.

TÁNTALOS, plural generalizador de Tántalo, *Zeus conf.* 17.

TARENTO, colonia griega al S. de Italia, *Gallo* 18.

TARQUINIO, legendario rey de Roma, *Long.* 8.

TARSO, ciudad de Cilicia, *Long.* 21.

TÁRTARO, lugar tenebroso del Hades para el castigo de los Titanes y de las almas en general, *Her.* 1; *Zeus conf.* 8; *Icar*, 33.

TAU, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 1, 2, 6, 7, 10, 11, 12.

TEÁGENES, filósofo de dudosa autenticidad histórica, *Trav.* 6.

TEBAS, ciudad de Beocia, *Prom.* 20.

TELAMÓN, padre de Ayante, *Rel. ver.* II 7, 23.

TÉLEFO, hijo de Heracles y Auge, herido y curado por la propia lanza de Aquiles, *Nigr.* 38; *Gallo* 26.

TELÉGONO, hijo de Ulises y Circe, que dio muerte a su padre, *Rel. ver.* II 35.

TELÉMACO, hijo de Ulises y Penélope, *Cas.* 30.

TELO [EL ATENIENSE], prototipo de hombre feliz, según Solón, *Rel. ver.* II 17.

TEMIS, diosa de la justicia, hija de Urano y de la Tierra, *Zeus trág.* 19.

TEMÍSTOCLES, político ateniense, *Cal.* 27, 29; *Zeus trág.* 31.

TÉNARO, uno de los tres cabos al S. del Peloponeso, *Trav.* 4.

TEÓDOTAS, gobernador de Tolomeo IV Filópator en Fenicia, *Cal.* 2.

TEOGONÍA, título del poema de Hesíodo, *Icar.* 27.

TEOPOMPO DE QUÍOS, historiador, *Long.* 10.

TEOS, ciudad jonia microasiática, patria del poeta lírico Anacreonte, *Her.* 8.

TERES, rey de los odrisas, *Long.* 10.

TERSITES, personaje homérico grotesco, *Dem.* 61; *Rel. ver.* II 20.

TESALIA, región del NE. de Grecia, al S. de la Macedonia, *Pleit. cons.* 9.

TESAURO, personificación de los tesoros, *Tim.* 10, 29, 39, 40, 41.

TESEO, héroe legendario de Atenas, hijo del rey Egeo y de Etra, *Rel. ver.* II 8, 19, 22, 23; *Zeus trág.* 21; *Gallo* 17.

TESMÓFORO, sobrenombre de Deméter, *Tim.* 17.

TESMÓPOLIS [EL FILÓSOFO], personaje lucianesco, *Gallo* 10, 11.

TETALIA, variante en la pronunciación de «Tesalia», *Pleit. cons.* 9.

TETIS, hija de Nereo y Doris, esposa de Peleo y madre de

Aquiles, *Banqu.* 41; *Zeus trág.* 40; *Prom.* 21.

TIBERIO, emperador romano, *Long.* 21.

TIBÍO, personaje lucianesco, *Gallo* 29.

TIBÍO, nombre de esclavo, *Tim.* 22.

TICIOS, plural generalizador de Ticio, castigado en el Hades por dos buitres que roían su hígado, en razón de su agravio a Leto, *Zeus conf.* 17.

TIERRA (o GEA, griego *Gaîa* o *Gê),* personificación, madre y esposa de Urano, *Dem.* 44; *Prom.* 16.

TIERRA, nuestro mundo o planeta, *Rel. ver.* I 10, 26.

TIGRANES, rey de Armenia, *Long.* 15.

TIGRANES, supuesto nombre del poeta Homero, *Rel. ver.* II 20.

TIMEO DE TAUROMENIO, historiógrafo helenístico siciliano, *Long.* 10, 22.

TIMOCLES, filósofo estoico, personaje lucianesco, *Zeus trág.* 4, 5, 16, 17, 18, 25, 27, 28, 29, 32, 34, 35, 36, 38, 39, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 50, 51, 52.

TIMÓCRATES, personaje de la corte de Fálaris de Acragante, *Fál.* I 9.

TIMÓCRATES DE HERACLEA, filósofo maestro de Demonacte, *Dem.* 3.

TIMÓN DE ATENAS, filósofo misántropo del s. V a. C., fuente de inspiración del personaje lucianesco, *Rel. ver.* II 31; *Tim.* 1, 7, 8, 10, 11, 13, 14, 15, 18, 31, 32, 34, 35, 36, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 56, 57, 58.

TIMÓN, supuesto hijo de Demeas [el orador], *Tim.* 52.

TIQUE (o FORTUNA), divinidad, personificación en la época helenística, *Zeus conf.* 3, 8.

TIREO, sucesor de Hispausines de Cárax, *Long.* 16.

TIRESIAS, mítico adivino tebano, *Long.* 3; *Gallo* 19.

TIRO, hija de Salmoneo, reina del país imaginario de Quesia, *Rel. ver.* II 3.

TIRO, ciudad de Fenicia, *Cal.* 2, 3.

TISÍFONE, una de las Erinis, *Trav.* 23, 25.

TITANES, los doce hijos de Urano y la Tierra, *Zeus trág.* 3.

TODANOCHE, fuente de la isla de los Sueños, *Rel. ver.* II 33.

TOLOMEO [AULETES], llamado «Dioniso», hermano de Cleopatra, *Cal.* 16.

TOLOMEO [I SÓTER], hijo de Lago, rey helenístico de Egipto, *Hip.* 2; *Long.* 12; *Gallo* 25.

TOLOMEO [FILADELFO], hijo de Lago, rey de Egipto, *Long.* 12; *Icar.* 15.

TOLOMEO [IV FILÓPATOR], hijo de Tolomeo Evérgetes, *Cal.* 2, 3, 4.

TRABAJO, personificación, *Tim.* 31, 32, 33.

TRACIA, región al E. de Macedonia y N. del mar Egeo, *Icar.* 24.

TRASICLES [EL FILÓSOFO], personaje lucianesco, *Tim.* 54, 55, 56, 57.

TRECÉN, ciudad de la Argólide, *Zeus trág.* 21.

TRIBUNAL DE JUSTICIA DE ATENAS (griego *Heliaía),* Tim. 51.

TRIBUS DE ATENAS (griego *phylaí), Tim.* 51.

TRITOGENIA, epíteto de la diosa Atenea, *Zeus trág.* 1.

TRITÓN, divinidad marina, hijo de Posidón y Anfitrite, *Tim.* 54.

TROYA, ciudad del NO. de Asia Menor, capital de la Tróade y del legendario reino de Príamo, *Rel. ver.* II 17; *Banqu.* 35; *Gallo* 17.

TUCÍDIDES, historiador ateniense, *Nigr.* Prólogo; *Pleit. cons.* 9.

ULISES (u ODISEO), hijo de Laertes, rey de Ítaca, *Cas.* 30; *Nigr.* 19; *Rel. ver.* I 3; II 15, 20, 22, 29, 35, 36; *Tim.* 23.

UNIVERSO (EL), griego *«tà hóla», «tò pân», Prom.* 15; *Icar.* 4, 5.

URANIO («celestial»), descendiente de Urano, denominación de los dioses, *Icar.* 2.

URANO, hijo y esposo de la Tierra (Gea), el dios más antiguo con ésta, *Prom.* 7, 16.

VANIDAD, personificación, *Tim.* 32.

VENCETITANES, epíteto de Zeus, *Tim.* 4.

VERDAD (griego *Alētheia),* divinizada. *Nigr.* 18; *Rel. ver* II 33; *Cal.* 5, 32.

VÍA LÁCTEA, constelación, *Rel. ver.* I 16.

VIRILIDAD, personificación, *Tim.* 31.

VOCALES, letras personificadas, *Pleit. cons.* 1, 3, 5, 10.

XI, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 9.

YAMBULO, autor de relatos novelescos, *Rel. ver.* I 3.

YOFONTE, hijo de Sófocles, el trágico ateniense, *Long.* 24.

YOLAO, hijo de Ificles, aliado de Heracles en su lucha contra Cicno, *Fál.* I 8.

YOLAO, padre de Antípatro, general de Alejandro Magno, *Long.* 11.

YPSILÓN, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 6.

ZAMOLXIS, esclavo tracio de Pitágoras, deificado por sus compatriotas, *Rel. ver.* II 17; *Zeus trág.* 42.

ZENÓDOTO DE ÉFESO, primer gran filólogo y bibliotecario alejandrino, *Rel. ver.* II 20.

ZENÓN, fundador del estoicismo, *Dem.* 14; *Long.* 19; *Banqu.* 30, 32.

ZENÓN, hijo de Aristéneto, personaje lucianesco, *Banqu.* 5, 6, 9, 29, 38, 42.

ZENÓTEMIS, filósofo estoico, personaje lucianesco, *Banqu.* 6, 9, 11, 17, 23, 32, 33, 36, 37, 38, 43, 44, 47.

ZETA, letra griega personificada, *Pleit. cons.* 10.

ZEUS, dios principal de los helenos, *Fál.* 1, 8; *Dion.* 8; *Nigr.* 1, 8, 18; *Dem.* 30; *Rel. ver.* I 17; *Cal.* 14; *Pleit. cons.* 8; *Banqu.* 5, 31; *Trav.* 2, 6, 7, 13, 15, 19; *Zeus conf.* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 14, 15, 16, 17, 18, 19; *Zeus trág.* 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 11, 12, 13, 14, 15, 19, 21, 23, 24, 25, 26, 30, 31, 32, 33, 35, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 50, 53; *Gallo* 1, 2, 7, 11, 15, 24, 29, 32; *Prom.* 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 13, 14, 20, 21; *Icar.* 1, 2, 3, 8, 11, 14, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 33; *Tim.* 1, 2, 6, 7, 9, 11, 12, 13, 16, 18, 19, 20, 21, 24, 25, 31, 32, 34, 35, 36, 37, 38, 41.

ZEUXIS DE HERACLEA, pintor de la segunda mitad del s. v a. C., *Tim.* 54.

ZODÍACO, zona de la esfera celeste, *Rel. ver.* I 18, 28, 29.

ZÓPIRO [EL PEDAGOGO], personaje lucianesco, *Banqu.* 26.

ZÓPIRO [EL PERSA], *Zeus trág.* 53.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

INTRODUCCIÓN GENERAL 7

1. Panorama general del siglo II d. C. ... 7
2. Apuntes sobre la vida 22
3. La obra de Luciano 27
4. El escritor 33
5. El mundo de las ideas en Luciano ... 46
6. Luciano y la posteridad 55
7. La transmisión: manuscritos y ediciones 66
8. La traducción 69

1-2 *Fálaris I-II* 71
3 *Hipias o El baño* 85
4 *Preludio. Dioniso* 90
5 *Preludio. Heracles* 96
6 *Acerca del ámbar o Los cisnes* 101
7 *Elogio de la mosca* 104
8 *Filosofía de Nigrino* 110
9 *Vida de Demonacte* 130
10 *Acerca de la casa* 146
11 *Elogio de la patria* 161
12 *Los longevos* 166
13-14 *Relatos verídicos* 176

Págs.

15 *No debe creerse con presteza en la calumnia* ... 228
16 *Pleito entre consonantes: la «Sigma» contra la «Tau» en el Tribunal de las Siete Vocales* ... 244
17 *El banquete o Los lapitas* ... 252
18 *El pseudosofista o El solecista* ... 274
19 *La travesía o El tirano* ... 290
20 *Zeus confundido* ... 313
21 *Zeus trágico* ... 326
22 *El sueño o El gallo* ... 362
23 *Prometeo* ... 393
24 *Icaromenipo o Por encima de las nubes* ... 407
25 *Timón o El misántropo* ... 434

ÍNDICE DE NOMBRES ... 467